This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

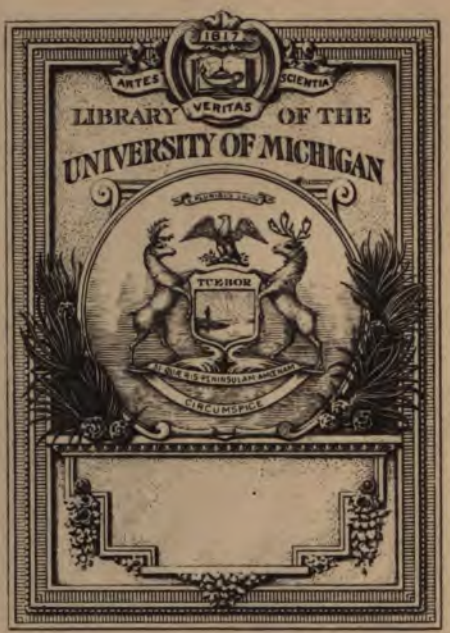
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 405943


1817
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
CIRCUMSPICE

JOSÉ M. NIÑO

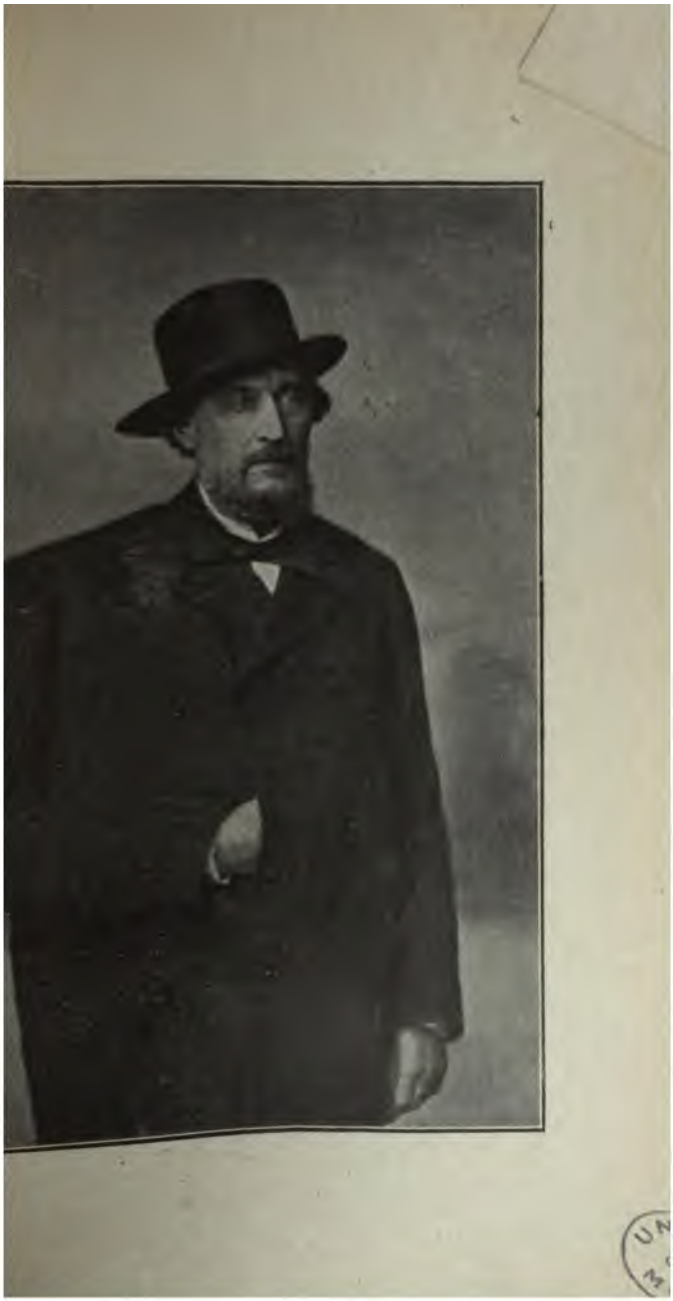
EL GENERAL

MITRE

VIDA INTIMA,
Histórica,
Hechos,
Reminiscencias,
Episodios
I y Anécdotas

BUENOS AIRES
IMPRENTA Y CASA EDITORA DE AD. GRAU
960—MORENO—960
MCMVI

MITRE



JOSÉ M. NIÑO

MITRE

VIDA ÍNTIMA, HISTÓRICA, HECHOS, REMINISCENCIAS, EPISODIOS
Y ANÉCDOTAS MILITARES Y CIVILES

POLÉMICA DE LA TRIPLE ALIANZA

I

BUENOS AIRES
IMPRENTA Y CASA EDITORA DE AD. GRAU
960—Moreno—960
MCMVI

[redacted]

2846
.N5
N7

Es propiedad del Autor.

comm - Spec. grant
del colegio
-39
117

MITRE

La fisonomía del General tenía un sello de grandeza y superioridad que le hacía distinguir de la generalidad de los hombres sin tener parecido con ninguno. Ancha la frente, ligeramente rizado el cabello, nariz de corte griego, ojos verdes tenues, soñadores, reflejo de su alma grande, su mirada quedaba impresa en la retina de los demás. Su amplia frente, despejada y abierta, como los sentimientos que agitaban su gran corazón, denunciaba un pensador profundo, una voluntad de acero. Su herida, esa herida en cruz, en el centro, con una pequeña desviación hacia la izquierda, simulaba un beso de gloria estampado en su frente pensadora. Y lo era, en efecto, porque fué la gloria que lo besó entre el silbar de las balas, estoico y sereno, como si hubiese nacido para imponerse á la propia muerte.

Alto de estatura, bien distribuído, ligeramente encorvado, su figura completaba sus rasgos fisonómicos, acentuada y típicamente única. Cuando el General miraba de frente y clavaba sus hermosos ojos glaucos y serenos

sobre un interlocutor, se sentía algo así como una fascinación. Se transparentaba, se veía su grandeza, la suprema superioridad de su espíritu y esa mirada no se olvidaba jamás.

El general Mitre tenía chispazos de romántico suavidades de justo y energías de fuerte. Era un Byron un Cincinato y un Bayardo "sin miedo ni reproche". Y sobre todas esas cualidades de su ser físico, cuya fisiología será con el andar del tiempo uno de los más interesantes estudios de su personalidad extraordinaria, dominaba una voluntad firme, fuerte, impetuosa, terriblemente impetuosa, á veces como el tronar de los cañones; y en antítesis, tranquila y suave como mansa corriente. El General imponía cuando gritaba y seducía cuando callaba.

La múltiple personalidad del general Mitre en su extensa acción de setenta años, sin un día de interrupción ni de reposo, tanto en la vida civil como en la militar y popular, no es posible abarcarla en un solo libro. Esa vida requiere volúmenes bajo todas y cada una de sus fases porque en todas ha sido típica.

El historiador futuro del general Mitre se verá obligado á afrontar una tarea colosal, quizá superior á un hombre solo, para presentar esta personalidad de la que se ha dicho què por sola llena la historia del país en el espacio de ca[illegible] tartos de siglo.

Militar, se inicia en febrero de 1837 como soldado distinguido en el sitio grande de Montevideo sentando plaza en el regimiento 2 de Artillería, el mismo que en nombre del gobierno y el pueblo hermano, vino á tributarle honores en el día de su muerte. De ahí para adelante, entra de lleno en la milicia, concurre á la epopeya de la nueva Troya, actúa y dirige las revoluciones populares que precedieron á la organización nacional, va á Cepeda cuya notable y estratégica retirada se cita como una de las más notables en la vida militar; triunfa brillantemente en Pavón, asegurando para siempre la unidad de la patria y el imperio de sus instituciones y, á su regreso de esa campaña, es recibido como victorioso en los brazos del pueblo; emprende la campaña del Paraguay para castigar la osadía del tirano y en esta campaña histórica, la más prolongada y gloriosa de la América del Sur, manda como general en jefe los ejércitos de las tres naciones aliadas, desplegando en ella un valor insuperable, una serenidad asombrosa y una estrategia que ha sido comparada con las grandes estrategias de San Martín y Paz. Cuando sea escrita la historia de esta guerra sobre la base de dieciocho enormes volúmenes de documentos relacionados con ella, historia que el General no quiso nunca escribir, por haber sido actor principal en

aquellas inolvidables jornadas, surgirá grande soberbia, su figura. Las anécdotas de esa campaña que se verán más adelante, acentúan sus rasgos militares mientras llega el momento en que el historiador se haga cargo de su magna tarea.

El general Mitre fué uno de los patriotas que combatió de frente y en nombre de los santos ideales de la patria libre y civilizada, la bárbara tiranía de Rosas y como Varela, Sarmiento, Juan Carlos Gómez, Mármol, López y tantos otros, sufrió las persecuciones del déspota y emigró de Buenos Aires, combatiente con la palabra, el pensamiento y la acción por los imperecederos principios que informaron su vida pura. Fué al Perú, á Bolivia, donde puesto al servicio del Presidente Ballivián, en circunstancias peligrosas para éste y su gobierno, tomó el mando de un regimiento de artillería y trepó sus cañones hasta donde "sólo habían osado trepar las águilas" (1), mereciendo ser distinguido con el calificativo de "benemérito en grado heroico" y designado ciudadano y benefactor de Bolivia. Pasó luego á Chile, donde fundó un diario para combatir la tiranía de Rosas y sus artículos fueron descargas de artillería y sus arengas voces de fuego.

(1) Palabras del presidente Ballivián en un documento oficial.

Historiador, escribió las de Belgrano y San Martín á la manera de Macaulay, representando cada una de esas obras un monumento capaz de cimentar por sí solo la reputación de un pensador y de un estilista, realizando, á la vez, una labor extraordinaria, de la que sólo era suficiente á hacerla, en medio de las agitaciones de su vida y de las graves responsabilidades que pesaban sobre él como sobre ningún otro.

El General fué siempre enemigo de las revoluciones que no tuvieran una justificación suprema y su organismo de fierro se conmovía ante la sola perspectiva de la guerra civil y á este respecto es conocida su famosa frase en un momento histórico de su vida: "vale más la peor de las elecciones legales que la mejor de las revoluciones". El año 1874, no obstante, se vió empujado á ponerse al frente de una revolución en nombre de los anhelos populares, como una protesta armada contra los abusos políticos del gobierno y en reivindicación del sufragio libre. Quiso seguir y compartir la suerte de sus amigos políticos y se puso al frente de la revolución, no para prolongarla ni hacerla degenerar en guerra civil como pudo haberlo hecho, sino para dejar constancia armada de la protesta y hacer la paz y la concordia en la primera oportunidad propicia sin mayor efusión de sangre ni sacrificio de vidas.

Y así lo hizo, en efecto, y la capitulación d Junín fué otro de sus episodios que lo revela en su serena grandeza moral y en la intensi dad de su patriotismo.

Posteriormente, interviene en el último mo mento y cuando ya todo estaba perdido, en l revolución de 1880, para hacer la paz "sin vence dores ni vencidos" y este episodio de su vid de patriota tiene también un capítulo en est libro.

Sacado de la vida militar, es asimismo sorpren dente su acción en la vida civil, lo mism desde la más alta magistratura del país que er su actuación de simple ciudadano; lo mismo qu como legislador y académico, como historiado y poeta, como tribuno popular y arenguista como pensador y filósofo, como constituciona lista y lingüístico, como diplomático y perio dista de doctrina y de combate; en fin, bajo todas las fases en que un hombre, que es sólo uno en la historia universal, deja el sello de sus condiciones extraordinarias que escapar á todo cálculo y á toda previsión.

Su oratoria, esa oratoria inolvidable y única genuinamente suya, que tenía acentos de torrente y suavidades de brisa, sus poesías vibrantes unas y tiernas otras, traducían fielmente las cambian- tes y modalidades de su alma entera y á la vez soñadora. El general Mitre en las arengas gue-

reras de su prolongada y accidentada vida militar, arrebataba á las milicias ciudadanas llevándolas á donde su voluntad quería; en sus discursos políticos, tales como aquellos del acuerdo de San Nicolás, despedía fuego, y cuando decía que "estaba acostumbrado á derribar á cañonazos las puertas de los ministerios" parecía, por una ficción de óptica, ver caer esas puertas en astillas. En cambio, cuando platicaba en la intimidad ó templaba su lira para cantar á su hija Delfina, el primer fruto de sus amores santos é intensamente afectivos, se sentía algo así como una caricia, como un rayo de sol de primavera rompiendo los primeros celajes de la aurora naciente.

Hemos tratado en esta obra, que no es completa ni podría serlo, porque cada una de las etapas del general Mitre exige un libro, tan sólo anotar y reunir algunos de los episodios y hechos notables, anécdotas y reminiscencias de su vida en sus distintas épocas, concretando nuestro trabajo á lo que hemos considerado lo principal y concurrente á presentar en toda su grandeza su gloriosa personalidad, acudiendo á nuestros recuerdos imborrables y al de los que, en la intimidad ó en las distintas actuaciones de su compleja y accidentada carrera pública, lo han acompañado ó han sido testigos de sus hechos.

El estudio fisiológico, repetimos, de esta per-

sonalidad sobrenatural—usamos este concepto conscientemente—pertenece al filósofo, al pensador, al sociólogo, al artista. Esbozamos en este primer capítulo su fisonomía física y su grandeza moral, precediendo su retrato que colocamos al frente de este libro, entregándolo al cariño popular y poniéndolo bajo la protección de su nombre glorioso y de su espíritu inmortal como sus obras.

MITRE ÍNTIMO

MITRE ÍNTIMO

I

Los amores del general Mitre con la que después fué su noble compañera, Delfina de Vedia, tienen algo de romancesco por las circunstancias en que se iniciaron y el intenso interés que desplegó en ellos el entonces joven enamorado.

Esos amores fueron en el principio del sitio grande de Montevideo, puede decirse con verdad, que frente al enemigo y en las intermitencias en que el novel artillero dejaba de disparar balas contra el enemigo sitiador.

Era allá por el año 1839.

El general don Nicolás de Vedia, padre de la novia, ocupaba con su familia la planta alta de una de las casas situadas en el barrio conocido por Buena Vista. La planta baja de la misma casa la ocupaba el general don Félix de Olazábal, suegro del viejo patriota don Agustín R. Silveyra, el mismo que nos proporciona estos datos. Vivía también en esa casa el coronel don César Díaz y su esposa doña Eusebia Silveyra.

Entre las dos familias de Vedia y Olazábal existía una estrecha intimidad.

Mitre era entonces teniente de artillería y en sus frecuentes visitas á la casa del general Olazábal, que le profesaba un afectuoso cariño, había conocido á la joven Delfina, hermosa niña de tez blanca y ojos dulces y expresivos, una belleza de contornos griegos. Cada vez que el teniente Mitre iba de visita á la casa de Olazábal, la niña Delfina bajaba de los altos y á pretexto de un rato de música en el piano, tenía las entrevistas con su pretendiente. Era la confidenta de sus amores la señorita Matilde de Olazábal, hija del general.

La esposa del viejo Silveyra se había reservado para sí la tarea de cebarle el mate al novicio teniente, tratando de prolongar lo más posible sus entrevistas. El teniente de entonces y glorioso general después, la llamó siempre cariñosamente *Manonga*. Estos amores fueron un verdadero idilio que terminó en el casamiento del joven oficial con la niña de sus íntimos afectos.

Cuando el General regresaba de Europa en 1891, entre los que fueron á recibirlo en Montevideo iba su invariable amigo Silveyra. Al verlo el General se adelantó á él y dándole un fuerte abrazo, le dijo:

—Querido amigo, nos volvemos á ver en la

heroica ciudad donde luchamos contra la tiranía;—y luego agregó:

—¿Y *Manonga?* Nunca olvidaré los mates que me cebó cuando era novio.

II

El general Mitre ha sido conocido en su vida pública, pero generalmente no lo ha sido en su vida íntima, porque su temperamento poco familiar lo substraía á ser comunicativo. Sólo por excepciones tenía conversaciones íntimas, y no son muchos los amigos de toda la vida que puedan preciarse de conocerlo bajo esa fase.

Se nos viene á la memoria un caso que lo confirma y, puede decirse, lo retrata de un perfecto parecido. El año 1896, con ocasión de su cumpleaños, el pueblo de Buenos Aires se preparaba para ir á saludarlo, llevándole como ofrenda de su cariño y, con los votos por su felicidad, obsequios valiosos y de exquisito gusto artístico.

La ciudad de La Plata, donde nos encontrábamos por aquel entonces, no se quedó atrás, y su presente, costeado por una subscripción popular, cuyo máximo fué de un peso moneda nacional, consistió en un delicado bronce de firma auténtica representando la Margarita de Fausto, la misma que actualmente puede verse

en la sala del General. Entonces dirigíamos el diario *La Mañana* y queriendo presentar al General del punto de vista en que no era conocido, propusimos al que fué nuestro inolvidable amigo, doctor Enrique Santos Quintana, uno de los más asiduos conocedores de la casa, escribir en unión un artículo presentando á Mitre íntimo.

El doctor Quintana se sonrió, con esa sonrisa amable y buena que imponía simpatías, y nos contestó:

—Imposible, amigo; una vez con Adolfo Lamarque tuvimos el mismo pensamiento; pero Adolfo cometió la imprudencia de consultárselo al General, y éste se lo prohibió secamente. No me animo, pues, á eso.

Y el artículo quedó sin escribirse.

El General solía hacer sus excepciones, especialmente en el seno de la familia y casi siempre de sobremesa, y entonces su conversación era entretenida y sus anécdotas interesantes, porque sabía decirlas.

El General era, en otros tiempos, violento y seco, imperativo en sus órdenes y resoluciones; se enojaba con frecuencia y sus enojos hacían callar.

Algunos episodios y anécdotas de su vida ín-

tima reflejan su carácter fuerte en tiempos pasados.

Tenía en su escritorio de recibo un obelisco que estaba acostumbrado á ver siempre colocado á la derecha, sobre la repisa de la estufa. Un sirviente, encargado de hacer la limpieza, había tomado la costumbre de cambiarle la ubicación, colocándolo á la izquierda. El General entraba en su escritorio y ponía nuevamente el obelisco en su sitio. Un día le observó á su sirviente que no debiera hacer lo que hacía; pero el fámulo, probablemente por distracción, continuó colocando aquel objeto á la izquierda. El General no pudo más, y silencioso, inmutable como siempre, tomó el obelisco con sus manos, se asomó al patio y lo hizo pedazos sobre el mosaico.

En otra ocasión, había ordenado á su mucamo de comedor que dos botellas de vino especial con que fuera obsequiado, se pusiesen cerradas en la mesa, á la hora de la comida. Él mismo quería abrirlas y dar una breve explicación de la procedencia de esas botellas y su contenido. El sirviente cometió la torpeza de ponerlas abiertas en la mesa. El Ge-

neral entró en el comedor, vió que su orden había sido contrariada y entonces y también sin proferir una palabra, las dos botellas corrieron la misma suerte que el obelisco.

Una persona de la familia que lo acompañaba, se animó á preguntarle:

—Y, ¿qué ha conseguido con eso?

—¡Y á usted, que le importa!—le contestó secamente.

Un día, de esto hace doce ó quince años, el General se impuso á sí mismo la obligación de moderarse y no volver á enojarse más. Y esta promesa consigo mismo la cumplió, en adelante, con esa fuerza de voluntad que era su característica.

Estaba gravemente enfermo su hijo Adolfito y, desgraciadamente, la agonía se precipitaba. Se fué urgentemente en busca del doctor don Antonio Piñero que se ha mantenido médico de la casa hasta la muerte del General. El médico amigo salió precipitadamente de su casa y al venir por la calle de Cuyo se llevó por delante á un caballero muy conocido. Este, creyendo que el empujón había sido intencionado, descargó su mano sobre el médico. El doctor Piñero

quedó aturdido, pero recordando su deber profesional dejó el lance para otro momento y corrió á la cabecera del enfermo querido.

Después de ver á Adolfito, el doctor Piñero refirió lo que le había sucedido en la calle. El General guardó silencio.

Al día siguiente, temprano, llamó á su viejo amigo y compañero de armas general Gelly y Obes y lo comisionó para pedirle en su nombre, al caballero de referencia, una completa satisfacción ó una reparación por las armas.

El caballero se deshizo en excusas y, personalmente, dió al General y al médico todas las explicaciones que le fueron exigidas, lamentando su ofuscación del momento.

Los nietos y sobrinos del general Mitre tenían la costumbre de reunirse todos los domingos en su casa. Allí se entretenía largo tiempo con ellos y les obsequiaba después con dinero. Cuando en una emisión de billetes aparecieron los de 20 centavos con el retrato del General, éste se preocupaba de tener reunida una cantidad de billetes nuevos para dárselos á los nietos.

Se refiere que uno de éstos, siendo ya jovencito, cuando necesitaba dinero iba á visitar al General, y después de un rato de conversación le decía:

—Tatita, anoche fuí al teatro.

—¿Se divirtió? (El General no tenía la costumbre de tutear).

—Sí, tatita, fué una función muy interesante. Después fuí con algunos amigos á tomar chocolate. Cuando llegó el momento de pagar yo no pude hacerlo porque no tenía dinero.

—Bueno, otra vez pague usted—y le daba diez ó veinte pesos.

El cuento del chocolate se cambiaba después por el de los trajes, y el General siempre era el pagano de las cuentas del sastre.

III

La impasibilidad del general Mitre ante el peligro y las responsabilidades es legendaria, y á este respecto se conocen episodios y anécdotas extraordinarias.

Uno de esos episodios nos ha sido referido por su hijo Emilio y basta por sí solo para apreciar de qué temple de alma era el General.

Estaba prisionero, en 1874, en la quinta de Chivilcoy de don Manuel E. López, ocupando una pieza alta, en el centro del edificio. Los jefes y oficiales que lo habían acompañado se hallaban como él prisioneros y en vísperas todos de ser sometidos á un consejo de guerra. La situación era verdaderamente excepcional y capaz de doblegar y abatir el espíritu más fuerte,

Fué en uno de esos días que se trasladó á visitarlo su hijo, contristado por el desastre sufrido y la crisis moral en que creía encontrar á su padre.

El propio hijo se había equivocado y fué un sorprendido. El General estaba no sólo absolutamente sereno y tranquilo sino locuaz y decidor como nunca.

Se sentaron á almorzar y como el General tenía la debilidad de preparar como nadie una ensalada de lechuga mezclada con huevos cortados en pequeñísimos trozos, invitó á su hijo á que se encargase de esta última operación, mientras él cortaba en pedazos la lechuga y mezclaba el aceite y el vinagre.

Emilio, abstraído más que su padre en las preocupaciones del momento, estuvo torpe.

Entonces el General, pidiéndole los huevos, los cortó en pedacitos él mismo, al propio tiempo que exclamaba:

—¡Estos muchachos de ahora, no sirven para nada!

IV

El "tatita" al General es clásico en aquella casa. Era el tratamiento cariñoso de sus hijos y sus nietos en la intimidad. En la vida ordinaria, fuera de los afectos del hogar, sus hijos

y sus nietos le llamaban respetuosamente el "General"; pero en la familiaridad era "tatita".

El General, queda sabido, era poco expansivo con los suyos. Su cariño no se exteriorizaba, era reconcentrado. Sin dejarlo traslucir se veía que el General sentía algo así como una fruición íntima, como una caricia de brisa sana y suave cuando se sentía llamar "tatita" ¡Cuántas sensaciones no le produciría ese tratamiento!

Pero de todos los "tatitas" de la familia ninguno como el de Bartolito, esa alma buena y limpia que dejaba asomar á través de sus ojos azules, bondadosos y expresivos, todo lo que había adentro. Ese "tatita" de Bartolito era una música, una delicia, una ráfaga que arrollaba.

—Adulón—solían decirle los otros cuando Bartolito pronunciaba su "tatita".

Una vez, Bartolito se encontraba en unos apuros feroces de dinero, circunstancia que se le presentaba un día sí y otro también. Había dado su firma á un amigo y éste falló. Bartolito estaba desolado más que por sí por el amigo. Y aquello era necesario salvarlo ineludiblemente, en el día. Pensó algunos momentos y no pensó más. Su "tatita" era un talismán.

Fué á ver al General, le contó todo y concluyó:

—Tatita, usted es mi salvador.

El General se sonrió. Había dicho Bartolito su "tatita" con tal acento, con tan admirable comicidad, que el General, sin dejarlo ir más adelante, le interrumpió:

—Anda hijo, ve á la administración y pide lo que necesites. ¡Ah! y que lo carguen á mi cuenta.

V

El General, no obstante su carácter retraído y generalmente grave, era un excelente conversador, un *causerie* encantador en la intimidad de la familia y de la amistad.

Solía entretener la sobremesa con cuentos interesantes, intencionales y ligeros que decía con mucha gracia y siempre con éxito.

Un día,—aquel en que fueron recibidos en la redacción de *La Nación* los periodistas brasileños, que habían venido á traernos su visita amiga, y donde Octavio Bilac, ese mago de la palabra, pronunció su hermoso brindis de Mitre-Luz,—su hija Delfina, tomándonos del brazo, nos dijo:

—Usted se quedará á comer esta tarde con nosotros. Estaremos en familia.

Aceptamos, naturalmente, complacidos la amable invitación y siempre del brazo de la hija mayor, fuimos hasta el escritorio del General que en esos momentos departía con sus hijos políticos Drago y Caprile.

Nuestra compañera se dirigió al General:

—Tatita, este amigo comerá hoy con nosotros. Yo lo he invitado.

—Muy bien, contestó el General.

Nos atrevimos á ser irrespetuosos en ese momento.

—General,—le dijimos,—muy buena la invitación; pero no vemos hasta ahora preparativos de mesa en esta casa y son las siete y media de la noche.

—No se irá sin comer,—nos contestó;—y dirigiéndose á su hija Delfina, agregó:

—Anda, hija, al comedor y ve si no falta nada.

La hija mayor del General que invariablemente arreglaba personalmente la mesa, complaciéndose en presentarla agradable á su ilustre padre, salió y á los pocos instantes volvía.

—Está todo pronto, tatita.

—A la mesa,—dijo el General,—dando una voz de mando.

Pasamos al comedor. Teníamos que regresar á La Plata por nuestras funciones de corresponsal de *La Nación,* en el último tren de las 9.30 p. m., y temíamos perderlo si la sobremesa se prolongaba. Le hicimos presente las dudas á la invitante, que se había sentado á nuestro lado.

—No se aflija,—nos contestó;—en esta casa la costumbre es de libertad. Cuando alguien se queda á comer con nosotros y tiene que retirar-

e, se levanta de la mesa y sin ceremonia ni dar la mano á nadie, se va sólo con unas "buenas noches". Ya lo sabe: no perderá usted su tren.

Mientras comíamos hicimos una observación pueril al parecer, pero intensa en cuanto á la modestia de las costumbres y hábitos del General.

Tenía por delante una botella casi concluída de agua mineral que mezclaba á un vino blanco que era su bebida. Consumió el agua y en vez de pedir una nueva botella al mucamo que servía la mesa, se levantó él mismo, la sacó del aparador y tomando un tirabuzón la abrió. No había querido molestar al sirviente.

Vino la sobremesa, esa sobremesa que era el encanto de aquella casa en la vida íntima, y el General estuvo esa noche contento y de un excelente humor. Parecía un muchacho.

Entre otras anécdotas que refirió, recordamos la siguiente, contada con una gracia que nos hizo reir á todos.

—Había sido invitado,—dijo,—en mi viaje á Europa, á una recepción en el Elíseo por el entonces presidente de la República Sadi Carnot. Era mi deber sacar á Mme. Carnot y le ofrecí mi brazo. Al hacerlo, la dama me observó:

—En mi país, señor General, es costumbre, que cuando un caballero invita á una dama á pasear, la solicite rodilla en tierra y besándole la mano.

—En mi país, señora no hay esa costumbre, —le contesté;—no me disgusta: ensayaremos.

Y puse rodilla en tierra,—agregó,—y le besé la mano.

Otro día, el General presidía un almuerzo servido en el gran patio de *La Nación* en honor de un compañero de la casa. Estaba la familia periodística reunida. Bartolito llevaba la dirección suprema en esa fiesta del compañerismo y de la gastronomía. Tenía á su lado al inconmensurable Antonino Mitre, famoso por sus aperitivos y su voracidad insaciable.

Llegó el momento de los brindis y Bartolito, poniéndose de pie, dijo más ó menos:

Señores: Yo era el encargado de ofrecer esta demostración al compañero á quien obsequiamos; pero el señor General, me ha pedido la «bolada».

Y á su vez, el General se puso de pie y dió la nota principal de la fiesta, con un discurso que hizo enternecer hasta las lágrimas al obsequiado.

Pero el General notó que había demasiado estiramiento en aquella mesa, demasiado res-

peto. Era su presencia que reataba y contenía el buen humor rápido á volcarse á la primera oportunidad. Entonces desarrolló su táctica y tomó de blanco de pullas intencionadas y graciosas á Gabrielito Cantilo, á Varas, á Frexas, al repórter policial de entonces y á algunos más.

La mesa empezó á animarse, pero no precisamente del todo.

Entonces el General dió la carga á fondo con estas palabras asombrosas, inauditas en sus labios.

—Amigos... ¡macaneo libre!

El hielo se rompió. Desde ese momento la sobremesa fué un derroche de buen humor, de *esprit* y de gracia, prolongada hasta las cuatro de la tarde.

VI

Las hijas mujeres del General, Delfina y Josefina, han heredado la ingénita modestia que fué una de las principales cualidades de su ilustre padre. Nadie al verlas en su casa, en la calle ó en cualquier punto de reunión social y que no las conociese personalmente, sospecharía que esas eran las hijas del general glorioso, del hombre-ídolo.

Ni en su indumentaria, ni en sus modales exteriores, ni en sus palabras se ha visto nunca

una manifestación de superioridad ó de orgullo. Son, en una palabra, la encarnación de un hombre eminente y profundamente republicano.

Las hijas del patricio, en la intimidad del hogar, son tan sencillas como buenas. No es posible acercárseles sin quedar encantado de su sencillo trato.

El General, no obstante su apariencia reconcentrada y adusta, profesaba un profundo cariño á sus hijas. Y á la par del "tatita" de Bartolito sentía intensamente con el "tatita" de éstas. En esos momentos sus fibras de acero se ablandaban sin llegar nunca al enternecimiento.

El día en que el padre casi traicionó su impávida fortaleza, fué cuando abrazó y besó á sus hijas, en la muerte de su buena, de su abnegada compañera de la vida. Fué aquella una escena tan tierna que no queremos relatarla porque pertenece á los recuerdos más íntimos y á las lágrimas.

Pero, consignemos en estas líneas y digamos, siquiera á la ligera, lo que era el padre cariñoso para sus hijas y las hijas adoradas para su padre.

VII

No se puede hablar de Mitre-íntimo sin caer en una reminiscencia, un hecho notorio y altamente ejemplarizador, que realza con luces inextinguibles su gloriosa personalidad.

Mitre fué un hombre pobre, modesto. Habiéndolo sido todo en su vida, puede decirse, dueño del país, fué el único hombre que en el gobierno ó fuera del gobierno no tuvo una sola vara de tierra en su patria, ni entró jamás en una operación bursátil. Sus pocos bienes de fortuna fueron la casa que le regaló el pueblo al descender de la presidencia de la República y lo que posteriormente pudo adquirir mediante su trabajo personal como fundador principal y hoy dueño único de *La Nación*. Bajó de la presidencia de la República para empuñar el "componedor" á lo Franklin y esgrimir su poderosa pluma de periodista y polemista. No conoció el interés, ni sintió mínimo apego al dinero.

Hasta dónde llegaba su modestia lo dice este recuerdo, rigurosamente histórico.

El 26 de Junio de 1876, día de su cumpleaños, el General estaba en la redacción leyendo los diarios de la mañana, como era su costumbre habitual. El diario pasaba por momentos difíciles. A raíz de un estado de sitio, implantado por ardorosas cuestiones de política interna, la imprenta había sido cerrada. Se sucedían días obscuros en aquella casa, donde más de una vez las necesidades llegaron á ser apremiantes. Su hijo Emilio entró á saludarlo en su día, y al besarlo, le dijo:

ita, hoy es su cumpleaños, ¿qué ex
os en la mesa?
o,—contestó el General,—pon una bo
Oporto.
a botella de Oporto fué la que cele
ño el día onomástico del patricio.

General tenía dos debilidades—algu
e tener—que solían hacerlo temible.
ía nunca los libros que le prestaban
ni el dinero que frecuentemente pedí
empleado de la imprenta que encontr
, para dárselo al soldado inválido ó al
o. Para esto su prodigiosa memoria
eterno é irrevocable olvido.
de aquellos días de nuestros íntimos
s, el General entró en la redacción do
ontraba con nosotros José Varas, el
nista parlamentario de *La Nación*. E
mente un fin de mes y habíamos cobra
os sueldos más ó menos cercenados p
de anticipos. El General, dirigiéndose
os, nos hizo esta entrada:
me cien pesos (1).
hicimos los desentendidos porque otra
habíamos sido víctimas de aquellos *sa*

(1) Moneda corriente antigua.

blazos, y dirigiéndonos á Varas, que hacía poco había ingresado al diario y, por consiguiente, no tenía todavía por qué conocer la maña de nuestro patrón, le dijimos:

—*Ché* (1), Pepe, préstale cien pesos al General.

Pepe Varas, echó mano al bolsillo y sacó un billete que se apresuró á ofrecerle, balbuciente de emoción. ¡Qué honor haberle prestado dinero al General!

Salió éste de la redacción y á solas con Pepe, le dijimos:

—Estás embromado, no vuelves á juntarte más con tu dinero si en cuanto venga el administrador no se lo cobras.

VIII

La fortaleza del General para el dolor era tan firme como su fortaleza para las fatigas de las campañas y de su accidentada existencia. No hay caso igual de una fuerza de voluntad, de un dominio sobre sí mismo como el suyo. Se diría un hombre de acero y se diría la verdad.

El general Mitre no lloró jamás en su vida ni delante de los suyos. En las desgracias de la familia nunca se le vió conmoverse ni derramar

(1) Modismo criollo

una lágrima. Era la estoicidad encarnada en organismo privilegiado, fuerte como el grani

Se le creería, pues, insensible para el dol rebelde á esos punzantes sentimientos hun nos que laceran hasta las entrañas más dur se creería que nunca sonaban las fibras bronce en su corazón de gigante.

El General, sin embargo, no era eso. Sólo q sus grandes dolores reconcentrados hacían e plosión allá en la soledad de su viejo dormitor cuando nadie lo veía, cuando estaba absolut mente abstraído en su pensamiento.

No olvidaremos nunca el cuadro que una l mentable equivocación nos deparó y que t sensible como fué nos sirvió para compenetra nos más todavía en aquel organismo bajo toc punto extraordinario.

Acababa de fallecer su hijo Adolfo, ese hij mimado que reproducía no sólo el alma del Ge neral sino su físico. Eran las altas horas d la noche, de la noche callada y solitaria e que la ciudad dormía, preparándose para el bull cio del siguiente día.

La escena de la muerte de Adolfito sólo l presenciaban los de la familia y algunos ínti mos que nos habíamos quedado á pasar la noche

El niño-hombre, terminaba brutal, traidora mente su incipiente, su apenas comenzada jorna da. Era una esperanza, una aurora, una luz, ur

porvenir que se iba. ¡Cruel, despiadado, sarcástico destino!

El General no se había movido un instante de su lecho. Estaba impávido, fuerte, impenetrable como el mismo misterio. Era una estatua viviente.

Depositó un beso en la frente del hijo adorado, y por sus propias manos lo amortajó. No pestañeó ni asomó á sus ojos el conato de una lágrima. Pudo decirse en ese momento que él era el insensible, que él era el muerto.

Cumplió su piadoso, su último deber de padre y se retiró rápidamente á su dormitorio. Allí se encerró á solas con su corazón, con su corazón grande como su gloria.

Momentos más tarde, la necesidad de dar un informe á persona de la familia, nos llevó á las habitaciones del segundo patio de la casa. Equivocamos la pieza y, sin saberlo, estábamos en la del General.

La habitación se hallaba á obscuras, fúnebremente obscura. Apenas penetraba por las rendijas una tenue claridad de afuera. Un grito de "¡quién es!" nos paralizó. Era su voz.

El General, envuelta su cabeza en un gran paño blanco, sollozaba fuertemente, conmovedoramente fuerte, ¡lloraba como un niño!

IX

El General no había sido siempre el h
bre tranquilo, apacible, suave que hemos co
cido en los últimos tiempos. Su carácter
antes mas bien violento, imperativo. Su
era fuerte, sonora, autoritaria. Cuando el Ge
ral se enojaba parecía que tronaba el cañón.

Una vez, se reunían en su escritorio var
miembros caracterizados de su partido, lle
dos para resolver una ardua y compleja cu
tión de política interna. Entre ellos recor
mos á los doctores Delfín B. Huergo, Ruf
de Elyzalde, Juan E. Torrent, José M. Gutiér
y algún otro más. Estos distinguidos ciu
danos iban en nombre del Comité y en
sión confidencial, á indicarle un plan polít
con cuyos detalles difería el General.

Hablaron las personas de la misión, exp
yaron sus vistas, dieron su pensamiento,
sinuaron conveniencias colectivas. El Gene
los escuchaba con atención al principio y d
pués frecuentemente los interrumpía y la c
versación iba caldeándose, porque el ilus
hombre divergía con el plan propuesto.

De pronto tomó la palabra, refutó los ar
mentos presentados, observó, protestó y gri

Fué un grito como una explosión. Los emisarios se reconcentraron, reflexionaron, pensaron, y arrastrados por las energías y los razonamientos del General, se plegaron á sus ideas.

X

Dos antes del jubileo, el 24 de Junio, día de San Juan, el personal superior y subalterno de *La Nación* quiso hacer un saludo íntimo al General anticipándose al del "pueblo soberano", como él lo había llamado en otro momento.

Entonces dirigía el gran diario don Julio Piquet, el brillante y concienzudo periodista que lo había acompañado en su viaje á Europa en calidad de secretario.

Nos tocó en esa ocasión ser por segunda vez intérpretes de los sentimientos de cariño y respeto del personal de *La Nación*, distinción que nunca olvidaremos.

Fuimos todos en un compacto grupo, desde el redactor hasta el repórter, desde el administrador hasta el repartidor, desde el tipógrafo hasta el aprendiz, desde el maquinista hasta el más modesto peón. Eramos más de 250 personas.

Cumplimos el inesperado é imperativo mandato de los compañeros como mejor pudimos.

Subimos luego á la azotea de la casa para q se sacara una fotografía del personal rodeai al General.

Este, empinándose, abarcó de una mirada cuadro, en una mirada llena de intensa sim tía, y exclamó:

—No sabía que hubiese crecido tanto mi milia.

XI

Difícilmente habrá en este país ni se cono que haya sido superado, un fumador del agua te y de la prolongación del general Mit Puede decirse que con su chambergo, el h bano del General era el complemento de símbolo. Hombre superior, lo era en todo, a en su vicio favorito, quizá el único vicio q se le ha conocido en su vida.

Sería realmente original hacer el cálcu estadístico de los habanos que el General h fumado en todos los momentos de su existenci salvo en los últimos años en que por prescri ción médica se vió obligado á suprimir su p sión á consecuencia de ciertos desarreglos q se observaron en su organismo privilegiado.

Una reminiscencia dará idea de hasta dón llegaba el conocimiento que tenían sus íntim del vicio del General. Todos ellos durante u

larga sucesión de años, estaban acostumbrados á obsequiarlo con cigarros. Los principales introductores de Buenos Aires sabían que los mejores habanos que llegasen debían serle reservados. Y no era, que digamos, generoso ni dadivoso, y solamente á amigos de mucha predilección y como un gran obsequio favorecía con alguno de los cigarros de su marca favorita.

Cuando se embarcó para Europa y sus amigos lo acompañaron hasta Montevideo, se produjo un caso verdaderamente curioso y digno de observación. Al subir á la cubierta del *Regina Margherita* que debía conducirlo y mientras hacía sus últimos saludos á la gente que lo aclamaba desde tierra, empezaron á tirarse inacabables cajas de habanos. Parecía en ese momento que la mirada del General se distraía y ponía sus cinco sentidos en aquel obsequio regio. Era quizá el más grato de todos.

Sucedió que, próximo á desembarcar en el puerto de Génova, pasó una prolija revista por sus cigarros obsequiados. Se encontró que llevaba unos tres mil, número y calidad suficientes para el triple de duración de su viaje. Pero, se encontró también, con que no podía introducirlos sin pagar derechos aduaneros y á este respecto las leyes italianas son de una severidad de acero. Si el General hubiese tenido que cubrir los derechos, le habría resultado un desembolso cuantio-

so y quizá no llevaba consigo el importe pa
abonarlos. Fué para él un momento crítico
acaso una de las preocupaciones más intens
de su vida.

Estamos por creer que pocas veces medi
más que en ese solo instante; pero fué rápido
su resolución como lo era en todos sus grand
pensamientos.

El general Mitre fué generoso una vez y p
todas en su vida, tratándose de habanos: reg
ló los tres mil cigarros al comandante del vapo

XII

El General fué cruelmente castigado en su
afectos íntimos y tiernos por los más injusto
designios del destino. Nunca como en los m
mentos de sus grandes tribulaciones de hombr
de esposo y de padre, pudo estar sometido
mayores pruebas el temple de su alma granític
y su estoicismo impenetrable.

En el espacio de treinta años pierde trágica
mente á su hijo Jorge, apenas un niño, soñado
y poeta, corazón de oro; á su vieja madre, da
ma espartana; á su hijo Adolfo, espíritu genti
de cuya alma blanca trascendían claridades d
aurora; á la compañera de su hogar, buena
afectuosa, inteligente é ingénitamente modesta
á Bartolito, á ese Bartolito cuyo espíritu parec

que aun flota sobre los que lo amábamos, porque lo comprendíamos. Y á esta serie dolorosa de los embates contra ese hogar formado para anidar afectos, se añade la muerte de su hermano teniente general don Emilio Mitre, el glorioso en las batallas, donde su valor indomable valía por un ejército, y la de su otro hermano, don Federico Mitre, valeroso como los demás y acaso de los mejores jefes de artillería de su tiempo.

Hemos nombrado el primero á Jorge y en este capítulo dedicado á la vida íntima del General, cabe, para cerrarlo, la página dedicada á su noble memoria por el doctor don José Mª Gutiérrez, en *La Tribuna*, en 1870, y que exterioriza toda la ternura de aquel drama desarrollado fuera del suelo, del sol, de las brisas de la patria.

JORGE M. MITRE

Ayer reprodujimos las palabras que hoy co
pletamos, consagradas por la prensa de Buen
Aires á la memoria del adolescente que aca
de bajar al sepulcro, por su propia deliberaci
á la edad en que para otros el mágico resplan
de la esperanza se alza iluminando los horizon
del porvenir.

Por impenetrable que á veces sea cada u
de estos dramas cuyo secreto se encierra en
tumba, puede encontrar su explicación mor
aun cuando el hecho determinante quede pa
siempre en el misterio.

Al unir nuestra palabra á la de nuestros colega
deplorando la temprana muerte de un joven
grandes esperanzas; al ofrecer este tributo
amistad al que nos ha confiado las últimas cart
y los últimos pensamientos de un hijo malograd
buscamos proyectar un rayo de luz sobre es
acto supremo de la individualidad humana q
dispone irrevocablemente de sí misma, inve
tigando los móviles que á la vez que una expl
cación, puedan presentar una dolorosa enseñan
á la generación joven que asiste á ella.

Jorge Mitre contaba apenas dieciocho años. Sin embargo, su palabra ha dejado recuerdos y su pluma ha trazado páginas que resaltarán más aún dentro del marco fúnebre que las rodea.

Su organización intelectual, como sus sentimientos, su imaginación como su corazón habían adelantado á su desarrollo físico y se hallaban respecto de su edad en una desproporción enorme.

Niño y poeta, volaba sin rumbo por los espacios.

Su imaginación lo llevaba á los mundos imaginarios, que á veces son los mundos ficticios; y su sentimiento, por su fuerza misma, se lanzaba en las rutas extraviadas de la melancolía, donde más de una vez debió encontrarse frente á frente con el tremendo problema del suicidio.

Semejante imaginación, semejante fuerza de sensibilidad, al lado de la voluntad de un niño, debían producir el desequilibrio, haciendo inclinar uno de los platillos de la balanza y dejando caer una existencia en el abismo.

El suicidio debía presentarse á la imaginación del joven Mitre como un acto heroico, y lo era, en efecto, bajo el miraje artificial que él había hecho de la vida y acostumbrado como estaba á buscarla fuera de la vida misma.

¿Por qué muere Jorge Mitre?

¿Hay en realidad una causa poderosa, inmediata y determinante de su acción? No.

Envuelto en una dificultad de aquellas q con frecuencia se presentan en los años juvenil podía la exageración de su estado haberlo co ducido á un acto terrible.

Pero esta explicación está lejos de ser co pleta.

Cuando hay en el espíritu una preocupaci tan superior al hombre que necesita destruirse costa de la vida, la disimulación no se concib el secreto se escapa de los labios al dar al munc la despedida eterna ó la losa del sepulcro pes eternamente sobre ella.

Pero esa causa terrible no existía.

¡Jorge se da la muerte y él mismo no sab por qué!

Tomemos el fragmento de una de las carta que escribe, cuando debía hablar con su alm puesto que lo hacía dirigiendo la palabra, en s instante último, á una de las personas más cara y veneradas de su corazón.

No porque me tiemble el pulso (dice la carta es crita con una mano trémula), dejo de tener el alm entera y en posesión de todas sus facultades.

Muero sin saber por qué.

Soy de mi muerte el único culpable.

El pobre niño no sabe realmente por qué muere.

No había una causa inmediata que lo impulsase al suicidio.

Era la enfermedad moral que venía desarrollándose.

La imaginación hacía estallar el cráneo juvenil en que desbordaba, como las dilataciones del corazón le ahogan dentro del pecho insuficiente para contenerle.

La voluntad, que es el moderador vigoroso de los extravíos del sentimiento y del espíritu, quedaba rezagada en el camino, y la pobre alma acongojada debía caer en una senda fatal, en un momento dado.

¿Cuándo debía ocurrir ese momento?

No se sabe; pero debía ocurrir, si un milagro de la Providencia no salvaba las crisis sucesivas, hasta que, colmados aquellos efluvios poderosos y predominando al fin la voluntad, el hombre hecho hubiera sido dueño de la vida que con tanto despego miraba el adolescente.

Pero, cualquiera situación difícil creaba un nuevo peligro, y entonces, una sugestión imprevista podía determinar el desenlace.

¡Quién sabe si, mientras el joven Mitre, colocado en las condiciones morales que hemos indicado y bajo la preocupación de una contrariedad súbita, no tuvo en la noticia del suicidio de Casaffousth, que llegaba al Janeiro la víspera de su muerte, ese rayo siniestro que le iluminó

de improviso la senda que, tantas veces entr
vista, no se hallaba entonces presente á
imaginación!

El suicidio era para él una cuestión resuel
en teoría tal vez.

No tuvo que pensarlo mucho tiempo.

He aquí la lógica que sugería al pobre niño s
sentimentalismo y su imaginación extremada.

En otro de los papeles sueltos que se encon
traron sobre su mesa se lee:

¿Es el suicidio un crimen?

¡No! no lo es, ni puede serlo, ni considerarse ta
en ninguna manera.

El suicidio es un recurso lógico, natural, indis
pensable.

El suicidio es la muerte.

La muerte es la tranquilidad.

La tranquilidad es el lenitivo de las almas qu
viven intranquilas.

Para el joven no había ya vacilación.

Resuelta la muerte, acaricia su pensamiento y
le viste con los colores del poeta.

Léase este otro pensamiento que deja trazado
en una pequeña hoja del papel.

No detengas tu curso hasta el cielo que te abre
sus puertas, pensamiento mío; vuela á purificarte
en las alturas.

¿Hay nada más tranquilo, más tierno, más dulce

que esta invocación en presencia de la muerte?

No hay prueba más evidente de que el joven Mitre moría en la plenitud de sus facultades, abrigando hasta el último momento los sentimientos más generosos de un corazón elevado y puro.

¡Murió sintiendo, pensado, cantando y llorando, como un niño estoico por la imaginación y un hombre futuro que se encerraba en él!

Su cuerpo ha sido encontrado sobre su cama en la posición del que estando sentado, se siente rendido por el sueño y se deja caer blandamente de espaldas cruzando las manos sobre el pecho. Una de esas manos conservaba aún el arma fatal.

Si al dirigir la vista á la eternidad, vemos al joven encararla tranquilo y sonriendo, cuando vuelve la vista á las ilusiones que deja, no vemos en ella el sello de la amargura y la desesperación. Es la pasión que habla todavía su lenguaje poético.

El niño canta y escribe estos fragmentos truncos, que reproducimos textualmente:

Escucha! es el suspiro postrer del alma mía
Que quiere al apagarse golpear tu corazón
La nota amortiguada, recuerdos de otro dia,
Que mi laúd desprende...

No me mires así: vierten tus ojos
Un fuego abrasador que me deslumbra;
No me mires así, porque en mi pecho
Levantan tus miradas una tumba.

Todo pasó!... Las muertas ilusiones
Sólo dejan tras ellas luto y llanto.
Todo pasó!... Recuerdos confundidos
En los vagos celajes del pasado.

La pluma del joven poeta se detiene en esta línea.

Un recuerdo tierno y grave la deja embargada.

El joven Mitre escribe en el mismo papel de que hemos copiado las anteriores líneas:

> Hijo, Dios te bendiga!... entre mis brazos
> Quizá no vuelvas...

No sabemos qué reminiscencias envuelven estas palabras ó si la fantasía ardiente del joven se las sugería, haciendo hablar á las sombras que pasaban en los cuadros de su imaginación.

De todas maneras ellas se refieren á su desolado padre, cuyo retrato en fotografía se encontró en tierra, á pocos pasos del cadáver de su hijo y en testimonio de que todos los sentimientos puros habían tenido su eco hasta el último momento en aquel joven corazón.

En el último momento aparta dulcemente esos recuerdos, como un amigo que se desprende de los brazos de otro amigo y escribe:

> *¡Consumatum est!*
> ¡Silencio! ¡todo es muerte! bajo el túmulo
> Esa alma descarriada se durmió!

Alma descarriada se llama el pobre Jorge!

Empezaba á comprender que el sentimiento y la imaginación le extraviaban; pero su voluntad

tenía la energía suficiente para reaccionar preferia dormir, como los que duermen sobre hielo, para no despertarse nunca.

La idea de otro género de extravíos no se resentaba á su espíritu.

Por el contrario, descendiendo á la profundidad de su alma, en aquel momento supremo, su conciencia que interrogaba al sentimiento, hallaba esta respuesta: soy bueno y puro!

Esta convicción sincera la vemos revelada en las siguientes cartas que dejaba escritas para el general Paunero.

CARTA AL GENERAL PAUNERO

General:

Cuando estas líneas lleguen á sus manos, mi vida será un recuerdo, mi nombre una repercusión; solo mi espíritu revivirá en las alturas!...

He sido bueno, porque no he prostituído mi alma. Las lágrimas que por mi causa se han derramado en el mundo, he querido siempre enjugarlas sobre la misma mejilla que humedecían.

Mi madre, mi padre, mi familia, á todos los he amado. Mis amigos, á todos los he respetado.

General, mi espíritu se turba.

Jorge.

OTRA CARTA AL MISMO

General:

Dos cartas dejo escritas sobre mi mesita: una para mi madre, y otra para mi padre

Le suplico que las mande á Buenos Aires en primera oportunidad, porque ellas preservan á usted de la responsabilidad que se le pudiera atribuir después de mi muerte.

Lo he venerado y lo he respetado siempre, general; al dejar el mundo sólo llevo gratitud y cariño para su modo de ser para conmigo.

Consuele á la pobre mamita! justifíqueme á los ojos de los que me condenen, sin sondear el caos de sentimientos que se arremolinan en mi corazón.

Déle un abrazo á Leonor y sus chiquitos.

Jorge.

El doctor Octaviano, al apresurarse á presentar al general Mitre el testimonio de su pesar por aquel acontecimiento desgraciado, le dice lo siguiente:

Río Janeiro, Octubre 21 de 1870.

En el momento en que V. E. va á recibir un gran golpe, puede tal vez servirle de consuelo que sus amigos en esta corte desearon haberlo podido evitar, y que tomaron parte en la profunda pena de una familia digna de mejor suerte.....

.....

El pobre joven empezaba á ser acogido y podía haber sido feliz entre nosotros, cuando un incidente de juventud vino á afligirle, y él por su pundonor se dejó arrastrar á la fatal extremidad que deploramos todos! Fué general el sentimiento de la sociedad brasileña, comprendiendo el dolor que tan triste suceso debe producir á V. E. y á su digna consorte.

El general Paunero, á cuyo lado se hallaba el joven Mitre, como agregado á la legación de Río Janeiro, que le conocía desde niño y que era juez de los sucesos que precedieron á su muerte, al hablar de los últimos sentimientos que ocupaban á Jorge, tiene esta sola palabra que reasume las nuestras:

¡Alma generosa!

He aquí un párrafo de la carta del general Paunero al doctor Elizalde:

Río Janeiro, Octubre 22.

En las cartas que ha dejado escritas (Jorge Mitre) antes del trance terrible deja consignado que sus últimos pensamientos los consagró á tres personas: su padre, su madre y yo. A mí me trata con la misma ternura que á su propio padre. ¡Alma generosa!

Terminaremos estos extractos con el de la carta que el general Paunero dirigió al general Mitre remitiéndole las cartas póstumas de su hijo.

Su dolorosa elocuencia hace superfluo todo comentario.

Río Janeiro, Octubre 10 de 1870.

Mi muy querido amigo:

Prepare su alma, mi querido Mitre, para recibir el mayor golpe que en su vida azarosa de hombre de guerra y de Estado ha podido depararle el cielo.

¡Jorge ya no existe!... Cómo ha dejado este mundo, mejor que lo que pueda explicar, lo dice él mismo en las cartas adjuntas que dejó para mí y para su excelente y desgraciada madre, pues la que dice haber escrito para usted no ha aparecido.

Cuando ocurrí al teatro de la tragedia, le encontré ya rígido, enteramente vestido con la ropa con que había salido á la calle, recostado al través de la cama como si durmiera, apoyando un pie en el suelo y el otro pasado por encima, oprimiendo con las dos manos contra su pecho el arma homicida, como si la acariciase, y cuya boca aun apuntaba á la sien.

Sobre el velador que estaba á la cabecera de la cama, encontramos una carta abierta para mí; sobre el tapiz y á sus pies una fotografía de usted, colocada en un óvalo dorado que hacía pocos días había comprado en una tienda, circunstancias que me hacen ver, con lo que me dice en su carta, que sus últimos pensamientos fueron para su padre, su mamita y también para mí.

¡Así muere Jorge Mitre!

¡Pobre niño!

Ayer no más se le veía de la mano de sus padres, sonreir y admirarse á las primeras impresiones del mundo, pidiéndoles, con su mirada, un consejo y una explicación.

Muy pronto, demasiado pronto, quiso tomar esa explicación del mundo mismo, llevado por el impulso de la fuerza latente y poderosa que se agitaba en su ser.

Sucumbió como el alquimista, al estallido de los elementos que hubieran dado la ciencia y el progreso, si no los hubiese arrojado prematuramente al crisol una mano inexperta.

Rindamos culto á esa vida juvenil que se troncha, á esa esperanza del porvenir que se pierde, á esa inteligencia poderosa que se esteriliza, á ese corazón joven y bueno que se enfría, á ese dolor incurable que deja en pos de sí este drama que viene á ser también una lección para la generación contemporánea, del que acaba de separarse de ella antes de haber cumplido su destino.

Jorge Mitre, cuya biografía moral hemos condensado, puede reasumirse en esta idea:

La vida, gobernada por la imaginación y el sentimiento, antes que la voluntad, el carácter y la edad misma la hayan emancipado de sus tutores naturales.

Jorge Mitre, repetimos, al morir, lega á sus jóvenes amigos este ejemplo terrible pero fecundo de los resultados que puede producir el desequilibrio, que con tanta frecuencia se observa en la organización moral exuberante de la juventud americana.

Lloremos su pérdida y honremos la memoria del que, hasta en sus últimos momentos, estaba destinado al sacrificio generoso que lo inmola

en aras del ejemplo y enseñanza de los demás, y que fiel al culto de la inteligencia y del sentimiento que encerraba en sí, murió pensando y sintiendo, mártir de sí mismo! Por eso su última palabra es: "Muero sin saber por qué!" porque él mismo no había alcanzado á comprender la vida, ni á comprenderse á sí mismo!

El camino de su existencia queda marcado con páginas luminosas y fugitivas, como el rastro fosforescente que deja en pos de sí la nave arrastrada al abismo por el brazo formidable de las tempestades.

MITRE POPULAR

MITRE POPULAR

I

La popularidad del general Mitre es legendaria en este país. Ninguna se le ha acercado ni habrá en lo sucesivo otra que se le aproxime. Era un hombre que estaba en el corazón y en el pensamiento de todos, á través de las tres generaciones á que ha asistido en cuerpo y espíritu. En los hogares porteños fué tradicional de abuelos á padres y de padres á hijos, oir familiarmente el nombre de Mitre, inculcarles sus altas virtudes, referirles sus hechos, recitarles las ardientes proclamas de sus primeras campañas, enseñarles desde sus balbuceos infantiles el grito de ¡viva Mitre! que era decirlo todo: ¡Patria, Historia, Justicia, Probidad, Ciencia, Gloria!

La popularidad del general Mitre empezó á diseñarse desde los comienzos de su triunfal carrera y lo mismo en el sitio grande de Montevideo que en las trincheras de Buenos Aires, que al regreso de Pavón precursor de la organización y unidad nacional, que al de su vuelta del Paraguay, general victorioso de las batallas

y de la estrategia, en todos esos momentos fué como hasta el instante de su muerte el amado de su pueblo.

Pero su popularidad se acentuó y engrandeció allá en 1874, cuando surgió nuevamente su candidatura para la presidencia de la República. Empezó á ser aquello un verdadero delirio y los que conservan todavía su memoria ágil y sus recuerdos frescos, no olvidarán jamás las famosas manifestaciones del antiguo teatro de Variedades de la calle Esmeralda, en cuyas asambleas presidía siempre su imagen rodeada de banderas argentinas. Era entonces que los grandes tribunos de la talla del doctor don Eduardo Costa y los elocuentes oradores como los doctores Norberto Quirno Costa, Juan Carballido, Enrique Santos Quintana, José Antonio Terry, Francklin Livingston, Oscar Liliedal, Adolfo Lamarque y tantos otros que escapan á la memoria, pero entre quienes no olvidamos á don José Fernández, "don Pepe el de la Boca", como se le llamaba entonces, y cuyo tipo físico de caudillo popular con su larga barba canosa tenía cierta semejanza con el del noble, caballeresco y nunca bien llorado doctor Leandro N. Alem, lanzaban notas vibrantes de respeto y de cariño hacia el candidato de las predilecciones porteñas.

Las manifestaciones del teatro de Variedades,

no terminaban ahí. Las gentes se desbordaban por las calles, invariablemente por la de Florida y con bandas de música y banderas desplegadas al frente, iban á rematar en la casa del General. Allí, en la histórica morada, su anciana madre doña Josefa Martínez de Mitre, se sentaba en la sala de una sola ventana que da á la calle en dirección á la de Cuyo, y presenciaba conmovida las ovaciones á su hijo, escuchando sus ardorosas y entusiastas arengas. La anciana señora asistía, desde entonces, á la apoteosis popular del General.

Uno de esos días fué á saludarlo una gran manifestación de la juventud de Buenos Aires. Al verle aparecer en la puerta de su casa, el clamoreo fué imponente. Mitre descubriéndose, dijo estas palabras en su discurso:

"Sois una aurora que iluminará los horizontes lejanos y el porvenir de la patria."

Y uno de los presentes, le interrumpió, gritando:

—Y vos, General, sois el Washington de la América!

II

Ultimamente, en su rápido regreso de Europa, el general don Lucio V. Mansilla escribió un artículo en un diario de esta capital, diciendo

que en este país, dos hombres habían sido populares entre las mujeres: uno el general Mitre; el otro, él.

La referencia al general Mitre era históricamente exacta. Jamás ha habido una popularidad parecida á la suya entre las mujeres de todas las clases de la sociedad. Las manifestaciones de damas que se han sucedido en la casa de la calle San Martín no tienen precedente ni lo tendrán jamás. Llevaban algo más que entusiasmo: fanatismo

Nunca olvidaremos entre nuestros recuerdos, el día del funeral en la Catedral á la memoria del coronel don Nicolás Calvete, uno de los más intensos partidarios del General y á cuyas exequias fúnebres éste había asistido. Tres cuadras compactas de la calle San Martín las ocupaban las señoras acompañándolo hasta su domicilio. Las damas daban vítores, agitaban sus pañuelos y levantaban sus abanicos. Al llegar á la puerta de su casa, una de ellas, doña Ventura Díaz de Trejo, que sentía adoración por el General, le estrechó la mano con la suya enguantada. Al día siguiente, esta noble dama mandaba hacer expresamente un cofre de roble para guardar como una reliquia el guante que había tocado el General.

III

Hemos nombrado á la señora Ventura Díaz de Trejo y no podemos resistir á la tentación de consignar otro episodio que proclama la popularidad del general Mitre entre las damas, por más que esta reminiscencia se liga á uno de los más íntimos y perdurables afectos de nuestra vida.

Estallada la revolución de 1874, la señora Díaz de Trejo esperaba victorioso al general Mitre en Buenos Aires. Con una anticipación que sólo podía disculpar su veneración por el gran hombre, empezó á prepararle una recepción seguida de baile en su espléndida casa de la calle Cangallo esquina á Talcahuano. El marido de la dama era un santiagueño de alcurnia, pero enemigo político de Mitre: era "alsinista" furioso. Pueden suponerse las escenas que se producirían frecuentemente en aquel matrimonio de dos personas vinculadas eternamente por el cariño, y las discusiones que se armarían entre ellas, sin pasar, naturalmente, de la más exquisita cultura, terminadas invariablemente en un abrazo y un beso.

Entre los números del programa de la fiesta en honor del General, figuraba como primero

el Himno Nacional más bien arreglado que ha existido, obra del maestro Zachetti. La copia musical de este himno había sido tomada por José Varas, siendo entonces relativamente joven y debía tocarlo en el piano la que es nuestra compañera de hogar.

Los sucesos lo dispusieron de otra manera; la señora Díaz de Trejo sufrió una enfermedad, felizmente no de cuidado, y la copia del Himno Argentino con que debió ser saludado el General la conservamos todavía entre nuestros papeles como una reliquia.

IV

El año 1893 el General volvía de Chile, adonde se había trasladado con el propósito de recoger personalmente y sobre el terreno, algunos datos comprobatorios para su Historia de San Martín.

Era un día nublado y una llovizna menuda y persistente molestaba á las gentes que andaban por las calles.

En esa ocasión, como en tantas otras, el pueblo se había reunido en los alrededores del Puerto para tributar una de las tantas manifestaciones de simpatía y respeto á que el General estaba acostumbrado, familiarizado. Mezcladas en la columna popular había muchas

damas de la alta sociedad bonaerense que también querían ser de las primeras en saludarlo.

Estábamos ese día en su despacho, con el entonces intendente don Torcuato de Alvear, ese intendente prodigio que tuvo el génio creador de hacer la obra tan combatida y, por fin, triunfante, que hoy más enorgullece á la gran metrópoli. El intendente Alvear observaba, á través de las celosías de su despacho, sobre la plaza de Mayo, el movimiento popular que se desarrollaba en la calle. De pronto, el general Mitre desembocó por la de Rivadavia y Reconquista, á pie, como un triunfador, aclamado por el pueblo que lo escoltaba. El intendente Alvear se conmovió y asomando una lágrima á sus ojos, chicos pero vivaces y penetrantes, que tanta expresión daban á su fisonomía patricia, exclamó:

—¡Ese es un hombre; esa es popularidad!

La columna siguió por la calle San Martín, camino de la casa del General. Las aclamaciones no cesaban y desde algunos balcones se arrojaban flores sobre el ilustre viajero por damas estusiastas. Era aquello un delirio.

El General llegó á su casa y penetró en el gran salón de visitas para recibir los saludos. Nosotros nos habíamos incorporado á la columna.

La primera en acercarse á saludar al Ge-

neral fué su admiradora é invariable ami
Cornelia Pizarro. Abriéndose paso, á fuerza
codo, á través de la concurrencia que llen
la sala, lo abrazó y, luego, tendiéndole la ma
le dijo:

—General, un apretón de manos.

El, alargándole la suya, le contestó:

—Consecuente hasta en el mal tiempo.

Aludía al día destemplado y lluvioso.

V

El año 1876 estaban enardecidas aún las pas
nes políticas en la Capital. Se había desarrolla
la lucha de la renovación de la presidencia
la República, en que actuaron dos grandes y
derosos partidos populares: el Nacionalista,
que era jefe y había levantado la candidatu
del general Mitre y el Autonomista, que pre
gió la de su inolvidable y caballeresco caud
doctor don Adolfo Alsina, á la sazón minis
de la guerra en el gobierno de Avellaneda.

Era aquella, realmente, una lucha sober
y cálida del civismo argentino. Allí no ha
indiferentes ni rezagados. O "mitrista" ó "al
nista" era la disyuntiva, y nadie, absolutam
te nadie, se abstraía de sus opiniones: des
el anciano hasta el adolescente, desde la da
encumbrada hasta la mujer del pueblo, desde

poderoso hasta el humilde. La prensa de aquellos tiempos echaba chispas y diario adversario hubo que no sabiendo ya qué decir contra Mitre, pedía "que su cabeza fuese colgada en los faroles públicos".

Acercándose el 4 de Julio, día del aniversario de la independencia de la gran república del Norte, el partido alsinista, con el objeto más de propaganda y de exhibir sus fuerzas que por el suceso á conmemorarse, organizó una manifestación al ministro acreditado, general Osborn, cuya legación estaba en la calle Lavalle entre Florida y San Martín, precediéndola de anuncios y proclamas entusiastas. Los mitristas, á su vez, sin hacer una propaganda pública, pero pasándose rápidamente la palabra, proyectaron una contramanifestación que debía realizarse en el mismo sitio, delante de la Legación. Se sabía que el general Mitre pasaría á saludar al ministro de Norte América.

Desde horas antes de la cita, la cuadra de la calle Lavalle empezó á llenarse de gente, formándose dos grandes grupos distintos y separados: el mitrista y el alsinista. Estos grupos fueron aumentando en volumen hasta ofrecer las proporciones de dos verdaderas pueblada. Los gritos, los apóstrofes, los enconos, se cruzaban de parte á parte y al "¡Viva Mitre!" se contestaba: "¡Muera Mitre!" y al "¡Viva Alsina!"

"¡Muera Alsina!" Se temía, se veía venir por momentos, un terrible choque.

De pronto, se detuvo un carruaje de gala delante de la Legación. Era el presidente Avellaneda que llegaba acompañado del doctor Alsina, su ministro de la guerra.

Fué aquél un momento difícil. Mientras sus partidarios vitoreaban al doctor Alsina, los adversarios contestaban con un colosal "¡Viva Mitre!" A no ser una seña enérgica de Alsina á sus amigos recomendándoles calma, el choque temido se hubiera producido.

Ya estaban adentro y en los salones de la Legación Avellaneda y Alsina, cuando en otro carruaje llegaba el general Mitre. Sus partidarios lo aclamaron en un estupendo grito y palmoteos de mano, mientras los adversarios vociferaban. Ese fué otro momento crítico de aquél memorable día.

Mientras los tres personajes, ya desaparecidos é históricos, cumplían arriba su deber de cortesía con el ministro de la gran república, el pueblo, abajo, clamoreaba. Pero entonces se observó algo verdaderamente curioso. Y fué que, los alsinistas cedían, raleaban sus filas, empezaban á retirarse, dejando libre el campo, casi en absoluto, á los mitristas.

Poco después bajaban la escalera para tomar su carruaje, de regreso, Avellaneda y Alsina.

Un formidable "¡Viva el general Mitre!" los saludó. Los pocos alsinistas que quedaban formando grupo se arremolinaron y amagaron un ataque de avance sobre sus adversarios. Había quizá llegado el momento del entrevero temido. Entonces fué que el doctor Alsina, tomando por la cintura al doctor Avellaneda, y casi cargándolo, lo metió rápidamente en el carruaje. Y él, soberbio, altivo, dominador, echándose al brazo su sobretodo y su histórica y puntiaguda galera á la nuca, se precipitó al medio de la calle y abriéndose el frac, increpó á los adversarios, arengó á los suyos brotando chispas de fuego de sus ojos pequeños y penetrantes, como hoja de fino acero, y dominó solo, solo y magnífico, el tumulto. El doctor Alsina había salvado la situación del momento.

Volvió al carruaje, se reunió al presidente Avellaneda y el coche partió.

Los mitristas quedaron dominando, porque los alsinistas se habían retirado al hacerlo su jefe. La muchedumbre pedía á gritos la salida al balcón del general Mitre. No se pensaba que se estaba delante de una legación extranjera. Era aquello irresistible y el General se vió obligado á acceder, asomándose rápidamente al balcón. El pueblo estalló en un prolongado aplauso.

La salida del General de la Legación fué algo

como un desbordamiento. Quiso tomar su carruaje, pero el pueblo lo arrebató. Y, aclamado, apretado, estrujado, fué conducido en triunfo por la calle Florida hasta Cuyo y por ésta hasta su casa. Unas cuantas veces, durante el trayecto, vimos al General guarecerse en los zaguanes de algunas casas para substraerse á las apreturas: estaba sofocado. Ese día se puso á dura prueba su resistencia extraordinaria.

Entre tanto, la manifestación alsinista se había convertido en una ovación mitrista.

VI

El viaje del General á Europa fué motivo de una manifestación del pueblo de Buenos Aires, otra más de la interminable serie, á la casa de la calle San Martín.

Llegaban ese día en procesión cívica millares de hombres de todas las clases de la sociedad bonaerense movidos por el mismo sentimiento de respeto é intenso cariño, que fueron siempre la característica de las grandes ovaciones populares tributadas al patricio.

El General apareció en los balcones de *La Nación*, rodeado de los miembros de su familia y de un grupo de amigos íntimos que lo acom

pañaban en ese momento. Cubría la cabeza su histórico chambergo, el símbolo inolvidable de Mitre-Pueblo.

La aparición del ilustre hombre, provocó una ovación clamorosa, repetida y prolongada, en el espacio de las varias cuadras que ocupaba la gran columna. Fué un "¡Viva Mitre!" colosal, repetido al unísono por 50.000 ciudadanos. Instintivamente y como si fuera una consigna, aquella enorme masa se descubrió, soportando los rigores de un sol quemante.

El, á su vez, descubriéndose, gritó más que dijo, con una voz terminada en los agudos de su oratoria exclusivamente personal, voz que recordaba la del mando en los campos de batalla, estas palabras:

"Todo el mundo cubierto, menos el orador que se dirige al pueblo soberano."

Esas palabras fueron una orden.

La multitud se cubrió inmediatamente, obedeciendo á algo así como á un mandato superior.

El general Mitre, con una sola frase, se había impuesto á una muchedumbre.

VII

Los días que precedieron al jubileo del General, en 1901, puede decirse que estuvieron con-

sagrados exclusivamente al gran acontecimiento nacional.

Era una verdadera preocupación pública encontrar la mejor forma de honrar al prócer en su 80° aniversario onomástico, y las ideas y los proyectos se reproducían hasta lo infinito.

Fué en esas circunstancias que el diario *El País*, fundado y dirigido entonces por el doctor don Carlos Pellegrini, tuvo la acertada idea de abrir un concurso público para que todos pudieran aportar sus ideas, relacionadas con el suceso patrio.

El concurso de *El País* llegó á alcanzar proporciones inusitadas, realmente imprevistas. Al principio, la colaboración popular se inició con cierta timidez, pero, poco á poco, fué tomando un desarrollo extraordinario hasta obligar al diario de referencia á tener que dedicarle columnas enteras y á veces más de una página.

En ese concurso propiamente plebiscitario, puede decirse que nadie dejó de colaborar y aún se recuerda las interminables ideas lanzadas. De todo entró allí y todo bajo las inspiraciones del más acentuado cariño hacia el preferido de las multitudes. No ha habido ejemplo de un movimiento de opinión semejante, en esa forma nueva y original entre nosotros.

Cuando el concurso terminó, pudo calcularse

en más de veinte mil las ideas y los proyectos lanzados. Fué aquello enorme.

VIII

La popularidad del general Mitre queda consagrada en los capítulos anteriores; pero lo que se ignora es de dónde y por qué provenía.

Tenemos la referencia de persona de la intimidad del que fué presidente de la República, doctor don Nicolás Avellaneda, y á quien el mismo General se la había contado.

Allá por los años en que el General, siendo muy joven, empezó á descollar, existía en Buenos Aires un coronel Moore que se había impuesto por sus bravatas á todos, siendo frecuentes sus provocaciones y agresiones personales.

El entonces casi adolescente Mitre, escribió un artículo furibundo que publicó en un periódico de la época bajo su firma, poniendo de oro y azul, al iracundo coronel y, no contento con esto le mandó sus padrinos en vez de esperar á recibirlos.

El coronel amainó y se tragó silenciosamente aquella provocación directa y personal. El General le había muerto el punto.

Y desde entonces empezó la popularidad del general Mitre hasta ser glorificado en la vida y en la muerte.

MITRE PATRIOTA

MITRE PATRIOTA

I

Las pasiones políticas embravecidas que siguieron á la revolución de 1874, amenazaban traer una nueva revolución al país. El partido nacionalista, que dirigía el general Mitre, conspiraba del 77 al 78 y después de varias tentativas aplazadas el estallido se aproximaba. Esto lo sabía el entonces presidente de la República doctor Avellaneda y muy especialmente su ministro de la guerra doctor don Adolfo Alsina. Las cosas habían llegado á un extremo en que se conocía hasta el día definitivamente fijado para que la revolución estallase en las calles de Buenos Aires.

Fué entonces que una personalidad patriota y bien inspirada por la felicidad del país, el inolvidable doctor don José María Moreno, tomó rápidamente la iniciativa de lo que se llamó la política de "conciliación". El general Mitre fué visto de los primeros para entrar en ella y entrevistarse con el presidente Avellaneda en el domicilio del intermediario y, luego, con su ministro Alsina. El General, que invariablemente

fué un patriota en toda la alta acepción del concepto y tuvo siempre horror y repugnancia á la guerra fratricida, se prestó inmediatamente á secundar la nueva política, aun á despecho de las opiniones de los principales miembros de su partido, que se oponían enérgicamente á toda conciliación.

Los momentos eran apremiantes y no había instante que perder; en resumen, la conciliación se hizo pactada directamente por el General. Cuando la noticia llegó al entonces Club Argentino, foco de la revolución, la protesta brotó casi unánime y en la efervescencia de esas horas, el retrato del General fué arrancado violentamente de la pared y pisoteado en el suelo.

Pasaron algunos días de esa escena y á iniciativa de la Bolsa de Comercio de Buenos Aires, representativa de las clases conservadoras del país, se organizó un gran *meeting* para saludar colectivamente á los doctores Avellaneda y Alsina, general Mitre y gobernador de la provincia, don Carlos Casares, que había puesto también su esfuerzo y patriotismo al servicio de la nueva política.

Ese *meeting* resultó uno de los más imponentes que hasta entonces se hubieran celebrado en Buenos Aires. Eran, por lo menos, 50.000 ciudadanos congregados en una colosal columna. Los personajes nombrados debían ser saluda-

os en la vieja casa del gobernador Casares, en calle de las Piedras, donde estaban invitados. Al aproximarse la gran columna popular á casa y sentirse los vítores y aplausos de la olumna, se colocó en el segundo patio una ran escalera para que los cuatro personajes ubiesen á la azotea. En ese preciso momento, l general Mitre, que no conocía bien la casa, e había extraviado en una de las salas interiores. El doctor Alsina lo buscaba con la mirada y no encontrándolo, exclamó:

—Este General, anda "boleado".

Por fin, se le encontró. Al pie de la escalera fué una lucha de galantería entre Mitre y Alsina sobre cuál de los dos debía subir primero. El doctor Alsina, con ese gesto y esa sonrisa que dominaban á sus partidarios, exclamó:

—El primero, usted, Genéral; después yo.

Así se hizo. Mitre y Alsina treparon la larga escalera con agilidad de muchachos.

Al tocarle el turno al presidente Avellaneda, éste titubeó algunos instantes mirando hacia arriba; pero al fin subió. El gobernador Casares fué el último en hacerlo.

Allí, en la azotea, delante del pueblo que los aclamaba, fué cuando el noble doctor Alsina tuvo en su discurso quizá la frase más elocuente de toda su vida de orador popular:

"¡Desgraciados los que se opongan á la po-

mesa de noche y al lado de la cama una silla de esterilla. No se veía ningún otro mueble en la habitación. Y allí nos recibió el general.

Conversamos largo sobre sucesos y hombres políticos y confesamos que nos sorprendió la vivacidad del general y su perfecto conocimiento de todo lo que acontecía en la República. Llegamos, por fin, al punto principal de la entrevista y, entonces, concretando su pensamiento, nos dijo:

—Yo atribuyo la renuncia del general Mitre á impaciencias, á precipitaciones de sus propios amigos. Han querido que gobierne antes de ser gobierno y que arregle desde ahora tal ó cual situación local que les desagrada.

—¿Ha estado usted con el General?

—Sí, hace algunos días; y al interrogarle sobre si era cierto que había renunciado su candidatura, me contestó:

—"No, no he renunciado una candidatura; he renunciado la presidencia de la República."

—Y así es,—continuó diciendo,—el General Mitre no ha renunciado su candidatura sino la presidencia, porque él, y nadie más que él era el presidente de la República. Yo estaba dispuesto á abandonarle todo y á dejarle libertad completa de organizar el gobierno como quisiera y aún alejarme á Europa para no estorbarlo.

Nos aventuramos á ser un tanto irreverentes, tomándonos esta confianza:

—Vea, general, usted es un hombre que tiene que luchar contra la incredulidad pública. Se hincaría usted delante de la pirámide de Mayo, juraría todo lo que nos está diciendo y nadie se lo creería.

El general Roca se agitó nerviosamente, tomó una expresión seria y enérgica y dejando caer su puño cerrado sobre la mesa de noche, exclamó:

—¡Habían de creer ó reventar!

III

La revolución popular de 1880 había sido contenida por las armas nacionales en los combates de Puente Alsina y Barracas.

La alarma cundía en las filas revolucionarias y los batallones que habían venido de todos los pueblos de la Provincia empezaban á reunirse en la ciudad, en un movimiento de concentración. Eran esos, tristes y solemnes momentos.

El general Mitre estaba personalmente distanciado del gobernador de la Provincia doctor don Carlos Tejedor. El doctor Tejedor, en un documento oficial dirigido á uno de los ministros nacionales, había estampado aquella fa-

mosa frase de que el presidente de la República era un "huésped" en la entonces capital de la Provincia. El general Mitre, que ante todo y sobre todo fué eminente y profundamente nacionalista, como que obra suya era la obra de la unificación nacional, escribió con ese motivo un violento artículo en *La Nación* protestando contra el calificativo de "huésped" y sosteniendo que el presidente de la República jamás lo era en cualquier punto del territorio del país, desde Buenos Aires hasta Jujuy. De ahí, de esa actitud del General, databa su distanciamiento con el gobernador de Buenos Aires.

Pero los momentos, repetimos, eran solemnes. La revolución estaba dominada y era indispensable hacer inmediatamente la paz. El general Mitre buscó entonces un intermediario común y le dió esta comisión:

—Vaya usted en busca del gobernador de la Provincia y dígale que, desde este momento, estoy completamente á sus órdenes.

El emisario se trasladó sin pérdida de tiempo á la casa de gobierno. Allí encontró al doctor Tejedor, solo, absolutamente solo en su despacho, reconcentrado y pensativo. Llenó su misión rápidamente y esperó. El doctor Tejedor le apretó conmovido la mano y le contestó:

—Diga usted á mi noble amigo y compa-

triota, general Mitre, que acepto su ofrecimiento y que, desde este momento, es el comandante en jefe de la plaza. ¡Sólo él puede ponerse á la altura de la situación!

Al día siguiente, más ó menos á las siete de la mañana, el general Mitre montaba á caballo en la puerta de su casa, acompañado de dos ayudantes. Vestía de particular, cubierta la cabeza con su clásico chambergo. No llevaba espada al cinto. Sólo un latiguito con mango de plata. Salía á recorrer la línea de trincheras.

Aproximadamente á la una de la tarde estaba de vuelta. Un numeroso grupo de personas, estacionadas en el zaguán de la casa, esperaba su regreso. Al verlo llegar todos lo rodearon interrogándolo ansiosamente con la palabra y la mirada. El General contestó lacónicamente:

—¡No hay nada que hacer; todo está perdido!

En la tarde de ese mismo día memorable, el General tomó un carruaje y se dirigió á Belgrano, donde accidentalmente se encontraba instalado el gobierno presidido por el doctor don Nicolás Avellaneda. En la casa quedaba una enorme concurrencia esperando el regreso del General. Había una espectativa realmente impresionante.

Las horas, entretanto, pasaban, y el Gene-

ral no volvía. La ansiedad era enorme. Había quienes presentían se le hubiese tendido una celada. Dos hombres de buena voluntad, montados á caballo, partían á cada rato, y á galope tendido, hasta la calle Santa Fe para ver si divisaban el carruaje y traer noticias.

En esos momentos, uno de los del grupo, profundamente conocedor del General, dijo:

—No se alarmen; á estas horas el general Mitre estará tomando té con el presidente Avellaneda y pactando la paz.

Y así era, en efecto. Al salir de Belgrano el general Mitre, el doctor don Carlos Pellegrini que estaba en la casa del presidente, exclamó:

—¡Sólo un hombre de su grandeza moral ha podido hacer esto!

Serían, más ó menos, las once de la noche, cuando el General daba la vuelta á su casa. El público, aglomerado en el zaguán, lo interrogó ansiosamente. El General, impasible y sereno, se limitó á contestar textualmente:

—"Está todo arreglado con honor para todos. No hay vencedores ni vencidos. La paz queda hecha."

Y se retiró rápidamente al interior de su casa.

IV

Las relaciones entre el general Mitre y el doctor don Vicente Fidel López, el hijo glorioso del autor de la letra de nuestro himno patrio, no fueron, como se sabe, en los últimos tiempos, precisamente armónicas. Habían surgido entre esos dos hombres superiores divergencias sobre distintos puntos de la Historia Nacional que mantenían flojos los vínculos de la amistad anterior, y aún establecido un distanciamiento personal. A la Historia Nacional del doctor López, el General había contestado con sus Comprobaciones Históricas, que tuvieron gran repercusión por aquel entonces. Era un duelo entre dos potencias de la intelectualidad argentina.

Asistíamos un día, el personal de *La Nación,* á una simpática fiesta ofrecida por Emilio Mitre en el Tigre-Hotel, cuya construcción había dirigido como ingeniero. Era una amable fiesta del compañerismo y la amistad. Invitado á ella concurría el hijo del historiador, el malogrado Lucio Vicente López, veraneante en una quinta de la pintoresca villa.

Estábamos sentados á la mesa en medio de una bulliciosa y expansiva animación. El contento era la nota saliente en aquella reunión

de personas de significación social, intelectual, política y periodística. El doctor López, sentado á la derecha de Emilio Mitre, encantaba con su conversación cáustica y sutil, que era su nota, y mezclaba á su verba inagotable anécdotas y cuentos deliciosos.

De pronto, observamos que por las aguas del tranquilo río, flanqueado por sus árboles gallardos y risueños, avanzaba una lancha conduciendo dos personas en dirección al sitio de nuestra fiesta. La curiosidad hizo que todas nuestras miradas volcasen sobre la pequeña embarcación. ¿Quiénes podían ser? Unos momentos más y una exclamación de alegría agitó nuestros corazones é hizo palmotear nuestras manos. Su chambergo, su popular chambergo, lo había descubierto; era el general Mitre que llegaba acompañado del comandante Portunato, su antiguo ayudante.

La recepción al General fué entusiasta; una ovación. Se le tributaron los más altos honores debidos á un gran ciudadano. Estaba, desde ese momento, en su casa y entre los suyos.

La comida se prolongó en el mismo ambiente de amabilidad y deliciosa *causerie* con que se había iniciado. Llegó el momento de los brindis y fué entonces que Lucio Vicente se puso de pie y conmovido y elocuente, hizo uno en honor del General y de su obra.

Este, á su vez, se levantó y contestó brindando por el padre historiador, y por el hijo intelectual. El doctor López abandonó su asiento y acercándose al General lo abrazó efusivamente.

La reconciliación de los dos hombres superiores quedó sellada para siempre en aquel día, por intermedio del hijo, en ese abrazo que bien podíamos también, de su punto de vista, como el de San Martín y Bolívar, llamarlo histórico.

MITRE ORGANISMO

MITRE ORGANISMO

I

Una de las cualidades salientes del general Mitre, que acentúa con rasgos propios y únicos su personalidad, ha sido su fortaleza asombrosa, fortaleza de cuerpo y espíritu.

El episodio que vamos á relatar lo presenta bajo la fase de un organismo privilegiado, resistente á las fatigas y á las más intensas emociones morales.

En 1891 regresaba de su viaje á Europa, regresaba triunfador como había salido de Buenos Aires, aclamado por la opinión nacional por segunda vez presidente de la República en un plebiscito colosal de todas las voluntades y votos de sus conciudadanos.

El general Mitre traía dieciocho días de navegación hasta su llegada á Montevideo, en el transatlántico *Alfonso XIII*, á bordo del cual había sido objeto de las más expresivas pruebas de cariño y respeto por parte de las autoridades del barco y de los pasajeros que venían en él.

El General desembarcó en Montevideo, en

medio de una muchedumbre que lo aclamaba y puede decirse, que desde ese momento empez la apoteosis de aquellos días inolvidables.

Habíamos ido á esperarlo á la ciudad ve cina en el *Eolo*, profusamente embanderado, lo mismos que le habíamos acompañado á la par tida. El pueblo de Buenos Aires aguardaba d brazos abiertos al ilustre ciudadano.

El General fué recibido por el entonces pre sidente de la República Uruguaya, doctor He rrera y Obes, con quien departió algunos mo mentos en un sofá de la gran sala. Entretant la concurrencia clamoreaba frente á la casa, e un enorme "¡Viva Mitre!" que se prolongaba co eco inextinguible.

Por la tarde, se dió la señal de partida hi cia el puerto, donde el General debía emba carse con las comisiones de Buenos Aires qu habían ido á su encuentro. El pueblo orienta con banderas y bandas de música, lo escoltab en una procesión interminable y los vítores s repetían sin solución de continuidad. Era s berbio aquel espectáculo de un pueblo herm no compartiendo con el argentino los mism anhelos, simpatías y esperanzas.

El vapor partió entre aplausos y ¡hurras! la zados por miles de ciudadanos. Los sombrer y pañuelos se agitaban; las músicas de tierra t caban el himno triunfal de nuestras glorias, c

yas notas parecían en esos momentos más armónicas, más sonoras y más solemnes que nunca. ¡Hermoso espectáculo!

Los saludos á bordo se iniciaron. Todos querían ser de los primeros en estrechar la mano de aquel hombre glorioso que, momentos después, iba á caer en brazos del pueblo de sus predilecciones, de su pueblo que lo amaba.

Cuando el vapor entraba en aguas argentinas, en la inmensidad de nuestro estuario, un cuadro inolvidable se presentó á la vista, un cuadro capaz de hacer estremecer hasta las lágrimas á un hombre que no fuera del temple y el fuerte dominio sobre sí mismo que el General.

Eran los vapores, vaporcitos, lanchas que llegaban cuajadas de concurrencia, vestidos de gala, flameando al tope la bandera argentina, con las gentes trepadas en las cuerdas y los mástiles, todos descubiertos, palmoteando, vitoreando aclamando, tocando las bandas el himno patrio; eran las comisiones populares que acudían á dar al viajero el primer saludo de bienvenida, allí, en la inmensidad de nuestro río, antes del saludo colosal del pueblo que lo esperaba ansioso y conmovido, en una muchedumbre sólo comparable á las del día de su jubileo y el de su glorificación en la muerte.

El General se paseaba sobre la cubierta, tranquilo, impasible, mirando aquel espectáculo con

esa mirada vaga y melancólica que brotaba de sus ojos soñadores. Saludaba á derecha é izquierda con su clásico chambergo, sin dejar traslucir los sentimientos de intensa emoción que debían dominarlo en ese instante de suprema belleza. ¡Raza de titán!

El desembarco se hizo, por fin, por la Dársena Sur. Está presente todavía en la memoria de todos,—porque todos fuimos testigos y actores,—aquel grandioso recibimiento que empezaba en la Dársena y terminaba en la plaza San Martín, al pie de la estatua del gran capitán de la Independencia americana. Soberbio espectáculo que nunca se olvidará porque fué único, porque no se repetirá en nuestro país, porque fué el abrazo del pueblo argentino sin distinciones de razas, de creencias, de opiniones políticas, al gran ciudadano.

El General, apenas desembarcado y recibido por el presidente de la comisión popular y orador de las multitudes congregadas, el inolvidable tribuno doctor don Aristóbulo del Valle, ocupó la *victoria* descubierta que le estaba reservada para hacer el trayecto hasta su casa de la calle San Martín. Un grupo del pueblo se abalanzó en ese momento sobre el carruaje con la intención de arrancar los caballos y tirar de él. El General se dejó caer rápidamente, rechazó la tentativa y con acento enérgico, exclamo:

—¡A pie!

El grupo comprendió y desistió de su intento. En la austeridad republicana del general Mitre no entraba esa servidumbre cortesana.

El trayecto se hizo triunfalmente. Las calles, repletas de pueblo, los balcones, puertas y azoteas adornadas con las banderas de todas las nacionalidades acompañando en su júbilo á la bandera patria, todos vitoreando y agasajando al ungido de las multitudes, delirantes de entusiasmo y de anhelos patrióticos. ¡Bello recibimiento al Hombre-Pueblo!...

Eran las dos de la mañana del siguiente de aquel día memorable. A esa hora circulaba todavía la gente por las calles, comentando el acontecimiento de la víspera y reteniendo todos los detalles de la insuperable recepción. La exclamación unánime, era esta:

—¡Como estará el General después de tan prolongadas é intensas emociones!

Eran las dos de la madrugada, repetimos, y ya asomaban las tenues claridades de la aurora del nuevo día. Ibamos unos cuantos de los de la casa en busca de Bartolito, de ese Bartolito que era el corazón más bello que hayamos conocido en la vida y la lealtad más hermosa que pueda encerrarse en pecho humano. Ibamos en busca del entonces director de *La Nación*, el hijo amado del ilustre padre, á invitarlo á beber

una copa de champaña, terminadas las duras tareas del diario.

Subíamos la escalera de la imprenta, bulliciosos, expansivos, terriblemente expansivos Recordamos que uno de los del grupo, cantaba desastrosamente la *Marsellesa*.

—¡Bartolito! ¡Bartolito!—gritábamos á grandes voces, ascendiendo la escalera.

Llegamos á las puertas de la sala de la redacción que suponíamos desierta á esas horas... Un movimiento súbito, fulminante, nos paralizó. Enmudecimos y bajamos la escalera en silencio, en profundo silencio y en puntas de pie.

El general Mitre estaba ahí, en la redacción, tranquilo, como si nada hubiese pasado por él.

¡Estaba leyendo los diarios de la tarde!

II

No se puede hablar de la extraordinaria fortaleza del general Mitre y de la cual hemos presentado una muestra en el capítulo anterior, sin mencionar otro caso saliente que la abona, y aún, si es posible, la excede.

Era el día 26 de junio de 1901, el día de su glorioso jubileo. El suceso es de ayer, está fresco é imborrable todavía para detenernos á reseñarlo. El acontecimiento nacional que puso so-

bre aquella frente pensadora los "eternos laureles" de nuestra canción patria, no se abarca tampoco en unas cuantas páginas, porque por sí solo y en su grandeza, pertenece al libro.

El general Mitre se había levantado á las siete de la mañana. El pueblo ya andaba por las calles en inmenso desbordamiento, esperando la hora de consagrar la apoteosis.

A esa hora matutina llegaban á la casa las bandas del ejército nacional á echar dianas y marchas triunfales, rodeadas por un gran núcleo de pueblo. La cuadra de la calle San Martín mostraba desde ese momento lo que había de suceder horas después.

El General empezó á recibir visitas íntimas junto con el beso cariñoso de los suyos. Almorzó á la hora de costumbre, frugalmente, como lo hacía siempre. Se mostraba tranquilo y estoico como si no estuviera en los momentos de recibir la más soberbia apoteosis que pueblo alguno de la tierra haya tributado á uno de sus grandes.

La hora se acercaba. Después de medio día las calles se poblaban de gente en rumoroso movimiento.

Empezaron á llegar á la casa las delegaciones del gobierno, de los institutos, de las asociaciones particulares, de las sociedades gremiales, de la diplomacia, del ejército y de la armada, de

los afectos íntimos. Y la casa histórica se poblaba y los objetos valiosos, interminables, variados hasta lo infinito, llenaban la gran sala y sus dependencias, no dejando sitio vacío. Cada delegación ofrecía su ofrenda con un discurso y á cada discurso contestaba el General con otro. Las comisiones esperaban turno en el patio para acercarse á él. Era aquello como para quebrar una naturaleza de bronce.

Luego vino el gran momento: el de la apoteosis y ésta, ya lo hemos dicho antes, pertenece al libro y á la pluma gallarda. ¡Pueblo, recuerda siempre aquel día, "reconcentra tu espíritu y medita"!

El General subió á la azotea de su casa y allí, entre aclamaciones colosales, pronunció su hermoso discurso contestando al orador del pueblo doctor don Emilio Frers.

Terminó el gran acto y continuó recibiendo durante el día visitas sucesivas. Comió ligeramente y poco después de las ocho de la noche concurría á la función de gala, preparada en su honor en el teatro de la Opera, donde las emociones del día tuvieron su broche de oro con la más soberbia y emocionante demostración de las damas argentinas, que cubrieron de aplausos y de flores al prócer republicano.

El general Mitre, en el día de su jubileo, había pronunciado *treinta y cinco* discursos.

Y después de media noche reposaba tranıilo en su lecho, habiendo sido acompañado iunfalmente hasta su domicilio y obligado á dar .s "buenas noches" á las damas y caballeros ue aun á esa hora continuaban aclamándolo. ¡La Gloria velaba su sueño de inmortal!

MITRE ESTUDIOSO

MITRE ESTUDIOSO

El general Mitre acostumbraba levantarse á las siete de la mañana, tomaba un baño frío, en invierno como en verano, y cuando había pasado la noche estudiando ó escribiendo, se recogía de nuevo; leía los diarios de la mañana, y conciliaba otra vez el sueño hasta las once, hora en que lo abandonaba para almorzar.

Su estómago era sobrio como su carácter y tenía como San Martín su plato favorito: el de éste era el asado, el suyo era el puchero. Comía poco y sólo así se explica que inmediatamente de abandonar la mesa, pudiese entregarse á su trabajo de leer ó de escribir. No tomaba desayuno, ni fumaba por la mañana; recién después del almuerzo, al tomar el te, encendía el primer cigarro y empezaba á atender su correspondencia, vasta y variada. De la capital, de las provincias, de América y de Europa, de todas partes recibía diariamente numerosas comunicaciones; literatos y políticos, libreros, industriales, hombres del pueblo, todos le escribían y á todos contestaba con el mismo placer y la misma puntualidad

Estudiaba ó escribía después algún capítulo de cualquiera de las obras que tenía empezadas, y si necesitaba consultar un libro, no precisaba catálogo; iba derechamente al estante donde sabía que se encontraba, y lo abría sin vacilación en el capítulo y en el párrafo que quería leer.

El arreglo de su biblioteca podía formar algo así como un código de catorce á quince mil artículos, divididos en grandes secciones que comprenden títulos y subtítulos, capítulos y párrafos diferentes, pero que se unen, se encadenan, se relacionan estrechamente formando un todo imponente y grandioso. Cada libro tiene su nota explicativa, bibliográfica, crítica, histórica ó biográfica que ilustra, corrige, aumenta ó aclara el texto. Y él retenía todos estos detalles en su memoria, y sin esfuerzo alguno, así como sin querer, repetía cuando tenía necesidad, el título de la obra, su autor, el año y número de la edición, el lugar y las circunstancias en que se imprimió, el precio que le asignaban los negociantes de libros y todos aquellos detalles que podían servir para precisar la obra aludida.

Su memoria era asombrosa. Citaba nombres de personas y de lugares, cantidades y fechas, con la mayor facilidad y corrección, y sin esa jactancia que afecta el que acabando de leer

una página ó un detalle cualquiera, lo repite como un recuerdo de su juventud cuando no de su niñez; hay muchos de estos falsos eruditos, colados en el campo de las letras con el ropaje vistoso de nombres y de citas aprendidas de memoria...

Se ha dicho, con verdad, que el general Mitre tenía todas las cualidades del coleccionista, entusiasta y activo, menos la de ser avaro; experimentaba verdadero placer cuando podía facilitar un libro, un documento ó un dato que otro necesitaba y se ponía en su busca con el mismo empeño que el interesado; pero en materia de libros él creía con razón que *prestar era perder*, y le hemos oído decir en muchas ocasiones: "cuando presto un libro lo mando comprar á las librerías". Su biblioteca estaba abierta para todos, pero estamos seguros que prefería que fuesen allí á consultar todo lo que quisieran y por el tiempo que deseasen á que sacasen los libros, porque rara vez los veía volver; no creía como algunos bibliófilos ó bibliófagos que "robar un libro no es robar", aunque había de opinar con otros que *el que destruye un libro es tan criminal como el que mata un hombre.*

Tout est bon quand on le sait profiter, era la máxima que profesaba en materia de libros. Todo es bueno, decía, y acaparaba libros,

folletos, panfletos, mapas, planos, hojas sueltas, manuscritos de todo carácter con tal que entrasen en la índole general de su colección, y así era como había logrado reunir en su estantería la gran mayoría de los libros y documentos que sirven á la historia y geografía de América, desde el primero salido de los talleres de los jesuítas de Lima en 1584 hasta el último producto de nuestras imprentas.

Un estudio de su biblioteca y de las riquezas que guarda sería extenso é interesante, pero no de la índole de estos ligeros apuntes de su vida íntima.

Estaba al cabo del movimiento científico, literario y político de América y Europa y leía con interés todas las revistas, de todo carácter, que se publicaban en ambos mundos.

Su segunda comida la hacía á las seis y media ó siete, sencilla y frugal como la primera y á la cual estaba tan acostumbrado que rara vez accedía á las invitaciones de sus amigos para comer en otra mesa que la suya

Breve sobremesa se permitía como si sus libros le reclamaran todas las horas de su vida y volvía á la lectura ó escritura con invariable empeño, sin otras interrupciones que la visita de sus amigos, hasta las once de la noche, hora

en que, tomando la cama, seguía la lectura de sus libros de estudio ó de algunos autores clásicos que eran los compañeros de sus vigilias, hasta las tres ó cuatro de la madrugada, habiéndole sorprendido muchas veces la luz del nuevo día entusiasmado en alguna página intrincada ó interesante.

Su monetario americano absorbía también casi toda su actividad, logrando haber reunido una de las más ricas colecciones y la más abundante tal vez de piezas de oro.

Escribía con suma rapidez, y cuando leía adoptaba una inmovilidad marmórea, como si todos sus sentidos los concentrase para penetrar y asimilar las páginas que se sucedían y pasaban insensiblemente por delante de su vista; por esto era sin duda que recordaba no sólo el contenido de cada una, sino la forma y situación de los párrafos.

MITRE NOVELISTA

MITRE NOVELISTA

Una nota reveladora para la generalidad como lo ha sido para nosotros mismos que conocemos todas las facetas brillantes de la intelectualidad del general Mitre, será la de que también, allá en los días de su ostracismo, combatiente por la libertad de su patria, cultivó el género literario y difícil de la novela.

Esta nueva manifestación de su talento prodigioso y del cual puede decirse que no reconocía límites ni campos, la debemos á una circunstancia feliz, circunstancia que nos permite reproducir, como una primicia contemporánea, el artículo que el General escribió al publicar el primer folletín de su novela y cuya frescura y sutil observación nada tendría que reprochar el más exigente escritor moderno.

El general Mitre, empujado al destierro por la tiranía en el año 1848, hallábase en Chile donde desempeñaba las tareas abrumadoras de director y redactor en jefe del diario *El Comercio de Valparaíso*. Fué entonces que escri-

bió su romance *Soledad* precediendo su p
blicación del artículo que va á leerse y cuy
ideas en nada difieren con las que podrí
desarrollarse hoy día sobre el estado de e
clase de literatura.

"SOLEDAD" NOVELA AMERICANA

Empezamos á publicar en el folletín de nuestro diario esta novela que hemos escrito en los ratos de ocio que permite la redacción laboriosa de un diario, y que ofrecemos al público como el primer ensayo que hacemos en un género de literatura, tan difícil como poco cultivado entre nosotros.

La América del Sud es la parte del mundo más pobre de novelistas originales. Si tratásemos de investigar las causas de esta pobreza, diríamos que parece que la novela es la más alta expresión de la civilización de un pueblo, á semejanza de aquellos frutos que sólo brotan cuando el árbol está en la plenitud de su desarrollo.

La forma lírica ó ditirámbica es en los pueblos lo que en los niños los primeros sonidos que articulan. La imaginación de los hombres primitivos se inspira del ruido, del torrente, del murmullo de las hojas, del canto de las aves, del sol, de la luna, de las estrellas, en una palabra, del sonido, de la luz y del movimiento que anima al universo y que hiere nuestros sentidos como un himno grandioso que la naturaleza entona á su Creador.

La forma narrativa sólo viene en la primera edad. Recién entonces los poetas emplean las descripciones y aparecen los cronistas y los historiadores. Los elementos sencillos de que está compuesta aún la sociedad pueden concretarse en esa

forma, que todavía puede reflejarlo y explicarlo todo.

Cuando la sociedad se completa, la civilización se desarrolla, la esfera intelectual se ensancha entonces, y se hace indispensable una nueva forma que concrete los diversos elementos que forman la vida del pueblo llegado á ese estado de madurez. Primero viene el drama y más tarde la novela. El primero es la vida en acción, la segunda es también la vida en acción; pero, explicada y analizada, es decir, la vida sujeta á la lógica. Es un espejo fiel en que el hombre se contempla tal cual es, con sus vicios y virtudes, y cuya vista despierta por lo general profundas meditaciones ó saludables escarmientos.

No faltan entre nosotros espíritus severos que consideran á la novela como un descarrío de la imaginación, como ficciones indignas de ocupar la atención de los hombres pensadores. Pero nosotros les preguntaríamos ¿qué son sino novelas las grandes obras con que se enorgullece la humanidad? ¿Qué son la Iliada y la Eneida, sino novelas en verso? ¿Qué son el Quijote y el Gil Blas? ¿Qué han escrito Rabelais, Rousseau, Cervantes, Richardson, Walter Scott, Cooper, Bulwer, Dickens, Sué, sino novelas? ¿Sus obras no son las primeras en la literatura? ¿Sus nombres no brillan entre los de los primeros genios? Pues bien; unas son novelas, y los otros son novelistas. ¿Quién despreciará unas y otros?

Convenimos, por otra parte, en que este género mal manejado y abastardado ha podido inspirar

hastío, pero estos son descarríos de imaginaciones extraviadas que no deben atribuirse al género en sí. Al lado de esos millares de novelas que deshonran la literatura, están las grandes obras del genio para hacerles honor.

Es por esto que quisiéramos que la novela echase profundas raíces en el suelo virgen de la América. El pueblo ignora su historia; sus costumbres apenas formadas no han sido filosóficamente estudiadas, y las ideas y sentimientos modificados por el modo de ser político y social, no han sido presentadas bajo formas vivas y animadas, copiadas de la sociedad en que vivimos. La novela popularizará nuestra historia echando mano de los sucesos de la conquista, de la época colonial, y de los recuerdos de la guerra de la Independencia. Como Cooper en su *Puritano* y el *Espía*, pintaría las costumbres originales y desconocidas de los diversos pueblos de este continente que tanto se prestan á ser poetizadas, y haría conocer nuestras sociedades tan profundamente agitadas por la desgracia, con tantos vicios y tan grandes virtudes, representándolas en el momento de su transformación, cuando la crisálida se transforma en brillante mariposa. Todo esto haría la novela, y es la única forma bajo la cual pueden presentarse estos diversos cuadros tan llenos de ricos colores y movimiento.

Lo que queda dicho es por lo que respecta á la novela en general y en particular á la América del Sud. Ahora diremos algunas palabras sobre nuestra novela, lo que es como ocuparse de un

grano de arena después de haber hablado del mar.

Soledad es un debilísimo ensayo que no tiene otro objeto sino estimular á las jóvenes capacidades á que exploten el rico minero de la novela americana. Su acción es muy sencilla, y sus personajes son copiados de la sociedad americana en general. Apenas podría explicar el autor la idea moral que se ha propuesto, pero si se le concede que en el fondo de su obra hay alguna verdad, es indudable que también habrá moral.

Ha querido hacer depender el interés más del juego recíproco de las pasiones, que de la multiplicidad de los sucesos, poniendo siempre al hombre moral sobre el hombre fisiológico. Esta ha sido la idea madre que lo ha guiado en su composición. Sus personajes sienten y piensan más que obran. Por eso la heroína es una mujer que tiene un corazón y siente; tiene una inteligencia y piensa, que busca la felicidad en la vida, que es débil como mujer algunas veces, y cuya imaginación se descarría como criatura humana que es. Tal es nuestra novela, y tal la heroína de ella."

MITRE
Y EL PRÍNCIPE EUGENIO

MITRE

Y EL PRÍNCIPE EUGENIO [1]

Siempre fué tendencia al señorío en los españoles que poblaron la América, imponerse como pequeños señores feudales de los lugares que obtenían ya como recompensa al esfuerzo de su brazo ó por enajenación, estableciendo entonces vínculos ó mayorazgos donde perpetuaban el nombre de la familia y cuyo vasallo, casi esclavo, era el infeliz indígena, como sucedía en la encomienda, en la estancia ó fundo, dominada siempre por el señor de horca y cuchillo.

Generalmente fué la nobleza segundona, sin títulos, empobrecida, que venía á tentar fortuna sostenida bizarramente por su ancha tajante de Toledo y alimentada vivamente por su orgullo despótico; y un desprecio hiriente hacia el criollo y el indígena, á los que destinaban á los más brutales trabajos.

Más también es justo declarar en honor de estos hombres decididos, que no hubo sacrificio

1. Escrito expresamente para este libro.—(*N. del A.*)

abnegado, portentoso, por más arriesgado que surgiera que no acometieran con desprendido arrojo, en aquellas interminables empresas llevadas á cabo en el desierto desolado, en los bosques seculares, inaccesibles, poblados de tribus indómitas y fieras voraces, como también es sensible confesar que su dureza y crueldad estaban aparejadas con sus virtudes guerreras que han quedado legendarias en el largo período de la conquista, y que en todo momento ha sido la llama vivificadora de tantas increíbles hazañas, y si es verdad que á la insaciable codicia sacrificaron en la ardua faena veinte y seis millones de indígenas, como compensación, en cambio, costó á la Iberia la conquista, posición y civilización de América, igual número de súbditos.

Aquellos célebres aventureros que se forjaron maestros en las temeridades de la guerra, y que en nombre de la civilización y del dogma cristiano, cometieron tan horribles crímenes, eran sin embargo honrados, y merced á sus grandes esfuerzos fundaron naciones que en el día son la gloria y el orgullo de la raza latina.

En nuestro país como en todos aquellos de la América española, siguió imperando, en la época colonial, y aun después, la tendencia del señor absoluto de la tierra y se vió entonces

transformarse la encomienda, el mayorazgo, ó el feudo, en la disimulada estancia, donde el patrón reemplazaba al señor del lugar y con el mayor imperio ejercía su influencia inapelable sobre el peón criollo ó el indio, rindiendo éstos obediencia á ese pequeño soberano como á un dictador disfrazado hipócritamente en patriarca rural, quien á su vez hacía transmitir sus órdenes por intermedio de un elemento más subalterno de su misma envergadura: el capataz.

La vida de esos hombres rudimentarios, tan temerarios y valerosos en sus empresas, era dura y sobria en exceso, especie de escuela bárbara, inclemente, donde se formó más tarde ese núcleo de guerreros que independizó á la América. Decíamos que la vida de esos hombres era dura en exceso, ma. tenida en una existencia salvaje, acometida á cada momento por el peligro, por el riesgo inminente de las torpes faenas rurales, en lucha continua contra el furor de las bestias indómitas, y las fieras de los llanos y de las selvas.

Tiempos eran esos en los que el indio salvaje, audaz y rastrero, ávido, acechaba las poblaciones de la campaña con una persistencia inquebrantable, y en los que los perros cimarrones transformados en lobos hambrientos cortaban las comunicaciones, como enjambres de

hidrófobos, haciendo muy temibles los viajes en la noche; y la hacienda alzada, enfurecida, inspiraba temor en la faena; y esos hombres excepcionales, que así soportaban ese cruel embate cotidiano de la exi tencia, expuestos siempre, obligados á la inclemencia de las estaciones; esos hombres tiranizados, parias de la conquista, apenas cubrían su cuerpo con una raída camisa de burdo lienzo, un poncho, un chiripá mortero vichará de fabricación indígena, no teniendo otro calzado para cubrir sus desnudos pies que la tradicional bota de potro, en donde se ajustaba con elegancia la bárbara espuela nazarena tartamudeando suaves tonos metálicos; y cuando faltaba todo esto suplía la epidermis callosa, endurecida á prueba de ortigas y de espinas.

En su defensa y ataque no llevaban otras armas que la acerada daga, el chuzo, las boleadoras, el lazo; y por consuelo á su mudo afán la plañidera guitarra, en la que cantando gemidos, exteriorizaban sus penas esos hércules de la pampa: especie de eco entrecortado del sentir inmenso de seres oprimidos, que repercutía como un rumor lejano en la soledad del desierto; cantaban en ese instrumento melancólico que por atavismo colonial habían heredado del gitano andaluz.

Así se constituyeron orgánica y moralmente

aquellos graníticos centauros, que han sublimado con un vigor extremo la moral de la guerra, en nuestras inmortales campañas extranjeras y sociales, en esas contiendas gloriosas para la patria de los argentinos, en las que sus valerosos hijos con el encuentro de sus potros medio domados y el filo de sus relucientes sables, alinearon en fila compacta á la victoria para encerrarla para siempre en el recinto augusto de la gloria nacional.

El señor don Ambrosio Mitre, distinguida persona que había figurado con probidad y competencia en diversos cargos públicos, padre del general don Bartolomé Mitre, deseaba que éste siguiera la mejor carrera que en esa época podía presentarse á un joven, augurando desde el primer momento, si era persistente en el empeño, un porvenir lucrativo; me refiero á la carrera de estanciero, asimismo ventajoso aprendizaje en el arte de imperar sobre los hombres; porque en el manejo de la estancia, como en la educación de los jóvenes patricios romanos, se adquiría el hábito de imponer su voluntad y hacerse obedecer sin observación, se adquiría ese dominio sobre la masa por la superioridad de sí mismo en inteligencia y fortaleza, por esa sublime superioridad que vincula dócilmente á la

subordinación, al mismo tiempo que se regularizaban con un método rutinario todos los actos de esa existencia deslizable en la labor constante, la que, á consecuencia de los ejercicios ganaba en agilidad, vigor muscular, y en coraje.

Así es como se veía que los hijos de las primeras familias se dedicaban á las faenas rurales, y recordando al señorío de antaño vivían felices en sus establecimientos de campo, viendo multiplicarse los ganados y barbarizándose al contacto de la fuerza bruta. Ya habíamos visto en la época colonial hidalgos pulperos, panaderos, tenderos, jaboneros y otros oficios que no deshonran en América y que era necesario dedicarse á ellos por aquello de que la necesidad tiene cara de hereje.

Sobre todo en los tiempos en que tuvo lugar este episodio, la estancia se presentaba como el negocio que más prosperaba y á ella fué consagrado aquel joven sin fortuna, sin más apoyo que su noble carácter, ese robusto doncel que más tarde sería la gloria de los argentinos.

Esto sucedía allá por el año de mil ochocientos treinta y uno, que aunque ya no eran tiempos coloniales habían quedado casi intactas las costumbres andaluzas semiárabes, y el orgullo ibérico transplantado en las familias de origen español.

El joven Mitre era un adolescente de carác-

ter grave y enérgico, resuelto y tenaz en sus propósitos, y desde muy temprano demostró siempre una tendencia inmoderada á ilustrar su espíritu: su afición á las letras le hacía olvidar toda cualquier otra obligación, vislumbrándose en esta aspiración constante en el apuesto doncel, el esbozo de un hombre que sería superior en inteligencia, á ese centro de semibárbaros donde iba á actuar como un ser inferior, digno de lástima, casi despreciable.

El establecimiento del señor don Gervasio Ortiz de Rosas, hermano y adversario en ideas liberales del general don Juan Manuel, se encontraba situado en la Loma de Gongara y allí, bajo la protección ruda de este rígido patrón, que al mismo tiempo era un hombre de alguna instrucción que cultivaba en su pequeña biblioteca, es que fué sometido nuestro protagonista al duro y cruel adiestramiento de las labores campestres de esa época; y aunque es verdad, que para estimular con el agrado su situación, don Gervasio le prestaba libros, en cambio le hacía sentir todo el peso de esa vida campestre, sometiéndolo á los trabajos más rudos con el propósito de reconstruir su físico, en un enrejado de músculos de acero. Así, no hubo ejercicio, forzado ó violento, al que no fuese condenado el neófito, ya levantando corrales con palos de ñandubay, zanjeando quin-

tas, plantando árboles, y otras faenas de á p
y de á caballo que eran extremadas para u
niño de esa edad, que había salido del lado
sus padres con todos los mimos maternales d
hijo predilecto Parece que trataban de *saca*
lo bueno, ó tal vez acobardarlo abrumándo
de fatiga, porque sin duda se adivinaba en
un carácter independiente y altivo que no
doblegaría á la voluntad opresora de otro ho
bre. Mas todo fué en vano; su carácter enér
co triunfó de su físico de adolescente y alca
zó su fama audaz hasta formarse un domad
de mulas y potros indómitos, demostrando
todo momento una osadía admirable. Este
nático del caballo por placer ejecutaba las pru
bas ecuestres más peligrosas, tanto en
apartes y en las volteadas de hacienda se d
tacaba como un jinete eximio, como en otr
gauchadas en que las boleadoras y el lazo
presentaban el principal papel.

No obstante, ese instinto imperial de avasal
y hundir vergonzosamente el pánico que
diera asaltarle en un momento de debilid
deslizando su existencia sin sobresalto en
las espinas de aquellas bárbaras faenas ru
les, parece que descuidaba continuamente s
estrictas obligaciones y abusaba en demasía
la biblioteca del señor don Gervasio que em
zaba á convencerse que en vez de un bu

aprendiz de mayordomo de estancia estaba formando un *rábula de aldea*, abonado empecinado de sus libros liberales.

La ansiedad literaria del joven Mitre le dominaba febriciente, se arrastraba en pos de su vocación predilecta, leía á toda hora, leía todo y empezaba á despreciar el trabajo; porque aquel espíritu selecto, ¡quién sabe si no vislumbraba entre sus ensueños juveniles la eclipta brillante que tendría que recorrer! empezaba á sentir el impulso misterioso de su destino, iniciando en esa vida medio salvaje la primera é inconsciente preparación de su ilustre carrera.

Quién hubiera pensado que esas lecturas sin propósito y sin método, serían el origen de su brillante reputación literaria, sería su primera etapa para escalar el grandioso escenario en el que durante sesenta años, asumió con varonil decisión el papel descollante de prócer.

Y lo que más admiro en este episodio, es que la persistencia de hacer un ignorante campesino al joven Mitre, le proporciona escuela para saber dominar á los hombres y fortaleza para soportar los rigores de la vida; ¿acaso sabemos qué ideas liberales ansioso bebería en esos libros, cuyo dueño también había revelado espíritu independiente? ¿Qué dogma le avasallaría que nos muestra desde el principio al que ha de ser héroe de los argentinos como

un hombre superior dominando la materia bruta con su carácter y su inteligencia?

En esa lucha tenaz y sin cuartel el intelecto triunfa; y al fin se convence el señor don Gervasio que el joven Mitre no había nacido para peón de estancia, y que las represiones no surtían efecto en el carácter de ese muchacho altivo; entonces, un día fastidiado, lo llama, y después de un sermón, le dice que se prepare para ir al lado de sus padres; y sin más demora se lo envía á su amigo el señor don Mariano Mendiburu (1) diciéndole:

"Hágame el servicio de remitir el joven Mitre á su padre; porque es un caballerito que no sirve para nada; en cuanto ve una sombrita, se baja del caballo y se pone á leer."

No sabemos como recibiría el señor don Ambrosio Mitre al aficionado á las bellas letras, en esos tiempos, en los que los libros, como ahora, no proporcionaban fortuna.

Este episodio tiene su analogía con algo parecido que le sucedió al príncipe Eugenio, aquel gran capitán de su época, que asombró á la Europa con sus brillantes victorias, debidas mu-

(1) Padre de nuestro distinguido amigo don Isaías Mendiburu.

chas de ellas al rencor que en su noble corazón despertó la ironía de Luis XIV.

El príncipe Eugenio de Saboya Carignan nació en París en 1663; era hijo del conde de Soisson y nieto del duque de Saboya.

Siendo muy joven se presentó al rey Luis XIV pretendiendo el mando de un regimiento, mas el rey, viéndolo tan endeble y de un aspecto frágil, sonrió impertinente, y con gracioso ademán, donde se traslucía la burla y la ironía, desechó su petición diciéndole que la carrera que le convenía era la de la Iglesia; por lo tanto, se encontraba dispuesto á darle una abadía.

El joven príncipe sintió subir el rubor á la mejilla y juró vengarse de aquella real y brutal indiscreción.

Al poco tiempo, con el corazón candente de venganza, salió de París y se presentó al emperador Leopoldo solicitando un puesto en su ejército, quien al momento, valorando el empeño del joven príncipe, accedió á su petición, y le dió el mando de un regimiento en el que, desde el principio, se distinguió brillantemente en varios hechos de armas y llegó su reputación militar hasta confiarle el emperador el mando del ejército imperial en 1697. En este mismo año ganó á los turcos la batalla de Zenta.

Su impaciencia le atormentaba esperando el momento en que debía vengarse del ultraje que

le había inferido Luis XIV. Al poco tiempo s presentó la ocasión, en la guerra de la sucesió de España y enardecido por el recuerdo de l afrenta no titubeó en combatir contra la Francia rechazando á Villeroi en la campaña de 1701 y apoderándose de casi todo el Mantuano. En seguida venció con Malborough á los franceses y á los bávaros en la célebre batalla de Hochsttet; luego en Casano rechazó á Vandome, sometiendo después el Milanesado y la Lombardía al dominio del emperador; más tarde, en Oudenasde y en Malplaquet, vuelve á vencer á los franceses, manteniendo así el éxito de su brillante carrera que tan fatalmente no había sido sospechada por Luis XIV.

¡Cuán arrepentido estaría el rey Sol! después de tan amargos contrastes causados por el genio guerrero del príncipe Eugenio, de su falta de clarovidencia en substituir un coronel por un abate.

Tanto el príncipe Eugenio, como el general Mitre, eran de la estirpe de los "caballeritos que cuando veían una sombrita se bajaban del caballo y se ponían á leer."

José Ignacio Garmendia.

Marzo 1° de 1906.

EL GENERAL EN EUROPA

EL GENERAL EN EUROPA

LA CARTERA DE VAQUETA

El público quizás no recuerde que quien traza estas notas tuvo el honor de acompañar en calidad de secretario al general Bartolomé Mitre en el único viaje que el ilustre estadista hiciera á Europa. Era imprescindible que antes de entrar en materia apuntara ese dato, como explicación de lo que va á leerse, y también de que en este caso adopte la forma personal.

Al regresar de Buenos Aires, embargado el espíritu por las hondas y contradictorias emociones que me produjeron las exequias del gran argentino, constantemente volvían á mi memoria infinidad de escenas relacionadas con el viaje antes aludido y pensaba en que sólo ese breve período de la vida de Mitre daría tema á sus biógrafos para escribir un volumen. Ya lo veía en la cubierta del *Eolo* despidiéndose entre los fulgores del crepúsculo de todo el pueblo de Buenos Aires aglomerado en la dársena, ya ascendiendo ágilmente al transatlántico en el puerto de Montevideo, agitado por un temporal violento; ya subido á la cofa del *Duca di Gal-*

liera, donde una placa de bronce recuerda aquella hazaña del vigoroso septuagenario; ya aclamado al pisar tierra en Génova, por una muchedumbre entusiasta, en la que se destacaba el general Canzio, acompañado de un grupo de viejos legionarios que vestían la legendaria camiseta roja y una bella joven vestida con los colores argentinos, que ofrecía al compañero de Garibaldi, con palabras balbucientes de emoción, un manojo de flores atadas con los colores italianos.

¡Qué horas inolvidables aquéllas transcurridas en la ciudad de los palacios, en la calma elísea de los jardines del hotel Du Parc! ¡Qué impresión extraña aquélla de ver llegar en un espléndido coche á una mujer de ojos fulgurantes, vestida de negro, las manos cubiertas de guantes rojos y el abundoso cabello suelto al viento, que al ver al general Mitre, corre hacia él, le abraza llorando con efusión filial, y exclama luego con la voz velada por una emoción profunda:

—¡Me parece que otra vez estrecho entre mis brazos á mi padre!

Aquella mujer era la uruguaya Teresita Garibaldi... ¡Qué sorpresa más grata la de ver entrar á un viejecito que hablaba español, y que dirigiéndose al General le dice:

—¿A que no me reconoce, General?

A lo que aquél contesta al darle un abrazo:
—Si lo reconozco, ¡usted es el gran Sívori!

Y en efecto, aquel viejecito era Sívori, una de las más grandes glorias del arte italiano, el heredero del violín de Paganini, que hacía 30 años había conocido al general Mitre en el Río de la Plata.

Si dedicara á cada recuerdo, á cada impresión de aquel viaje una frase, casi telegráfica, como las apuntadas, estas notas asumirían proporciones reñidas con la premura y la concisión periodísticas. ¿Cómo decir dentro de espacio tan limitado la llegada á París, los paseos del General por la ciudad maravillosa, sus observaciones en los museos, sus rebuscas en las bibliotecas, las demostraciones que le hicieron sus compatriotas y todos los sudamericanos; las deferencias que tuvieron para con él el malogrado presidente Carnot y su esposa, que puso especial empeño en recibirle á la par de su esposo en el Elíseo? ¿Cómo pintar en cuatro palabras el encuentro del general de la triple alianza con don Pedro, ex emperador del Brasil? La escena fué digna de un gran pintor de historia y de un gran pintor de almas grandes.

Todavía me siento sobrecogido al recordarla....

El General cayó enfermo pocos días después

de su llegada á París, presa de una pulmonía. Yo no creí nunca que su estado fuera grave, y cuando el célebre profesor Dieulafoy, que le prestaba asistencia, se empeñó en demostrarme que estaba equivocado y que me echaba encima una grave responsabilidad al no telegrafiar la verdad de lo que acontecía á la familia, tuve la osadía de replicarle:

—Respeto su gran saber, maestro; pero usted no conoce como yo al general Mitre...

La ciencia, los solícitos cuidados de la familia de don Angel María Méndez, en cuyo precioso palacio se hospedaba el General y la rara vitalidad del paciente, me dieron la razón, pues una semana más tarde el general Mitre estaba fuera de peligro. El convaleciente necesitaba el aire de las montañas para reponerse, y por consejo médico fué á Aix-les-Bains. Como la situación en Buenos Aires era en esos momentos gravísima, el General decidió que yo permaneciera en París, y desde allí por cartas y telegramas le tuviese casi hora por hora al corriente de los sucesos. Una vez repuesto, el General resolvió hacer una gira por los países del Norte, y como yo no poseyera el alemán y mi permanencia en París fuera más útil, tanto para tener al corriente de las noticias argentinas al viajero como para revisar la impresión de los siete volúmenes que aquél tenía allí en pren-

sa, acompañó en esta gira al general don Gustavo Anheim.

Entre las obras citadas figuraba la versión de "La Divina Comedia" cuya edición me dió un trabajo ímprobo, pues tuve que improvisarme dantista para la circunstancia. Puedo afirmar esto sin jactancia, pues entre los pocos libros que guardo preciosamente se cuenta un volumen de aquella obra en cuya primera página el General, con su gran espíritu de justicia, y con su bondad incomparable, escribió esta dedicatoria:

"*A Julio Piquet.*—Recuerdo afectuoso de cuando corregíamos juntos en París las pruebas de este trabajo".

La separación que dió motivo para que algunas almas benevolentes esparcieran el rumor de que el General se había desagradado conmigo, dió origen á un cambio de cartas, y no hay para qué decir que todas las que entonces me dirigiera el ilustre publicista, así como aquellas con que me honrára después, constituyen para mí un tesoro inapreciable.

Al regresar de Buenos Aires, como decía al comenzar, sentí la necesidad de recorrer aquellos preciados papeles, y abriendo un cajón de mi escritorio saqué la amplia cartera de vaqueta

en que los guardo y que también tiene su historia. Necesitando el General una cartera de bolsillo para las tarjetas y papeles, hizo tal adquisición en uno de nuestros paseos por los bulevares, en los que había adquirido pronta notoriedad el legendario chambergo...

Observaré de paso que yo inauguré la palabra "bulevar" en una correspondencia que escribí desde París á *La Nación*. El General, miembro correspondiente de la Academia de la Lengua, aprobó la castellanización.

Mariano de Vedia la aplaudió en *Tribuna*, Rubén Darío le dió curso artístico, y *La Nación* la universalizó Perdónesele este rasgo de vanidad pueril á quien, ocupándose de un hombre que hizo tantas y tan grandes cosas, no tiene nada de que poder jactarse á no ser de haber disfrazado una palabra...

De regreso á casa de Méndez, el General sacó del bolsillo interior de la levita la amplia petaca á que antes aludí, pasó los papeles que contenía á la nueva cartera, y después de un instante de vacilación me dijo: "Tome, ésta para usted" extendiéndome el artefacto de vaqueta. Como quizás yo mirara con cierta expresión poco definida el obsequio, el General agregó: "Hace muchos años que me acompaña y la usé en todas mis campañas." Luego agregó: "¡Tiene mérito!..." Yo sonreí, expresándole que sabía va-

lorarlo; pero advirtiendo la intención, el General agregó: "¡No es eso! Digo que tiene mérito, porque, como verá, esa cartera es hecha de un solo pedazo de cuero." En efecto, la petaca, de fabricación inglesa, tiene también el mérito que decía el General. Es completamente lisa, luce sólo una pequeña costura y en el ángulo que la cierra lleva un escudo estampado, en el que se ve una cabeza de zorro con esta leyenda "Forward".

Abierta la petaca fuí recorriendo las cartas. ¡Oh, cuán evocadoras! y después de recorrerlas todas, se me ocurrió tomar de ellas todos los párrafos significativos para el público, que voy á transcribir en seguida. En una de las transcripciones he creído piadoso substituir un nombre harto conocido con dos X. La primera carta muy breve, como de convaleciente, termina con estas palabras que demuestran la clarovidencia política del general Mitre:

Aix-les-Bains, Julio 26 de 1890.

Las noticias de Buenos Aires indican crisis inminente. La revolución vencida por las armas, ha triuntado moralmente.

La apreciación, como se sabe, resultó una profecía.

Los dos fragmentos de cartas también escritas en Aix-les-Bains, que van en seguida, tienen no sólo interés histórico, sino que demuestra cómo sabía el general Mitre condensar en dos palabras la impresión de un ambiente.

Aix les-Bains, Julio 31 de 1890.

Estimado amigo: Recibí oportunamente su carta del 28, así como todos los telegramas que sucesivamente me ha transmitido. Estaba pendiente de las últimas noticias para tomar una resolución definitiva respecto de mi viaje. El telégrafo con su concisión brutal me anuncia el final de la revolución. Tengo, pues, que esperar las primeras cartas de Buenos Aires, después del suceso, para saber si debo acortar mi permanencia en Europa, como probablemente será.

Espero que le vaya bien en París, á pesar de las malas noticias que hacen tan triste nuestra permanencia en el viejo mundo. Este sitio es muy pintoresco; pero á pesar de ser un *rendez vous* europeo y puede decirse cosmopolita, pues abundan los sudamericanos, la fealdad domina en lo que por antonomasia se llama bello. Siempre su afectísimo.

B. Mitre.

Aix-les Bains, Agosto 4 de 1890.

Estos ocho días que he pasado aquí me han probado admirablemente. Nunca me he sentido mejor. El paisaje es encantador y el aire no puede ser

más sano y confortante. Agréguese que es aquí donde Lamartine tuvo la inspiración de *Le Lac*, cuyo sauce se conserva aún, y se tendrá además la atmósfera intelectual y poética que complementa el paisaje y el medio ambiente.

La carta que transcribo en seguida, íntegramente, es, en mi concepto, una joya, tanto porque demuestra el optimismo inquebrantable del general Mitre y su ecuanimidad para juzgar la acción política de sus adversarios, como porque evidencia que no había elogios que pudieran halagarlo tanto como aquellos en que se reconociera su ejemplar integridad:

Berlín, Agosto 19 de 1890.

Estimado amigo: Quedo impuesto de lo que me dice en su estimable del 16 del corriente, y agrego del 12 que olvidaba. Las noticias de Buenos Aires no pueden ser mejores. Creo que Pellegrini hará un buen gobierno, rodeado de todos los hombres honrados del país, y acompañado por la confianza pública.

En este camino, dentro de un año, entraremos de nuevo en la normalización y en otro más de buen gobierno no quedarán ni rastros de la crisis.

A propósito de buen gobierno, le contaré un incidente de viaje, que ha sido uno de los más agradables. En Aix-les-Bains se hallaba el ministro de

guerra de Rusia y edecán del emperador, el general Wannowsky. Ocupaba con su familia un apartamento frente al mío, en el mismo *couloir*. Comíamos en el restaurant, en dos mesas cercanas. La señora del general se encantaba con las gracias de mi nieto Jorge Adolfo y lo pedía á su madre con frecuencia para acariciarlo. Un día, á la hora de comer, la señora se levantó de su mesa, y vino á saludarme á la mía, donde estaba en compañía de la familia de Méndez. La señora me dijo con mucha amabilidad que me envidiaba mi nieto, porque aun cuando tenía hijos casados, no tenía ningún nieto.

Le agradecí como debía su delicado cumplimiento. Era la víspera de mi partida. Al día siguiente al tiempo de ir á tomar el coche para dirigirme á la estación del ferrocarril, el general salió de su sala y vino á saludarme. Debo apuntar una circunstancia de que me había olvidado. Después de la comida del día anterior, envié mis tarjetas al general y á su señora. El general me dijo que deploraba que yo no permaneciera más tiempo en Aix-les-Bains para cultivar mi amistad, que estimaba mucho; que era un honor para él (y lo repitió por dos veces) estrecharme la mano, porque conocía los grandes servicios que yo había prestado á mi patria y (textual) la gran probidad con que había gobernado á mi país.

Nos despedimos como dos buenos amigos, bien que uno representara el poder absoluto y el otro la democracia, más ó menos bien representada y practicada.

sted, pues, como las malas y las buenas
rren por el mundo, hasta en Rusia. Si el
. X. viniese á Europa, de seguro que no
tal cumplimiento.
siempre affmo.

B. Mitre.

los últimos fragmentos que transcribo
ingular interés, el primero porque de-
que el General padecía desde hace años
afección del aparato digestivo, así como
a la costumbre de medicinarse sin pres-
médica, y el segundo porque revela las
s artísticas del ilustre estadista, á quien
tas mediocres suponían ajeno á las im-
es de la belleza:

"Berlín, Octubre 13 de 1890.

Amsterdam, á pesar del buen tiempo y de
ratura suave que siempre me ha acompa-
sentí algo enfermo del estómago, y gra-
botiquín he podido neutralizar esta dolen-
siempre me hace sufrir algunos dolores.
timo viaje, la Holanda quedará eternamente
emoria. Después de haberla conocido no
olaría jamás de no haberla visitado. Es la
n más nueva y más durable que puede
conservar un viajero por sus maravillosas
arte en pintura. "El descendimiento" de
"La lección de anatomía" y "La ronda"

de Rembrandt, así como por sus originales ciudade
fundadas sobre el mar, con sus canales y sus g
gantescas obras hidráulicas, desde Amberes has
Hamburgo."

Las dimensiones que van adquiriendo est
apuntes, escritos á la carrera, urgido por
tiempo, me impiden reproducir otras cartas qu
presentan al general Mitre bajo una faz em
nentemente simpática, al filántropo que se e
forzaba porque nadie, sino persona de su íntim
confianza, tuviese noticias de sus buenas obra
Quizás mi silencio en este caso sea grato á t
noble espíritu. El viaje por Europa terminó co
una excursión gratísima, inolvidable, á trav
de España, cuya descripción requeriría un larg
artículo. El espíritu del General, levemente t
citurno, tornóse expansivo bajo el sol de aquel
tierra hermosa, y no ocultaba que sentía a
una emoción análoga á la de volver á la patri
¡Quién hubiera podido substraerse tampo
al halago de aquel pueblo, lleno de ingenio
de corazón, tan afectuoso como caballeros
¡Quién hubiera podido no sentirse orgulloso
sentarse á la mesa de Emilio Castelar, acom
pañado por las más insignes personalidad
literarias, y recibir de aquel coro de verdad
ros grandes de España, el homenaje de l
elogios más calurosos á sus talentos, á sus obr

y á sus grandes hechos! Pero forzoso es terminar... Concluiré evocando la inmensa demostración cívica con que Buenos Aires acogió el regreso de su hijo predilecto.

¿Habrá habido hombre alguno en el mundo que haya sido objeto de un acto más significativo, más grandioso, del amor de sus conciudadanos?

Mitre, sin embargo, supo realizar entonces el acto de abnegación más grande de su vida, sacrificando en aras de la patria aquella embriagadora popularidad. Yo, que me atreví, cuando se produjo, á apreciar aquella actitud política como un enorme error, me complazco ahora en reconocer cuán efímeros y equivocados suelen ser los juicios mal compartidos con la multitud, viniendo el tiempo, al fin, á destruirlos y á darle la razón.

Genio, desconocido y calumniado. A aquello que tantos creímos enorme error, debe la paz Sud América y la República Argentina su grandeza.

JULIO PIQUET.

LA HERIDA DE MITRE

LA HERIDA DE MITRE

(CONTADA POR ÉL MISMO)

Supimos últimamente, al emprender la tarea de escribir este libro, que allá por el año 1875, el general Mitre había mantenido una interesante conversación con don Ireneo Rebollo, hijo político del general Paz.

En esa conversación habíale referido la verdadera versión de su gloriosa herida que á semejanza de estrella luminosa brillaba en su ancha frente de guerrero y pensador.

Acudimos á la benevolencia del señor Rebollo en procura de esa página que constituía una joya de inestimable valer para este libro y, pocos días después, nos entregó personalmente la versión de aquel episodio que pudo influir fatalmente en los destinos del país si la bala enemiga hubiera consumado su obra mortífera y arrebatado á la patria y á la gloria la noble y fecunda vida del general Mitre.

—Atiendo su pedido,—nos dijo el señor Rebollo textualmente,—y aunque la conversación que tuve con el prócer, ocurrió en Octubre ó Noviembre de 1875, aseguro terminantemente que la

recuerdo palabra por palabra, sin haber olvidado el menor detalle, no obstante los treinta años que ya han pasado.

"Una de las muy pocas veces,—escribe el señor Rebollo,—que noté en el ilustre general Mitre algún deseo ó disposición de conversar, me dispensó el favor de referirme los antecedentes de la gloriosa cicatriz que tenía en el centro de la frente y que tanto contribuía á hermosear su privilegiada cabeza.

—¿Conoce usted la causa que ocasionó mi herida?—me preguntó un día que me encontraba en el escritorio de su casa, donde concurría con frecuencia para estrecharle la mano respetuosamente.

—La debo,—continuó,—á una exigencia en el servicio militar, de mi ilustre maestro y querido amigo: de su suegro,—agregó. Era yo coronel y jefe del Estado Mayor: el 1° de Junio de 1853 me encontraba en el cantón de avanzada situado al Sur de esta ciudad: estaba sentado en una pila de balas de los cañones de la batería conversando tranquilamente con los jefes y oficiales que me rodeaban, cuando vimos llegar con aquella precipitación que acostumbraba, al general Paz, que era en esa época ministro de la guerra. Nos saludó militarmente y sin dirigirse á ninguno en particular, dijo con ademán violento, señalando el campo enemigo:

—*Hasta este momento no conoce debidamente el gobierno, á qué responden los trabajos ú operaciones que se practican en aquel punto.*

Comprendí la alusión y de pie como correspondía, contesté que en las primeras horas del día siguiente tendría el señor ministro el parte oficial detallando lo que se había hecho y lo que se hacía en el terreno indicado.

—*Está bien,*—dijo el general—y se alejó.

Serían las doce de la noche, poco más ó menos y un ayudante del general me avisó que el ministro quería hablarme y que al efecto me esperaba en su despacho de la casa de gobierno.

Concurrí inmediatamente y apenas me vió me dirigió la palabra, en estos términos:

—*Señor coronel—¿ha pensado usted en lo que debe hacerse para saber con precisión lo que trabaja el enemigo en su campo?*

—Sí, señor ministro,—contesté.—He ordenado que tales y cuales fuerzas del ejército se encuentren antes de aclarar en el cantón de avanzada, con el propósito de practicar un reconocimiento minucioso sobre las líneas enemigas y estas tropas las conduciré hasta el sitio que ocupa la trinchera, cuya fortificación sé que preparan en estos momentos.

El general me preguntó:

—*¿Ha madurado bien su proyecto?*

—Sí, señor ministro,—repliqué.

—*Está bien*,—repitió secamente,—y aproximándose, me tendió la mano estrechando la mía con una expresión de cariño que no olvidaré jamás.

En efecto, al día siguiente, 2 de Junio, salí con las tropas defensoras de la ciudad sitiada y en seguida se trabó un recio combate con el ejército confederado. Fuí en ese acto herido con bala de fusil y encontrándose allí un ayudante del ministro de la guerra (creo que el capitán Carreras) llevó la noticia á la casa de gobierno. Informado el general Paz, quiso saber si mi herida era grave y como el ayudante le dijera que era mortal, según decían, exclamó:

—*¡Ah! valiera más que hubiera muerto un batallón.*

Desde aquel momento el ilustre general me visitó diariamente, demostrando el más vivo interés por el estado de mi salud, lo que recuerdo aún con mi más profundo agradecimiento."

Esto es lo que textualmente me refirió el esclarecido General acerca de su herida, en un instante de expansión, sin duda, y conmoviéndose cuando aludió al fuerte y silencioso apretón de manos que le había dado el general Paz.

LA CASA HISTÓRICA

LA CASA HISTÓRICA

La casa histórica de la calle San Martín tiene su hermosa tradición. Se sabe que ella le fué donada al general Mitre el año 1869, al descender de la presidencia de la República, tan pobre y modesto como había ascendido á ella por el voto libre de sus conciudadanos, para entregarse al trabajo personal empuñando el noble componedor del tipógrafo y esgrimiendo la pluma del publicista y el polemista, desde las columnas de *La Nación Argentina* que fundara con un grupo de amigos personales y políticos. Pero, lo que no se sabe, por no haberse hecho público nunca y ser ésta la primera vez en que lo daremos á conocer, es cómo se produjo el obsequio que aseguraba para siempre al General y los suyos el techo de un hogar consagrado por el cariño y el respeto popular.

Esto es lo que se conocerá ahora por el documento privado é inédito que se leerá en seguida. Es la escritura otorgada ante escribano público á favor del General, de la casa de la calle San Martín, por intermedio de la comisión especial que llevó á la práctica el pensamiento popular.

Este documento, del cual no existe precedente

en la América, consigna en términos expresivos el significado del obsequio y los altos méritos que reconoce y constituye, sin duda alguna, uno de los jalones principales de la doble aureola de gloria y popularidad que circundó la frente del patricio.

He aquí ese documento:

"En esta ciudad de Buenos Aires, á veinte y tres de Enero de mil ochocientos sesenta y nueve, ante mí, el presente Escribano público de ella y testigos al final firmados, comparecieron los señores don Juan José Méndez, el doctor don Angel María Méndez y don Mauricio Pennano, de este vecindario, personas hábiles para este acto, á los que doy fe conozco y dijeron: Que por sí y en representación de todos los señores adheridos al propósito llevado á cabo por la comisión á que pertenecen, venían en declarar como de facto declaran: Que inspirados por los leales servicios prestados por el *señor Brigadier General don Bartolomé Mitre* á la libertad del país durante largos años de privaciones, sacrificios y peligros, especialmente mientras ha ejercido la primera magistratura de la República, salvando las más violentas crisis, sin comprometer las garantías de la sociedad, manteniendo en lo más recio de ella el culto del derecho que constituye la fuerza y la energía de las democracias, hace imposible é impotentes las reacciones y da base á la paz y prosperidad pública permitiendo á los hombres industriosos dar

mpulso á sus trabajos y vuelo á sus operaciones para reportar las ventajas que las conveniencias particulares alcanzan de las favorables condiciones sociales de los pueblos: Que los comparecientes rindiendo homenaje á la verdad de estos hechos, y considerando que don Bartolomé Mitre desciende á la vida privada en condiciones modestas por la exigüidad de las retribuciones con que la Nación recompensa todos los servicios sin distinguir los que implican y simbolizan la abnegación de los ciudadanos que le consagran la plenitud de sus facultades, recabaron el día doce de Octubre último la aceptación verbal de un hogar para sí y su familia en testimonio de la consideración que les inspira y ha inspirado en todos los tiempos, la abnegación y lealtad con que los hombres se consagran á procurar á sus semejantes la posesión y el más amplio ejercicio de la libertad: Que en ejecución de ese propósito compraron con la suma recolectada con ese fin, al doctor don Angel Medina, la finca que habita el señor Mitre, calle de San Martín número ciento cuarenta y cuatro, edificada en terreno compuesto de diez y ocho metros, ciento ochenta y seis milímetros de frente al Este, ó sean veinte y una varas, y cincuenta y siete metros ciento cincuenta y seis milímetros de fondo al Oeste, ó sean sesenta y seis varas; previniéndose que de la línea de la calle á los treinta y ocho metros ciento cuatro milímetros, ó sean cuarenta y cuatro y media varas para el fondo, se encuentra en el costado del Norte un martillo en contra de esta finca de seiscientos cincuenta

y nueve milímetros de ancho, ó sea tres cuartas, y diez y ocho metros seiscientos diez y nueve milímetros de largo ó sean veinte y una y media varas; lindando por el frente calle en medio con el doctor don Gabriel Ocampo, por el fondo con don Luis María Solé, por el Norte con los herederos de don Juan Cladellas y por el Sur con el doctor don Angel Medina, según consta de la escritura de venta que el señor Medina les otorgó el día diez y seis del que rige ante mí, en este Registro de que doy fe. En su consecuencia hacen donación y formal transferencia en favor del *señor Brigadier General don Bartolomé Mitre* desde ahora para en todo tiempo y para siempre jamás para él, sus herederos y sucesores de ese bien raíz, á fin de que lo goce y disfrute, disponiendo de él del modo que por bien tenga, para lo cual le formalizan la presente como título bastante para el libre ejercicio de sus derechos de propiedad, pues que podrá venderla, cambiarla, hipotecarla, testarla y disponer de ella á su libre albedrío; sacándose copia de este instrumento para que agregándolo á los anteriores sea presentado todo al interesado. Presente á este acto el señor don Bartolomé Mitre é impuesto de su contenido, dijo, que la aceptaba en legal forma, tributando debidas gracias á los señores que le presentan este honroso testimonio En fe de lo cual y leído que les fué la presente en cuyo contenido se ratificaron, así lo otorgaron y firmaron siendo testigos presentes don Cipriano Sires, don Pascual A. Ramírez y don Martín Sueldo, vecinos de que doy fe. Esta escritura

sigue inmediatamente á la de chancelación otorgada este día por doña Petrona y doña Felipa Bracho á don Carlos Cunio al folio sesenta y siete.

Firmados:—Juan José Méndez, Angel María Méndez, Mauricio Pennano, Bartolomé Mitre.—Testigo: Cipriano Sires; testigo: Pascual A. Ramírez; testigo: Martín Sueldo.—Hay un signo.—Ante mí: *José Victoriano Cabral*, Escribano Público.

Es conforme con la escritura matriz de su referencia que pasó ante mí y queda en este Registro del finado don Justo José Núñez á mi cargo á que me remito.—De pedimento de los otorgantes para entregarlo al señor Mitre doy el presente, que signo y firmo, en Buenos Aires, fecha de su otorgamiento.

Firmado: José Victoriano Cabral,
Escribano Público."

MITRE Y PAZ

MITRE Y PAZ

MITRE Y PAZ

Las dos cartas que van á leerse y cuyo original de la del general Mitre hemos tenido á la vista escrita con tinta violeta y una letra más inteligible que la de sus últimos años, son desconocidas hasta ahora, inéditas. Se refieren á un episodio siniestro atribuído al general don José María Paz, que el general Mitre destruye en reivindicación de la memoria de su ilustre jefe y maestro—como le llamaba—y que los historiadores futuros podrán recoger como un precioso elemento de aquellas épocas memorables que precedieron á la organización de la República.

Son éstas:

Buenos Aires, Julio 24 de 1875.

Señor brigadier general don Bartolomé Mitre.

Señor General: El señor don Domingo F. Sarmiento ha asegurado en el Senado Nacional que, cuando el general Paz dirigió la defensa del memorable sitio de Montevideo, proclamó la guerra de represalias, y se ha expresado en los siguientes

términos: "Entonces el general Paz se resolvió á proclamar la guerra á muerte, la guerra de represalias. Y esa tarde misma cayó prisionero un teniente, me parece, herido con cuatro balazos. Lo traen en una camilla, y el general Paz lo mandó fusilar.

—¿Cómo, señor,—le decían,—si está herido mortalmente?

—No debe morir de sus propias heridas, sino de los balazos que le tiren fusilándolo, en represalia. Así principió la guerra á muerte entre los dos partidos."

Como en aquella época era usted uno de los defensores de la plaza de Montevideo, me permito dirigirle la presente en nombre de los herederos del general don José María Paz, pidiéndole se sirva decirnos si ha oído usted que alguna vez aquel honrado militar haya ordenado la guerra de represalias y mandara fusilar prisioneros heridos.

Me es grato, señor General, presentar á usted las expresiones de mi estimación con que lo saludo, muy atentamente.

Ireneo Rebollo.

Casa de usted, Rivadavia 499.

Señor don Ireneo Rebollo.

Estimado señor: Como testigo presencial durante el sitio grande de Montevideo y como discípulo y amigo del general don José María Paz, me hago un deber en contestar su carta poniendo en claro los puntos históricos á que ella se refiere.

El general Paz, en ninguna parte ni en ningún tiempo, proclamó la represalia ni practicó la guerra de muerte.

En su primera campaña al interior reprobó la ejecución de nueve prisioneros, hecha sin su autorización después de la batalla de la Tablada, no obstante la guerra á muerte que practicaba Quiroga.

Después de la batalla de Caaguazú tomó sesenta jefes y oficiales prisioneros (entre ellos el coronel Salón) y se resistió á ejercitar sobre ellos represalias, no obstante que Rosas practicaba la guerra á muerte.

Durante los dieciséis meses en que el general Paz estuvo al frente de la defensa de Montevideo, no sólo no declaró él la represalia, sino que en ningún caso ordenó por sí ninguna ejecución militar, y menos aun de prisioneros de guerra.

El general Paz, como lo anunció en su proclama en Enero de 1843, aceptó la responsabilidad de la defensa de Montevideo después de la derrota del Arroyo Grande, en nombre de la causa argentina, y conservando su escarapela y su carácter de general argentino, cuidando de no tomar parte en la política interna del Estado Oriental.

Por consecuencia, el general Paz no ha podido declarar por sí las represalias, que era un acto gubernativo que no le competía, ni abrogarse como militar funciones que no tenía, ni quería desempeñar.

Fué el gobierno oriental quien dictó un decreto

aplicando la pena de muerte á los traidores que se tomasen con las armas en la mano, y quien más tarde declaró la represalia.

El decreto sobre los traidores lleva la fecha de 13 de Febrero de 1843 (tres días antes de llegar Oribe al Cerrito) y lleva la firma de don Joaquín Suárez y Melchor Pacheco y Obes. Su tenor es el siguiente: "Todos los individuos del ejército invasor que se tomen serán tratados con las consideraciones debidas á prisioneros de guerra; pero todo oriental ó avecindado en el país tomado con las armas en la mano, ó con la divisa del ejército invasor, será fusilado en el acto por la espalda."

En virtud de este decreto se fusilaron ocho prisioneros orientales, previa sentencia ú orden expresa del gobierno, siendo dos de ellos ejecutados en Santa Lucía por el coronel Estivao, cuatro en la Fortaleza del Cerro y dos en la línea de Montevideo, hallándose aun el general Paz al mando de la plaza. De los dos ejecutados en la línea, uno se llamaba García, desertor de extramuros (es el que fué tomado ligeramente herido) y el otro, que creo se llamaba Tapia, era igualmente desertor de los cuerpos orientales, y ambos oficiales.

La represalia fué declarada del siguiente modo: Habiendo substraído el enemigo de un buque que navegaba con bandera neutral, dos oficiales y dos soldados de nuestro ejército, éstos fueron llevados como prisioneros al Cerrito. Oribe los mandó degollar y horriblemente mutilados, arrojó sus cadáveres á

nuestras avanzadas. Esto sucedía el 7 de Octubre de 1843.

Los cuatro cadáveres fueron puestos en expectación durante todo el día á las puertas de la Policía y sobre banderas nacionales. El pueblo acudió á contemplar aquellas víctimas.

Enterradas en esa misma tarde con honores extraordinarios, el ministro de la guerra Pacheco y Obes y el jefe de policía don Andrés Lamas, pronunciaron dos ardientes discursos sobre sus tumbas, pidienso la represalia.

Como cinco mil personas llenaban el cementerio, y todos indignados y entusiasmados contestaron con un prolongado *¡Sí!*

Al día siguiente (8 de Octubre), el gobierno oriental expidió el decreto declarando la represalia, en estos términos: "Serán irremisiblemente pasados por las armas todos los individuos del ejército de Rosas que sean aprehendidos y pertenezcan á la clase de jefe ú oficial."

Este decreto, hijo de la indignación de un momento en presencia de un acto de cobarde barbarie, no tuvo el carácter de una medida política ó militar, y nunca fué puesto en práctica, habiéndose tomado posteriormente muchos prisioneros, ninguno de los cuales fué ejecutado.

Satisfechas sus preguntas en honor de la verdad, me suscribo de usted atento servidor y compatriota.

Bartolomé Mitre.

S/c. Julio 29 de 1875.

La espada del general don José M. Paz figura entre los más preciosos objetos del Museo Histórico de Buenos Aires, al lado de la del bayardo de nuestros ejércitos general don Juan Lavalle. El general Mitre, que la había recibido de manos de las hijas del glorioso jefe, le dió ese destino, mostrándose grande y desprendido como siempre, entendiendo que era allí donde debía estar más que en su poder.

Las tres cartas que van á continuación y que por primera vez se publican, establecen la forma cómo se produjo la donación de la espada del ilustre vencedor de Caaguazú y su envío al Museo Histórico:

Señor brigadier general don Bartolomé Mitre.

Señor General: Las dos hijas que existen hoy del señor don José María Paz, Margarita y Rosa, mi esposa, agradecen sinceramente la buena voluntad de usted y su poderoso contingente para salvar de la calumnia el nombre honrado y virtuoso que su padre les legó.

Desde el terreno en que tuvo lugar la batalla de Caaguazú, el general Paz mandó para sus hijas la espada que usó en aquella campaña y en aquel combate.

Esta espada no tiene valor ni mérito artístico alguno. No es, pues, otra cosa que el recuerdo de una de las victorias de aquel militar: y en este

sentido únicamente, sus herederos, invocando el aprecio que el general Paz tenía por usted, se permiten presentársela, y le piden que la acepte como un testimonio de respeto y gratitud.

En cuanto á mí, señor, también aprovecho esta oportunidad para manifestarle mi reconocimiento á sus atenciones y deferencias cuando tuve el honor de presentarme á usted.

Lo saludo muy atentamente y me repito de usted su seguro servidor q. b. s. m.

Ireneo Rebollo.

Casa de usted. Agosto 15 de 1875.

Señor don Ireneo Rebollo.

Estimado señor: Recibí oportunamente su muy apreciable carta de 15 de Agosto, y con ella la espada que el ilustre general don José María Paz llevaba en Caaguazú, y que en nombre de sus dos hijas doña Margarita y doña Rosa se digna usted ofrecerme, con palabras benévolas que agradezco como debo.

Sírvase usted manifestar en mi nombre á las dignas hijas del ilustre general Paz mi profunda gratitud por la inmerecida distinción que les he merecido, y que sólo acepto en homenaje á la gloriosa memoria del que en los primeros años fué mi general y mi maestro, y que en los últimos años fué mi amigo.

No me considero, sin embargo, digno de guardarla, y creo, por otra parte, que en mi poder esa espada no está donde debe estar.

Antes de ahora he recibido objetos que han pertenecido á hombres ilustres de nuestro país. Entre ellos se cuenta la faja, la corbata ensangrentada y la espada del general Lavalle al tiempo de morir. Esos objetos figuran hoy en el Museo Público de Buenos Aires al lado de otros recuerdos gloriosos, que el pueblo va allí á contemplar con amor y respeto.

Creo que la espada del general Paz estaría bien al lado de la del general Lavalle. Ambas simbolizarían unidas en aquel lugar, los trabajos y esfuerzos de los dos ilustres campeones de la libertad argentina en su lucha contra la tiranía.

Así, por lo mismo que estimo en mucho el precioso presente que he merecido de las hijas del general Paz y de usted, creo que estaría mejor que en mis manos en ese establecimiento público, donde se conservase perpetuamente, estableciendo desde luego la autenticidad del objeto por medio de la carta que usted se ha servido dirigirme, ó por otra en ese sentido, si á usted le pareciese mejor.

En consecuencia, si fuese del agrado de las hijas del ilustre general Paz que esa gloriosa espada figure en nuestro Museo, yo me haría cargo de presentarla en su nombre ó en el mío, si se dignaran darme su autorización: ó si fuese más de su agrado que yo la conservase, no tengo sino reiterar el profundo agradecimiento hacia ellas, que antes he manifestado.

Por lo demás, en cuanto á la parte que usted refiere en su carta sobre vindicar como correspo

día la gloriosa memoria del general Paz, no he hecho sino cumplir un deber de justicia y de verdad, honrando como corresponde el nombre del primer general de nuestros ejércitos, del ciudadano más austero y del hombre más fuerte y más moderado, así en la prosperidad como en el infortunio.

Ruego á usted me dispense si antes no he contestado á su carta, por causas ajenas á mi voluntad.

Sírvase usted ponerme á los pies de las dignas hijas del ilustre general Paz, doña Margarita y doña Rosa, y acepte la consideración con que lo saludo.

Su afmo. compatriota y S. S.

Bartolomé Mitre.

S/c. Setiembre 14 de 1875.

Señor brigadier general don Bartolomé Mitre.

Señor General: He recibido su muy apreciable carta fecha 14 del presente mes. Fué nuestra voluntad que conservara usted como un testimonio de respeto y gratitud, la espada que el general Paz usó en la campaña y en la batalla de Caaguazú. Cuando tuve el honor de presentársela en nombre de las hijas de aquel general, dejé cumplido el deseo de ellas y el mío á la vez.

Pero si usted opina que esa espada debe estar en el Museo Público al lado de la del ilustre general Lavalle, y quiere usted darle ese destino, está usted, por nuestra parte, autorizado para mandarla

allí á su nombre, sirviéndose para ello de mi carta fecha 15 del mes anterior, si lo creyere necesario.

Reitero á usted mis expresiones de respeto y aprecio, y tengo el gusto de saludarlo muy atentamente, su seguro servidor q. b. s. m.

Ireneo Rebollo.

Casa de usted. Setiembre 16 de 1875.

MITRE Y GARIBALDI

MITRE Y GARIBALDI

El primer día de su llegada á La Plata, llevado, como queda dicho en otro lugar, por la corrección de su traducción de Horacio, el General se quedó á comer en la casa de don Antonio Bilbao la Vieja, su pariente político.

Nosotros estábamos también invitados á sentarnos en la mesa, donde sólo se reunirían personas de la familia.

Cuando llegamos, el General se paseaba en el fondo de la casa abstraído en sus pensamientos.

Al darle las buenas noches, le dijimos:

—¿Sabe General que hace poco, con motivo del aniversario italiano del 20 de Setiembre, publicamos en *La Mañana* un artículo suyo que quizá usted ya no recuerda?

—¿Cuál?—preguntó el General con interés.

—Uno en que usted refiere un interesante episodio del sitio de la nueva Troya y en que hace un retrato físico y moral del inmortal Garibaldi, su compañero y amigo de aquella epopeya.

—¡Ah, sí!—contestó inmediatamente el Gene-

ral;—ese artículo lo recuerdo, fué de mis primeros trabajos; lo escribí al pie de una pieza de artillería, frente al enemigo y mientras el cañoneo se había interrumpido por algunas horas.

El General nos puso en seguida de relieve la figura arrogante y caballeresca del héroe de San Antonio.

Rendimos un tributo á la memoria del glorioso Garibaldi y de homenaje á los millares de italianos que comparten con nosotros la actividad del trabajo, reproduciendo íntegramente el citado artículo.

GARIBALDI

UN EPISODIO TROYANO.—RECUERDOS DEL SITIO GRANDE DE MONTEVIDEO

En el año de 1850 escribió Alejandro Dumas un pequeño libro, indigno de su maravilloso talento, cuyo título, sin embargo, será inmortal.

Al cumplirse el séptimo año del famoso sitio de Montevideo, el fecundo novelista dió por inspiración á esta heroica ciudad y á su libro el título de *Nueva Troya*, con que pasará á la posteridad.

El sitio de la Nueva Troya del Plata duró diez años, como el de Ilión; pero, más feliz que ella, en vez de caer, triunfó. Dentro de sus débiles murallas, artilladas con los viejos cañones de hierro que servían de postes en sus calles, se salvó la causa de la civilización y de la libertad del Río de la Plata.

El mundo, en vez de confederarse contra ella, como el mundo griego contra los hijos de Priamo, vino en su auxilio, y sucesivamente la Francia, la Gran Bretaña y el Brasil le prestaron su apoyo, dándose cita en su recinto sagrado para combatir por su causa, todas las razas viriles de la tierra que persiguen un ideal.

La historia del sitio de Montevideo, con sus homéricos combates diarios, con sus hazañas que se dirían fabulosas, con sus héroes que sin necesidad del auxilio de los diososes mitológicos nada tienen

que envidiar á los de la Iliada, es una epopeya, que tiene la unidad de la acción y de la idea, realizada por la severa poesía de la verdad.

Y para que nada faltase á esta analogía entre la antigua y la nueva Troya, Montevideo tuvo también su Patroclo, en torno de cuyo cadáver se trabó un combate heroico, cuyo héroe, más grande que Aquiles y que Ayax, ha merecido la admiración y la simpatía del mundo entero.

II

Era Montevideo en 1843 una ciudad cosmopolita, en toda la acepción de la palabra.

Al tiempo de ser sitiada por el ejército del tirano Rosas, al mando del degollador Manuel Oribe, de siniestra celebridad, su población se componía de *treinta y un mil habitantes*. De éstos, sólo *once mil* eran nacionales de todos sexos y edades, incluyendo en el número casi una mitad de negros emancipados, criollos unos y africanos los más.

Los veinte mil restantes, casi en su totalidad hombres de armas llevar, eran emigrados argentinos, franceses, españoles, italianos, brasileros, norteamericanos, portugueses, ingleses, y de otras nacionalidades de Europa y América. De estos veinte mil hombres, las tres cuartas partes (15.488, según el censo) correspondían á las nacionalidades argentina, francesa, italiana y española, que constituían su nervio.

Los proscriptos argentinos, enarbolando en sus

sombreros su escarapela azul y blanca, formaron una legión en número de más de quinientos hombres, bajo la dirección del general de la independencia don Eustaquio Díaz Vélez, la que quedó al fin al mando del comandante Juan Andrés Gelly y Obes, hoy general de la República Argentina.

Los franceses se organizaron en batallones, en número de más de 2000 hombres, formando los vascos un cuerpo aparte; y cuando sus representantes diplomáticos les exigieron que depusiesen las armas, abandonaron su cucarda tricolor y aceptaron los colores nacionales, coronando las astas de sus banderas con el gallo de las Galias y las águilas napoleónicas.

Los españoles, en número como de 700 hombres, acudieron á las trincheras, enrolándose como artilleros de plaza.

Los italianos, mandados por Giussepe Garibaldi, formaron también una legión, fuerte de más de 600 hombres, y adoptaron por enseña una bandera negra, en señal de duelo por la patria esclavizada, en cuyo centro se veía el Vesubio en erupción, símbolo de la llama republicana que ardía en sus corazones.

El núcleo del ejército de la defensa lo componían cinco batallones de infantería y un regimiento de artillería formados de negros libertos, mandados en su mayor parte por oficiales argentinos. El resto, hasta el completo de siete mil hombres, lo formaban tres batallones y algunos escuadrones de guardia nacional activa, que en gran

parte se pasaron al enemigo en los primeros meses del sitio, por pertenecer al partido Oribe, denominado blanco.

Mandaba este ejército el general argentino don José María Paz, que á la prudencia de Fabio, reunía la táctica y las virtudes de Epaminondas y de Turena.

El célebre abogado francés Chaix D'Est-Ange, pretendiendo hacer la caricatura de este ejército ante la corte de los *Assises* de París, hizo de él un elogio inconsciente, que la historia recogerá con toda su amarga ironía para honor de la humanidad. Decía Chaix D'Est-Ange, dirigiéndose al general Melchor Pacheco y Obes,—uno de los héroes del sitio de Montevideo, argentino de nacimiento y oriental por elección:—«Os concedo todo, no regatearé nada de vuestros combates, de vuestras victorias, de vuestra generosidad, ilustre defensor de la República del Uruguay; desde que traéis la prueba de todo esto en certificados subscriptos por una docena de generales, jefes de ese ejército, compuesto de negros, de franceses, de italianos, de naturales de todos los países...bandas de proscriptos, escoria de todas las naciones...aventureros de todas partes, médicos sin enfermos, artesanos disipados, enemigos de todas las sociedades modernas, que en París, como en Montevideo, como en Roma, tienen siempre un brazo y una pluma al servicio del desorden.. mandados por generales como *ese* Garibaldi, á quien por lo demás *conocéis muy bien...*»

Pacheco y Obes replicó á su sarcástico conten-

dor en la lengua de Lafayette y con el acento y la elocuencia del general Foy, que era su modelo:—«Se hace burla de nuestras guerras y nuestras batallas, y nuestros ejércitos han sido comparados con pelotones de soldados. Si esto no es del todo cierto, la verdad es que somos muy pequeños. Nuestra población no pasa de 180.000 almas. Es muy poco, en efecto, pero con esos 180.000 habitantes, hemos encontrado 12.000 combatientes, teniendo al frente un ejército doble en número, y hemos luchado durante nueve años. Hoy nos quedan 5000 hombres, y entre ellos deben contarse á los que, niños aun á la llegada del enemigo, han podido tomar las armas cuando la edad se lo ha permitido. Los demás han perecido bajo el fuego del enemigo, porque en esas batallas tan pequeñas, de que se acaba de hacer mofa, se muere, señores! Y ¿acaso en vuestras grandes batallas se hace otra cosa?»

Estas valientes palabras produjeron una profunda sensación en el tribunal y en la barra. La generosa fibra francesa se sintió estremecida. El general Pacheco, acentuando entonces su defensa con un golpe atrevido agregó: «En cuanto á mí, no necesito certificado de honor. Cuando se duda del mío propio, es por el mismo que lo pone en duda por quien voy á hacérmelo otorgar.» Y el sarcástico Chaix D'Est-Ange, provocado á una explicación por el general de los negros y de la escoria de los proscriptos del mundo, tuvo que dársela plena y cumplida en honor de la verdad y de la justicia.

Antes de que esto tuviera lugar, ya se había le-

vantado en la tribuna francesa la elocuente voz de Thiers, sosteniendo la causa de la nueva Troya del Plata (que Alejandro Dumas no había bautizado aún), dando al tirano Rosas el dictado de bandido (brigand) y á Montevideo el de heroica, reconociendo á sus hijos desheredados de la bandera tricolor, como dignos hijos de la patria que lo estigmatizaba ante un tribunal francés.

Y más tarde, cuando llegaron para la Francia los días de desgracia y de prueba, cuando Chaix D'Est caía como cómplice del despotismo de Napoleón III, y cuando Thiers se levantaba proclamando la república necesaria, *ese* general Garibaldi, *mal conocido* por la Francia, seguido por la banda de aventureros «escoria de las naciones que acaudillaba en Montevideo», presentó al republicano Gambetta la única bandera arrancada en el campo de batalla de manos del enemigo en la guerra Franco-Prusiana.

Volvamos á Montevideo.

III

Era el día 17 de Noviembre de 1843, y empezaba á amanecer.

La mañana estaba nublada, y á la distancia apenas se percibía la silueta del Cerrito, cuartel general del ejército sitiador.

La línea de fortificación de la plaza, que es extendida de mar á mar, cerrando la península en que está fundada la ciudad de Montevideo, presentaba un

aspecto pintoresco, con su infantería formada al pie de la muralla, y sus artilleros con las mechas encendidas al pie de sus piezas: á la izquierda se veía su flotilla de cañoneras mandadas por Garibaldi, que prolongaba la línea en las aguas de la bahía, terminando en su famoso Cerro, y á la extrema derecha el cementerio donde se enterraban los muertos de la defensa, coronado por una batería á barbeta batida por las olas del sur. Entre las líneas avanzadas de los beligerantes, se veían las escuchas de uno y otro campo, que cambiaban algunos tiros, produciendo el efecto de relámpagos en medio de la niebla.

Desde la batería central denominada del 25 de Mayo, coronada por un alto caballero artillado con siete piezas de á 24, se dominaba todo este paisaje. En aquel momento, una columna de infantería, precedida de algunos guerrilleros, salía por el portón del centro. Componíala el batallón 3° de línea, formado de negros libertos, al cargo de su mayor Juan Antonio Lezica (argentino) y una parte de la legión italiana. Marchaba á su cabeza como jefe de vanguardia el coronel José Neira, oriundo de Galicia, naturalizado en la República Oriental, que había empezado su carrera militar en Buenos Aires, combatiendo contra los ingleses en 1806 y 1807. Era un hombre como de sesenta años, de fisonomía acentuada, tez encendida y cabellos blancos: montaba un caballo blanco, y llevaba al cinto una espada y un par de pistolas. Media hora después, aquella columna ocupaba las posiciones avanzadas

del centro, situadas como á una milla á vanguardia de la línea de fortificación, desalojando de ella al enemigo á balazos.

Pocas horas más tarde, el vigía de la plaza, que era dirigida por el comandante Alberto Lista (argentino) enarbolaba la señal de que fuerzas enemigas avanzaban sobre el centro de nuestra línea de vanguardia Dirigíme hacia aquel punto desde la batería del Caballero en que á la sazón me encontraba, y al pisar la azotea del mirador donde estaba aquélla situada me encontré con el coronel Garibaldi, que apoyado con ambos brazos sobre el parapeto y con la mirada perdida en el espacio, contemplaba el paisaje ó meditaba tal vez mirando hacia el interior de su alma.

Tenía yo entonces veinte y dos años, y la personalidad de Garibaldi ejercía sobre mi imaginación una especie de fascinación, que me atraía irresistiblemente por las hazañas que de él había oído relatar, y por una especie de misterio moral que la envolvía Sólo tres veces le había visto en mi vida, sin tener ocasión de hablar íntimamente con él. La primera vez que lo conocí fué al abandonar el servicio de la república riograndense, donde había dejado una fama novelesca por su coraje y por su elevación moral. Brindaba con varios proscriptos italianos que entonaban el Himno de la Joven Italia, cuyo coro acompañaba él con voz dulce y vibrante, mientras comía con un pedazo de pan una salsa de ajos preparada á la genovesa, bebiendo un vaso de agua pura. Me dió la idea de

un hombre que tenía en sí la embriaguez sagrada, y que no necesitaba de ningún estimulante extraño á su naturaleza para elevarse á la región del entusiasmo sereno. La segunda vez se me presentó tranquilo, dominador como el genio del combate, de pie sobre la popa de un pequeño barquichuelo artillado con tres piezas, llevando á remolque dos lanchas cañoneras, con las cuales desafiaba el poder de la escuadra del tirano Rosas, que bloqueaba el puerto de Montevideo. Embarcaciones y hombres parecían obedecer al impulso de su voluntad y entonces comprendí su poder de atracción en medio del peligro. La última vez, le había visto por acaso en el cuartel de la Legión Italiana. Anzani, su segundo jefe, que era la vara férrea de la disciplina del cuerpo, le dirigía estas palabras en momentos de disponerse á ejecutar un castigo en varios legionarios. «*Andate!* Tú no sirves para esto!» Y Garibaldi había obedecido en silencio á su segundo, parándose á caballo á la puerta del cuartel! Ejecutado el castigo, la legión salió en columna, templada como una espada de acero, y prorrumpió en *¡vivas!* entusiastas á Garibaldi, que la condujo ese mismo día al combate, con aquella irresistible atracción magnética que tenía en sí, y que era mayor en los momentos desesperados.

Quise aprovechar la ocasión de interrogar aquel enigma vivo, y extracto de mi diario militar la impresión profunda que me causó la conversación que en ese día tuve con él. Me penetré de que era un republicano apasionado, por convicción y

temperamento. Bajo un exterior modesto y apacible, ocultaba un genio activo y una cabeza poblada de grandiosos sueños. Su sueño por entonces era desembarcar en las costas de la Calabria con su legión de voluntarios dando la señal de la resurreción italiana, y morir en la demanda si no alcanzaba á clavar la bandera de la redención en el Capitolio de Roma. Su lenguaje al hablar de esto era apasionado y lleno de colorido, revelando un hombre instruído, con más sentimiento que ideas. Me expuso brevemente su teoría política, á propósito de los males que afligían á la América del Sud, á los cuales no veía más remedio que nuevas revoluciones para destruir los abusos, y nuevas guerras que la purificasen. Su palabra, aunque arreglada al ritmo de la moderación, era imperativa y dogmática. La impresión que me dejó fué la de una cabeza y un corazón en desequilibrio, un alma animada al fuego sagrado con tendencia á la grandeza y al sacrificio, y la persuasión de que era un verdadero héroe en carne y hueso con un ideal sublime, con teorías de libertad exageradas y mal dirigidas y que tenía en sí mismo los elementos para ejecutar grandes cosas.

Desde aquel día no dudé que Garibaldi sería con el tiempo el héroe de la Italia libre, y en la correspondencia que hemos mantenido en estos últimos tiempos, he tenido ocasión de recordarle los grandes destinos que en mi entusiasmo juvenil le predije entonces.

En aquella época tenía Garibaldi 36 años de edad.

De estatura mediana, con anchas espaldas y miembros vigorosos y bien distribuídos, su persona tenía cierta pesadez, que se desenvolvía, empero, en ademanes fáciles y medidos, acentuados por el balance cadencioso del marino que cree sentir bajo sus plantas el movimiento de las olas agitadas. Su fisonomía era plácidamente grave, y la sonrisa se dilataba en ella, sin alterar su carácter con ningún gesto. Sus ojós azules sólo revelaban la excitación de su ánimo, cuando tomaban un tinte sombrío como el de la mar al parecer tranquila, que guarda la tempestad en su seno. Las líneas de su perfil correctamente griego eran rígidas y austeras. Su cabeza abultada y bien modelada, que llevaba siempre erguida poblada de una cabellera rubia larga y sedosa á la nazarena, con una barba entera de tinte rojizo, á que el sol daba reflejos leonados, hacía recordar los bustos de los héroes antiguos vaciado en el tipo ideal que se ha dado á las imágenes de Cristo. De tez blanca y color encendido por la sangre generosa, tenía en sí los elementos de la belleza y de la fuerza física, pero su belleza era más bien moral, como lo era su poder de atracción respecto á las masas y el ascendiente de su valor firme y sereno en medio de los grandes peligros.

Garibaldi no usaba en aquella época la camiseta roja de sus legionarios de Montevideo, con que se presentó, más tarde á la Europa como una aparición fantástica, en el sitio de Roma por los franceses. Su traje era una levita azul, sin ninguna insignia, de cuello militar vuelto, con una doble

botonadura dorada, constantemente abrochada de arriba abajo. Llevaba un sombrero blanco de castor, cilíndrico y alto de copa, con ala ancha doblada hacia arriba como la visera levantada de un casco de la edad media. Por un movimiento maquinal en él, su gesto más enérgico en medio del fuego, era llevar la mano al ala de su sombrero, doblándola más hacia arriba, como para descubrir mejor su espaciosa y abovedada frente.

Mi estudio en aquella personalidad interesante y nuestra conversación, fueron interrumpidos por un tiroteo que súbitamente se hizo sentir al centro de nuestra línea de vanguardia. Eran como las 12 del día. El fuego empezó á arreciar por grados, y poco después la vigía enarboló la bandera roja de alarma coronando el pabellón nacional, tocando generala los tambores y las cornetas de toda la línea.

Garibaldi bajó de la vigía y montó en un caballo rosillo enjaezado con el recado brasilero de cabezadas altas, que usaba desde sus campañas en Río Grande, dirigiéndose á galope hacia el lugar donde se sentía el fuego, después de dar orden para que el resto de su legión se reuniera y le siguiese.

IV

He aquí lo que había sucedido:

El coronel Neira, aunque anciano, era un hombre enérgico, testarudo y de sangre caliente: no satisfecho con haber desalojado á las guerrillas enemigas de los puestos avanzados, se había empeñado

más tarde en llevar un ataque parcial sobre sus guardias del centro, situadas á inmediación del punto denominado «Las Tres Cruces». Al efecto se puso al frente de una guerrilla como de veinte á treinta hombres, y avanzó resueltamente con ella, rompiendo la línea avanzada de los sitiadores y obteniendo en el primer momento algunas ventajas. El enemigo, reconcentrando sus reservas, reaccionó vigorosamente, trabándose un reñido combate, del que resultó la derrota de la guerrilla y la muerte de Neira, después de hacer éste una resistencia tenaz por no entregarse prisionero.

El cadáver de Neira cayó en terreno enemigo, como á treinta ó cuarenta pasos á vanguardia de una zanja con cerco vivo, que los sitiadores ocupaban habitualmente. Disponíanse éstos á apoderarse de él y arrastrarlo á su campo cuando súbitamente fueron sorprendidos por un vivo fuego que partía de la zanja el cual les obligó á replegarse á sus reservas. Desde ellas trajeron con mayores fuerzas un ataque al cadáver, pero fueron otra vez rechazados, y sucesivamente en otro tercer ataque, dejando en el campo varios muertos. Los que así defendían el cadáver de Neira, eran trece soldados negros de la guerrilla dispersa que al mando del alférez José María Ortiz que era entonces casi un niño, habían hecho pie firme en aquella posición. El altérez Ortiz (argentino) recibió una espada de honor en premio de esta señalada acción.

Los enemigos, reforzados, que habían descubierto la pequeña fuerza que sostenían la zanja y que

podían notar el desconcierto de la reserva con la pérdida de su jefe, habían organizado un cuarto ataque Ya se disponían á apoderarse del cadáver y forzar la posición cuando se presentó Garibaldi en su caballo rosillo, con su sombrero blanco echado hacia atrás llevando en la mano un sable-espada de caballería que había arrancado de manos de un soldado. A su vista, á su voz todos se sintieron héroes. Los dispersos se reunieron, la reserva reforzada por el batallón de Extramuros al mando del comandante Francisco Tajes (oriental), avanzó en orden y tomó posiciones, al mismo tiempo que los trece soldados negros, abandonando su actitud definitiva, con Garibaldi á la cabeza, rodearon como una guardia fúnebre el cadáver de Neira, disparando en su honor tiros á bala sobre el enemigo.

Para realizar una hazaña parecida bajo los muros de la antigua Troya, fué necesario según lo ha cantado Homero en versos inmortales, que Minerva tomase la figura del padre de Manelao—porque Aquiles no se atrevía á combatir sin las armas invulnerables de Vulcano—y estimulara á aquél á no dejarse arrebatar el cadáver de Patroclo, para evitar á los griegos el oprobio de que los perros de Ilión lo devorasen. Aquí fué ejecutada sin la intervención de falsos dioses, por un niño al mando de trece negros, bajo las órdenes de un héroe vulnerable desde la cabeza hasta el talón, que les dirigió esta sencilla proclama: «No dejemos que le corten la cabeza para clavarla en el Cerrito.»

El combate se trabó encarnizado y sangriento en

torno del cadáver. Pero no obstante las buenas disposiciones tomadas por los de la plaza, la situación de Garibaldi, recibiendo á campo abierto con un puñado de hombres los fuegos reconcentrados del enemigo llegó á hacerse insostenible. Los sitiadores, considerablemente reforzados por fuerzas superiores que desde el Cerrito habían venido en su auxilio, se disponían á dar una carga decisiva. Garibaldi, resuelto á no abandonar el cadáver, levantó en alto su espada-sable y doblando con gesto heroico el ala de su sombrero blanco, dió con voz estridente la orden de calar la bayoneta.

Hacía más de una hora que duraba el combate. En aquel momento supremo, se oyó á la distancia el toque ronco y convulsivo de un tambor que no se confundía con ningún otro; era el tambor de la Legión Garibaldina, que sonaba á retaguardia la orden de carga dada por su jefe. Momentos después la Legión italiana desembocaba á paso de carrera y dando alaridos, en la plazuela llamada de la Cordobesa, haciendo flamear al soplo del entusiasmo su bandera negra surcada por las llamaradas del Vesubio. Simultáneamente llegaban los batallones 4° y 5° de cazadores mandados por el comandante César Díaz (oriental), y por el comandante Felipe López (argentino), y un piquete de la Legión Argentina á cargo de su mayor Juan Andrés Gelly.

Más de 1500 hombres por cada parte se concentraron en el espacio de trescientas varas de frente. Garibaldi, por orden del coronel Faustino Velasco (argentino), jefe de la línea exterior, tomó el man-

do en jefe. El combate se hizo general desde las respectivas posiciones. Al cabo de cerca de una hora de nutrido fuego por ambas partes, se oyó un redoble prolongado: el fuego de los de la plaza cesó súbitamente. Momentos después, el mismo tambor ronco y vibrante de la Legión sonaba la carga á la bayoneta, y Garibaldi, al frente de dos columnas de ataque que convergían hacia el punto de las Tres Cruces, arrollaba al enemigo matándole 36 hombres, y se apoderaba de esta posición que era la llave de la línea avanzada de los sitiadores.

En el Cerrito se había enarbolado también la bandera de alarma, y todas sus reservas concurrían apresuradamente al punto atacado, formadas en gruesas columnas vestidas de colorado, que las hacía destacarse entre las verdes arboledas de la campaña.

Era prudente emprender la retirada, á menos de comprometer una batalla sin objeto, y Garibaldi, por orden del General Paz, dió la señal, cubriendo personalmente la retaguardia. Los enemigos, considerablemente reforzados, intentaron atacar las columnas de la plaza al tiempo de volver á ocupar sus posiciones, pero dos piezas de artillería al mando del teniente Emilio Mitre (hoy general argentino), situadas á prevención en la plazuela de la Cordobesa, rompieron el fuego y contuvieron el avance, efectuándose la retirada en perfecto orden.

A las 6 de la tarde, la columna de la plaza llevando en triunfo á su cabeza, el cadáver ensangrentado del coronel Neira, escoltado por los 13

negros que lo habían arrancado de manos del enemigo, entraba á las trincheras por el portón del centro, á tambor batiente y banderas desplegadas, en medio de las aclamaciones de la guarnición. Garibaldi, sereno y modesto, marchaba en su caballo rosillo al lado del cadáver.

V

Los funerales de Neira tuvieron también un carácter épico.

La viuda de Neira, respetable matrona argentina, sobrina del ilustre patriota de la independencia don Feliciano Chiclana, en cuya frente nublada por el dolor brillaban los reflejos de luna en su ocaso, se acercó vestida de luto al féretro descubierto; contempló el cadáver en silencio sin derramar una lágrima, y besando amorosamente su frente inanimada, le dijo con acento conmovedor y profundo:

—«Adiós, Neira, ¡has muerto por tu patria adoptiva!»

Los cuatro jefes de batallón, acompañados por el alférez Ortiz y presididos por Garibaldi, que juntos habían salvado el cadáver, cargaban su féretro como un premio expresamente concedido á ellos por decreto de gobierno.

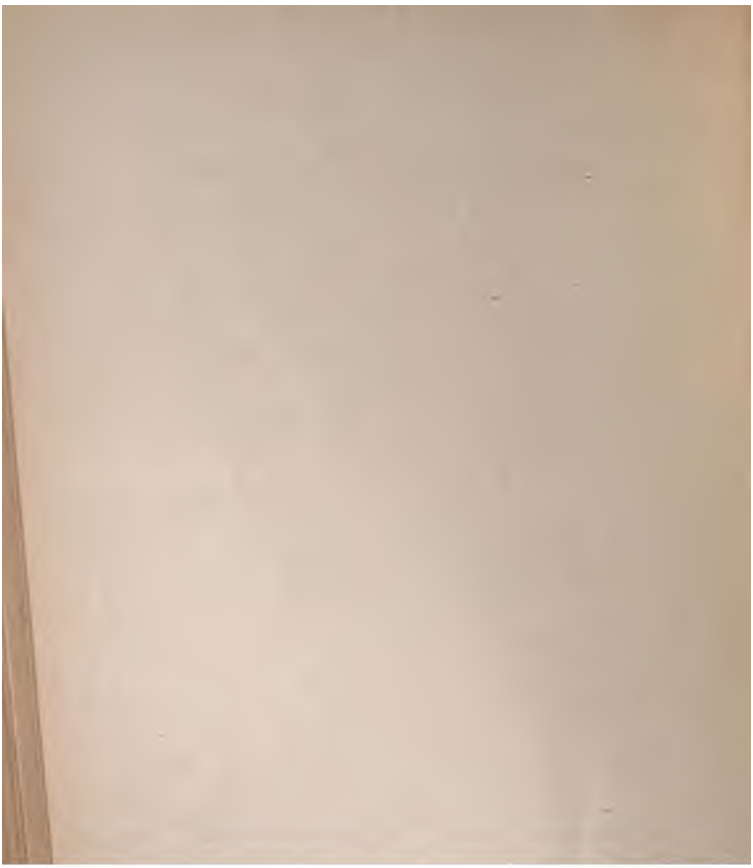
Estos eran los únicos premios que se concedían en la defensa de Montevideo, donde en diez años no se pagó un solo sueldo, y donde sólo se distribuía una ración á cada soldado para no morirse de hambre.

Garibaldi pasaba las noches á obscuras porque no tenía velas con que alumbrarse, y el día de los funerales llevaba su traje de combate, porque era el único que tenía.

En los funerales de Patroclo lloraron hasta los caballos de Aquiles. En los de Neira, todos los defensores de Montevideo se sintieron hombres capaces de sacrificarse hasta por los despojos mortales de sus semejantes!

BARTOLOMÉ MITRE.

LA ENFERMEDAD DEL GENERAL



LA ENFERMEDAD DEL GENERAL

I

El General padecía, como se sabe, de una enfermedad al brazo que le ocasionaba fuertes dolores y que sólo él era capaz de soportar con su organismo de acero y su inmensa voluntad.

Esos dolores recrudecieron en los últimos tiempos y fueron muchas las noches de insomnio que le proporcionaron sin habérsele sentido jamás una queja. No fué, sin embargo, y como generalmente se ha creído, esa dolencia que precipitó su fin. El testimonio irrecusable que hemos recogido de labios de sus abnegados médicos, atestigua que la enfermedad que hizo desaparecer esa gloriosa vida fué derivada de la *colitis* que lo puso en cama y reagravada con la resistencia de su organismo á asimilar los alimentos.

Hay error en la creencia igualmente generalizada y que algunos escritores han recogido, de que la enfermedad al brazo del Ge-

neral databa de veinte ó más años atrás. Se ha hecho una confusión al respecto y cabe aclararla en este capítulo. El General sufrió por aquellos años un absceso seroso en el brazo *derecho* que lo molestaba bastante y que fué necesario operar, desapareciendo todo rastro de la enfermedad. Su mal de los últimos años era al brazo *izquierdo* y de la coincidencia de los dos padecimientos distintos proviene el error.

Como comprobación de nuestro aserto de que la enfermedad en aquellos años era pasajera y al brazo *derecho*, podemos citar el testimonio del mismo General que en una carta escrita de su puño y letra en 1886 y dirigida á su viejo é íntimo amigo doctor don Andrés Lamas y cuya copia nos ha sido proporcionada por un hijo de este ilustre hombre público y notable escritor, le decía:

Señor doctor don Andrés Lamas.

Mi querido amigo: Le agradezco el envío de 1 ejemplar de la Revista, en que se da cuenta de la fiesta promovida por su hijo en honor de San Martín.

Aun cuando en este momento *La Nación* está recargadísima de materiales á que tiene que dar salida, yo procuraré hacer un extracto de todo

pues como hay que traducir del francés, el trabajo de selección se hace más delicado, pero no podré hacer esto hasta mañana, pues en estos momentos estoy recargado de atenciones.

Escribo, por otra parte, con dificultad, pues se me ha producido un derrame seroso en el codo del brazo derecho, que además de los dolores, me obliga á permanecer constantemente vendado con vendas elásticas y cáusticos, siendo opinión de los médicos que al fin tendrán que operarme para extraer el líquido que llena el absceso.

Quedo siempre muy suyo.

B. Mitre.

S/c. Marzo 30 de 1886.

II

La enfermedad del general Mitre, prolongada durante cincuenta y cuatro días, en medio de la expectativa de un pueblo entero, que en cuanta forma es dable imaginar la seguía con intensa emoción sin un día ni un momento de abandono, es otro de los casos que hacen del General uno de los organismos más fuertes y resistentes que se hayan conocido. Es realmente asombroso, que casi á los 85 años, trabajado por las fatigas de las campañas militares y el estudio, las preocupaciones y las inmensas responsabilidades, pueda resistirse un

mal desde el primer día grave, y, desgraciadamente, de pronóstico fatal. Lo es más todavía que pudiera mantenerse durante cinco días sucesivos sin recibir mínimo alimento, sostenido únicamente por su sola vitalidad nerviosa. Si la vida del General fué gloriosa, puede decirse que también lo fué su muerte.

El doctor Piñero, en uno de esos días de ansiosas incertidumbres, nos refirió una escena que vamos á reproducir para demostrar hasta dónde llegaba la fortaleza, la serenidad y el estoicismo de este hombre.

Un mes, poco más ó menos, antes de caer enfermo, el doctor Piñero fué á visitar al General como frecuentemente tenía por costumbre. Lo encontró en su escritorio escribiendo. El doctor Piñero, con un respeto que era al mismo tiempo un reproche disimulado, le observó:

—Esto no está bien, señor. Usted no debiera trabajar á esta hora; hace poco que ha almorzado y necesita hacer tranquilamente su digestión.

El General lo miró y con una sonrisa llena de melancolía, le contestó:

—Vea, mi amigo, si yo ya no trabajo. Esto que estoy haciendo son unos apuntes, unas cartas, trabajos de "última hora", mi amigo, porque me siento mal y comprendo que mi fin

se va acercando. He vivido ya lo suficiente y puedo morir en paz con Dios y con los hombres.

—¡Cómo es eso!—le replicó el doctor Piñero,—un hombre de su optimismo pensando en esas cosas...

—¡Ah! mi amigo, es que ya no me hago ilusiones y siento que me liquido. Y esto es,—agregó,—lo que debe ser y lo que yo también deseo.

—General, usted tiene que vivir mucho todavía.

—No, doctor, y se lo diré. Mi dos grandes placeres en la vida y ahora más que nunca que he dado por concluída mi carrera pública, han sido el estudio y la meditación. En el estudio encuentro un verdadero bienestar y cuando dejo de estudiar medito, paso revista á los hechos de mi vida y siento en ello un placer inefable, especialmente cuando, concretando mi pensamiento en algún acto de mi pasado, encuentro que si tuviera que volverlo á hacer lo haría exactamente como entonces. Hoy, doctor, no puedo darme esos placeres; no puedo estudiar ni meditar porque estos dolores al brazo son atroces. Ya ve, usted, que no necesito ni quiero vivir más.

El doctor Piñero escuchó conmovido esta conversación y quiso disuadir á su ilustre enfermo de tales ideas; pero una réplica de con-

vencido y de fuerte lo hizo fracasar presentándose el caso de que el paciente había dominado al médico y desconcertado al amigo.

Durante la larga enfermedad, el pensamiento fijo del enfermo estuvo en la muerte, fastidiándole mucho cuando sus deudos y sus médicos le hacían entrever la esperanza de una mejoría. "Quiero morir,—repetía frecuentemente—porque he concluído mi misión en la tierra" y en una frase dicha en su lecho de dolor compendiaba todo su pensamiento:

—Esta postdata va siendo demasiado larga.

El doctor Güemes, otro de sus médicos abnegados, asombrado de la fortaleza del General, nos decía:

—Este es un caso que nos tiene burlados y escapa á toda previsión. Todos los autores, incluso Charcot, tratándose de enfermos de la clase y la edad del General, sostienen que el primer síncope es rigorosamente fatal y sólo por excepción se producen dos, siendo este último igualmente fatal. Y bien; el General, entre síncopes y amagos que hemos podido conjurar á tiempo, ha sufrido doce y vive todavía!

El General, mientras no llegó al fatal estado del letargo del cual pasó á la agonía y á la muerte, conservó intactas todas sus extraord i-

narias facultades, manteniendo su memoria y la plena lucidez de sus ideas. En más de una ocasión conversó sobre asuntos de política interna y externa, siendo á este respecto sorprendente cuando disertó desde su cama de enfermo sobre la composición personal y política del nuevo gabinete inglés.

El General estuvo frecuentemente malhumorado y su temperamento seco y dominante se revelaba cada día

Entre el personal de asistencia que tenía á su servicio, había un enfermero al cual le había tomado una ojeriza terrible Era que este buen enfermero no lo abandonaba un solo instante aunque el General lo echase enérgicamente de su dormitorio.

Uno de esos días, estaba más nervioso que de costumbre. Entraron los médicos y practicantes y á todos los hizo salir de la habitación con una palabra breve y autoritaria. Sólo quedaba en ella el enfermero que era su sombra. El General, mirándolo fijamente, le preguntó:

—Dígame amigo ¿á qué sabe jugar usted?

El enfermero todo confundido, le contestó:

—Yo, señor General, á nada

El General le replicó de mal talante:

—Entonces, es usted un "sonso".

El enfermero se puso lívido, dió media vuelta

y salió de la habitación. Era lo que quería el General.

Otro día, estaba el médico á su cabecera y en ese momento salía de la habitación uno de los enfermeros. El General al verlo salir y dirigiéndose á su médico, le dijo:

—Ese es portugués.

—¿Y en qué lo conoce usted?

—En el modo de caminar,—contestó rápidamente el General.

Y, caso curioso. Se averiguó la nacionalidad del enfermero y resultó, que, efectivamente, era portugués.

EL ÚLTIMO AUTÓGRAFO

EL ÚLTIMO AUTÓGRAFO

El General había dejado de trabajar como queda dicho en el capítulo anterior, con la asiduidad extraordinaria que se le conocía, al sentirse enfermo y comprenderse próximo á su fin.

Su último autógrafo escrito en borrador y con lápiz, lleva la fecha de 21 de Noviembre de 1905, ocho días antes de caer en cama para no volver á levantarse, y vamos á ofrecerlo escrupulosamente reproducido del original.

Por el significado y alcance histórico de esta carta, podría suponerse que el General cumplía un pensamiento póstumo. Se dirige al director del Museo Histórico haciéndole entrega de los bastones de Belgrano, Liniers, Pueyrredón y Las Heras, que conservaba en su poder.

La inteligencia del General, como podrá verse, se conservaba intacta y sus ideas no demuestran mínima perturbación. Sólo en la letra se observa cierta confusión que la hace más ininteligible de lo que ya lo era por sí y ordinariamente. Siendo este documento el borrador de

la carta enviada á su destino, en el mismo día de su fecha, no tiene por qué llevar la firma

Sr. Director del Museo Histórico

Entrego a Vd. para que se conserven en el Museo Histórico que Vd. dignamente dirige, los bastones históricos que a continuación se expresan, y cuya autenticidad certifico.

1º El bastón que el Cabildo de Buenos Aires donó al General Manuel Belgrano en premio de sus campañas, y que me fue confiado por sus herederos según consta de la adjunta carta

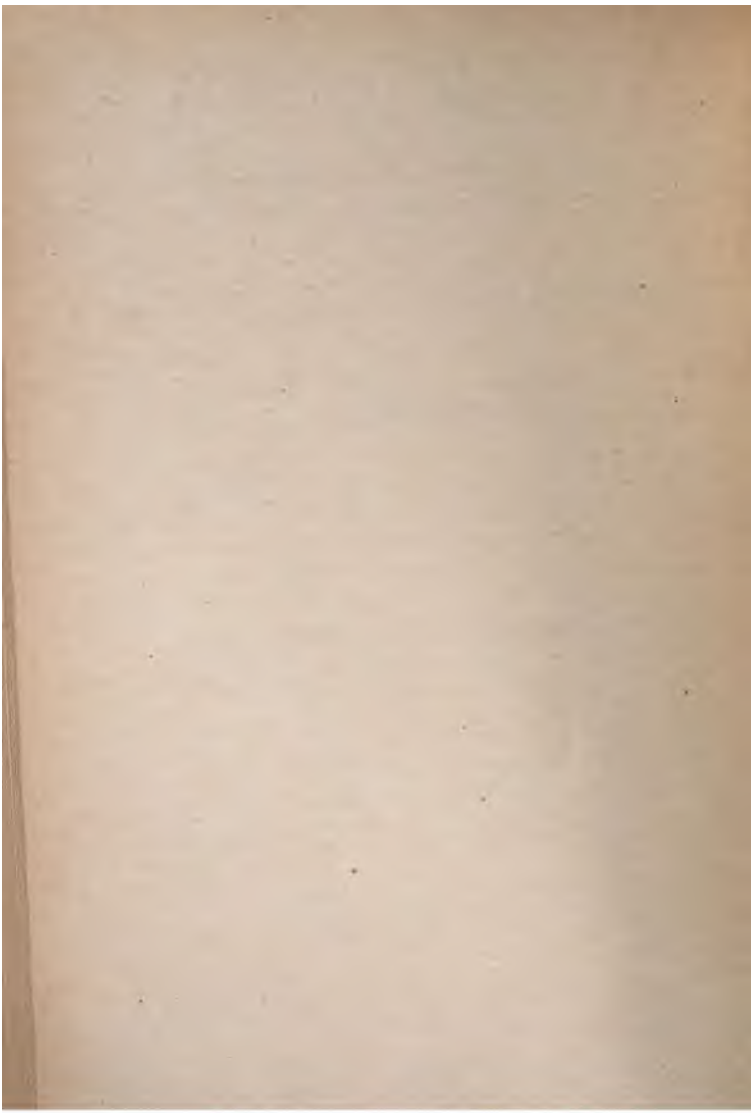
2º El bastón que don Santiago Liniers usó en vida y que quedó en Córdoba después de su muerte en Córdoba, de donde me fue enviado

3º El bastón que usó el Director don Juan Martín Pueyrredón, con la cifra de su nombre

4º El bastón del General don Juan Gregorio de Las Heras, que éste me legó al tiempo de su morir

Dios guarde a Vd.

GUERRA DEL PARAGUAY



GUERRA DEL PARAGUAY

LOS PLANES DE CAMPAÑA DE CURUPAITY Y HUMAITÁ

La campaña del Paraguay que el general Mitre dirigió y terminó como generalísimo de los ejércitos de la Triple-Alianza, sirvió algunas veces á sus enemigos y á los envidiosos de su gloria para arrojar sombras sobre sus planes y su capacidad militar.

La crítica acerba y á la vez injusta y desprovista de todo fundamento, llegó en ciertas ocasiones á hacerle directamente responsable del glorioso desastre de Curupaity, la más sangrienta batalla de aquella guerra, enrostrándosele, asimismo, la prolongación de la campaña por no haber sido forzado á tiempo el Paso de Humaitá.

El General, grande y noble como era en todo, se impuso á sí mismo un abnegado silencio. Soportó serenamente, con su estoicismo acerado, los cargos que se le formulaban, pudiendo destruirlos totalmente con sólo abrir los labios. Era un sacrificio que se había impuesto, superior

á toda fuerza humana "en honor á sus compañeros de armas del Brasil y de la República del Uruguay, con quienes había compartido peligros y fatigas".

La historia militar del mundo no ofrece ejemplo de un general acusado de serias responsabilidades y aun de desastres sangrientos á los cuales ha sido ajeno, que permanezca silencioso y no intente defenderse, siquiera justificarse, durante treinta y cinco años. Sólo podía estarle exclusivamente reservada una abnegación semejante á un general Mitre de quien puede decirse que si fué "el primero en la guerra" fué también el primero en el patriotismo y en la grandeza moral.

Una circunstancia imprudente determinó al general Mitre á romper su obstinado silencio y fué, cuando en 1903, un acreditado diario de Río de Janeiro, con ocasión de celebrar el centenario del marqués de Caxías hizo su elogio desvirtuando torpemente los hechos y poniendo en sospechas la capacidad y la gloria del generalísimo argentino.

¡Sea bendita una y mil veces esa circunstancia superviviente que permitió descorrer el velo de aquella campaña, romper el sello de un archivo, hacer hablar á la historia documentada, deslindar posiciones y responsabilidades y presentar en toda su grandeza la noble figura del gene-

l argentino y sus admirables planes militares
n las jornadas decisivas de la más sangrienta y
rolongada guerra de la América del Sur!

El general Mitre, al decidirse á hablar y pu-
licar su memoria militar, lo hizo precediéndola
e la carta que reproducimos como un nuevo
ibuto á su memoria gloriosa, como un fragmen-
o de nuestra historia y como un complemento
la famosa polémica de la Triple Alianza con
ue cerramos el primer tomo de esta obra.

MOTIVOS DE ESTA PUBLICACIÓN

Los documentos comprobantes de las revelaciones históricas sobre la última época de la guerra del Paraguay, que hoy ven la luz pública, por vez primera, han permanecido reservados por el espacio de treinta y cinco años, obedeciendo á un deber de conciencia que me había impuesto. Es de notoriedad pública, que después de terminada esa guerra, de que había sido director como general en jefe de los ejércitos de la Triple Alianza, sellé mi archivo militar, en homenaje á mis compañeros de armas del Brasil y de la República del Uruguay, con quienes había compartido peligros y fatigas, manteniéndome ajeno, como me correspondía, á las publicaciones que entonces se hicieron sobre las operaciones de la campaña victoriosamente terminada, y negándome á suministrar datos á los que con tal objeto me los pidieron.

Sólo en dos ocasiones hice una excepción á esa regla que me había impuesto, y fué en honor de mis compañeros de armas, y en honor de la verdad histórica que por algunos se trataba de desconocer.

La primera ocasión fué, cuando al glorificar á los soldados argentinos que habían hecho la campaña, se pretendió por algunos excluir de los honores del triunfo á sus aliados, condenando la alianza y sus benéficos resultados. Fué entonces cuando en mis

rtas Polémicas sobre la Triple Alianza, consi-
é que me tocaba intervenir en su defensa, decla-
do en tal ocasión: «Los soldados argentinos
ían indignos de haber desafiado la muerte al la-
de orientales y brasileros, de haber derramado
par de ellos su sangre en el campo de batalla,
n el día del triunfo recibiesen cobardemente el
el con que se quiere ceñir sus sienes, á la vez
con ese mismo laurel se pretende azotar la fren-
le sus valientes aliados.»

n la segunda ocasión, hube de levantar en parte
el'o de mi archivo militar, refiriéndome á él, con
ivo de una publicación hecha, hace treinta y tres
s, por el capitán de fragata Arturo Silveira da
a (después almirante y barón de Yaciguay),
felizmente aun vive, la que me vi obligado á
testar en una carta, que se reprodujo en toda la
nsa del Río de la Plata y del Brasil, y que es de
importancia capital, por haber sido publicada
vida del mariscal duque de Caxías, de quien es-
lalmente me ocupaba, sin ninguna rectificación
parte de éste, y sin que se alterasen las buenas
ciones de compañeros de armas que habíamos
servado en la vida privada.

n esa carta (que reproduzco entre los documentos
probantes) hacía las siguientes afirmaciones,
por nadie fueron contestadas:

' Que el paso de las baterías de Curupaity por
escuadra brasilera, lo efectuó por orden ter-
ante de fecha 5 de Agosto de 1867, que transmití
almirante por conducto del marqués de Ca-

xías, entonces comandante en jefe del ejército brasilero.

2º Que con fecha 7 de Agosto del mismo año, el almirante hizo algunas observaciones sobre la operación ordenada, que calificó de «peligrosísima y grandiosa», y puso en duda su éxito y aun su utilidad, apoyando esas observaciones el marqués de Caxías con fecha 9 del mismo, quien me insinuó que desistiera de mi resolución.

3º Que habiendo exigido por conducto del marqués de Caxías un informe facultativo del almirante, pidiendo fundase su opinión en los principios de la guerra, y declarando por mi parte que la operación era posible, la ordené de nuevo terminantemente bajo mi responsabilidad con fecha 12, efectuándose felizmente el día 15, subiendo y bajando posteriormente hasta los buques de madera, sin experimentar daño alguno, por aquel pasaje que se había declarado «humanamente imposible» para los acorazados.

4º Que ocho días después, es decir, el 23 de Agosto, el almirante no sólo consideraba imposible el paso de Humaitá á viva fuerza, que había prometido intentar, sino que también se consideraba casi perdido en su nueva posición, pidiendo en consecuencia autorización para abondonarla y retirarse á su antiguo fondeadero de Curuzú.

5º Que el marqués de Caxías, profundamente impresionado (como él mismo me lo declaró por escrito) por la triste situación que le pintaba el almirante, apoyado por todos los jefes de la escuadra-

desesperando no sólo de forzar el paso de Humaitá, sino hasta de conservar la posición conquistada más arriba de Curupaity (y aun la del ejército en Tuyú-Cué), autorizó por sí la retirada de la escuadra á su antiguo fondeadero, y me lo participó con fecha 26 de Agosto.

6º Que con fecha 27 del mismo, protesté enérgicamente contra tal decisión, y convenciendo al marqués de Caxías de lo funesto de la retirada, y á despecho de la opinión del almirante y de todos los jefes de la escuadra, la posición más arriba de Curupaity se mantuvo; y que así se salvó el honor de las armas aliadas y el éxito definitivo de la campaña, preparando el paso subsiguiente de Humaitá.

7º Que por mucho tiempo fuí el único, que no sólo declaró posible el paso de Humaitá, sino también fácil, como la experiencia lo probó, lo que demostré facultativamente en una extensa Memoria, fundando su practicabilidad militar, en presencia del terreno, comparando los medios de ataque y de defensa, encareciendo su necesidad y conveniencia. Que mi demostración, comunicada al marqués de Caxías y á los gobiernos aliados, meditada por el emperador del Brasil, y obrando sobre el ánimo de sus consejeros, determinó la orden terminante dada desde la Corte á la escuadra, de forzar á todo trance el paso de Humaitá; y que, en consecuencia, el éxito más completo coronó seis meses después (perdidos por la irresolución del marqués de Caxías), los esfuerzos de los mismos marinos brasileros, que

habían declarado imposible la operación, cuando Humaitá se hallaba menos fortificado; y que así Humaitá fué forzado, sin perder un solo buque, como yo lo había demostrado, previsto y asegurado, contrariando la opinión de los almirantes y generales, de los comandantes de buque y la opinión acreditada en los ejércitos aliados.

Esta exposición de hechos, que bastaría por sí sola para determinar mi actuación en la guerra del Paraguay en la época á que me he referido antes, fué publicada entonces haciendo mención tan sólo de los documentos de su referencia; pero sin reproducir su texto, por la consideración que al principio he apuntado.

Hoy, una circunstancia superviviente me obliga á romper del todo el sello de mi archivo militar, y á publicar íntegros los documentos comprobantes de la mencionada carta, que han permanecido ignorados por tan largos años

Esta exposición se dividirá en dos partes.

En la primera parte, se inserta por su orden cronológico, mi correspondencia oficial y confidencial con el marqués de Caxías, sobre asuntos de la guerra en la época indicada, con las contestaciones de éste, cuyos originales obran en mi archivo, y que sirven de antecedente y justificación, así á la carta dirigida al señor Silveira da Mota, como á la Memoria militar de que he hecho mención.

La segunda parte contiene el texto de la Memoria militar sobre el estado de la guerra con el Paraguay en 1867, y la exposición de mi plan de

Operaciones, que tenía por base el paso de Humaitá, tal como la escribí hace treinta y cinco años en mi tienda de campaña de Tuyú-Cué, y tal como la comuniqué al marqués de Caxías y á los gobiernos aliados, acompañada de un croquis del teatro de las operaciones á que en ella se hace referencia.

La circunstancia superviviente á que me he referido antes, que me obliga hoy á publicar textualmente esos documentos, es la publicación hecha recientemente en el *Jornal do Comercio* de 25 de Agosto de este año, en la que con ocasión de celebrar el centenario del mariscal duque de Caxías, se hace su panegírico en una serie de artículos biográficos que contienen aseveraciones que afectan el honor de mi país y el de las armas aliadas.

En esos artículos, en que se revela la más completa ignorancia de la actuación del mariscal de Caxías en la guerra del Paraguay, en la época de que se trata, se le hace hablar desde la tumba, exhibiendo dos trozos de su correspondencia íntima, que para honor de su memoria valiera más que hubiesen quedado sepultadas en el olvido.

He aquí los dos trozos de esa correspondencia, que tienen la singularidad de ser los únicos documentos justificativos invocados por los biógrafos del mariscal duque.

Primer trozo.—«Entretanto o velho Marechal... a 12 de Setembro (de 1867) dizía: « . *con quem estamos alliados não querem acabar a guerra, por-*

que estão con ella lucrando e empobrecendo o Brasil. O M. (itre) *tem procurado por todos os meios depois que aqui chegou, atrapalhar a marcha das operacões, que se tivessem continuado, como eu as principiei, estaria a fim de Agosto a guerra concluida. E como estou velho e doente, não me resolvo a aturar estos...ou quem fez o tratado que venha para ca gozar dos fructos dos seus bons feitos...mas eu que fico fazendo aqui ás ordens de un homen, que todo poderá ser menos general?»*

Segundo trozo.—«No trecho que transcrevo em seguida, da sua carta de 20 do mesmo mes (Septiembre de 1867), é onde sua grande alma de brazileiro e de soldado mais completamente se revela. E talvez o topico mais interessante de toda sua correspondencia. «*Estou com os olhos no caminho da decisão do Governo aos officios que levou J., a fim de saber o que hei deliberar, pois cada vez estou mais persuadido de que M.* (itre) *não quer acabar a guerra, e eu não estou disposto a atura-lo, pois creio, que elle, todo poderá ser, menos General.*»

Cualquiera que sea el concepto que yo tenga formado de la capacidad militar del mariscal reconozco que es una gloria brasilera que sus compatriotas deben honrar, y yo mismo me asocié á la conmemoración de su centenario como compañero de armas, á invitación de los veteranos brasileros de la guerra del Paraguay, que siempre me han favorecido con sus buenos recuerdos. De su ca-

rácter moral tenía formada una favorable idea, y no lo creía capaz de falsificar la historia con detrimento de la verdad, faltando á la lealtad debida como aliado y como compañero de armas.

Pero la verdad histórica no puede ser obscurecida, y de las desautorizadas confidencias del mariscal de Caxías, apelo á los documentos solemnes firmados de su mano, y que hoy exhibo, y por los cuales quedan desmentidas sus confidencias de ultratumba.

Por esos documentos quedará comprobada hasta la última evidencia, con el testimonio del mismo mariscal de Caxías:

1º Que jamás tuvo él la iniciativa y ni siquiera la idea de ningún plan de operaciones, mientras yo estuve al mando de los ejércitos aliados.

2º Que el plan de circunvalación del cuadrilátero de Humaitá, que él se atribuye, fué propuesto por mí y acordado con los generales aliados antes de que el mariscal de Caxías asumiera el mando de las tropas brasileras; que este plan y su ejecución le fueron dictados por mí desde Buenos Aires, con fecha 17 de Abril de 1867, según consta de mi Memoria de esa fecha y de la contestación del mismo mariscal de fecha 30 del mismo, en que manifiesta su plena conformidad.

3º Que al reasumir de nuevo el mando de los ejércitos aliados, después de efectuado el movimiento de circunvalación encontré las tropas reconcentradas y en la inacción en la posición de Tuyú-Cué, habiendo sido interceptada su línea de

comunicación con Tuyuty, por el camino de Tío Domingo, teniendo que abrir yo en persona una línea de comunicación más directa para incorporarme, como pueden atestiguarlo los mismos jefes brasileros que entonces se hallaban en campaña.

4º Que desde mi llegada al ejército en esa ocasión, se dió nuevo impulso á las operaciones, haciendo obrar convenientemente la caballería, haciendo expediciones al interior del país y aproximándonos al río Paraguay hasta Tayí, más arriba de Humaitá, para preparar el paso de esta posición por la escuadra, que era el principal objetivo de mi plan de campaña, con el cual el mariscal de Caxías se manifestó en un todo conforme.

5º Que realizado por mi orden el paso de Curupaity por la escuadra, que los marinos apoyados por el mariscal de Caxías habían declarado humanamente imposible, el almirante, considerándose perdido en esa posición, pidió autorización para abandonarla, descendiendo á su antiguo fondeadero de Curuzú, autorización que el mariscal de Caxías dió por sí, y contra la cual protesté, insinuándome al mismo tiempo una retirada del mismo ejército á sus antiguas posiciones.

6º Y por último, refiriéndome sobre el desarrollo de las operaciones á los mismos documentos, quedará demostrado por ellos hasta la última evidencia también, que en efecto, como lo dice el mariscal de Caxías, la guerra se habría concluído en Agosto de 1867, pero poniendo en práctica mi plan de forzar el paso de Humaitá por la escuadra como yo

o propuse entonces, operación que se retardó por el espacio de seis meses, á causa de las dificultades que él opuso, declarándola de acuerdo con el almirante, imposible é inconveniente, hasta que su gobierno se la ordenó terminantemente, dándome la razón, como me la dió el éxito final que había yo previsto y demostrado.

A esto es á lo que llama el mariscal de Caxías *atrapalhar a marcha das operaçõ̃es*, y por cierto que si á alguno cuadra esta acusación, es á él mismo, que negando los títulos de general á quien le daba estas lecciones militares, acusaba pérfidamente á los aliados de no querer poner término á la guerra, cuando era él quien retardó las operaciones decisivas, como por los documentos se verá.

Ahora dejaré que hablen los documentos con el testimonio auténtico del mismo mariscal de Caxías.

BARTOLOMÉ MITRE.

Buenos Aires, Setiembre de 1903.

CARTA DEL GENERAL BARTOLOMÉ MITRE AL CAPITÁN DE FRAGATA ARTURO SILVEIRA DA MOTA, SOBRE LOS ANTECEDENTES HISTÓRICOS DEL PASO DE CURUPAITY Y DE HUMAITÁ POR LA ESCUADRA BRASILERA, CON INDICACIÓN DE LOS DOCUMENTOS COMPROBANTES, PUBLICADA EN VIDA DEL MARISCAL DUQUE DE CAXÍAS, SIN RECTIFICACIÓN ALGUNA POR PARTE DE ÉSTE.

Senor capitán de fragata don Arturo Silveira da Mota.

Aunque no creo llegada la oportunidad de romper el silencio que me he impuesto, respecto de las operaciones que he dirigido como general en jefe de los ejércitos aliados durante la guerra del Paraguay, un escrito suyo publicado en *La Reforma* de Río de Janeiro del 29 del pasado, me obliga á quebrantar mi propósito por esta vez.

Siendo usted un oficial caracterizado de la marina brasilera, que ha sido actor en los sucesos á que se refiere, y que ha poseído la confianza de los generales aliados (incluso la mía), asistiendo algunas veces como testigo á sus juntas de guerra y enunciando usted en su escrito hechos de que por la primera vez se hace mención, no puedo prescindir de dirigirle algunas observaciones sobre el particular.

En la publicación á que me he referido, con mo-

tivo de exponer usted algunas consideraciones respecto de un informe que dió en Agosto de 1867, sobre la imposibilidad ó inconveniencia de forzar la escuadra el paso de Humaitá, después de haberse forzado el de Curupaity, dice usted lo siguiente: «De mis palabras: *Forzar el paso de Humaitá en el estado actual de sus defensas, sería un error injustificable,*—se ve claramente que yo no juzgaba imposible forzar el paso, y que me refería únicamente á la inoportunidad de la operación, y á los medios con que podria realizarse más ventajosamente. Además de esto, cuando se sabía que el almirante se hallaba en una situación aflictiva á consecuencia de la intimación que le había hecho el general Mitre desde su tienda de Tuyú-Cué para que forzase á Humaitá, tocaba á nosotros, sus subordinados, reunirnos en torno de nuestro jefe, para apoyarlo en la protesta que debía repeler la intervención del general argentino en las operaciones de la escuadra brasilera.»

Dejando de lado las apreciaciones militares de su escrito, y contrayéndome exclusivamente á los hechos, debo decirle: que no es exacto que en la ocasión á que usted se refiere, el almirante Ignacio me dirigiese ninguna protesta, ni mucho menos respecto de mi participación en las operaciones de la escuadra que dieron por resultado el paso de las baterías de Curupaity y subsiguiente de Humaitá.

Para comprobar esta aserción me bastará decirle que el paso de las baterías de Curupaity se efectuó

por orden terminante que, previo acuerdo, transmití al almirante por conducto del marqués de Caxías, con fecha 5 de Agosto de 1867. Es cierto que con fecha 7 del mismo, el almirante hizo algunas observaciones sobre la operación, calificándola de *peligrosísima* y *grandiosa*, poniendo en duda su éxito y aun su utilidad declarando, sin embargo, que estaba dispuesto á tentarla en cuanto *humanamente le fuese posible;* como es cierto también que el marqués apoyó esas observaciones en comunicación del 9 de Agosto, insinuándome desistir de mi resolución. Pero habiendo exigido por el mismo conducto un informe facultativo al almirante, pidiendo fundase su opinión en los principios de guerra, y declarando que la operación era posible la ordené terminantemente bajo mi responsabilidad con fecha 12, efectuándose felizmente el 15 del mismo mes, con la sola pérdida de diez muertos y dos heridos, subiendo y bajando posteriormente hasta los buques de madera sin experimentar daño alguno, por aquel pasaje que casi se había declarado «humanamente imposible» para los acorazados.

Ocho días después de tan feliz y fácil operación, es decir, el 22 de Agosto, el almirante no sólo consideraba imposible el paso de Humaitá, sino que se consideraba casi perdido en su nueva posición, pidiendo en consecuencia autorización para retirarse á su antiguo fondeadero de Curuzú. Esta opinión y esta solicitud eran apoyadas en la opinión de todos sus jefes y comandantes de buques, entre los cuales se contaba usted. Fué, sin duda, en tal

casión que dió usted el informe á que se refiere en su escrito, y que siento no conocer, pero me basta su palabra para persuadirme que usted no declaró imposible el paso, como lo declararon por escrito casi todos los jefes de la escuadra, incluso el almirante que se apoyaba en su opinión para no intentar la empresa, diciendo que, según el sentir de todos, la operación sería en *pura perda*, y caso de ser posible conseguirse, más bien sería perjudicial que ventajosa.

El marqués de Caxías profundamente impresionado (como él mismo me lo declaró por escrito) por la triste situación que le pintaba el almirante, dando crédito á la opinión de todos los jefes de la escuadra, y desesperando no sólo de forzar á Humaitá, sino hasta de conservar la posición conquistada más arriba de Curupaity (y aun la de Tuyú Cué), autorizó la retirada de la escuadra á su antiguo fondeadero y me lo participó con fecha 26 de Agosto.

En fecha 27 del mismo mes protesté enérgicamente contra tal decisión, y convenciendo al marqués de lo funesto de la retirada, y á despecho de la opinión en contrario de todos los jefes de la escuadra, la posición más arriba de Curupaity se conservó; y así se salvó el honor de las armas aliadas y el éxito definitivo de la campaña, preparando el paso subsiguiente de Humaitá, que fué por mucho tiempo el único que lo declaró no sólo posible sino fácil, como la experiencia lo probó.

En cuanto al paso de Humaitá, con fecha 9 de

Septiembre demostró facultativamente en una extensa memoria militar, no sólo la necesidad y la conveniencia del paso, sino también su practicabilidad, en presencia del terreno y comparando los medios de ataque y defensa. Mi demostración, meditada por el mismo emperador y obrando sobre el ánimo de sus consejeros, determinó la orden dada desde la corte á la escuadra de forzar á todo trance el paso de Humaitá.

El éxito más completo coronó seis meses después los esfuerzos de los mismos marinos brasileros que habían declarado imposible la operación cuando Humaitá se hallaba menos fortificado y las baterías de Timbó no se habían levantado más arriba de aquella posición; y Humaitá fué forzado sin perder un solo buque, como yo lo había demostrado previsto y asegurado, contrariando la opinión de los almirantes, de los generales, de los comandantes de buque y la opinión acreditada en los ejércitos aliados.

Lo dicho basta por ahora, limitándome á la simple exposición de los hechos y determinación precisa de las fechas, prescindiendo de hacer uso del texto de los documentos que originales se hallan en mi poder y que comprueban palabra por palabra todo cuanto dejo expuesto.

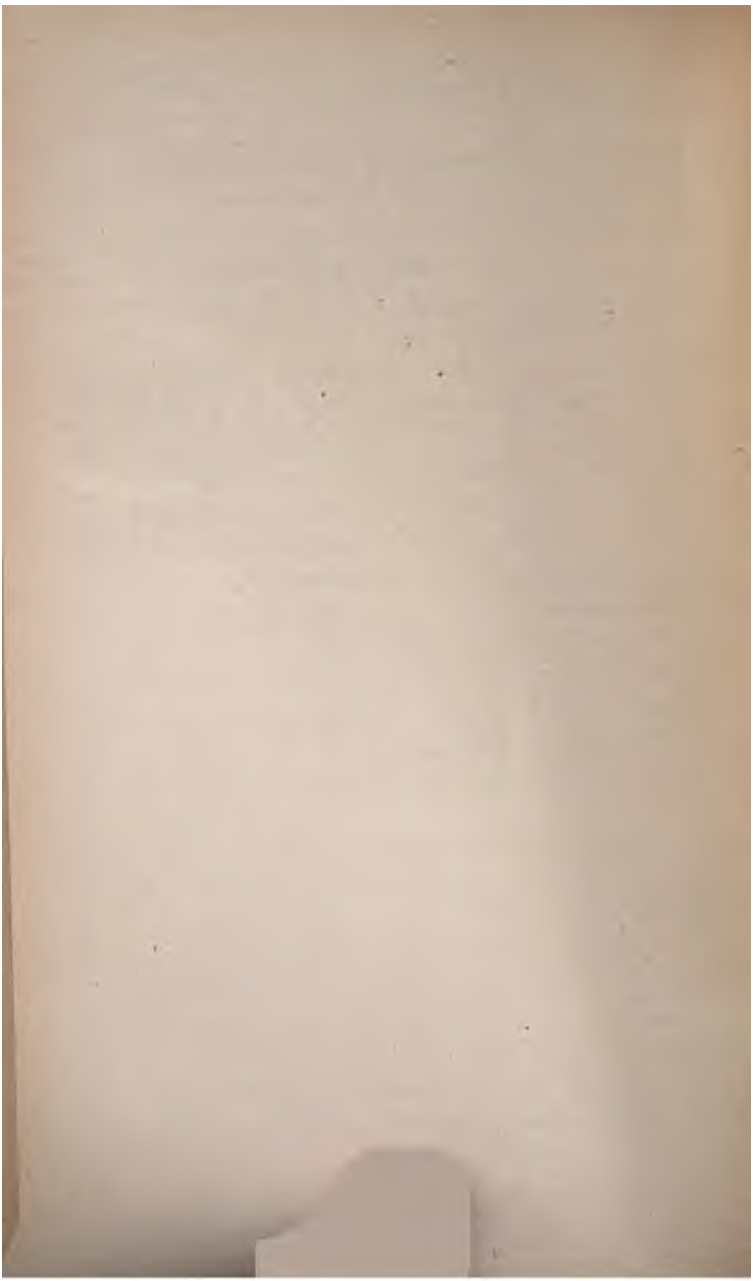
Esos documentos están á su disposición en esta su casa, donde, en todo tiempo será recibido con la misma cordialidad que en mi tienda de Tuyú-Cué.

cuando conversábamos bajo el fuego del enemigo común.

De usted afectísimo y S. S.

Bartolomé Mitre.

Buenos Aires, Noviembre 9 de 1869.



POLÉMICA DE LA TRIPLE ALIANZA

POLÉMICA DE LA TRIPLE ALIANZA

(CORRESPONDENCIA CAMBIADA ENTRE EL GENERAL MITRE Y EL DOCTOR JUAN C. GÓMEZ)

Los guardia nacionales.—Los aliados. Los paraguayos.

Señor doctor don Juan Carlos Gómez.

Mi querido amigo: He leído su carta glorificando la guardia nacional de Buenos Aires por haber combatido la tiranía del Paraguay, condenando al mismo tiempo la alianza, de la que usted hace responsable á los hombres de Estado, por haber adulterado la lucha, esterilizando sus sacrificios.

Acepto la responsabilidad en mi nombre, y rechazo la glorificación que en tal forma viene, en nombre de mis compañeros de armas, y de mis hermanos de glorias y peligros, los soldados orientales y brasileros.

Los soldados argentinos serían indignos de haber desafiado la muerte á la par de orientales y brasileros, de haber derramado, á la par de ellos, su sangre en el campo de batalla, si en el día del

triunfo recibiesen cobardemente el laurel con que se pretende ceñir sus sienes; á la vez que con ese mismo laurel se pretende azotar la frente de sus valientes aliados.

Si gloria hay en combatir la tiranía, de esa gloria participan los aliados.

Si gloria se conquistó en los combates, esa gloria es de todos los que contribuyeron á ella.

El que haya hecho más sacrificios, el que haya desplegado más virtud cívica, el que haya mostrado más constancia, ese será el que tenga derecho de hablar más alto al regresar á su hogar; pero no renegará á sus hermanos de la hora suprema del peligro, ni aceptará elogios á costa de ellos.

Presentar al soldado argentino una corona militar, con un letrero infamante para sus aliados en la campaña del Paraguay, no es una glorificación, es un insulto.

Explicar esto diciendo que se honra á los que han combatido contra la tiranía, es una contradicción, pues todos combatieron contra la tiranía; y es más que todo, desconocer el verdadero carácter de la lucha, con desdoro de las nacionalidades aliadas y con ofensa de la humanidad y la moral.

Los soldados aliados, y muy particularmente los argentinos, no han ido al Paraguay á derribar una tiranía, aunque por accidente, ese sea uno de los fecundos resultados de su victoria.

Han ido á vengar una ofensa gratuita, á asegurar su paz interna y externa, así en el presente como en lo futuro; á reivindicar la libre navegación de

los ríos, á reconquistar sus fronteras de hecho y de derecho; hemos ido como argentinos, sirviendo á los intereses argentinos, y lo mismo habríamos ido si en vez de un gobierno monstruoso y tiránico como el de López hubiéramos sido insultados por un gobierno más liberal y más civilizado.

Doble insensatez y doble crimen habría sido emprender una cruzada de redención en favor del Paraguay, á despecho de los mismos paraguayos, si un interés propio, si un sentimiento de patriotismo, si una necesidad suprema no hubiese armado nuestro brazo al agruparnos al pie de nuestra bandera de guerra.

Insensatez, porque no se provoca una guerra exterior para cambiar violentamente el orden establecido en las naciones independientes, sobre todo cuando, como á nosotros nos sucedía, nos hallábamos todavía en el peligroso período de la reconstrución nacional y del experimento de un gobierno libre.

Crimen, porque no se va á matar á balazos á un pueblo, no se va á incendiar sus hogares, no se va á regar de sangre su territorio, dando por razón de tal guerra que se va á derribar una tiranía á despecho de sus propios hijos que la sostienen ó la soportan.

Es una felicidad que, ya que hemos tenido que hacer la guerra al Paraguay, hayamos podido al mismo tiempo derribar un gobierno bárbaro y tiránico. Pero este es un simple accidente de la lucha; no es ni el motivo ni el pendón que nos ha

dado sombra en los gloriosos combates que hemos sostenido.

La necesidad imperiosa de la defensa, el derecho de repeler la fuerza con la fuerza, y móviles patrióticos que pusieron la espada en nuestra mano, pueden únicamente justificar esta guerra ante la historia.

Los resultados benéficos que esta guerra ha de producir para los presentes y venideros, sólo serán fecundos á condición de hacer justicia á todos los que en ella han tomado parte, haciendo partícipe de ellos á la misma República del Paraguay sacrificada por su tirano.

La filosofía, la humanidad, la moral desertarían de sus filas si hubiéramos ido á matar paraguayos y destruir el Paraguay para redimir un montón de ruinas y á un grupo de viudas y huérfanos, cubriendo con la bandera de la libertad el último cadáver del último sostenedor de su tiranía.

Ya he dicho á usted que tal lucha, además de insensata, habría sido criminal, y lo repito ahora.

Y para terminar de una vez, diré que el batallón de guardia nacional de mi patria que tenga la cobardía de colgar de su bandera victoriosa una corona militar en que se insulte á sus hermanos de armas, debe volver á sus aliados toda la sangre que han derramado á su lado en la hora del peligro y probar que fué el único que tuvo fortaleza en los campos de batalla, y que pertenece al único pueblo aliado que ha sido sabio en el gobierno,

patriótico en el parlamento y viril por el aliento que la opinión pública le infundía.

A pesar de todo esto, soy siempre de usted su antiguo y afmo. amigo.

Bartolomé Mitre.

S/c. Diciembre 10 de 1869.

RÉPLICA DEL DOCTOR JUAN CARLOS GÓMEZ

Señor don Bartolomé Mitre.

Mi querido amigo:

Su carta me ha entristecido.

Las palabras que cambiamos ayer me hicieron esperar, ó una demostración luminosa como usted sabe hacerlas, de lo que deben el honor, la paz, la libertad, el porvenir de los Estados del Plata á la alianza brasilera, ó una confesión digna de un hombre de estado de altura, de haber padecido un error cuyas consecuencias se esforzaría usted en reparar con todas sus fuerzas.

En su carta ha desaparecido el hombre de estado que debe á su país toda la sinceridad de su conciencia de los sucesos, y sólo se descubre el polemista hábil de la prensa que escapa de una dificultad por la tangente de una declamación sonora, para embotar el pensamiento con la entonación embelesadora de la frase.

Defiende usted á los soldados brasileros, cuyo merecimiento no he menoscabado y filosofa usted sobre la política de las guerras de redención, que no he encomiado, protestándonos que acepta usted una responsabilidad que no está en su mano declinar, porque las responsabilidades no son el efecto de nuestra voluntad sino de un poder superior á nuestro libre albedrío.

¿Qué tiene que ver el comportamiento militar de

los brasileros con el acto político de la alianza de los gobiernos?

El soldado brasilero se ha batido bizarramente, el pueblo brasilero ha conquistado la palma del sacrificio y del heroísmo. Los pueblos y los soldados han cumplido una noble misión combatiendo á un tirano.

Estamos de acuerdo.

¿Por ventura la alianza de los gobiernos dió el sentimiento del honor á los pueblos y el aliento varonil á los soldados?

¿La alianza creó acaso de la nada pueblos y ejércitos, con tradiciones de gloria, de patriotismo, de abnegación y de energía?

No; todo eso existía, todo eso ha sido explotado por la alianza, y todo eso ha sido esterilizado, frustrado, derrochado en pura pérdida.

«Te he comprado un palacio y me reprochas mi administración», podría alegar á su pupilo un tutor que le hubiese despilfarrado una fortuna con que comprar diez palacios.

La tiranía del Paraguay era un hecho monstruoso que importaba que desapareciese de la faz de la tierra.

Dios, la Providencia, el destino, la filosofía de la revolución, la lógica de los hechos, como quieran decirle, había encargado al pueblo del Río de la Plata (argentinos y orientales) la ejecución de esa obra. No preverlo, era ser miope

Está bien que los pueblos no se metan á redentores ni se erijan en Quijotes; pero no por eso es-

capan á su misión de redentores, y muchas veces, ni aun al papel de Quijotes que los acontecimientos les imponen. Los gobiernos ó directores de los pueblos cumplen con su deber con no provocar los acontecimientos, con no lanzar á los pueblos en las aventuras; pero faltan á su deber cuando mantienen á los pueblos desprevenidos, expuestos á los peligros, inconscientes de sí mismos é inútiles para la realización de su cometido providencial, que siempre es la realización de su propio bien.

Los gobiernos del Río de la Plata ni sospecharon la misión de estos pueblos en el Paraguay, ni soñaron jamás que un día tendrían que estrellar sus legiones contra los bosques *abatidos* de Curupaity.

Un día los sorprendieron los sucesos, cayendo las hordas de López sobre la provincia de Corrientes, como llovidas de las nubes.

Un día se vió nuestro pueblo á brazos con la tiranía secular del Paraguay, centro y resumen de todos los elementos reaccionarios de estos países.

La Providencia nos llamaba al cumplimiento de nuestra misión, mandándonos poner de pie, embrazar la égida de la libertad y empuñar el hacha de la revolución.

¡Qué momento para un hombre de estado como Lincoln ó como Bismarck, con la intuición del porvenir, el convencimiento de las fuerzas á su disposición y la firmeza para arrostrar la derrota del momento y forzar á la victoria!

Usted tendió la vista en derredor suyo, se encontró sin poder material inmediato, recordó su recien-

te pasado, no creyó en el poder moral del pueblo del 8 de Noviembre, y se echó en brazos de la alianza, para no verse reducido á entregar las llaves de la ciudad de la Reconquista al ridículo sátrapa de Humaitá.

Los proveedores y los mercachifles le baten palmas. Según ellos, era imposible resistir á López con nuestros solos elementos; hubiéramos sido vencidos y arruinados, mientras hoy nadamos en oro y vamos á ceñir el laurel del triunfo á la sien de nuestros bravos.

Pero la polvareda de los intereses y de los egoísmos de actualidad va á ser disipada pronto por la razón pública y el criterio de la política y de la historia, y espero ver en tortura su brillante inteligencia para justificarse y justificar á los que con usted han hecho y sostienen á la alianza, de los siguientes cargos:

1º La alianza ha reducido á los pueblos del Plata á un papel secundario, de meros auxiliares de la acción de la monarquía brasilera.

2º Principal actor en la lucha, la monarquía brasilera ha hecho su obra, y no la nuestra: deja establecida su conveniencia y suprimida la nuestra en el Paraguay

3º No pudiendo esquivar la misión providencial que nos está impuesta, á pesar nuestro, tendremos que recomenzar los sacrificios y los esfuerzos, respecto del Paraguay, más tarde ó más temprano.

4º Hemos adulterado la lucha en el Paraguay; la hemos convertido, de guerra á un tirano, en guerra

á un pueblo; hemos dado al enemigo una noble bandera para el combate; le hemos engendrado espíritu de causa; le hemos creado una gloria imperecedera, que se levantará siempre contra nosotros y nos herirá con los filos que le hemos labrado.

5º Hemos perpetrado el martirio de un pueblo que en presencia de la dominación extranjera simbolizada por la monarquía brasilera y no de la revolución que hubiera simbolizado sólo la república de los pueblos del Plata, se ha dejado exterminar hombre por hombre mujer por mujer, niño por niño, como se dejan exterminar los pueblos varoniles que defienden su independencia y sus hogares.

6º La alianza acabará; pero el pueblo paraguayo no se acabará, y la defensa heroica del Paraguay ha de ser allí la gran bandera de un gran partido que ha de predominar, como lo ha sido la defensa de la Rusia y de la España contra Napoleón á pesar de los zares y de los Fernando VII, y entre nosotros la defensa de Montevideo y de Buenos Aires, á pesar de pesares.

Cuando tales sucesos ó tales debates vengan, no sé qué pensará ó qué contestará usted.

Ahora quizá me responda usted: allá me las den todas: *aprés moi le déluge!*

Seré siempre su leal amigo.

Juan Carlos Gómez.

UN TERCERO EN ESCENA

Señores doctor don Juan Carlos Gómez y general don Bartolomé Mitre.

Debe ser de reglamento entre los hombres de estado llamarse recíprocamente *mi querido amigo* cuando tratan de poner de vuelta y media su capacidad y su tacto en los negocios públicos, pues veo que tal es el cariñoso tratamiento que se dan ustedes en las cartas que se están cambiando, á imitación de los reyes que se tratan de *mi querido primo* cuando sus ejércitos se están metrallando por quítame allá esas pajas. El *querido*, pues, hará las veces entre los hombres de estado que el *ilustrísimo* entre los brasileros; gente la más ilustre y excelente, á estar á los sobres de sus cartas y sus saludos por la calle.

Siendo, pues, á dos hombres de estado á quienes me dirijo, empiezo como empiezan ellos, de este modo:

Mis queridos amigos:

Y prosigo, siempre en el estilo de los hombres de estado.

He leído con tristeza, ó con alegría, pues esto no hace al caso y todo es lo mismo entre los hombres de estado, las cartas que se han cambiado ustedes con motivo de la guerra del Paraguay y la alianza de 1º de Mayo.

Las he leído de punta á cabo para distinguirlas

de los programas electorales y de los mensajes de los gobiernos; y en el vivísimo deseo de que ustedes lleguen á entenderse como buenos y queridos amigos, me tomo la libertad de presentar á ustedes las dos siguientes observaciones, una sobre cada carta, á fin de que se entiendan, como he dicho, ó como Dios los ayude.

El general Mitre dice que la alianza no ha hecho la guerra á un tirano por ser tirano, porque esto, más que una insensatez, sería un crimen. Copiaremos sus mismas palabras:

«Doble insensatez y doble crimen habría sido emprender una cruzada en favor del Paraguay, á despecho de los mismos paraguayos, si un interés propio, si un sentimiento de patriotismo, si una necesidad suprema no hubiese armado nuestros brazos al agruparnos al pie de nuestra bandera de guerra.

«Insensatez, porque no se provoca una guerra exterior para cambiar violentamente el orden establecido en las naciones independientes, sobre todo cuando, como á nosotros nos sucedía, nos hallábamos todavía en el peligroso período de la reconstrucción nacional y del experimento de un gobierno libre.

«Crimen, porque no se va á matar á balazos á un pueblo, no se va á incendiar sus hogares, no se va á regar de sangre su territorio, dando por razón de tal guerra que se va á derribar una tiranía á despecho de sus propios hijos, que la sostienen ó la soportan.

Vamos á ver ¿qué hay que decir á todo eso? Ni Salomón habría hablado mejor, si en los bíblicos tiempos se hubiese sometido á discusión el derecho de intervención en los estados independientes. La doctrina del General es la buena y honrada doctrina. Ni usted, ni yo, ni nadie, mi querido Gómez, tiene un pero que poner á semejante evangelio.

Sin embargo, hay un cierto individuo que llamaremos don Tratado de Primero de Mayo, ó nuestro *querido* Tratado, si usted gusta, que tiene el antojo de levantar una bandera de oposición á la doctrina de nuestro General.

El artículo 6° de nuestro querido Tratado, dice de este modo:

«Art. 6°—Los aliados se comprometen solemnemente á no deponer las armas sino de común acuerdo y hasta que no hayan derrocado la autoridad del actual gobierno del Paraguay, y á no negociar con el enemigo, común ó separadamente, ni firmar tratado de paz, tregua, amnistía, ni convención alguna para poner fin ó suspender la guerra, sino de perfecto acuerdo de todos.»

El artículo 7° agrega:

«Art. 7°—No siendo la guerra contra el pueblo del Paraguay sino contra el gobierno, etc.»

¿En qué quedamos? Según la doctrina, la guerra actual es guerra de reparación, guerra nacional y de honor, en que para nada tiene que figurar el gobierno de la nación á quien se combate; guerra que hubiera debido hacerse lo mismo á un déspota que á un gobierno liberal é ilustrado; y se-

gún el tratado, la guerra tiene por único objeto la persona de López.

Vamos, mi querido Gómez, ahí tiene usted paño en que cortar. Ahí tiene usted la explicación del rechazo á las aberturas pacíficas en Yatayti-Corá, de la prosecución de la guerra después de Humaitá, después de Timbó, después de las Lomas, después de la Asunción; la explicación en fin de esta guerra actual, sangrienta, costosa, insostenible, en la persecución de un oso que se escapa por entre las selvas del Alto Paraná, pretexto magnífico para la devastación y la ruina del Paraguay por medio siglo, sin que se pueda dejar de perseguir al oso, porque el tratado así lo manda, ó de faltar á la fe pública, cargando con las consecuencias de la violación del tratado.

¿De quién nació ese artículo? ¿Quién formuló de un modo tan insensato y tan criminal el propósito de la guerra que no debió ser contra gobierno ninguno, sin ser una insensatez y un crimen, según la exposición de la doctrina actual?

Vamos, doctor Gómez, ahí tiene usted paño en que cortar, le repetimos. Esa cuestión es digna de usted, porque es digna de los hombres de talento; y no como cuestión retrospectiva, sino como cuestión actual, porque estamos en ella, y porque de ella puede desprenderse antes de mucho tiempo, una situación nueva y más tremenda aún al Río de la Plata.

Es necesario que el general Mitre, cuyo patriotismo nadie excede, cuya honradez política está má

arriba de las vulgaridades y cuyo talento es una propiedad de la nación que lo ha estimulado y robustecido con su aliento, se persuada que debe á su patria, á sus amigos, á la posteridad, explicaciones francas é históricas sobre el alcance de las estipulaciones del tratado á cuyo pie se registra su nombre. El tratado ¿nos obliga á perseguir á López, á la persona de López, como dice su texto, por todos los bosques del Paraguay, Matto Grosso, ó nos deja la libertad de poner término á la guerra en alguna parte? ¿Tenemos que ir toda la vida á remolque del Brasil hasta no dejar un árbol sobre la superficie paraguaya, ó tenemos el derecho, sin faltar al compromiso de la alianza, de declarar que la guerra se encuentra terminada? ¿Está convenido que terminada la guerra por nuestra parte, el Brasil pueda continuarla por la suya, sirviéndose de nuestro territorio para arsenal y almacén de provisiones, en su guerra contra el Paraguay, cuando nosotros no estamos ya en guerra con esa república?

Vamos al otro.

¿Qué es esto, mi querido general? ¿Cómo ha descuidado usted el preguntar á nuestro amigo Gómez la fecha de esa alianza de que tanto se queja?

Esa fecha es toda una cuestión histórica, ó mejor dicho es la filosofía de toda una historia.

Propiamente hablando, el Paraguay había declarado la guerra al Brasil en 31 de Agosto de 1864. Desde aquel día, el Brasil estaba insultado en su

bandera y en sus derechos; y las hostilidades estaban comenzadas, puede decirse también, entre esa república y ese imperio, cuando el 11 de Abril de 1865 fuimos insultados atrozmente por el Paraguay en la provincia de Corrientes.

Desde ese momento nuestra posición era clara y definida: éramos aliados de hecho con el Imperio del Brasil.

A una invasión no se contesta con una nota diplomática. Era necesario el empleo de las armas. El Brasil aprontaba ya las suyas contra el enemigo común. ¿Qué éramos entonces ante la verdad del derecho y de los hechos? Aliados contra un enemigo común, requiriéndose apenas el protocolo diplomático para ajustar los medios y los propósitos de esa alianza.

Estigmatizar, pues, esa alianza, no partiendo sino de los procederes paraguayos contra el Brasil y la República Argentina en 31 de Agosto del 64 y en 11 de Abril del 65, es colocarse en un terreno insostenible, porque no puede ser condenado ni censurado siquiera aquello que es la imposición irresistible de los sucesos.

Colocarse en esas fechas, es presentar la juntura de la coraza para que entre la espada del enemigo.

El error es de fechas.

La alianza con el Brasil no proviene de Abril del 65, sino de Mayo del 64.

Desde la presencia del almirante Tamandaré en las aguas del Plata, y de los generales Neto y

Menna Barreto en las fronteras orientales, se estableció la verdadera alianza de hecho entre los gobiernos brasilero y argentino, en protección de la inicua revolución del general Flores contra el mejor de los gobiernos que ha tenido la República Oriental, y con el cual no había cuestiones que pudieran pasar de las carteras diplomáticas.

Los intereses de un caudillo riograndense colocaron al gobierno imperial en la disyuntiva, en Marzo del 64, de sofocar con las armas, en la provincia de Río Grande, algún desacato á la autoridad soberana, ó de fusilar orientales, complaciendo al general Neto en sus pretensiones de auxiliar al revolucionario Flores.

La cosa no pareció grave y se decidió el Brasil por fusilar orientales.

En Buenos Aires la disyuntiva era poco más ó menos la misma. Al presidente Mitre no repugnaba menos la invasión de Flores que á don Pedro II. Pero el presidente Mitre no tuvo cerca de sí un solo hombre que alentase su honrado pensamiento de neutralidad.

Ese hombre tiene documentos para probar que ese pensamiento fué sincero, leal y concienzudo en el presidente argentino; pero ese hombre nada podía contra las maniobras de los secretarios de estado.

La disyuntiva para Mitre era ésta: ó pedir á sus cinco ministros la renuncia, destituir á todos los empleados de la capitanía del puerto y hacer sa-

ber á sus empleados militares que él era el general en jefe de su ejército, y al pueblo de Buenos Aires, que el presidente de la República es el encargado de las relaciones exteriores de su país y que no puede haber gobierno neutral y pueblo aliado, ó cerrar los ojos y dejar que fuese de aquí todo lo necesario para hacer más divertido el metralleo brasilero.

Tampoco la vacilación fué larga en Buenos Aires.

Ambos gobiernos, brasilero y argentino, se aliaron en propósitos y medios desde ese momento infausto, y bajo las inspiraciones de una debilidad criminal y de una política cobarde.

Y ese es el verdadero momento histórico de la alianza de los dos gobiernos.

La revolución oriental, pues, es el punto de partida de la alianza actual.

¿Cómo habla entonces nuestro querido Gómez de la alianza del 65? ¿Por qué no habla de la alianza contra el Estado Oriental, que es la única que pudieron evitar los gobiernos y que no supieron evitar?

La alianza del 65 no es sino una consecuencia de la alianza del 64, ó, mejor dicho, es la misma alianza en diferente teatro.

Se comenzó por insultar la soberanía oriental, cuyo gobierno era, en esos momentos, una garantía de orden y de paz para sus vecinos.

¿Qué mucho que se haya insultado después la soberanía paraguaya, que al fin nos infirió una ofensa por la mano de su gobierno?

Ahí tiene usted hilo para el telar, mi querido general.

¿Por qué echar en cara á los estadistas argentinos la responsabilidad de la alianza con el Brasil sin acordarse de que los estadistas orientales, en el partido colorado, son los únicos y verdaderos responsables de esa alianza?

En protección de ese partido colorado vinieron los brasileros. Fué ese partido colorado quien arrastró á los Elizalde y á los Gelly, en el gobierno, y á los Lezama, Obligado, Martínez y qué sé yo cuántos otros, en el pueblo, á llevar los elementos oficiales y particulares á formar en las filas de la ya establecida alianza entre colorados é imperiales.

Es verdad que ese partido colorado tiene más divisiones y subdivisiones que una caja de paciencia china; pero esa teología de nombres dentro del mismo círculo colorado hace muy poco á la cuestión.

Los colorados fueron los primeros aliados del Brasil desde Mayo de 1864. La serpiente envolvió poco después en Buenos Aires á los amigos de los libertadores como Flores y á los que creían tener en su bolsillo á los Tamandaré y á los Saraiva, y desde entonces quedó establecida de hecho en el Río de la Plata esa triple alianza que sólo repugna desde 1865 á la más notable de las inteligencias del partido colorado, de ese partido que la aceptó muy alegre en 64 para con Flores y Goyo Suárez, libertarse de Berro y su ministro Herrera.

Diga usted, pues, mi querido general, que á hombres de la inteligencia de Gómez no les es permitido anacronismo de ese género. No es permitido

dar tanto á la alianza contra López sin dar un pellizco siquiera á su señora madre la alianza contra Berro.

Y por último, que en este negocio de la alianza no puede haber degollación de santos inocentes, pues con una media docena de excepciones, en los partidos militantes todos tienen pecado de que confesarse.

Pero para entrometimiento esto va largo.

Estoy metiendo cuentos á los dioses, y si continúo me expongo á que el Olimpo me haga sentir sus iras al golpe de sus rayos.

Dejo los cuentos, junto las manos de los dos amigos y con la voz de Eneas cuando invocaba á Júpiter y á su madre Venus para que salvasen las naves que guardaban las reliquias de Troya y pudiesen llegar algún día al suspirado Lacio, les ruego que se dejen de hacer historia porque las historias son las que nos pierden, y se ocupen de salvar las tres naves del Río de la Plata que guardan las reliquias de la antigua república, y propendan á que lleguen al deseado Lacio de su independencia que no tienen, á pesar de sus banderas y sus actas, como no la tuvo en cierto tiempo la nave de Portugal hasta que un cierto marqués de Pombal, levantándose de mal humor una mañana, dijo á la nave de Albión: «Portugal está cansado de aguantaros»—y eso bastó.

Lo mismo que habría de suceder si un día se recordase Sarmiento con alguna de sus genialidades y dijese á la nave del Cruzero: «Vaya, caballeros,

basta de echar pelos en la leche». Y eso habría de bastar, no más, como bastó la célebre frase del marqués de Pombal, porque no hay en este mundo nada más poderoso que el derecho.

Pero no penséis mis queridos amigos, que pueden salvarse las naves del piadoso Eneas, con sólo la voluntad y la elocuencia individuales; es necesaria otra cosa más grande que vosotros, es necesaria la potencia de la opinión pública. Pero no de esa opinión pública de cuarto á la calle y que se disfraza con los nombres de mi partido, del partido enemigo, de los unitarios, de los federales, de los blancos, de los colorados, recogiendo no sé cuántos cascos enmohecidos de la vieja metralla de nuestras miserias. No; todo eso es bueno para apedrearse en las luchas eleccionarias. Para salvar las naves se necesita el poderoso apoyo del Júpiter de la opinión nacional, sin nombre propio en el gobierno, sin partido dominante ó caído, sin embozo, sin intriga, levantando en el brazo de la República Oriental y Argentina la bandera de una política que flamee á la luz del sol, que no inspire odio contra el Brasil, porque el Brasil no hace sino lo que á sus intereses conviene, sino amor á nosotros mismos para hacer lo que á nuestros intereses convenga.

Política de unión, de confederación, de reconstrucción (no temáis la palabra), no para hostilizar la autonomía monárquica del Brasil, sino para defender la autonomía republicana de nosotros mismos.

Estamos acostumbrados á la política de los go-

biernos que no sirven ni han servido nunca para maldita la cosa. Hagamos, pues, alguna vez la política nacional; que es la que ha hecho los grandes acontecimientos de la historia, cuando el mundo carecía de los elementos de propaganda que hoy le sobran. Traigamos al Brasil mismo, por su interés bien entendido, ya como estado limítrofe, ya como miembro de la América, á la colaboración de un gran pensamiento, deteniéndole en la prosecución del judío errante en ese camino sin término de sangre, de odios, en que está caminando hace medio siglo, empujado por su pequeña política, en este obscuro laberinto de los pequeños estados que nos rodean, con sus pequeños odios, con sus pequeños partidos, con sus pequeños protectorados.

No hagamos pedazos á los gobiernos, porque nos descuartizamos nosotros mismos; no hagamos tantos partidos para tener el gusto de insultarlos, porque el Plata llora y el Cruzero ríe.

Gómez en su país, Mitre en el suyo, tienen la obligación de hablar y tienen el derecho de hacerse oir con respeto. Hablad, pues; pero hablad de lo que se ha de hacer, y no de lo que se ha hecho, porque eso lo saben todos, desde que nadie deja de saber lo que le duele.

Es un error de criterio político pensar que la guerra al Brasil es necesaria y que esa guerra nos conviene. Error gravísimo.

Cuando alcanzásemos la victoria, ya no tendríamos fuerzas ni para llevar los laureles á nuestra cabeza.

Cuando el Brasil triunfase, ya no habría sobre el Atlántico ni un Brasil geográfico siquiera.

Lo que nos conviene á nosotros como al Brasil, es la paz perpetua, sólida, fundada sobre las bases graníticas de la paz y la grandeza de cada uno; pero esto no se consigue poniendo de contrapeso al Brasil estados microscópicos que viven revolcándose entre el odio de sus bandos y que estimulan con su corrupción los instintos aspirantes de su astuto vecino.

Ese gran *desiderátum* se consigue con la fuerza que viene de la unión, con la unión que viene de la conveniencia bien entendida de todos.

Sin esa idea grande, salvadora y fecunda, sin ese Gólgota de la resurrección, ¿dónde termina la *vía crucis* del Brasil y las repúblicas del Plata? Mañana acabaremos la guerra con el Paraguay y empezaremos con las cuestiones de navegación y de límites, de protectorados y de influencias, de ingratitud y de reproches, y los partidos orientales y argentinos entrarán á su eterna competencia por saber quién se queda con el Brasil para que lo ayude á fusilar á sus enemigos y volverá el Brasil á su eterna preocupación por saber cuál partido le ofrece más territorio, más sometimiento á su influencia, más facilidad de gastar mayor número de millones y vidas brasileras para no sacar más que algún pedazo de desierto y algunas rechiflas de lo mismo que protege en su delirante ambición de meterse entre sus vecinos porque sus vecinos no tienen el poder de meterlo en su casa para

siempre, en beneficio de ellos y de él mismo.

El Brasil también tiene sus partidos decrépitos y gastados. Tiene también una generación nueva é ilustrada que quiere sacudirse de esa herencia de las guerras del Sur que no han servido sino para empobrecer el Norte del Imperio y que al paso que llevan esas guerras han de arrancar para siempre aquellos preciosos florones de la corona de Braganza.

Tenéis á vuestro servicio la historia de estos países.

Tenéis á vuestras órdenes el concurso poderoso del convencimiento general, que en todas partes del Plata clama por una unión que entone y robustezca la fuerza y la virilidad de estos países. Sólo los tontos y los aduladores de las vanidades cobardes no estarán á vuestro lado.

Tenéis, por último, al Brasil mismo para discutir esta inmensa revolución en la existencia y en el porvenir de esta región de América.

No confundáis el pueblo brasilero con esas ediciones nuevas de libros viejos de los partidos dominantes de aquel imperio, que no han sabido hacer otra cosa que vivir de las tradiciones de 1825.

Confiad en todos; pero más que en todos, en el derecho y en la santidad de vuestro propósito.

¿No habéis pronunciado alguna vez, señores Mitre y Gómez, la palabra Confederación del Plata? ¿No habéis mostrado otra vez la punta de esa bandera? Pues este es el momento de que la desplguéis á la luz del sol, vosotros que tenéis el derec

de ser oídos en vuestros respectivos países y tenéis la obligación de hacer algo por los pueblos que han hecho tanto por vuestra reputación.

¿No es mejor eso que estar escribiendo historias con vinagre, é historias mal hechas, que es lo peor?

Soy todo vuestro, mis queridos amigos.

X. X. (1)

Diciembre 14 de 1869

(1) X. X. es el poeta argentino José Mármol, entonces ministro plenipotenciario en la corte de Río de Janeiro.

CONTESTACIÓN DEL GENERAL MITRE

Al doctor don Juan Carlos Gómez:

I

Se ha dicho en una polémica entre dos buenos amigos y antiguos correligionarios como nosotros que combatir los errores de sus adversarios es el placer de la lucha intelectual.

Combatir los errores de sus amigos, es uno de los deberes más dolorosos de esta lucha, sobre todo cuando los amigos sirven inocentemente al triunfo de los errores del enemigo.

Usted, pretendiendo glorificar á los soldados argentinos por haber combatido á un tirano, condena á la alianza y á los aliados que lo han vencido haciendo de ello un crimen á los hombres que tal resultado daban.

Ante mi protesta en nombre de mis compañeros y hermanos de armas, usted, retrocede y declara heroicos y dignos á todos los pueblos y á todos los soldados de la alianza.

Ante la aceptación franca y tranquila de mi responsabilidad, usted me abre un proceso y supone en mis labios las palabras vergonzosamente egoístas de Luis XV *(aprés moi le déluge)* que ningún acto, ninguna palabra de mi vida pública ó privada autorizaba á nadie para aplicarme, y á usted menos que á nadie.

De aquí la discusión incidental de nuestras respectivas individualidades en la política contemporánea, en que yo he sido uno de tantos obreros metidos en el barro del trabajo y el polvo del combate, y usted el genio fatídico ó el querubín alado que ha levantado su vuelo después de producidos los hechos, para anunciar las derrotas del futuro á los vencedores del presente, en vez de ponerse de nuestro lado para prevenirlas, en vez de confortarnos en la fatiga no terminada, en vez de prestarnos el auxilio de su bella inteligencia para fecundar las semillas del bien depositadas en el limbo de la labor humana.

A esto me contesta usted trazando á grandes rasgos una parte de mi biografía política y militar, presentándome como el humilde servidor de la política de la Providencia.

Gracias, amigo. Es el más alto elogio que podía hacerme. Como se lo decía á Sarmiento en el banquete de la fraternidad, al descender de las altas regiones del poder entregándole las armas del combate y del trabajo: "¿Qué somos nosotros? Dos pobres hombres, instrumentos en las manos de la Providencia que gobierna el destino de los pueblos á despecho de nuestra flaqueza y de nuestros errores, haciendo prevalecer la lógica ante la cual todos nos inclinamos, como el compás traza el círculo matemático que simboliza la eterna inteligencia del divino geómetra."

Gracias; porque al menos me reconoce que nunca eserté la fatiga ni el peligro; que nunca me su-

blevé, en nombre de las inspiraciones del orgullo, contra los errores y desfallecimientos de mi época; que nunca me retiré á mi tienda como dándome los aires de un nuevo Aquiles, permaneciendo por el contrario al pie de las murallas de la *Nueva Troya* del Plata para participar de sus miserias con Melchor Pacheco ó sin él, mientras otros subían á las naves coronadas de flores y daban la vela al viento en busca de la risueña Grecia para profetizar en el festín lejano la caída del pobre caballo de palo que encerraba los destinos de una causa y la victoria de una idea.

II

El 7 de Diciembre de 1852 esa causa triunfante iba á sucumbir, y la idea que la simbolizaba, encerrada en el estrecho recinto de la plaza *de la Victoria* de otra nueva Troya del Plata, iba á dar un nuevo y decisivo combate en presencia de cinco mil sitiadores que intimaban rendición á un pueblo que veía pasear por sus calles las sangrientas insignias de la antigua mazhorca.

Supone usted que "en tal situación yo declaré imposible la defensa, resignándome á pasar bajo las horcas caudinas de la reacción".

Permítame decirle á usted que sus apuntes históricos están errados, como su cronología de la guerra del Paraguay.

Apelo al testimonio de mis amigos y enemigos

de hoy y de entonces, para declarar si es cierto ó no lo que voy á decir.

El doctor don Valentín Alsina resignó el gobierno, retrocediendo ante la guerra civil, no queriendo que tomase el mando de una columna para ir á sofocar la revolución en la misma Villa de Mercedes, como yo se lo proponía.

El gobierno que sucedió al doctor Alsina abría negociaciones con el enemigo, al parecer triunfante, y bandas de caballería con la divisa colorada cruzaban las calles de la ciudad de Buenos Aires.

Al entregar el gobierno el doctor Alsina al gegeneral Pinto, su sucesor, me propuso continuar en el ministerio.

Y le contesté que tenía mi caballo ensillado á la puerta de la casa de gobierno para ir á cumplir un deber más sagrado.

A caballo unâ vez y con los pies bien afirmados sobre los estribos, me quité en media calle el frac negro de ministro y me puse la casaca militar que me trajo un sobrino de Rozas, que quiso ser mi ayudante. Otro sobrino de Rozas me alcanzaba mi espada y mis pistolas. Al pasar al galope por la barbería del barbero de Rozas, frente al Colegio, fuí saludado por la carcajada de los que ya se creían vencedores. Al llegar á la plaza, el comandante Conesa (entonces), me dice: "Coronel: mi batallón se ha sublevado y mi cuartel lo han tomado." —"Vamos á retomarlo", fué mi contestación. Proclamé en seguida á veinte guardias nacionales que estaban en la esquina del Coliseo, hoy teatro de

Colón. Los hijos de Florencio Varela, inspirados por el valor cívico de su ilustre padre, contestaron mi proclama golpeando el tambor con brazo varonil. Noventa corazones valerosos de noventa guardias nacionales latían al compás del toque de alarma; y me siguen por la calle de 25 de Mayo, en medio de una procesión de mujeres que salían á las puertas con lágrimas en los ojos para darnos la última despedida. Llegamos al Retiro: son rechazadas las bandas de caballería que lo ocupaban; se reconquistan los cuarteles y los batallones perdidos; nuestros fusilazos dispersan la reunión que estaba tratando de paz en nuestro mismo Parque de artillería; establezco el primer cantón de la defensa; trazo la primera trinchera; coloco la primera escucha; organizo con Villa la primera guerrilla de caballería del sitio, y á la tarde de ese mismo día, hombres, mujeres y niños pueden venir á pasear en la plaza del Retiro, bajo la protección de la intrépida guardia nacional de Buenos Aires, que se había reconcentrado bajo mis órdenes.

Desde ese momento quedó organizada la defensa de Buenos Aires, salvándose una vez más el recinto sagrado de la ciudad que encerraba la última esperanza de la libertad argentina.

El mismo don Lorenzo Torres, á quien da usted la gloria de esta defensa, con menoscabo de mis conciudadanos, para quienes la reivindico toda entera, tuvo que hacerse el editor responsable de esta gloriosa resistencia, á que el general Paz dió carácter y el general Hornos nervio y que tuve la

fortuna de sellar con mi sangre, cayendo derribado de un balazo del mismo caballo que había montado en la plaza de la Victoria el 7 de Diciembre.

Desde ese día surgió una nueva entidad viril, en la que nadie tenía fe, de la que nadie esperaba nada, que fué la guardia nacional al servicio de la civilización y de la libertad; desde allí cesó el predominio de la campaña sobre las ciudades; se templó la bayoneta, se quebró la chuza y fué herido de muerte el caudillaje, obligando al general Urquiza, que había venido en su apoyo con todas las fuerzas de la Confederación, á embarcarse montado en una mula de su coche, acompañándole don Vicente Fidel López que es el nuevo héroe que usted nos desenvaina para empequeñecer el triunfo del pueblo sobre los caudillos.

El doctor don Vicente Fidel López había dicho en las memorables sesiones de Junio (en que todos fuimos actores y ninguno fué actor), que debian aceptarse todos los hechos consumados por la fuerza, porque estos países no podían organizarse, vivir, sino bajo la protección de esos que se llamaban los caudillos. Mi contestación es histórica. El manifiesto de la revolución de Septiembre, escrito por mí, imprimió su carácter á aquel movimiento poniendo á un pueblo frente á un caudillo y desafiándolo valientemente á la batalla, á despecho de esas teorías tradicionales de la impotencia que usted evoca hoy, alzándolas del polvo de la derrota.

No; la situación actual de la República no está basada en el caudillaje, ni en los gobiernos perso-

nales de que el doctor López fué el teorizador. Esa entidad fué vencida por la resistencia de Buenos Aires, que usted pretende en vano desvirtuar hoy, con menoscabo del pueblo triunfante, siendo la refutación más elocuente que pueda hacérsele el espectáculo de ese mismo pueblo, dueño de sus destinos después de largos trabajos y memorables combates, en que no ha habido caudillos por nuestra parte, ni prestigios personales, ni intereses sórdidos, ni capitulaciones cobardes con los principios, sino coraje, virtud cívica, fe en los destinos de la democracia y desprecio por el encumbramiento pasajero de las influencias bastardas que no sean la expresión y la emancipación del pueblo. Esta entidad colectiva, caudillo múltiple, ha presidido á la gloriosa resistencia de Buenos Aires, en nombre de la libertad y de la dignidad humana que otros renegaron antes, y que usted niega hoy como Galileo, en presencia de este mundo político que se mueve obedeciendo á las leyes de la mecánica divina, de la cual don Vicente Fidel López es, según usted, el Laplace, mientras que yo lo atribuyo á su verdadero y único autor, colocándome como uno de tantos entre los humildes instrumentos de la Providencia, de que usted reconoce hemos sido fieles y obedientes servidores y de que usted mismo ha sido valeroso defensor.

Usted mismo proclama la verdad al sostener que esta situación es el triunfo del acuerdo de San Nicolás, contra el cual protestamos, y que desgarramos al dar á la Constitución la base de la sobera-

nía popular bajo los auspicios de la reforma y á la sombra de la bandera popular triunfante.

La modesta gloria de haber servido humildemente á esa idea vale más que la corona del caudillo omnipotente, y más que la protesta impotente del que, lejos de la acción, condena el trabajo y maldice la cosecha porque todos y cada uno de los obreros que concurrieron á esta labor colectiva no fueron Césares, Napoleones, Bismarcks, sin comprender que la pequeñez de las individualidades agranda la obra común para bien de todos, inclusive de los mismos que la renegaron en la hora del peligro y la niegan en el día del triunfo.

III

Cepeda es la continuación de la gran batalla entre el caudillaje y el pueblo.

Con seis mil hombres presentamos batalla á quince mil.

Con tres mil soldados de infantería, que quedaron firmes en su puesto, dominamos el campo de batalla, salvando el honor y las legiones de Buenos Aires con tres cartuchos en cada cartuchera y cinco tiros por cañón, razón que le explicará porque no fuí al Rosario.

Vencedor en un combate naval para abrirme un paso hacia Buenos Aires con los restos del ejército, usted me aconsejó me hiciese dictador, montando á caballo, con látigo en mano, obedeciendo á esa obcecación que le persigue de los hombres

omnipotentes que son la negación de la libertad y fuera de los cuales no comprende usted nada grande en los pueblos movidos por la inteligencia colectiva, por la razón pública, por la conciencia humana, ante la cual las inspiraciones individuales son fugaces exhalaciones.

Vino el 8 de Noviembre y todos desesperaron. La Legislatura, apoyada en una parte del ejército, conspiró contra la situación. El miedo fué su poderoso auxiliar. Tejedor trató con Urquiza. Sarmiento estuvo por la aceptación lisa y llana de la Constitución que emanaba del acuerdo de San Nicolás. La mayoría de la convención de Buenos Aires, acaudillada por don Vicente Fidel López, pretendía hacernos pasar bajo las horcas caudinas de la Constitución á libro cerrado y á título de vencidos.

Fué entonces que en las mismas columnas que había dejado usted huérfanas de su brillante pluma, abrimos campaña en favor de la reforma de la Constitución, para salvar el derecho de Buenos Aires y dar á la organización nacional una base sólida y popular.

Esta idea triunfó en la convención de Buenos Aires, y la hice triunfar en la convención nacional con el auxilio del mismo Derqui y del mismo Urquiza, poniendo á la Constitución Nacional el sello de nuestra libre y soberana sanción y arrojando al viento los últimos pedazos del acuerdo de San Nicolás.

Si llamé á Urquiza hombre espectable, es porque realmente lo era el que no había abusado del mie-

do de sus enemigos y se había inclinado ante nuestro triunfo moral en presencia de la *Orden del día* que di al ejército, declarando que se retiraba vencido sin poder pisar el recinto sagrado de la ciudad de Buenos Aires.

Cuando lo llamé á Buenos Aires, como huésped, lo recibí como debía, en el nombre y en el interés de la paz que la buena fe buscaba y deseaba. El pueblo, que también la quería, lo recibió con gesto sombrío. Reunidos en la municipalidad, en medio de una atmósfera amenazadora en que de un momento á otro podía estallar de nuevo el rayo de la guerra, cuando todavía no estábamos preparados á ella, el señor Sarmiento, mi ministro entonces, se acercó á mí y me dijo al oído: «La posición es mala».—«*Il faut l'emporter!*» fué mi contestación. Tomé la copa de la amistad, y dije: «Saludo al general Urquiza, que retrocedió ante la revolución de Septiembre, y que hoy vuelve, desarmado, como si fuera un Washington, al seno del mismo pueblo que le arrojó antes á balazos, inclinándose ante su soberanía y ante su libertad.» Esta escena es histórica, y apelo al testimonio del pueblo que la presenció y que desde ese momento entra en la corriente que inducía al triunfo de las reformas de la Constitución á que pusimos nuestro sello. El general Urquiza derramó en aquel momento nobles lágrimas que le granjearon el aprecio de los presentes.

Cepeda había probado que la infantería de Buenos Aires era invencible.

La política seguida después de Cepeda nos dió

aliados de causa en toda la República, y el partido liberal, debilitado por los sucesos de Noviembre, se hizo un poder nacional.

Robustecidos política y militarmente, pudimos ir con la misma tranquilidad á la incorporación, si se nos aceptaba con nuestra bandera, ó á la guerra si se desconocía nuestro derecho.

Vino la guerra.

El doctor don Adolfo Alsina, actual vicepresidente de la República, me dijo que él no creía en la victoria; pero que me acompañaría de todos modos á morir por la causa de Buenos Aires.

Yo le contesté que necesitaba compañeros para triunfar y no para morir. El señor Sarmiento, que estaba presente, me preguntó:

—¿Con qué cuenta usted para triunfar?

—Con dieciocho batallones de infantería.

—No los veo.

—Usted los verá en el campo de batalla.

Y con 17 batallones triunfamos en Pavón.

Pavón es la grande victoria del gran partido de la libertad argentina. El triunfo militar fué de la provincia de Buenos Aires. El triunfo moral y político fué de las provincias todas, sin cuyo concurso hubiéramos tenido que repasar el Arroyo del Medio. Por eso fuimos fieles á la Constitución reformada que habíamos jurado. Por la primera vez subió el partido liberal al gobierno, haciendo prácticos los beneficios de la nacionalidad y de la libertad para todos. Los mismos vencidos tiraron de su carro de triunfo, inclusive el mismo general Urquiza.

á quien le dije públicamente y por escrito, que si aceptaba su sometimiento para los grandes intereses nacionales, «no aceptaba su concurso en una obra que debía llevarse á cabo por principios y elementos opuestos y contrarios á los que él había sostenido».

La unión nacional se hizo; la época de los gobiernos personales se cerró para siempre; el orden constitucional fué una realidad; las últimas resistencias del caudillaje fueron vencidas en nombre de la ley; la transmisión del mando supremo se efectuó en paz y libertad; él fué entregado en toda su integridad, dejando en el gobierno al gran partido de la libertad triunfante, y á él le toca mantenerse en el gobierno por la fidelidad á sus principios, para no pasar por el oprobio de entregar las banderas del poder á sus enemigos vencidos, que tendrían razón de ser si nos mostrásemos incapaces del ejercicio firme y tranquilo de la autoridad, é indignos de la libertad que tantos sacrificios cuesta.

Estas son páginas auténticas, arrancadas del libro de la historia contemporánea en el mismo orden en que usted las ha evocado contra mí, y que, en honor de mi causa y de mi bandera, hoy levanto para dejar bien establecida la verdad.

IV

Del caos que quedó después de Pavón surgieron la unión y la nacionalidad argentinas, al amparo

de una ley común, como lo declaró solemnemente el Congreso argentino, libremente reunido. A la sombra de la bandera victoriosa de la libertad, pudimos afirmar el juramento de la Constitución nacional, único vínculo entre los pueblos, en vez de lanzarnos en las aventuras de un nuevo período constituyente, que era una nueva guerra civil segura.

Merced á esto, la guerra del Paraguay nos encontró unidos y reunidos, y desarmados los partidos y preparados á hacer respetar nuestro derecho, así en la paz como en la guerra.

Cualquiera otra política hubiera dado la preponderancia al Paraguay en los asuntos del Río de la Plata, alentando las resistencias latentes contra el nuevo orden de cosas.

Comprometidos todavía en el difícil experimento de un gobierno libre, que tenía á la vez que completar la unión y la organización nacional, vino la guerra del Paraguay.

Como lo hemos observado antes, el Paraguay estaba en guerra con el Brasil.

El Brasil era, por consecuencia, más que un aliado natural, un aliado de hecho.

El hecho se redujo á protocolo, y el tratado de la triple alianza fué firmado sobre el tambor por los mismos combatientes que iban á sellarlo con su sangre, y en presencia del enemigo común que había invadido nuestros respectivos territorios.

Orientales y argentinos contribuyeron á rechazar la invasión paraguaya en el territorio brasilero del Río Grande.

Los brasileros contribuyeron á rechazar la misma invasión paraguaya en el territorio argentino de Corrientes.

En seguida nos lanzamos unidos sobre el territorio enemigo, resueltos á dar en tierra con el bárbaro gobierno que nos había provocado á la guerra, buscando en esto la garantía para la paz futura de estos países, á la vez que el desagravio de la humanidad, y por accidente, de la libertad del pueblo paraguayo.

Usted encuentra malo todo esto.

Debimos prescindir, según usted, del concurso del Brasil, que ya estaba en línea de batalla frente á frente de nuestro enemigo; debimos impedirle que combatiese á nuestro lado. ¿Cómo? Eso no lo dice, porque, á menos de hacerle la guerra al Brasil, no se comprende como le hubiésemos impedido llevar sus armas al Paraguay.

Debimos afrontar la lucha solos, á cuenta de esa derrota que usted consideraba segura, y que yo he negado. ¿Por qué? Para triunfar en el porvenir, después de caídos; para no triunfar desde luego con el concurso de un aliado, sin menoscabo de nuestro derecho y de nuestra gloria, que tenía los mismos intereses y la misma razón de combatir que nosotros.

Debimos, por último, según usted, llevar la revolución al Paraguay en vez de hacerle la guerra, enarbolando, no el pendón de las nacionalidades agraviadas que repelían la fuerza con la fuerza y trataban de garantizar la paz futura, sino en el

nombre y en el interés del pueblo paraguayo, que es el único que á usted le inspira admiración y simpatías.

Nada de esto es serio ni tiene sentido común, y tan es así, que usted mismo, después de haberlo proclamado á son de trompas, arría hoy su bandera revolucionaria y retrocede ante las conveniencias de su propaganda, y desertando hasta las banderas de la política providencial, de la política revolucionaria desplegada por usted, se contenta ya con una política expectante, á lo que dieren los sucesos; lo que se llama la política á la buena de Dios, en que la inteligencia no entra por nada, y en que los pueblos y soldados son centinelas de los sucesos que puedan sobrevenir ó no sobrevenir.

Desconozco en usted al pensador y al político que he admirado en otro tiempo, y me sorprendo al encontrar, en vez del atleta resuelto y convencido que se había batido tantas veces en la arena ardiente de los debates públicos, un polemista de palabras y recriminaciones, que arrojando sus dardos, como el Partho, en retirada, va retrocediendo de posición en posición, desde que concede á los pueblos y soldados de la alianza la corona cívica y militar que al principio les había negado á todos por igual, hasta abandonar su guerra de redención, su propaganda revolucionaria y su alianza entre las dos repúblicas del Plata, sobre la cual ni siquiera dice una palabra después de haber leído la carta del general Flores.

Después de trazarme un plan de batalla para

después de Cepeda; después de trazarme un plan de política para después de Pavón, me traza usted ahora un plan de campaña contra el Paraguay, que es por sí solo la derrota más completa de todas las ideas políticas y militares que ha sostenido en el curso de nuestra discordia.

Abandona, olvida, reniega su proyectada alianza *del pueblo del Plata* (como usted llama á las dos repúblicas), y prescindiendo de esta base que era, según usted, el punto de partida fatal de la política providencial de estos países, no toma en cuenta sino á la República Argentina, á la que usted confía su pendón, augurándole la victoria que antes creyó imposible.

Olvida que antes dijo que la victoria, combatiendo solos, era el precio de la derrota, y daba por conseguida la victoria con la misma rapidez y con la misma facilidad con que se obtuvo por el concurso de la alianza.

No se le ocurre que la guerra habría sido entonces en el territorio argentino, y que en vez de compartir á alejar los males de la guerra, los hubiéramos localizado en Entre Ríos y Corrientes.

No es lógico consigo mismo, porque al prescindir del Brasil y al pretender que le impidiéramos formar á nuestro lado, no se atreve á llegar hasta la consecuencia lógica de tal permiso, que era disparar cañonazos al Brasil para que el Brasil no los disparase á los paraguayos que nos hacían la guerra y talaban nuestro territorio llevando cautivas nuestras mujeres; dando á entender que no necesitába-

mos firmar alianzas para aprovecharnos de la concurrencia del Brasil, lo que es un argumento contraproducente.

Cambiando ahora la derrota en victoria, dando por hecho que, tal como pasaron las cosas hecha la alianza, hubieran pasado sin la alianza ni del Brasil ni de la República Oriental, supone usted arrojado al enemigo del territorio argentino, y á los argentinos vencedores sobre las márgenes del Paraná.

Aquí era el caso de desenvolver su gran plan revolucionario respecto del Paraguay, de demostrarnos como iba á introducirse la tea de la revolución en el Paraguay, como este sistema de hostilidad nos habría dado mayores ventajas con menores sacrificios. ¡Oh decepción! Aquí lo encuentro ya mal hilvanador de frases y asisto con dolor á los esfuerzos de una alta y noble inteligencia que, como el gladiador herido en el circo, hace esfuerzos impotentes para dominar el dolor y caer con elegancia en la arena ensangrentada.

Toma usted mis propios argumentos y los esgrime ciegamente, sin advertir que se hiere con ellos, cuando dice que "los gobiernos no tienen el derecho de renunciar á las ventajas que las circunstancias brindan a los pueblos, ni el de meterse á quijotes, lanzándose á las vicisitudes"—lo que usted aplica á la alianza, cuando la alianza era la ventaja que brindaban las circunstancias.

En seguida se nos viene con la teoría de las razas, en que usted explica la resistencia de los para-

guayos bajo el látigo de su verdugo, cuando antes los había declarado heroicamente convencidos, poniéndolos más arriba que nosotros que los hemos vencido.

Sin acordarse de que con sólo no dar parte al Brasil en nuestra lucha, usted daba por revolucionado al Paraguay con sólo desplegar nuestra bandera azul y blanca, usted retrocede ahora aterrado ante la *raza paraguaya,* y dice textualmente: "No teníamos para qué estrellarnos contra el fanatismo de las muchedumbres (razas) paraguayas. En la guerra con el tirano del Paraguay, el triunfo estaba en nuestro favor: nos fortalecía, nos enriquecía *(buenas noticias para los mercachifles),* mientras empobrecía y debilitaba al tirano. Sin la alianza, teníamos la libertad de esperar la ocasión de la victoria."

Y ¿cuál era la victoria para más adelante que el doctor Gómez nos prometía, en cambio de los triunfos actuales? Va á verse. Dice usted textualmente: "Los elementos capitaneados por Robles, Barrios y los hermanos del mismo tirano, todos fusilados por él, nos hubieran abierto la puerta de entrada."

A esto ha quedado reducida su generosa guerra de redención contra la tiranía del Paraguay. Esta es la misión providencial que, según usted, estaba servada a los pueblos del Plata:

Arrojar al invasor de su casa como Dios lo ayu-
e, y no estrellarse contra la *raza paraguaya,*
ndo que Robles, Barrios y Benigno López
a la puerta para entrar! Esto quería decir:

"embrazar la égida de la libertad y tomar el hacha de la revolución!"

He entendido por fin, señor retórico,
Lo que quiere decir zumo heliotrópico.

Ya sabemos por fin que la misión que la Providencia deparaba á los pueblos del Plata (que al fin se reduce á uno solo) era hacerse derrotar vergonzosamente, ó detenerse prudentemente en la frontera del enemigo para no hacerse derrotar por él, esperando que los seides de López nos tendieran la mano de aliados!

Tan vergonzoso resultado no merecía que se derramara una gota de sangre de más ni que se gastase en su obsequio un peso papel.

Tales conclusiones no valen ni el papel ni la tinta que hemos empleado en esta discusión, en que, después de maldecir la alianza y los aliados, acaba usted por abrazarse con los *heroicos paraguayos* y con sus hipotéticos aliados los Barrios, los Robles y los hermanos López! ¡Y todo esto á propósito de glorificar la guardia nacional de Buenos Aires!

Aliados por aliados, me quedo con los míos

Humillado me siento de haber tenido que emplear mi tiempo para refutar tales conclusiones, y hago á su alta inteligencia el merecido honor considerándolas como los únicos argumentos que pueden aducirse en favor de una tan mala causa como la que usted defiende sobre bases tan falsas.

Espero que otra vez será usted más feliz, y me vencerá cuando de su parte esté la razón.

V

Por hoy he concluído.

No se tome el trabajo de contestarme para llenar el intermedio, si no tiene algo más nuevo y sólido que decir.

Lo dicho basta y sobra para juzgar de su estilo y de su sistema como polemista.

Déjeme hablar á mí solo, que como actor en los sucesos, como más interesado que usted en las cosas de mi país, como más apasionado también, si usted quiere, tengo algo más nuevo y más oportuno que decir, y, por lo tanto, con una tendencia más práctica y más patriótica.

Quiero aprovechar esta oportunidad para fijar la opinión respecto de la alianza y de sus consecuencias, ya que por tanto tiempo he guardado silencio.

Quiero reducir á polvo todas las mentiras de convención y todas las cobardías vestidas con el ropaje del republicanismo que la indiferencia de unos y la debilidad de otros ha dejado acreditar como moneda de buena ley.

No retrocederé ante nombres propios de amigos ni de enemigos; porque estoy, más que profundamente apasionado, profundamente convencido y seguro de que en este terreno puedo desafiar todos los tiros de los que se sublevan contra mis estigmas, porque tengo de mi parte la resolución inquebrantable que á usted le falta desde que ha abandonado sus primitivas posiciones.

Déjeme volar sin el auxilio del soplo de sus frases,

con mis propias alas quebrantadas por las tempestades que he cruzado y cubiertas por el polvo del combate en que quedaron tendidos mis heroicos hermanos de causa; déjeme prescindir de mi personalidad, que me fastidia en presencia de las grandes cosas que debatimos; que yo le prometo que ha de oir algo nuevo que usted ni sospechaba con toda la capacidad, con toda la previsión y toda la intuición que se atribuye, negándosela á los demás mortales.

Todo lo que usted puede decirme lo sé de memoria. Es retrospectivo, es viejo y no tiene seriedad ni objeto práctico, y podría escribir ahora mismo la contestación que usted me daría al leer esta carta.

Usted no puede atinar siquiera por dónde voy á empezar la que próximamente voy á dirigirle, sin necesidad de esperar su contestación.

Es que yo tengo siempre el corazón en el pecho, en el lugar donde lo colocó Dios, como lo dije en las sesiones de Junio, y no necesito quitarlo ni ponerlo, como el aereonauta que aumenta ó disminuye el gas ó el lastre de su globo ó de su barquilla, para subir á la región de las nubes ó descender á la superficie de la tierra.

Vivo en la región en que respiran y viven mis iguales, uno de tantos; que ni pretendo elevarme sobre ellos, ni descender hasta la vulgaridad para acariciar pequeñas pasiones con menoscabo de lo que considero verdadero, justo y bueno.

No tengo ganas de conversar.

Necesito, una vez por todas, transmitir la idea que me trabaja, y á la cual he consagrado mis afanes.

Si con iguales títulos y con el mismo objeto tiene usted algo nuevo y serio que decir para la ilustración del pueblo, dígalo de una vez; pero no nos venga con las teorías de las razas ni con vulgaridades que hacen poco honor á su envidiable talento.

Mientras tanto, puedo asegurarle que sus cartas no han dejado en mí ni tristeza ni amargura, por doloroso que me sea tener que herirle en defensa de la verdad, que vale más que yo y más que usted.

Soy siempre su amigo,

Bartolomé Mitre.

Diciembre 15 de 1869.

EL ROMANCE HISTÓRICO

Al general don Bartolomé Mitre.

Su última carta me ha revelado una nueva faz de su talento.

Teníamos un Walter Scott sudamericano en el autor del *Facundo*. Ahora descubrimos en usted un Alejandro Dumas.

Los hechos se someten, flexibles, á su pluma de historiador, á tal extremo que los mismos testigos y espectadores de los sucesos, nos quedamos admirados de la *novedad* de los sucesos.

Tiene usted razón General; imposible atinar por dónde va usted á empezar ni adónde va usted á concluir con su rica imaginación. Sólo podríamos saber de memoria la historia. Las creaciones de la fantasía son siempre imprevistas.

Recalca usted en hacerse un alto mérito del simple cumplimiento de su deber de soldado. Militar, usted no tenía elección; estaba forzado á tomar el puesto que le señalaban en la línea. Así es como se encontró usted en la defensa de Montevideo: porque era usted oficial del ejército oriental; y en la defensa de Buenos Aires, porque llevaba usted en sus hombros las charreteras de los jefes.

No lo seguiré en su autobiografía, aunque tenga, como usted, la resolución de decir toda la verdad, por más que ella hiera dolorosamente á mis más queridos amigos; en primer lugar, porque comprendo que tiene usted en ello un interés de actualidad á

que no quiero prestarme, y en segundo lugar, y principalmente, porque ella nada importa á la discusión de la triple alianza. Si algún día me viniese el capricho de borronear la historia, estoy seguro que encontraría en su vida mayores méritos que el valor vulgar de haber expuesto su cuerpo á las balas en nuestros entreveros. Don Bernardino Rivadavia, más alto que usted en la historia argentina, sería un pigmeo á su lado, en su teoría de los servicios á la patria.

Un hecho sobrevivirá á su política y á su influencia, en la vida de los pueblos del Plata, que usted ha hecho cuanto un hombre puede hacer por enterrar en la nada, y es la *nacionalidad*.

Habrá Nación contra usted y sin usted por la obra del pueblo.

Los sucesos han sido más fuertes que usted y por eso no ha desaparecido ni desaparecerá la nación que nos legaron los revolucionarios de Mayo.

La triple alianza ha sido su último ataque á la nacionalidad, y usted se escuda de su pecado de imprevisión con el *éxito*.

Pero no siempre el *éxito* es la justificación de los hombres y de los gobiernos. El *éxito* estuvo con los fariseos contra Jesucristo, que era el porvenir de la humanidad.

Entre sus servicios á la patria cuenta usted el *beneficio práctico de la nacionalidad*, amén del de la libertad, por no haber seguido usted en 1859 mi consejo de tomar el látigo de Cromwell y echar á la calle al parlamento del 8 de Noviembre.

Pero olvida usted que, cuando en 1857, el partido federal se nos presentó imponente en la lucha, y los ánimos más fuertes vacilaron y dudaron del porvenir de la República, usted fué de los desfallecidos que nos propusieron por remedio la separación absoluta de Buenos Aires, constituído en *República del Plata*.

¿Qué era entonces del varón fuerte que al levantarse la tormenta en el horizonte hacía frente á la muerte y sostenía al corazón en la vida?

Y no era un simple ardid de guerra para arrancar la bandera del aislamiento de las manos de Lorenzo Torres, disculpa con que se excusaba usted cuando sublevamos contra usted el sentimiento público de la nacionalidad los que lo combatimos: era un propósito en usted la disolución de la República.

Tengo en mi poder instrucciones escritas por usted, de su puño y letra, para nuestro enviado á Río de Janeiro, instrucciones que no quiso firmar don Pastor Obligado, en que le prevenía usted se cerciorase de la actitud que asumiría el Brasil en el caso de que Buenos Aires se declarase nación independiente.

¿No sabía usted de antemano, usted *hombre político*, usted, conocedor de la historia sudamericana, que la separación absoluta de Buenos Aires, que la disolución definitiva de la nacionalidad, era el *desiderátum* tradicional de la política brasilera?

Consultar ese punto al gobierno del Brasil y á lo

hombres de estado brasileros era conciliarse su concurso y hacer, en 1859, la alianza que ha reducido usted á tratado en 1865.

Gracias al provincialista don Pastor Obligado, su pensamiento fracasó entonces, y la alianza brasilera con el solo estado de Buenos Aires no nos ha hundido en medio siglo de infortunio.

Una carta semihumorística que publica hoy la *Tribuna*, y si no me engaña el *bouquet* del estilo, pertenece á Mármol, retrotrae la alianza á la invasión de Flores al estado Oriental y me culpa de aceptarla en cuanto propendió á levantar en el estado Oriental á mi partido.

El ministro Paranhos, hoy en el Paraguay, en un discurso de muchos días pronunciado en las cámaras brasileras, afirmó que las bombas y granadas con que los brasileros arrasaron á Paysandú salieron del Parque de Buenos Aires, lo que no pudo suceder sin el asentimiento del gobierno de usted, á quien lava Mármol de la responsabilidad de los sucesos orientales.

Si el hecho asegurado por Paranhos es cierto, usted estaba aliado á Flores y á la acción brasilera en el estado Oriental, antes de cuestión alguna con el Paraguay—¿cómo me hace usted cargos con una carta de Flores, recordándole sus compromisos con el Brasil? ¿Iba usted en los sucesos á la rastra del caudillo oriental? ¿Estaba usted en la lucha sin condiciones? ¿Regalaba usted los recursos argentinos y comprometía usted en una guerra á su patria, sin previas obligaciones de los favorecidos, por

los sacrificios que su patria hacía y los peligros a que se exponía?

¿O buscaba usted por todos los medios y en todos los caminos la alianza brasilera que don Pasto Obligado impidió á usted hacer efectiva en 1859 para la desmembración definitiva del estado de Buenos Aires?

Al cargo á mí, de nuestro amigo Mármol, responderé solamente: que el general Flores, antes de su invasión, me pidió una conferencia, á que me presté, y él esquivó porque tenía el convencimiento de que rechazaría todo concurso del Brasil en la revolución oriental; que protesté contra la ingerencia del Brasil en ella, separándome absolutamente de mis compañeros políticos que la aceptaron; que lamenté la imbecilidad del gobierno de Montevideo, en no haber levantado la bandera de la guerra nacional, arriando la de la guerra civil, que mantuvo alzada, y mi conciencia está satisfecha de mi actitud, aunque el general Mitre me reproche no haberme metido en el barro y levantarme sobre el fango en las alas de querubín de las esperanzas del futuro.

¿Estaba realizada *de hecho* la alianza brasilera en 1864, como lo afirma Mármol y como lo jura Paranhos con las remesas de bombas de nuestro Parque?

Importa al general Mitre desvanecer este cargo, porque, de lo contrario, él sería el autor de la guerra del Paraguay, su política respondería á la patria de toda la sangre derramada y de todas

las vicisitudes que el porvenir nos reserva, como consecuencia de esta lucha.

Mi sinceridad me obliga á manifestar todo mi pensamiento. Creo en la imprevisión y no en el cálculo del general Mitre.

De todos los hombres públicos de estos países, el general Mitre ha sido siempre el más imprevisor, el más inconsciente de los acontecimientos; su política ha navegado á merced del último viento y de la última ola, sin derrotero y sin rumbo; ha sido una barca sin timón, que la casualidad ha llevado á una mala rada, que él se imagina un puerto seguro. En vísperas de Pavón, encerrado en un buque con Urquiza y Derqui, subscribía á todas sus condiciones. Fué necesario que el señor Riestra, rompiese las negociaciones, á pesar suyo, para que le coronásemos con el laurel de la victoria y le hiciéramos presidente de la República, siendo de lamentar que don Manuel Ocampo haya devuelto la correspondencia del general Mitre, que nos retrataría al hombre de esos momentos. Antes de Cepeda, quería escapar del diluvio en el arca de Noé de la República del Plata, garantida por el protectorado del Brasil. Antes de Curupaity, se prometía llegar en tres meses á la Asunción y parar su reloj en la hora de la victoria, ya que no podía parar al sol en su carrera, como Josué.

Imprevisión, casualidad—he ahí toda la política que hoy viene justificándose con el *éxito*, como el héroe por fuerza de la comedia, encumbrado al heroísmo por el caballo en que lo montó la fortuna.

El general Mitre no tenía conciencia del poder del Paraguay, de la situación vidriosa de la República, de las reacciones que debían producirse en el interior, de la falta de concurso del estado Oriental, de nada de lo que hoy pondera, porque, si la hubiera tenido, no nos hubiera asegurado que la Asunción estaría ocupada dentro de tres meses.

Creyó él que la guerra del Paraguay era un paseo militar, á bandera desplegada y tambor batiente; que iba á redimir de la esclavitud al pueblo paraguayo á costa de muy poca sangre, y á conquistar para la patria y para sí la palma del libertador.

Hoy se justifica de los grandes sacrificios arrancados al pueblo, del torrente de sangre derramada, del martirio del Paraguay, y del cataclismo que lega al porvenir con su programa *ex post facto* y sus doctrinas para el caso. En el tratado de alianza nos declaró con la solemnidad de la ley, que la del Paraguay era una guerra de redención de un pueblo, contra un tirano solamente, y en su proclama nos respondió de que el derrocamiento del tirano sería la obra de un soplo de la revolución, *tres meses de tiempo*, y una marcha triunfal hasta el alcázar de Francia. Ahora se exaspera contra los que no lo creímos entonces, y no viendo derrocado al tirano después de cuatro años de batallas, y contemplando exterminado, en vez de redimido, al pueblo, mentidas las promesas de la alianza, perjuras sus protestas, nos viene á última hora con que no debía hacer guerra de redención, que hubiera exter-

minado lo mismo al pueblo paraguayo, si en vez de Solano López hubiere estado gobernado por Washington, y que es más provechoso, más fecundo, moral, justo, santo, engrandecer y fortalecer una monarquía á costa de la República en América, que haber enaltecido el principio republicano, afianzando la libertad, y dejando vindicados el honor y la moral, y consolidada la paz en lo venidero.

¿Cuándo hablaba verdad, cuando hacía historia ó cuando hace romance el general Mitre?

¿Cuándo firmaba el tratado de alianza para redimir al Paraguay de su tirano, cuando nos juraba que en tres meses la obra estaría consumada en la Asunción, ó cuando me contesta que, sin la alianza, nuestros sacrificios hubieran sido enormes y que la alianza con la monarquía hubiera sido tan santa para exterminar al pueblo de Washington como para exterminar al pueblo de López, aunque hubiéramos tenido medios de vindicar el honor y garantizar la paz sin el exterminio?

Entretanto, me promete usted novedades sorprendentes, á trueque de las vulgaridades que pueda yo decirle y se las sabe usted de memoria No se forme esa ilusión; nada va á sorprenderme, desde que me sorprendieron menos sus *tres meses á la Asunción* que á usted los *abatís* de Curupaity.

II

Usted ha publicado la biografía de Belgrano y tiene en sus carpetas la de Artigas.

El estudio filosófico de la historia ha de haber enseñado á usted una triste verdad, cuya lección no ha debido usted olvidar en la vida política, y es que los bandidos como César, como Rozas, como Artigas, representan en ciertos momentos de la vida de los pueblos, los grandes y esenciales principios de su existencia y de su vitalidad futura, mientras que hombres virtuosos como Belgrano y el mismo Rivadavia, representan, por el contrario, en tales momentos, los principios letales, disolventes de las sociedades á que pertenecen. Esto no exime á los primeros de su responsabilidad personal por sus crímenes, ni amengua en los segundos la venerabilidad de la virtud de las grandes cualidades del alma. Dejo á usted la libertad de explotar contra mi pobre individualidad esta evidencia histórica, denunciándome como el adalid inconsciente de los caudillos y tiranos, á pesar de haber usted enaltecido las figuras de Artigas y Güemes más allá de su efectiva importancia histórica.

Un historiador como usted, no podía dejar de ver sin ceguedad, sin inmeditación, sin una inconsciencia é imprevisión supinas, no podía dejar de ver en Francisco Solano López lo que habían sido en nuestros pueblos Artigas, Güemes, Quiroga, su *espectable* Urquiza y, en más alta escala, Rozas.

Un hombre político de meditación y de conciencia hubiera comprendido que el medio de empequeñecer y anular á López no consistía en aglomerar contra él el poder material de bayonetas y cañones, sino en despojarlo de su representación, de

su personificación, de su pedestal popular, de su bandera, de su poder moral; en una palabra, desnudándolo de su carácter político y dejándolo hombre déspota, malvado.

La enseñanza de nuestros propios infortunios nos patentizaba cuán difícil y ruda es la lucha contra los Artigas, los Quirogas, los Urquizas y los Rozas, los Césares y los Bonapartes, en más vastos teatros, mientras ellos pueden decirse la expresión de la democracia, del sentimiento popular de independencia, de igualdad ó de cualquiera otro instinto de los pueblos que los tienen á su frente.

Un hombre de estado hubiera empezado por arrancar á López esa púrpura popular de encima de los hombros, y exponerlo á las miradas de su pueblo y de la humanidad con todas sus horribles deformidades, para que apartasen la vista de él con espanto y desprecio.

Entonces la guerra hubiera sido al tirano y no al pueblo; entonces el pueblo se habría asociado á sus redentores; entonces la guerra hubiera sido fácil, y en tres meses nos habrían recibido en la Asunción bajo arcos triunfales y lluvias de flores.

Esto es lo que usted se hace el que no comprende, entendiéndolo más cabalmente que yo sé explicarlo.

Esto es lo que habría sucedido sin la alianza brasilera, y esto fué lo que sucedió mientras la lucha tuvo lugar en nuestro territorio.

¿Por qué los soldados de Estigarribia no se hicieron matar en Uruguayana como en Estero Bellaco y Tuyutí, y se rindieron sin disparar un fusil?

¿Por qué en Yatay se dejaron carnear (es la palabra), arrojándose á los arroyos sin tentar la resistencia? ¿Por qué Cáceres bastó para detener al ejército de Robles, y la invasión paraguaya, con todos sus auxiliares, no tuvo el poder de hacer abandonar la provincia al gobernador de Corrientes, nuestro amigo Lagraña? ¿Por qué los paraguayos no ahogaron á Paunero en su desembarco en Corrientes, de donde se retiraron con décupla fuerza?

¿Eran los mismos paraguayos que deshacían nuestros batallones con su mala caballería, y ponían respeto á los encorazados brasileros con sus canoas?

Huye usted de explicar esta diferencia, prescinde usted de los hechos, se fastidia de que le recuerden lo que sabe de memoria, y exige que le dejen hablar solo, porque tantas reminiscencias le incomodan. Tenga paciencia, amigo mío; el mosquito suele vencer al león como el león suele necesitar que el ratón despreciado le roa las redes en que se deja atrapar á veces.

Usted no explicará esta diferencia, este contraste de polo á polo, entre el pueblo paraguayo de Yatay y la Uruguayana y el pueblo paraguayo de Tuyutí y el Estero Bellaco, sino por el *poder moral* que faltaba al primero y que sobraba al segundo.

Si los paraguayos de Estero Bellaco y Tuyutí se hubieran portado como los de Yatay y la Uruguayana, usted hubiera estado á los tres meses en la Asunción, sin la menor duda.

¿Qué cambio se operó en la guerra? ¿Tuvo López

mejores soldados, vinieron en su ayuda generales estratégicos, bajó del cielo la intervención del apóstol Santiago ó de los dioses de Homero?

El cambio que se había operado es que Solano López, en vez del tirano de su pueblo, había sido convertido en la personificación de su pueblo; que la guerra de redención estaba convertida en guerra internacional, en que el programa del tratado de la alianza había sido reemplazado por el programa de la conquista brasilera.

La política de usted dió á López, posición nacional, carácter popular, significación política. Su política hizo de López, tiranuelo obscuro, vulgaridad personal, un personaje histórico, por más que me duela y me pese tanto ó más que á usted divisar en las galerías de la posteridad á los que hemos visto de cerca repugnantes figuras.

Y esa personificación de un pueblo que le dió su política con la alianza brasilera, y que no hubiera tenido sin ella, ha podido costarnos la derrota más vergonzosa que podría sufrir un heroico pueblo, por la imprevisión de sus gobiernos.

Dejo á usted también en libertad de explotar esta frase, lisonjeando al sentimiento popular. Muy grandes pueblos han sufrido derrotas: Canas y Waterloo abatieron las águilas de Roma y de Francia.

Usted, con su acostumbrado aplomo, afirma que nunca pudimos ser vencidos con alianza y sin alianza. El general don Juan Andrés Gelly, militar de voto en la materia, me ha asegurado cien veces que un general que no hubiera tenido la estupidez

de Solano López hubiera sepultado diez veces á los ejércitos aliados en el Paraguay ó el Paraná.

A más de un militar he oído—y no se necesita ser un militar para pensarlo—que con un poco más de resolución y energía en López, los aliados no se hubieran rehecho del rechazo de Curupaity.

El triunfo de la alianza ha sido, pues, una casualidad.

Entretanto, usted ha expuesto á su país á la derrota y sus consecuencias. Y el *éxito* casual que se ha conseguido, y por el cual debemos tributar gracias á la Providencia, ha sido á costa de un mar de sangre y de una montaña de dinero, que representa sacrificios de la riqueza y del bienestar del pueblo. Me ocuparé en estudiar lo que importa ese éxito en lo presente y en lo futuro aunque á usted le importune esta voz agria de la razón y de la conciencia, y, sentado en su trípode de oráculo, quiera usted descifrar solo, en el silencio de la multitud atenta á su palabra mágica, los enigmas del pasado y las revelaciones del futuro.

Juan Carlos Gómez.

LA FUNESTA ALIANZA

Señor don Héctor F. Varela.

Mi querido amigo:

El *Telégrafo Marítimo* de esta ciudad, acaba de reproducir dos documentos notables, originariamente estampados en la prensa de esa ilustrada capital. Firman esos documentos dos nombres conocidos: representación de dos elevadas personalidades políticas que, aun vivas, pertenecen desde ya al juicio de la historia y á la crítica de los libres pensadores americanos.

En esa circunstancia me apoyo para justificar la libertad que me tomo dirigiendo estas líneas á su apreciable periódico.

Tenía el deber, como brasilero, de hacer una manifestación pública del respeto y de la admiración que me inspira la noble y valerosa actitud asumida por el ilustre general don Bartolomé Mitre, en una cuestión en que, por incidente, se lastima, si no el honor, á lo menos la justa susceptibilidad de mi patria.

Periodista también y habiendo tenido siempre, como usted lo sabe, la honra de sostener desde mi puesto modesto la gran causa de las nacionalidades americanas y de los principios democráticos que constituyen la carta magna de nuestros derechos, no me podía ser insensible el juicio desfavorable de un publicista tan eminente como el señor doctor don Juan Carlos Gómez.

Y mucho menos dejar de dar una prueba de mi respetuoso aprecio á la defensa noble y leal que nos presta el gran ciudadano á cuyo nombre están ligados tantos títulos gloriosos.

Faltaría, pues, á mi deber si por escrúpulos de cualquier naturaleza, dejase de ser para con el general Mitre el intérprete de la gratitud de mis compatriotas, desaprovechando así una oportunidad que me es tan apreciable.

La fiesta popular con que tan patrióticamente se prepara Buenos Aires á recibir sus hijos, al regresar de la cruzada civilizadora que han hecho, no debiera, á mi manera de pensar, ser enturbiada por ningún sentimiento menos generoso.

La misma invitación hecha por la prensa ilustrada de esta capital á todos los periodistas americanos que ahí se encontraran llamándolos tan galantemente á ese congreso de tan justos regocijos y á la fraternidad de tan elevadas emociones, daba, ó yo esperaba que diera, á esa manifestación, si no un carácter de universalidad, á lo menos un sello de *americanismo* que alejaba toda idea de exclusivismo y parcialidad.

No lo ha entendido así el ilustrado y sistemático adversario de mi patria, una vez que, desde la cumbre de la celebridad de que goza, por sus talentos y por su carácter, trata de rechazar de esa fiesta, precisamente á aquellos que tenían ó parecían tener el derecho á la coparticipación de esas alegrías, así como compartieron los sacrificios y peligros que supieron acometer y sufrir.

...lo más que
...los brasile-
...el *progra-*
...las quejas
...lar ante un
...generoso, tan

...encia, se bus-
...entimiento de
...también *ame-*
...a de las ideas
...ar al eminente
...los fundamentos
...a hecho en estos
...igable.

...y santa, como la
...Juan Carlos Gómez,
...puso á las observaciones
...nó á la meditación de los

...nos que le son públicamente
...responsabilidad, no solamen-
...la aceptaron, sino también los
...riosamente supieron sostenerla.
...civilizadora esa lucha gigantes-
...de los escollos de las batallas los
...sanitarios que deben sobrenadar
...superficie de los grandes aconteci-
...os; hacer que de la sangre derra-
...utos benditos de la paz y de
...bertad y del amor, tal me

parecía ser la misión de los pueblos y de los hombres interesados en esa lucha cruenta, inclusive el pueblo y gobierno paraguayos, recién venidos ahora al régimen de la libertad y de las democracia americanas, por el esfuerzo de nuestras armas vencedoras.

¿Cómo sucede, pues, que un espíritu tan claro y reflexivo, ofrezca el extraño espectáculo de tan grande aberración, presentándose aun ahora como el implacable proscriptor de una nacionalidad que ha servido á sus mismas ideas derribando una tiranía salvaje?

¿En qué pudo ser *funesta* la alianza del Brasil, y cómo pudo ella *esterilizar* los sacrificios hechos por la Confederación Argentina?

¿De qué manera *adultera* la lucha esa alianza, para que se invoque la responsabilidad de los estadistas argentinos que á ella concurrieron?

He aquí lo que yo desearía ver demostrado por el ilustrado señor doctor don Juan Carlos Gómez.

No sé, mi querido Varela, si efectivamente tiene que ser muy grande y pesada la responsabilidad de los estadistas de su país, por ese hecho de que se deben enaltecer.

Lo que si puedo aseguraros es que, sobre ese particular, es más feliz y segura la suerte de los estadistas de mi patria, porque cuentan, para hacerles llevadera la carga con la opinión de la mayoría de los brasileros.

La alianza con los dos pueblos del Plata, no surgió á la mente de los políticos ni fué aplaudida por

nación, por el auxilio material, aunque fué presoso y eficaz, que nos pudiera traer el concurso sus ejércitos.

La alianza nos sonrió y fué por nosotros festeja- como una conquista moral, como una prueba cial y solemne que nos daba el gobierno, de hesión á los principios de una política franca y almente americana, rompiendo con las preocupaones que hubieran podido influir para lo conario.

Fué por eso, mi querido amigo, que yo, por mi arte, para apreciar la alianza, jamás traté de investigar ni el número de los combatientes ni el número de buques, ni el número de cañones que llevaban los argentinos á los campos del Paraguay.

Y si de esa lucha tremenda no hubiese resultado ni el derrocamiento de una tiranía brutal, ni la reración de un pueblo, dueño ahora de sus prodestinos, ni la desafrenta eficaz de injurias s, ni la confirmación de derechos largamente os; pero *sólo únicamente* ... hecho moral de

Es por eso, mi querido amigo, que cualquiera que sea la reserva que nos impone la importuna demostración del digno presidente de la comisión de periodistas, hemos de asistir *en espíritu* á la fiesta que Buenos Aires prepara.

Nunca laureles más bien merecidos pudieron ornar las sienes de más nobles guerreros. Y los dignos hijos de esa República que reciben ahora de las manos de sus compatriotas las palmas á que tanto derecho tienen, pueden asegurarse nuestra más sincera y cordial copartición en los aplausos con que van á ser recibidos.

En los campos de batalla no aprendimos solamente á admirarlos por su valor y abnegación; nos acostumbramos á estimarlos por sus virtudes cívicas y personales.

Aliados delante del enemigo común, habiendo fraternizado por cinco años frente de los peligros y de la muerte, fuéramos indignos de nosotros mismos si por un sentimiento de mezquina envidia ó zonza rivalidad, dejáramos de compartir el júbilo que va á despertar el regreso de tan nobles campeones al seno de la patria que supieron honrar y defender en más de cien combates.

Concluyendo, mi querido amigo, me queda un consuelo y una esperanza.

El consuelo es que, por más respetables que sean sus convicciones, el ilustre publicista doctor don Juan Carlos Gómez no encontrará eco en la sociedad argentina para la *propaganda* que se ha propuesto.

La esperanza es que para combatir tan perniciosa doctrina sobran á Buenos Aires talentos de primer orden y caracteres templados que no rendirán culto, jamás, á la efímera popularidad que resulta de los halagos hechos á las malas pasiones.

Usted, sobre todo, mi amigo, está obligado á las gloriosas tradiciones de toda su vida, como periodista y como tribuno

Lo emplazo á ese combate fecundo, á nombre de los mismos títulos que le han hecho para ante el mundo, no el publicista argentino, pero el sostenedor incontrastable de los derechos de la justicia y de la democracia universal.

La política del miedo y del secuestramiento moral de las naciónes, ya no es de este tiempo.

Y si, como cree el señor doctor Juan Carlos Gómez es siempre santa la guerra que se hace á un tirano, hay otra obra tan meritoria, moralmente, como esa: la guerra que un espíritu claro como el suyo debe hacer á la tiranía de sus propias pasiones.

Cuando la coalición de 1839, un periódico francés, dejó caer esta frase cruel, con relación á Guizot:

"Puede que tengáis en lo sucesivo nuestro concurso; pero no tendréis más nuestra estima."

Al doctor don Juan Carlos Gómez, le dirá sin duda el pueblo argentino, justamente lo contrario:

"Tendréis siempre nuestra estima; pero jamás nuestro concurso para la obra estéril y negativa que nos proponéis."

Queda siempre su afmo. amigo y seguro servidor,

Quintino Bocayuva.

OTRO ECO DE LA POLÉMICA

Montevideo, Diciembre de 1869.

Señor don Juan Carlos Gómez:

La carta de usted sobre la recepción de la guardia nacional de Buenos Aires, me provoca algunos reparos.

Mis relaciones con usted, aunque poco detenidas, me autorizan á dirigirme á usted directamente.

Soy apreciador de su talento y lo respeto, porque sus más bellas manifestaciones han servido la causa de la democracia, de la justicia, del derecho.

Un espíritu como el suyo, templado en creencias tan nobles, ¿por qué se apasiona contra el Brasil?

¿Será un exceso de celo por las instituciones republicanas?

Nada en el Brasil las amenaza; ni sus instituciones, que son muy adelantadas y libres; ni su política, que ha sido leal y desinteresada, ejemplo, la guerra contra Rozas; ni el espíritu público, que es liberal; ni la prensa; ni por sus intereses ocultos, cuya manifestación se recate.

¿Teme usted el contagio de la monarquía?

Es un recelo vano. En todo caso, no es irritándola, llamándola constantemente al terreno ardiente de las recriminaciones y de las desconfianzas como conjurará usted el peligro imaginario que le agobia. Será más antes infundiendo el amor de la democracia, aconsejando la práctica de los buenos prin-

cipios, que el mal dejará de contaminar estos pueblos libres.

No puedo creer que usted, con su elevada inteligencia, se deje arrastrar por la preocupación vulgar y anacrónica del odio de raza.

En esa arena ingrata usted no encontrará la parte más culta de estas repúblicas. El odio de razas es una aberración deplorable del espíritu humano, felizmente condenada hoy al olvido, sumida en los abismos del pasado.

Cuando las conquistas democráticas cimentan los fundamentos de la grande familia humana, sería deplorable y estólido que una escuela republicana enarbolase la bandera de exterminio á un pueblo, porque ese pueblo no habla español y no es republicano.

Nosotros no tenemos esa escuela y si alguna tenemos, en relación á los extranjeros en general, es la del amor y de la confraternidad.

Apóstol tan distinguido y tan alentado de la libertad como es usted, me parece que su puesto debería ser propagando la unión de estos pueblos y no su división, su rencor.

Cuando me refiero al pueblo, no puedo desligar su gobierno de la solidaridad, porque usted, extranjero para nosotros, difícilmente herirá á uno sin herir al otro.

Dispénseme usted estas consideraciones, que he juzgado compatibles con el asunto de su carta, y que más de una vez me han asomado á la mente al leer, no solamente sus producciones contra el Bra-

sil, sino las de tantos otros que se creen en el buen camino siguiendo sus huellas

Entro en la apreciación de su carta.

Dice usted que en la guerra que *Buenos Aires* ha hecho á López, una *funesta* alianza, ha *esterilizado* sus sacrificios.

Sería curioso que explicara usted con su robusto talento cómo habrían fructificado los sacrificios de Buenos Aires en esta guerra, sin la *funesta* alianza, es decir, sin la alianza con el Brasil.

Admira, en verdad, señor doctor Gómez, que usted piense así, *después del hecho.*

A priori, tal lenguaje hubiera tenido una razón de ser: usted y tantos otros laboran en el campo vasto de las conjeturas; pero hoy estamos en el círculo inexorable de los hechos consumados.

Desde luego, Buenos Aires no hubiera hecho la guerra á López, y si la hubiese hecho estaría como los litigantes del refrán: ella en camisa y el Paraguay desnudo.

Buenos Aires, para vencer á López, hubiera necesitado destruir 180 mil paraguayos; tomar 600 cañones de posición y de campaña; ganar la victoria del Riachuelo; forzar los pasos de Curuzú, Curupaytí, Humaitá, Tebicuarí y Angostura; aniquilar una escuadra de 15 buques de guerra; mantener por 5 años un ejército nunca menor de 60 mil hombres; gastar, al menos, lo que ha gastado su *funesto* aliado, el Brasil: 300 millones de fuertes. Las ventajas de la victoria serían para Buenos

Aires las mismas de hoy. Esas las declara el general Mitre: vengar una ofensa, asegurar la paz interna y externa, reivindicar la libre navegación de los ríos, reconquistar sus fronteras.

En tales condiciones, calificar usted de *funesta* la alianza, es alimentar usted un *funesto* deseo contra Buenos Aires.

Si es por un glorioso egoísmo que usted así piensa, me permito asegurar á usted que el general Mitre interpreta sólo un punto de vista más utilitario: los sentimientos de Buenos Aires. Menos entusiasta de la gloria sin fatiga, ha sido más hábil político y estadista que lo hubiera sido usted en su posición.

El ha conjurado, aliándose al Brasil, el peligro más real de estas repúblicas: la autocracia del más monstruoso de los déspotas. La República Argentina no hubiera bastado para lucha tan colosal, so pena de volver al atraso de su infancia. El Brasil á quien usted quiere tan mal, no ha solamente ayudado á sus valientes aliados á vencer en las batallas, á forzar los pasos de los ríos, á bloquearlos, á embestir trincheras, como las de Humaitá, Establecimiento, Sauce, Tebicuarí, á secundar las brillantes cargas de la caballería argentina; ha servido para algo más: sus tesoros se han derramado en la circulación en voluminosos caudales, y, para citarle un ejemplo, diré que solamente el forraje de nuestra caballería nos costaba al mes un millón de fuertes.

Usted no quería la lucha *adulterada* por el Bra-

sil. Pues ha sido para nosotros una gran desgracia que usted no rigiera los destinos de la República Argentina, porque entonces no *deturparíamos* la lucha grandiosa de Buenos Aires, y en la hora de los beneficios tendríamos lo mismo que hemos conseguido con nuestros inmensos sacrificios, á saber: la desafrenta, la navegación libre del Paraguay, la rectificación de nuestra frontera.

Yo comprendo que el general Mitre asuma gustoso la responsabilidad de la alianza, que usted le imparte, y haga de ese acto de su vida pública uno de sus más bellos títulos de veneración.

La prosperidad de Buenos Aires y de la república, manifestada en la multiplicación espantosa de los capitales, en la fijación metálica de su padrón monetario, en el desarrollo de las asociaciones industriales, en la vitalidad del comercio, en el incremento de la inmigración, por una guerra de cinco años, protesta enérgicamente, en todo sentido, contra el *funesto* con que usted brinda á la alianza, al paso que enaltece la sagacidad del general Mitre.

Ustedes pueden decir — y yo no me enojo por eso, — que el Brasil ha sido el *pavo de la boda*.

Yo daría á usted toda la gloria de la guerra y toda la *pureza* que usted quería en la lucha, á condición que las situaciones económinas de las dos capitales, Buenos Aires y Río de Janeiro, estuvieran al revés de hoy.

No creo que los bonaerenses acepten el cambio,

y por eso recelo que usted quede en unidad en su modo de apreciar la alianza.

Soy con todo aprecio y estima.

Su atento servidor.

Francisco Cunha.

LA SANTA ALIANZA

WATERLOO. NAPOLEÓN EL CHICO. LA SUCESIÓN DE LOS PARTIDOS. TRATADO DE ALIANZA. CONCULCAMIENTO DE PRINCIPIOS. DESCONOCIMIENTO DE CONVENIENCIAS. DESDORO DE LA REPÚBLICA. RELAJAMIENTO DE LOS VÍNCULOS DE LA NACIONALIDAD. LA PATRIA DEL PORVENIR.

Señor general don Bartolomé Mitre.

El calificativo es de usted, que ha bautizado *Santa á la Alianza*. Con este bautismo ha evocado usted la historia, muy reciente, de acontecimientos que nos reflejan el porvenir en el espejo de la política contemporánea.

Un déspota traía inquietas y sobresaltadas á las naciones europeas, principalmente á la *libre* y opulenta Inglaterra, y esas naciones reunieron sus fuerzas para concluir con el despotismo armado y asegurarse el sueño apacible de la paz á la sombra bienhechora de sus instituciones seculares.

El déspota fué vencido en Waterloo, aprisionado, enjaulado en una isla circundada por la inmensidad del océano, en la cual se le cavó la tumba bajo un sauce ignorado.

El *éxito* más completo coronó los esfuerzos de la alianza.

Un gobierno al paladar de los aliados fué impuesto á la patria del déspota.

Los doctrinarios del *éxito*, los que responden á las objeciones con la *victoria*, los que dicen amén á la demostración del triunfo, á la razón de la fuerza predominante—*ultima ratio regum*—impusieron silencio á los que protestaban en nombre del sentimiento del patriotismo y de las desgracias de lo venidero. El júbilo rebosaba á los gobiernos aliados y no hubo honores y premios bastantes para el general vencedor que creyó en su engreimiento haber asentado el mundo sobre sus quicios.

Corrieron treinta y tantos años, vivían todavía los vencedores de Waterloo, y toda la obra colosal de la alianza fué derrumbada, y surgió erguido como un jigante, alto de cien codos sobre todas las naciones europeas, Napoleón el chico, sin el genio del cautivo de Santa Elena, pero más fuerte que él por la tradición de la derrota.

Los poderes aliados doblaron la frente humillados ante el pigmeo, que no era más que el resultado de su victoria de treinta años atrás.

La libre Inglaterra envió á su virtuosa reina á hacer la corte al salteador de las libertades francesas.

La Alemania pagó á Magenta y Solferino la deuda atrasada, y Malakoff vió flamear sobre sus almenas el pabellón tricolor que Alejandro hizo arriar en París, para pasearse en sus plazas.

Y lo que es peor, la lección material cayó irrevocable sobre la alianza, los aliados y sus partidarios de Francia, la condenación de la moral política y de la posteridad infalible, para no dejarles ni el

último consuelo del infortunio—la satisfacción de la propia conciencia.

¡Quién hubiera penetrado por un momento en las profundidades del alma de Wellington al recordar á Waterloo bajo los olmos de Hyde Park, en presencia de la República del Imperio de 1848! La Providencia lo hizo vivir bastante para darse cuenta de lo efímero de su gloria, y del mezquino alcance político de los renombrados estadistas que observaron el porvenir con el microscopio de sus pasioncitas de circunstancias y de sus vanidades de posición!

Y ese período intermedio de treinta y tantos años, no fué siquiera de descanso. Revoluciones y guerras, sangre y ruina, señalaron una etapa en el *calendario* de la política. Tres monarquías y una república, cuatro tremendos cataclismos sacudieron hasta sus cimientos á la Francia organizada por los aliados.

Oigo al general Mitre repetirme «eso lo sé de memoria; es viejo, vulgar; lo saben hasta los muchachos de las escuelas; diga algo de nuevo ó cállese».

No me he de callar, General, porque estoy tan interesado como usted, tan apasionado como usted, sin la irritación que rebaja su altura; porque la alianza no es un suceso puramente de la Confederación Argentina á cuyo nombre me niega usted rotundamente el derecho de discutirla como extranjero, sino también un hecho oriental que ha costado á los orientales mucha sangre, derramada por su

imprevisión política y su desacierto militar, y po
que la verdad es antigua como el mundo—*nih
novum sub solem*,—y precisamente la experienc
de los hechos pasados sirve de consejo y de ens
ñanza para saber conducirnos, cuando de nuestr
actos, de nuestros cálculos y errores, dependen
paz, la libertad la grandeza del pueblo, y el men
traspie cuesta años de dolores, á una ó más gen
raciones. Aquel de cuya inteligencia están suspe
sos la salud, el presente ó el porvenir de una nació
ó de un estado, no debe tener el orgullo vano
creer saberlo todo, de no necesitar las lecciones
la historia, las observaciones de los pensadores,
hasta las vulgaridades del buen sentido: una bell
ta puede enseñarle, como á Newton, las maravill
sas leyes de la gravedad; y cumple acoger humil
la indicación que puede serle reveladora.

Esperamos que el general Mitre vivirá tan
como Wellington, para contemplarse en la pos
ridad. y presenciar el porvenir de su *Sa
Alianza*.

Para mí es desde ya evidente como la luz
medio día, que el gobierno y la situación funda
ó que quedarán fundados en el Paraguay por
alianza, serán derrumbados, arrasados y mo
mente condenados por los acontecimientos que
á sobrevenir, después de trastornos y sacudim
tos desastrosos.

El general Mitre me contestará: «usted no pu
saber el porvenir; usted puede equivocarse
siempre se repiten en la historia como en la

ratura los desenlaces dramáticos; quizás y probablemente del gobierno establecido en el Paraguay por la alianza salga una era de paz, libertad y progreso, no sospechada por su inteligencia de corta vista».

Con el mismo título con que usted me niega saber el porvenir, yo se lo niego á usted. Tengo á mi favor la experiencia y la historia, que no abonan su esperanza y excusan mi desconsuelo.

Pero ignorando ambos el porvenir, no siendo usted y yo infalibles, la consecuencia es que usted *lega un problema* á resolver por el tiempo, un enigma que no tiene en el presente su Edipo, que por ahora sólo presenta la faz de Waterloo y parece asomar los mostachos kalmukos de un Bonaparte el chico á través de los celajes del tiempo.

A esta incertidumbre del problema me refería cuando argüía á usted que sólo podía contestarme con el presente, y que objetándole yo con el futuro, usted me contestaría con el argumento favorito en estos casos: «eso nadie lo sabe; allá me las den todas; después de nosotros, á ver como no viene el diluvio», reminiscencia literaria en que descubrió usted un alfilerazo pérfido á su individualidad, que no está en mi carácter, que lo ha irritado á usted hasta descender en el debate muy abajo de su habitual cultura y de la natural elevación de entimientos de los hombres que se estiman á sí propios en los otros.

II

Usted es historiador y publicista, enseñado por

el estudio á contemplar la marcha ordinaria de las sociedades humanas, que se llaman pueblos ó naciones, y á comprender las eternas é inmutables leyes á que esta marcha progresiva está providencialmente sujeta.

No se escandalizará usted, por consiguiente, como no dudo sucederá á los políticos adocenados de ambas orillas del Plata, de que yo afirme que la sucesión de los partidos políticos en el poder público es un hecho inevitable en las naciones, y que es insensato é imbécil el partido político que se cree dueño del poder público por los siglos de los siglos.

En unos pueblos en más cortos intervalos, en otros en más largos períodos, esa sucesión fatal se opera, modificándose los partidos por la acción del uno sobre el otro, pero conservando cada uno sus facciones prominentes y originarias.

Dé usted el plazo que quiera al predominio de nuestro partido; alargue usted cuanto le plazca el término para que se fecundicen nuestras ideas y se gasten nuestros hombres, germinen los propósitos, maduren los hombres del partido que ha de sucedernos,—no es menos cierto que el término ha de vencerse y el plazo cumplirse.

Es más probable que el problema que lega el Waterloo de nuestra Santa Alianza, el éxito y el triunfo de los aliados de hoy, va á ser modificado por el partido federal con que usted no ha contado sino como elemento reaccionario de la actualidad

Piense usted por un momento, sin la pasión que nos declara usted animarlo y con la tranquilidad filosófica del publicista, y mida los peligros y los males con que amenaza el porvenir ese vuelco radical en las ideas y en las pasiones preponderantes.

El partido federal, demócrata ó como quiera llamarse en lo sucesivo,—que el nombre nada importa ni significa más que una designación para conocerse,—es fuera de cuestión, desde ahora, que rechazará toda la obra de la alianza, que reaccionará contra ella y la condenará en todos sus móviles y resultados, con ó sin justicia.

Esa reacción contra su Waterloo del día y su Santa Alianza ¿por cuáles tendencias ó impulsos será guiada ó precipitada?

¿No lo prevé usted, hombre de Estado? Me guardaré de emitirle mi opinión, para que no me reproche usted que le hago prospectos del siglo veinte, como me ha imputado el trazarle planos de la batalla de Cepeda y programas políticos para después de Pavón, por haberme permitido tener una opinión sobre su política y sobre su táctica, como la tendrá usted sobre la teología del concilio sin haber abierto los cánones.

Si fuese violenta esa reacción en vez de ser pacífica, hija de la razón y del patriotismo, ¡cuántos menos dolores para la patria!

III

¡Siempre vaticinios del porvenir, siempre el grito

del murciélago ó de la lechuza, siniestros y fatídicos! exclamará usted con la sonrisa clásica de los satisfechos del presente

Sí, siempre la deducción indeclinable de las premisas. Don Eduardo Acevedo me acusaba, con su entonación sarcástica, de tener miedo, cuando quería yo moderar su impetuosa violencia en la víspera de la revolución que debía poner en peligro su cabeza más que la mía, y derribarlo de su alta influencia al ostracismo y á la nulidad en la política. Don Melchor Pacheco y Obes me denunciaba como falso profeta de las desgracias que han sobrevenido al Estado Oriental después de 1853, por resistir y contrarrestar hasta donde pude una revolución en que él estaba seguro de conquistar el triunfo del momento, por disponer del ejército de línea. ¡Qué ironía puede usted lanzarme, á que no se le haya anticipado otro!

Las premisas de la marcha futura del partido adverso, las sienta siempre el partido que gobierna y olvida siempre que será medido con la vara que mide.

No hace muchos meses conversábamos los dos amistosamente sobre este tópico, fumando nuestros cigarros en mi pobre apartamento, como en tiempos más felices de expansión sincera del alma. Me encantaba de oir su palabra fácil y armoniosa desenvolver la idea que me trabajaba, y le hacía entrever yo en mi media lengua, la necesidad de ensanchar los horizontes de nuestros partidos, no por falsas fusiones y mentidos abrazos, sino por

la realización de los grandes y generosos principios que abren las puertas de la preponderancia política á todos los partidos, habiéndolos ligado férreamente de antemano con los insolubles lazos del derecho, de la justicia, de la libertad, del patriotismo y de la elevación de los sentimientos y de las aspiraciones.

Pocos hay más elocuentes que usted en esas expansiones familiares del alma, sin escenario y sin expectadores. Yo lo envidiaba.

Pero usted ha sido presidente de la república—más que eso, dictador revolucionario, con una Constitución de lujo—y ha dispuesto del tiempo suficiente para hacer esa alta educación de los partidos y aplanarles la arena de las lizas populares de la libertad.

¿Qué grandes horizontes, qué elevados sentimientos, qué nobles aspiraciones, qué grandes tendencias ha impreso su política en el alma de los partidos y en el corazón de los ciudadanos?

El gobierno personal de Urquiza, robustecido por usted en Entre Ríos; el gobierno personal de Taboada, favorecido por usted en Santiago; la fusión elevada á la categoría de *gran política*, con sus inmoralidades disolventes; la reacción contra usted, forzosa como necesidad de defensa de su partido, con la elevación de Sarmiento; la lucha entre una gran fracción del partido y usted, caudillo civilizado, nuevo Dorrego, elocuente y brillante; el fraccionamiento y disolución del partido unitario, que

conquistó libertades é instituciones; la exclusión absoluta de la vida política del partido federal, encerrado como un tigre corrido en su retiro, con todas sus geniales iras; riqueza de palabras, pobreza de hechos, he ahí su legado político, he ahí su educación de los partidos y de los ciudadanos he ahí su preparación del porvenir, en que otros que usted, y con otras ideas y otras pasiones, tendrán que gobernar al pueblo y dirigir los sucesos.

IV

A nuestro partido disuelto, desquiciado, desmoralizado, sin brújula, sin timón, ó al partido contrario, que ha de venir un día, por ley de la sucesión, al gobierno de la República, confía usted la solución del problema que deja pendiente la alianza brasilera.

Esa alianza es un tratado en que están consignados sus principios, sus compromisos y sus propósitos, y su triunfo militar, un Waterloo que ha implantado los hechos.

El tratado es una espantosa contradicción, un mentís dado á sí propio, una burla audaz del pueblo, de la razón y de la conciencia humana.

Sin embargo, agrega, derrocado el tirano y redimido el pueblo de su cautiverio—arrasaremos las fortalezas de ese pueblo, lo despojaremos de sus armas, le señalaremos sus límites, reglamentaremos su navegación (libertad de los ríos) y le permitiremos

que tenga un gobierno que no sea hostil á los intereses de la alianza.

¿Y si el pueblo se identificó con el tirano, si se personificó en él, como se ha visto en Roma con César, en Inglaterra con Cromwell, en Francia con Bonaparte?

¡Ah! es un caso no previsto por el tratado, nos alega el general Mitre; entonces no hay más remedio que hacer la guerra al pueblo, y si se resiste tenazmente, exterminarlo!

Y ¿por qué el tratado no previó un caso ordinario de la vida de los pueblos y de las sociedades de hombres?

¿Pudo dejar de prever lo que no podía ocultarse, y lo calló para engañar ó inducir á los pueblos con una reticencia?

El tratado mentía indignamente, y una mentira tan mal disimulada á la perspicacia, á la intuición de los pueblos, es siempre un desdoro, una vergüenza para los gobiernos que se permiten tales ardides y fascinan con tales cubiletes.

El tratado declaraba guerra al pueblo paraguayo y no al tirano, que caería envuelto por su excomunión como un accidente transitorio.

¿A quién se debía desarmar, desguarnecer de las fortalezas, imponer la libre navegación, demarcarle límites y consentirle gobierno bajo condición de ser del mismo pelo, como diría uno de nuestros gauchos? ¿A quién, si el tirano ya estaría derrocado, aherrojado en Fernando de Noronha ú otra isla oceánica, ó sepultado debajo de la tierra?

Al pueblo paraguayo, cuya soberanía quedaba así suprimida por la alianza.

El general Mitre, que sabe muchas historias, como Sarmiento sabe *muchos latines*, nos revela ignorar una historia que probablemente ha olvidado, ó ha estudiado con el ánimo prevenido en favor de la monarquía, nuestra aliada, y es la historia de la política de las monarquías portuguesa y brasilera en América, que ha corrido por un mismo cauce, entre mil sinuosidades, á un invariable término, como un arroyo al mar, sin desmentir jamás su marcha por la diversidad de declives y de obstáculos que le han salido al encuentro.

Este principio de la *soberanía popular* es el oso negro de la monarquía, que se apellida representativa por una *ficción* semejante á las *ficciones romanas*, para remedar ó parodiar el derecho, en donde se toca su vacío. La monarquía importa en principio la sumisión de la *soberanía del pueblo* á la *soberanía de la dinastía.*

La dinastía es *inviolable*, está arriba de la ley y del pueblo. Importa, pues, á la consolidación de la monarquía que ese principio popular no se realice y ponga en vigor, en toda su plenitud, en ninguna parte, y mucho menos en sus mediaciones.

En el tratado de 1828, que sucedió á Ituzaingó, no perdonó la monarquía esfuerzo para dejar conculcado y desconocido el principio.

Allí se hizo al Estado Oriental, por la monarquía vencida en Sarandí, el presente griego de la nacionalidad sin consultar su soberanía, soberanía que

había estado única y militarmente representada por el sable oriental del ejército de Lavalleja en Sarandí, y por el voto oriental de la asamblea de la Florida.

¿Qué era de la soberanía del estado que, solo y sin ayuda de los otros estados de la nación, arrojó al rostro de la monarquía el guante homérico de los *Treinta y tres*, le puso el pie sobre el pecho en la memorable Horqueta y sepultó en el pasado irrevocable su odiosa dominación con el acta monumental en que la Junta del Pueblo declaró rotos y nulos para siempre los actos de la monarquía en el estado é independiente á éste de todo poder extranjero y soberano como el pueblo más soberano del universo?

Y como si no bastase para dejar bien constatado que el gran principio de la soberanía popular quedaba suprimido en la vida institucional del Estado Oriental, impuso y estipuló que la Constitución oriental sea sujeta á la *aprobación*, al beneplácito de la monarquía.

La consecuencia de tamaña conculcación de principios, es que el Estado Oriental no ha tenido hasta ahora ni tendrá jamás, mientras guarde en su tabernáculo las falsas tablas de la ley de una Constitución *aprobada por la dominación extranjera*, ningún gobierno que sea la verdadera genuina representación del pueblo, sean blancos ó colorados, güelfos ó gibelinos los que predominen.

El tratado de alianza desempeña ahora con el Paraguay el segundo acto de la misma comedia:

lo condena á constituirse, á gobernarse, á vivir políticamente bajo los auspicios de la monarquía del Brasil, y como el derecho pugna por enderezarse contra la fuerza que lo encorva, á vivir en incesante lucha, en perdurable esfuerzo, encontrando siempre en frente de sí la intervención ó la influencia de la monarquía brasilera, cuando empiece á fortalecerse el elemento del derecho.

El general Mitre no me opondrá que esto es metafísica, teoría, declamación: esa vulgaridad está bien en boca de los gansos del periodismo, y degradaría á los publicistas de los países libres. El general Mitre sabe, y está profundamente convencido de ello, que ningún buen principio ó idea se siembra ó se acoge en la ley ó en el gobierno de un pueblo, que no dé benéficos resultados; y que, por el contrario, ninguna falsa idea ó violación de un principio se introduce en la ley ó en el gobierno de un pueblo, sin que lo pague con dolores, con tiranías, anarquías, lágrimas y sangre, vergüenza y miseria. El publicista, el hombre de estado, *sabe esto de memoria*, y sin embargo, tolera, consiente, conviene, estipula la importación de violaciones de principios y de falsas doctrinas en la existencia del pueblo paraguayo, ayuda él mismo á administrarle el veneno que ha de emponzoñar á una ó más generaciones de un pueblo hermano, tan atrasado cuanto se quiera, pero tan digno, como todo pueblo, del amor de los hombres y de las simpatías de la humanidad.

V

Caccia via! me grita el cajista, y tengo que ceñirme, y dejar en la obscuridad mi pensamiento, que no tengo tiempo ni don de improvisación para formular con claridad, ya que no con elegancia.

Había en el Paraguay, para los pueblos del Plata, conveniencias de un carácter permanente y su rompimiento con el Brasil nos creó conveniencias de circunstancias.

Tiranizado cuanto se quiera, el pueblo paraguayo era una asociación republicana-democrática, de la misma familia, con los mismos antecedentes de los que habitan en los estados del Plata. Faltábale, es cierto, la vida constitucional-representativa, las prácticas de la libertad, los hábitos de la civilización.

Pero hace diecisiete años faltaba todo eso á la Confederación Argentina. Eramos una república y una democracia de familia española, con su índole franca, expansiva, apasionada, apta para asimilarnos todos los elementos extraños de progreso y para realizar prodigios. Pero nos despotizaba Rozas, tan bárbaro y sanguinario como López, que fusilaba mujeres en cinta, ponía en los banquetes la cabeza de los deudos á los invitados, prohibía el calzado de charol, cortaba las patillas y los faldones de las levitas, obligaba á llevar como librea de esclavitud vincha colorada y hacía del territorio feraz un solitario desierto y un vasto cementerio.

Hoy ¿qué es la república de cuya presidencia

acaba de bajar el general Mitre, acatando la soberanía, la libertad y el derecho del pueblo?

¿Cuánto tiempo el gobierno representativo hubiera tardado en hacer del Paraguay, si no una Atenas de cultura y gusto, al menos un pueblo feliz en medio de un paraíso de la naturaleza?

¿Cuánto tiempo?

¿Diez, veinte, treinta, cuarenta años? ¿Qué son en la vida de los pueblos?

¿Cuánto tardará hoy el Paraguay, que ha exterminado, y va á organizar la alianza, en llegar al mismo resultado?

Mucho, muchísimo más tiempo. En el Paraguay anterior á la alianza, bastaba suprimir un tirano. En el Paraguay, de la alianza hay que rehacer un pueblo.

Nos hemos quitado un hermano de la familia, separado, alejado de nosotros, lleno de resabios, digno de lástima, atrabiliario y turbulento, cuanto se quiera; pero hermano.

¿Qué nos hemos dado en cambio? Según yo, un enemigo rencoroso é implacable, si no deshacemos el mal que le hemos hecho, y le conquistamos el bien que le debemos; un enemigo taimado, que en los vuelcos de la política ha de aliarse mañana con nuestros aliados de hoy para dar á algún nuevo Urquiza ejército y escuadra con qué atacarnos en futuros Cepedas, y piróscafos con qué proteger las defecciones de nuestras naves y perseguir en nuestras aguas á los campeones de la libertad en otros ARAGUAYS.

'ero este es el efecto de la guerra, y no de la anza se me objetará, «de la guerra, cuya necesi- d y conveniencia usted reconoce y cuya acepta- n, por la provocación de López, usted aplaude». No. Ya hemos expresado nuestra opinión, ya he- s demostrado con la comportación de los ejérci- paraguayos en nuestro territorio y de los mis- s ejércitos en el suyo, y con las mismas convic- nes expresadas anteriormente por el general tre, en actos solemnes, que sin la alianza hubiéra- s ido por la guerra *en tres meses á la Asunción* que con la alianza y sólo por ella, que crió y ro- steció el *poder moral* del tirano paraguayo, no mos podido llegar á la Asunción sino pasando r encima del cadáver del pueblo, porque así de- nden los pueblos atrasados y varoniles y constan- , por lo mismo que son atrasados, sus aras y sus gares, enterrándose en los muros desplomados Zaragoza para que lean las naciones su heroís- en la ruina, ó incendiando á Moscow para que llama del patriotismo alumbre al mundo como a antorcha.

VI

Siquiera hubiéramos salvado dos cosas que opo- r á los sacudimientos de esta parte del mundo ericano, tan convulsionado por los terremotos iales: nuestra gloria militar y nuestro senti- ento nacional.

La gloria militar—¡oh! nuestros oficiales y nues-

tros soldados han batallado y han muerto c
héroes, para honra y prez del imperio

La gloria militar de la campaña, que es cosa
tinta del heroísmo individual del soldado y
oficial,—salvedad que hacemos de antemano
que el general Mitre no explote contra nosc
la susceptibilidad del ejército, arma que sería
cionera en sus manos,—la gloria militar es tod
la monarquía del Brasil.

Y los brasileros hacen mal en tratarme cor
enemigo.

Yo, como cualquier *brasilero republicano*,
al pueblo del Brasil y detesto á su monarquía
los partidarios de esta misma no les hago ca
por haber tenido la habilidad de tomarse la
del león en los resultados de honra y provech
la alianza. Ese cargo lo hago á nuestros hom
de estado, que no supieron reportarlos para l
pública, y reconozco que los estadistas y los g
rales del Brasil han hecho muy bien en hace
su país lo más que pudieron.

En cuanto á posición militar de la alianza, e
zamos por no tener escuadra, por estar á me
de los leños brasileros.

Los vencedores del Juncal, hemos tenido
pedir por favor hasta las lanchas que debían
ducir á nuestro valientes al pie de las trinchera
que caían diezmados.

Nuestro ejército ha figurado por menos de
tercera parte en los sucesos, y desde que el ge
Mitre ha sido ero en proclamar que el

roísmo ha sido igual en el soldado argentino y en el brasilero, el resultado de las batallas hay que atribuirlo al número.

El tratado de alianza nos reservó, es cierto, la dirección de la guerra, el generalato de los ejércitos. Pero hecha la ley, hecha la trampa, como repiten nuestros curiales. De la subordinación á nuestro generalato quedó exenta la escuadra, y el ejército aliado sin la escuadra, era un cojo sin muletas, empantanado en los bañados de las posiciones fluviales que constituían el gran poder del enemigo.

Nuestro generalato fué nominal sin el mando de la escuadra, nuestro general pudo concebir y trazar admirables planes de campaña, y todo quedó en aguas de borrajas hasta que abandonamos á la monarquía la dirección de la guerra, nuestro título de gloria.

Y sea por esta causa, sea por la que fuere, nuestro generalato fracasó en la derrota. Nuestros generales se retiraron quebrados y cabizbajos de Curupaytí: el uno vino á reasumir su presidencia en Buenos Aires y el otro su dictadura en Montevideo.

Aunque se pactó que desde entonces cada general mandaría su ejército, desapareciendo de la escena nuestros generales de *primo cartello,* y descendiendo á ella el gran general del Brasil, éste tuvo ante los ojos del mundo y por la naturaleza de las cosas, la personificación moral, si no fué también la material, del generalato de los ejércitos y de la dirección de las batallas.

Y para que nada faltase al abatimiento de nuestros generales y al amenguamiento de nuestra porción de gloria, bajo ese general se realizaron la sumisión del *tremendo Humaitá*, la ocupación de la Asunción, adonde no entró el general Mitre ni en tres meses ni en tres años, porque la Providencia quiso desautorizar sus pretenciosas palabras, y ese general tuvo la arrogancia de proclamar á los ejércitos en uno de los más solemnes momentos, que *avansasen seguros á la victoria, por que él no sería ni había sido nunca vencido!*

Los generales argentino y oriental debieron morderse los labios, y exclamar allá en sus adentros: ¡Oh patria, á la humillación que te he reducido!

El menoscabo de la gloria y de la grandeza de las naciones, es uno de los mayores males que sus gobiernos pueden causarles y por los que son acreedores á las más duras acusaciones.

VII

Utopía, sueño, desvarío llámelo usted como quiera: yo estoy persuadido desde muy atrás que sus antecedentes, sus intereses y las exigencias de su porvenir han de llamar tarde ó temprano á los pueblos españoles del oriente de Sud América á organizarse en una nación republicana.

Esta convicción me ha hecho desde muy temprano el enemigo de la ingerencia de la monarquía en nuestros sucesos, porque los estadistas de la monarquía, más perspicaces que nosotros, se esfuerzan

en impedir ese resultado que temen, é indudablemente lo aplazan y retardan.

Usted pensará que tal esperanza es un delirio; pero al menos conocerá que es un deber de los gobiernos del Plata, incluyendo el Paraguay, propender por todos los medios á la armonía, á la unificación de intereses, á la comunidad de garantías y seguridades contra propios y extraños.

Llévenos ó no á una sola nacionalidad esta política de armonía, unificación y comunidad, ella es un deber y una necesidad para nosotros.

No ha sido su política, y por eso ha caído usted en la alianza de la monarquía brasilera, que es fatal y tradicionalmente adversaria.

En el interior ha sido usted el grande y buen amigo de los caudillos—Urquiza, Taboada, Flores, —los elementos resistentes á toda tendencia nacional, á toda aproximación y estrechamiento de los pueblos.

Aunque usted se pronunció un día enérgicamente contra la *banderita de pulpería,* que creía izada por el providencialismo de nuestro Milton, desplegó luego al viento la de su *Republiquita del Plata,* para la cual quiso usted congratularse la simpatía de la monarquía.

Usted ha halagado, lisonjeado á las dos fuerzas contrarias al sentimiento nacional de los pueblos del Plata, los caudillos locales y la ingerencia extranjera y antirepublicana.

Y se jacta usted de ser el fundador y organizador de la nacionalidad, que existía en el corazón del

pueblo, y vivirá mientras sean tradiciones comunes Chacabuco y las Piedras.

Los hechos consumados son irrevocables. No podemos hacer que ellos no hayan acontecido y dejado sus huellas en nuestro presente y su cicatriz en la fisonomía de lo venidero.

Su discusión no tiene ni puede tener más objeto práctico que restañar la sangre que brota de ellas y curar la herida que dejan abierta. El general Mitre no puede suponerme el placer pueril de lastimar sus susceptibilidades ni de empañar su fama. Me conoce él lo bastante para no dudar que yo me regocijo con todo mérito que se levanta y me entristezco de toda luz que se apaga ú obscurece. Los resplandores de la gloria ajena, en vez de sombrear, iluminan el rostro del patriota.

No traiga su pasión, su dialéctica y su estileto á este debate, el general Mitre. Sea superior á esas debilidades del amor propio. Ponga la mano sobre su conciencia y si él, sostenedor de la alianza, piensa que hay verdad en alguna de mis ideas, aunque no sean nuevas, y que estamos amenazados por consecuencias de la alianza, que importa prevenir, pongámonos, él su sostenedor y yo su adversario, á la obra de reparación que tanto interesa á nuestros dos países.

Trabajemos porque el Paraguay tenga un pueblo libre y soberano en su seno, y porque de ese pueblo, no gobernado ni influenciado por una monarquía, nazca su propio gobierno bajo los auspicios de la libertad y del derecho.

Trabajemos porque cese en todos nuestros estados y provincias el reinado de los caudillos irresponsables, — Urquiza ó Taboada — y de los gobiernillos de explotación y fraude, y porque sean efectivas en cada provincia la libertad y la soberanía.

Trabajemos porque todos nuestros pueblos, naciones y estados, renuncien y condenen para siempre esta alianza política con gobiernos monárquicos ó extraños á nuestras tradiciones de familia, y aprendan á hacer una realidad del *self government*.

Trabajemos porque los puestos de la política se abran á todos los partidos, con sus banderas buenas ó malas, y aspiren todos á la preponderancia y al gobierno con las garantías de la libertad y de la opinión.

Así, si en el porvenir no somos ambos ciudadanos de una sola patria, según mi creencia, habremos sido ambos los patriotas de una idea pura y de un noble trabajo.

Juan Carlos Gómez

Buenos Aires, Diciembre 18 de 1869.

EL FOLLETÍN DIPLOMÁTICO

(DEL GENERAL MITRE AL DOCTOR GÓMEZ)

La política de la Providencia—no ha encontrado en mí un instrumento dócil ó hábil para sus fines, sino un Satán rebelde. (*Juan C. Gómez*, 3ª carta.) En dieciocho años de tormenta política, he hecho algo más que Siéyès en la revolución francesa: *he sufrido*. (*Juan C. Gómez*, 3ª carta.) Me he levantado sobre el fango en las alas de querubín de las esperanzas del futuro. (*Juan C. Gómez*, 4ª carta.)

Cuando en un duelo de hombre á hombre, uno de los adversarios ha recibido una herida y empieza á perder sangre, las leyes del honor mandan al otro adversario bajar al suelo la punta de su espada, dándole tiempo para que se reponga.

Cuando en una discusión entre dos hombres inteligentes, uno de ellos empieza á perder la alta serenidad del espíritu, las leyes del debate disponen darle tiempo para que su equilibrio moral se restablezca.

Prevengo al doctor don Juan Carlos Gómez que va perdiendo su serenidad, que es en los combates de la palabra lo que el valor y la sangre fría en la guerra; el valor que juzga ó la razón que impera.

En su anterior carta, el doctor Gómez decía que estando debatiendo un hecho considerable de los pueblos del Plata, iba á suprimir del debate nuestras individualidades, traídas por él á discusión, defi-

niendo una vez por todas las respectivas posiciones, bosquejando, en consecuencia, una parte de mi biografía con el rico colorido de las alas del picaflor.

En seguida, olvidando la verdadera cuestión que se debatía, bosquejaba con pluma magistral dos ó tres planes de campaña que daban por resultado la derrota de sus ideas; prometía una disertación sobre las razas valiéndose de la autoridad de un historiador que no nombraba, y acababa diciendo que *todavía tenía mucho que conversar*.

A esto le contestamos analizando las conclusiones contradictorias que sentaba y diciéndole que si no tenía algo útil y nuevo que agregar, nos cediese la palabra para decir algo serio sobre la alianza por él condenada, sobre sus antecedentes y resultados, sobre sus consecuencias, y sobre las cuestiones que en el presente ó el futuro se ligan á estos hechos.

El doctor Gómez no nos ha cedido la palabra que le pedimos, y ha vuelto á tomar el turno que no le correspondía. Está en su derecho. Pero olvidando la disertación pendiente sobre las razas, y que había ofrecido espontáneamente suprimir una vez por todas las individualidades del debate, su cuarta carta bajo el rubro de *El romance histórico*, no es sino una diatriba política y militar, desde el principio hasta el fin.

No es de extrañarse este extravío de rutas, en quien, teniendo vastos espacios que recorrer, ora cruza como el Satán de Milton las *tinieblas luminosas* de que habla el poeta, ora se cierne sobre

nuestras cabezas en las alas de los querubes de Lamartine que poseen los secretos de la Providencia.

Empezó adjudicando la corona del triunfador á la guardia nacional de Buenos Aires y negándola á sus compañeros de armas, y luego la concedió á todos por igual.

Lanzóse en seguida á las regiones ignotas del porvenir después de haber levantado bandera de redención con éjida al brazo y hacha en mano, pronto á segar de un golpe la tiranía del Paraguay, y, por último, detiene sus legiones en las fronteras del pueblo que iba á libertar, para esperar que los paraguayos se liberten á sí mismos sublevándose contra su tiranía.

Maldijo la alianza brasilera con elocuentes imprecaciones, y aclamó como los aliados más dignos de las repúblicas del Plata, á Robles, Barrios, los hermanos de López y todos los seídes que han sido los instrumentos del martirio paraguayo.

Propuso la alianza del *pueblo del Río de la Plata*, como llama á la República Argentina y al estado Oriental, y acabó por dejar sola en la estacada á la primera, para que se entendiese como Dios la ayudara.

Trazó con el dedo de la Providencia un atrevido plan de campaña, en que la primera operación militar era hacerse derrotar por vía de ardid de guerra, á fin de triunfar en lo futuro forzando al fin á la victoria á pasarse á nuestras banderas caídas; y, más tarde, por una nueva y súbita inspi-

ración, tan prudente como la primera fué atrevida, aconseja no ponerse á tiro de *la raza paraguaya* para no correr el riesgo de ser derrotados.

Recorrió como una visión fantástica los campos de la guerra del Paraguay, levantando el sudario de los muertos, y por una transformación maravillosa se presentó repentinamente en los campos de Cepeda, indicando á las legiones de Buenos Aires el camino del Rosario.

Volando así, con alas de cóndor unas veces y otras de mariposa, de lo futuro á lo hipotético, de lo hipotético á lo posible, de lo posible á lo moral, y de la alianza á la revista retrospectiva del pasado, ha llegado á la época de la víspera de Pavón, y está en el examen de la negociación Riestra y de la misión Mármol.

No se puede negar que ha hecho un largo camino para atrás.

Como aquellos genios de las *Mil y una noches* que van marcando su camino con perlas y esmeraldas que no se dignan volver á mirar, ni recoger, se ha olvidado de todas las preciosidades que ha dejado caer de su mano, hasta de la famosa disertación sobre las *razas*, que era la perla negra de su tesoro.

Hasta ha olvidado que él era autor de una biografía políticomilitar y, al verla anotada por el interesado, la refuta como obra ajena, calificándola de romance histórico, sin tomarse el trabajo de documentarla.

En ese bosquejo biográfico aseguraba que el ge-

neral Mitre, en presencia de la reacción de 1852, había "declarado imposible la defensa de Buenos Aires; que no había más que entregarse, y pasar bajo las horcas caudinas de la mazhorca".

Negado este aserto, demostrado que la señal de la resistencia había sido dada por el mismo á quien él suponía desesperado; probado que él fué quien dió su base á la defensa salvando á Buenos Aires de una rendición vergonzosa con sólo noventa guardias nacionales resueltos, invocando para ello el testimonio vivo de amigos y enemigos, no quedaba sino, ó exhibir la prueba de acusación, ó dar una noble reparación.

El título de *romance histórico* parecía indicar una refutación documentada de los cuadros históricos trazados rápidamente en honor de la verdad y de la causa de los principios, y entre ellos el relativo á la jornada del 7 de Diciembre. Nada de eso. El nuevo romance histórico del doctor Gómez, no son sino algunos apuntes biográficos del general Mitre, que se habían quedado en el tintero y que no había querido desperdiciar. Por lo demás, ni una palabra de insistencia ni rectificación á los hechos aducidos. Podemos pasar sin su *visto bueno*. Los contemporáneos darán testimonios, y si es que la posteridad se digna ocuparse de estas pequeñeces, sabrá que existió alguna vez un puñado de ciudadanos que no llegaban á cien, que si pudieron no creer posible la defensa de su bandera, mostraron que no era imposible morir por ella cosa que según el doctor Gómez, sólo es obligación de los soldados

de profesión, como si los demás fueran inmortales.

También puede ser que diga la posteridad que hubo un ser predestinado que durante dieciocho años de tempestuosa revolución, hizo algo más que Siéyès y fué *sufrir*. Los dolores de barriga de los hombres notables deben interesar algo más de lo que se cree, á las generaciones venideras; la prueba de ello es el *Memorial de Santa Elena*, que se lee con tanto placer, no obstante hablar tanto de los dolores de muelas y de estómago del moderno Prometeo. Y si á dolores de cabeza se agregan las transformaciones fantásticas de *querubín á Satán* y los cuadros mágicos de una política nunca vista ni oída, el folletinista futuro encontrará bastantes materiales para entretener á nuestros biznietos mejor que con un cuento de duendes y aparecidos.

Resumido así el debate en el estado en que se encuentra, vamos á ocuparnos en espantar el puñado de moscas que el doctor Gómez nos ha lanzado para impedir que marchemos con paso franco, hacia la verdadera y única cuestión que estamos debatiendo, que es la alianza y sus consecuencias. Si, como él lo dice, "*el mosquito* suele vencer al *león*, como el *león* suele necesitar del *ratón*", le complaceremos siguiéndole en su excursión en los dominios de la historia natural de los cuadrúpedos y los insectos, mientras viene la anunciada disertación sobre las *razas*.

El doctor Gómez niega mis aspiraciones á la nacionalidad y mis trabajos para realizar la Unión Argentina. Esto podría contestarse con la elocuen-

cia muda de aquel filósofo que en presencia de la negación del movimiento se ponía á caminar para demostrarlo. Basta mostrarle la nación unida por la primera vez, regida por la primera vez por una sola ley, y un gobierno por la primera vez en toda su integridad, triunfante en el exterior y en paz en el interior, para refutarlo.

Este punto nada tiene que hacer con la cuestión que debatimos, y como más de una vez se me ha de presentar la ocasión, no quiero romper la unidad de este debate, y me concretaré á lo que de alguna manera tenga relación con el asunto que nos ocupa y debe ocuparnos.

Liga el doctor Gómez un escrito mío que se publicó en 1857, con el título de la *República del Plata*, á un plan de disolución nacional, que por una verdadera fantasmagoría quiere él sea el punto de partida de la alianza argentinobrasilera, para llegar á la conclusión de que la triple alianza fué un ataque á la nacionalidad.

El escrito que él recuerda no fué sólo una evolución de partido. Produjo, es cierto, en su oportunidad el efecto de arrebatar la bandera del localismo á los que querían explotarla en nuestro daño, obligándoles á tomar francamente la bandera de Urquiza, que era lo que buscábamos para hacerle fuego, quedando dueños del terreno. Fué, más que eso, uno de tantos medios con que constantemente he procurado mantener vivo el sentimiento de la nacionalidad en Buenos Aires, reaccionando unas veces contra la tendencia separatista ó neu-

tralizándola otras por combinaciones que conducían siempre á dar la nacionalidad por resultado. El proyecto de la República del Plata, que no fué sino un artículo de periódico, tenía por objeto arrebatar también la bandera de la nacionalidad al gobierno del Paraná, para hacernos el núcleo de la organización ó de la reorganización, invitando á las provincias á adherirse á una Confederación sobre la base de Buenos Aires. Esta misma idea la había indicado Sarmiento en uno de sus escritos. ¿Qué tiene que hacer esto con la triple alianza?

Para el doctor Gómez, este es el origen de la alianza, siendo la misión confidencial del señor Mármol á Río de Janeiro, el primer paso que se dió en tal sentido.

Como este punto se liga con las relaciones del Brasil con la República del Plata, vamos á consagrarle alguna atención.

El doctor Gómez dice tener originales las instrucciones que en tal sentido fueron dadas y que no quiso firmar el doctor Obligado.

La misión del señor Mármol á Río de Janeiro, tuvo el mismo efecto que la que se confió al doctor Pico cerca del gobierno de Montevideo y se propuso al doctor Torres en el Paraguay, que era explicar la circular de Buenos Aires, al lanzarse á la guerra de Pavón y asegurar la neutralidad de esos gobiernos.

Respecto al Brasil había una especialidad.

Años antes había estado el señor Paranhos en Buenos Aires, y había manifestado al gobernador

Alsina y al señor Mármol que el Brasil no estaría distante de reconocer la independencia del Estado disidente. Esto no tuvo éxito ninguno. Con este antecedente se empezó á incluir en las instrucciones del enviado confidencial este punto, para explorar la opinión del Brasil en tal sentido, y saber á qué atenernos respecto de sus miras respecto á la política argentina. Al fin se acordó que la instrucción fuese verbal.

He aquí el extracto de la carta que el doctor Obligado me escribió hallándome en campaña.

"Buenos Aires, Julio 17 de 1861.

Mientras esperamos su contestación á la que le dirigimos sobre los proposiciones de los ministros mediadores, le daré cuenta de los enviados confidenciales nuestros.

Mármol salió ayer. Veremos lo que da, que poco ó nada espero fuera de la impresión moral. Sus instrucciones fueron limitadas en lo concerniente al caso de independencia absoluta que creíamos inconveniente fuese escrito, dejando á su prudencia que haga alguna indicación sobre el particular.

El doctor Torres saldrá hoy para el Paraguay. Lleva instrucciones análogas á las de Marmol, con las ligeras variaciones necesarias á su objeto.

Pico saldrá mañana para Montevideo.

Pastor Obligado."

Nuestros enviados fueron recibidos con el carác-

ter que llevaban y contribuyeron á hacer efectiva la neutralidad de los gobiernos, no obstante los esfuerzos de la Confederación por poner de su parte al Paraguay y al Estado Oriental principalmente. En cuanto al del Brasil, ni ocasión tuvo de llenar su instrucción verbal.

"¿Estaba realizada *de hecho* la alianza brasilera en 1864, como lo afirma el señor Mármol y lo jura el señor Paranhos, con las remesas de bombas de nuestro Parque?"

A esta pregunta del señor Gómez responde el señor Paranhos, en el mismo discurso que él cita como un testimonio auténtico.

En la sesión del 5 de Julio de 1865, en el senado brasilero, decía el señor Paranhos:

"El gobierno argentino se mostró benévolo con nosotros; pero es un gobierno ilustrado y presidido por una inteligencia superior, observador, atento y perspicaz; las notas de 20 de Octubre ajustadas en Santa Lucía, no habían pasado para él desapercibidas, y en la primera entrevista que tuve con el señor general Mitre, le oí una observación *que me dolió profundamente. No era su intención ofendernos; pero quería declinar* una responsabilidad que *en efecto no debía desear para sí.* En esa conversación dije al señor general (*y decía lo que me parecía creencia muy fundada, á estar á las manifestaciones de la prensa porteña*) —que el gobierno argentino simpatizaba con la causa de la revolución oriental, y hacía votos por su triunfo. El general Mitre, me replicó con mu-

moderación; pero de modo que comprendí el
co á que se dirigía su observación. El general
e, recordando que en 1862 el gobierno imperial
a enviado á su ministro residente en Montevi-
á pedir explicaciones sobre los auxilios que
an de Buenos Aires para el general Flores, y
el gobierno de Montevideo atribuía al de la
ública Argentina, después que le hube mani-
do aquel juicio, observóme con mucha delica-
: "*No; el gobierno argentino ha sido sincera-
te neutral en la cuestión interna de la Repú-
Oriental; estima y considera mucho al
ral Flores, pero no ha hecho votos por el
nfo de la revolución, ni ha prestado el auxilio
n cartucho, y si quisiese hacerlo lo haría pú-
amente, como debe proceder un gobierno re-
ar.*"

(*A Convenção de Fevereiro*, pág. 23.)

ijo en la misma sesión, el señor Paranhos:

Uno de los puntos de mis instrucciones era la
nza con el *gobierno argentino* para una inter-
ción conjunta; pero por las declaraciones que
mismo gobierno argentino había hecho durante
misión Saraiva, su opinión era ya conocida, y,
ctivamete, lo hallé inconmovible como una roca.
gobierno argentino procedía así con entera
ena fe. El general Mitre era partidario de la
z, y hacía consistir la mayor gloria de su pre-
lencia en transmitir á sus sucesores el mando
premo después de un período no interrumpido
vida pacífica. Yo, pues, señores, en el primer

paso de mi misión no fuí feliz; pretendí un imposible, cual era obtener la alianza del gobierno argentino en tales circunstancias" (Id. págs. 25 y 26).

Estos testimonios son tan concluyentes como la demostración del movimiento.

Diremos para afirmar con un cañonazo la bandera que en nuestro honor alzó en el parlamento el señor Paranhos, que del parque de Buenos Aires no salieron ni podían salir bombas, porque ni siquiera las teníamos Los orientales que las dispararon y recibieron en Paysandú, pueden dar noticia de la marca que llevaban á los orientales que entonces oyeron el estampido desde los balcones del Club del Progreso, y que hoy aseguran que hubieran muerto como los heroicos paraguayos para rechazar una invasión, que hubiera podido efectuar el Brasil, lo que no era necesario suponer, porque ya tuvo lugar en 1864.

Después de todo esto, ¿qué queda del folletín diplomático, del *Satán rebelde* y del querube *del porvenir*, como el doctor Gómez se llama á sí mismo? ¿Qué queda de aquella fantasía romántica de alianza con el Brasil en 1861 para conspirar contra la República Argentina? ¿Qué del ingenioso apólogo con que el señor Mármol se le ha burlado con tanta gracia, haciendo creer al señor Gómez que el señor Paranhos había asegurado en su discurso (que el señor Gómez probablemente no ha leído) que desde 1864 la triple alianza estaba hecha?

Ha quedado lo que queda de todo *cuento*, aunque sea de viejas: ha quedado la moral.

El doctor Gómez se ha negado á ceder la palabra á quien se la pedía en nombre de algo serio y algo nuevo, práctico y patriótico que tenía que decir sobre la cuestión que se debatía, y se ha empeñado en hablar.

Habíamos anunciado que todo lo que dijera sería retrospectivo, sin seriedad ni objeto práctico.

Nunca creímos que diese un *salto atrás* tan formidable, volviendo á la víspera de Pavón y descendiendo de la alta discusión política á la diatriba y la conseja, tomando por documentos diplomáticos las bromas de un amigo que se ha querido divertir con él, sabiendo que el doctor Gómez no tiene tiempo para leer ningún documento, pues le falta tiempo para leerse mentalmente á sí mismo. Así se ve que todo lo que ha dicho sobre el tratado de la triple alianza prueba evidentemente que no lo ha leído y el día que lo ha citado es tomando el texto de una mistificación de buen género, como las que acostumbra nuestro amigo Mármol y que don Juan Carlos Gómez ha tomado á lo serio.

Así se completa el folletín romántico con folletín cómico, según la regla de Víctor Hugo, que el doctor Gómez ha tomado por tipo y por modelo político, perfeccionando el sistema literario al aplicar el género á lo que menos se prestaba: á lucir las dotes de la imaginación y la fantasía sobre los protocolos diplomáticos.

No puede negarse que la política romántica hace progresos.

Ya que estamos metidos en protocolos diplomá-

ticos, sacudiremos el polvo á algunos que todavía no han tenido tiempo de apolillarse.

Pues que el doctor Gómez quería rastrear los orígenes de la alianza y las causas que movieron al gobierno argentino á aceptarla y reducirla á tratado, ¿por qué no ha recordado la primera oferta que sobre el particular le fué dirigida por el Brasil en ocasión de estallar la guerra entre éste y el Paraguay?

Es público y notorio que el Brasil invitó á esa alianza á la República Argentina, así que se encontró comprometido en guerra á consecuencia de la sangrienta ofensa que el Paraguay le infirió sin previa declaración de guerra.

El señor Paranhos, después de escollar (como lo confesó) en su misión para comprometer á la República Argentina en esa alianza, tendiente á intervenir conjuntamente con el Brasil en el Estado Oriental, nos invitó á celebrar otra alianza política y militar para hacer en unión la guerra al Paraguay. En tal ocasión nos ofreció lo mismo que después hizo, el mando en jefe de los ejércitos aliados y la alta posición á que mi patria tenía derecho por la altura á que la habían levantado la unión nacional consolidada y su política exterior, leal y circunspecta.

La alianza parecía popular entonces, y el señor Paranhos, engañado como la vez primera por las manifestaciones ruidosas de la prensa de Buenos Aires, creyó que cederíamos al aliciente de una posición expectable [illegible] mi país y para mí.

La prensa de entonces, con rarísimas excepciones (tal vez no más de una), decía que era una vergüenza que la República Argentina no estuviese representada siquiera por una compañía y una bandera en la gloriosa guerra que el Brasil y el Estado Oriental iban á emprender contra la tiranía del Paraguay.

La misma prensa, que después ha renegado de la alianza y maldecido la guerra, decía que no debíamos dejar al Brasil recoger solo los frutos de la victoria que la Providencia le preparaba, y que desde luego debíamos hacernos parte en la lucha.

El gobierno argentino era entonces el blanco de sus tiros, porque no desnudaba la espada y se ponía á línea de combate con el Brasil, para participar de sus glorias.

Yo, que no hacía política de aparato ni de vanidad; que no he gobernado con los gritos de las calles, aunque he consultado siempre los grandes movimientos de la opinión; que consultaba ante todo el decoro y los intereses argentinos, miraba la cuestión bajo faz muy diversa.

Así contesté á la invitación del ministro Paranhos, que la República Argentina no se podía poner sin desdoro en línea de batalla con él, sin aparecer ante el mundo como el auxiliar del Brasil, á cuyo servicio se ponía para vengar los agravios que el Paraguay le había inferido; que tal posición nos quitaba hasta el mérito y las ventajas del aliado, reduciéndonos á un rol humilde que no estaba dis-

puesto á aceptar ni para mí ni para mi país; que los gobiernos libres no tenían el dominio de los tesoros del pueblo y de la sangre de sus hijos, para comprometerlos en guerras ajustadas en el gabinete; que aun cuando comprendía que la guerra entre el Paraguay y la República era un hecho más que probable, tal vez inevitable en lo futuro, por la naturaleza del poder del Paraguay, por las cuestiones de límites pendientes y por el antagonismo creado por lo que respecta al comercio y á la libre navegación de los ríos, el patriotismo, á la par que la prudencia y el decoro de mi país, me impedían hacerme aliado en nombre de causa, agravio ni interés en que el honor y la seguridad del territorio de la República no estuviesen directamente comprometidos, porque no éramos soldados sino de nuestra propia bandera, ni vengadores de ofensas ajenas; que si el Paraguay nos agredía con menoscabo de nuestra soberanía, le haríamos la guerra por nuestra cuenta, solos ó acompañados, y que en todo caso esperaba que la Providencia bendeciría nuestras armas; que mientras tanto, quería ser lealmente neutral en la cuestión, reservándome como limítrofe el derecho de tomar en ella la participación directa ó indirecta que creyese conveniente en guarda de los intereses de mi país, y que ciñéndome estrictamente á los tratados que daban á los beligerantes la libre navegación de los ríos superiores, negaría el paso por mi territorio para ningún objeto bélico, tanto al Paraguay como al Brasil.

El ministro Paranhos no se dió por vencido con esta repulsa categórica, y en posteriores conferencias que se prolongaron por el espacio de tres y cuatro horas, volvió á insistir. A esto se refería él cuando decía que me encontró *inconmovible como una roca*.

Cuando López agredió á la República Argentina, apoderándose de nuestros vapores de guerra en plena paz, cañoneando nuestras ciudades sin previa declaración de guerra, invadiendo nuestro territorio y hostilizándonos no sólo como beligerante internacional, sino promoviendo la revolución en nuestro seno y proclamando la caída de nuestro orden constitucional interno, el Brasil nos volvió á hacer la misma oferta en los mismos términos que antes, sin prevalerse de las ventajas que le daba nuestra situación, lo que honra al Brasil y honra en alto grado á la República, porque se ve en cuánto se estimaba su alianza y cuál era el respeto y la confianza que su gobierno merecía.

El agravio común nos hacía aliados de hecho.

El tratado nos hizo aliados de derecho, hermanos de armas y compañeros de causa contra el enemigo común.

La victoria ha coronado nuestros esfuerzos, y si los resultados que se cosechen de la alianza no son tan fecundos como debieran serlo tal vez, la culpa sería de los que no sepan aprovechar ni la alianza ni la victoria, ó de los que trabajen por esterilizarla.

Ni una ni otra se estirilizará, en ningún caso,

por más que los eunucos políticos, que nunca fecundaron nada grande, ni chico, ni bueno, ni malo y que están condenados á no tener posteridad, lancen una maldición contra los hijos ajenos y los condenen á muerte y miseria anticipada.

La voz de los impotentes para producir, siempre fué impotente para destruir el patrimonio, y la minoría sólo se convierte en mayoría cuando tiene de su parte la razón absoluta, como Galileo ó Colón. Pero en las combinaciones políticas que están destinadas á producir resultados inmediatos, el éxito depende del concurso eficaz de las fuerzas morales de la opinión, sin el cual las inspiraciones individuales, por elevadas que sean, no dan fruto alguno.

La política es una ciencia experimental y de aplicación, destinada á producir resultados dados con medios dados.

Mirabeau lo ha dicho: «Cuando todo el mundo se equivoca, todo el mundo tiene razón, porque sin el asentimiento de la opinión pública, no puede el talento más elevado triunfar de las circunstancias.»

El doctor don Juan Carlos Gómez, cuya personalidad no tiene para qué ocuparnos, pero cuyas opiniones están en discusión, ha tenido siempre ideas políticas á las cuales no puede negarse cierta originalidad.

Pretende que el piloto que navega contra el viento y las olas, en vez de servirse de ellas para llegar á puerto, es el único que tiene rumbo y derrotero. Así, todos los que se sirven de las corrientes

de la opinión, del viento favorable de las circunstancias, de los puntos de marcación y de los fanales que determinan la ruta y señalan los escollos, son unos pobres marineros de chalanas que si llegan á su destino es siempre, por casualidad, aunque lleguen siempre y aunque él se haya perdido siempre con su nueva teoría náutico-política.

Así, él sostiene que en el Estado Oriental él es el único que tiene razón contra todo su país en masa, sosteniendo que la Constitución del Estado Oriental no es tal Constitución por cuanto fué dictada bajo los auspicios protectores de la República Argentina y el Brasil, que la garantizaron por cinco años, reconociendo su independencia á la par que su soberanía.

Para él es mejor no tener Constitución, ó si se la tiene, desvirtuar su saludable influencia, para que la comunión política no tenga vínculo, la sociedad carezca de regla, y la nave del Estado navegue sin velas ni timón, á merced de los vientos de cada día y de las improvisaciones cotidianas de los genios que no se pueden amoldar á pensar y vivir cual otros, trabajando en remediar lo malo que exista, conservar lo que sea bueno y tener una base cualquiera para crear cosas grandes, sólidas ó útiles en beneficio de todos. A esta modesta tarea prefieren la del orgullo solitario que se levanta del campo de la labor común con las alas del ángel rebelde y maldice el surco, y maldice la simiente porque el arado no es el que conduce á los bueyes

ó porque en vez de dos bueyes no han uncido cuatro, como él quería.

Otro tanto ha dicho de la unión argentina sobre la base de la Constitución Nacional reformada por Buenos Aires.

Por cuanto hubo un día un acuerdo de San Nicolás, después del cual se reunió un cierto Congreso, después del cual vinó un tratado después de cuyo tratado vinieron dos convenciones, después de cuyas convenciones vino la victoria del pueblo que anuló y despedazó el antiguo acuerdo, para él nunca se ha borrado el pecado original.

Con tales teorías no habría obra que fuese legítima, ni habría ninguna que tuviese el derecho de ser, si no naciese de un golpe completa, perfecta y correcta, y esto según el criterio de uno sólo contra todos, que cree ser el único que no se equivoca.

Así en la triple alianza y en la guerra, pueblos, gobiernos, ejércitos, ninguno tiene razón, no obstante que todos hayan aprobado la alianza y el triunfo haya coronado los heroicos esfuerzos de los que al reivindicar el honor y los derechos de sus respectivos países han dado en tierra con una bárbara tiranía.

Arreando una tras otra las diversas banderas que ha enarbolado en esta discusión, retrocediendo de posición en posición, ha levantado al fin el invencible pendón del *¿quién sabe?* y se ha hecho fuerte en las posiciones de donde ya no es posible retroceder más, que son la de la negación absoluta, que reniega el resultado porque el resultado pudo

no tener lugar, según tal ó cual accidente ó circunstancia que pudo tener ó no lugar.

Es una dialéctica formidable.

Así, según el doctor Gómez, los autores de la alianza, que son los gobiernos libres de dos pueblos libres por lo menos, que la hicieron y la aclamaron, no están salvados de la responsabilidad de haber salvado la situación por tal combinación.

¿Por qué? se preguntará. ¿Será que la alianza es un crimen ó es una traición? ¿Que ella ha deshonrado á los pueblos ó ha impuesto á cada uno de ellos mayores sacrificios? ¿Será que no tuvimos derecho de aliarnos para combatir al enemigo común? ¿Será que la causa de López era más justa que la nuestra?

No; todo esto sería muy vulgar, y esto es lo nuevo que el doctor Gómez tiene que decirnos á propósito de la alianza, razón por la cual no ha querido cedernos la palabra.

El éxito, dice, ha sido una casualidad: la victoria no prueba nada. La buena victoria para él habría sido dejarse derrotar en el presente para triunfar en el porvenir; morir hoy para resucitar mañana, por medio del elixir de larga vida de Balzac. Siempre la política militante del folletín romántico.

Según el doctor Gómez, «hemos expuesto al país á la derrota y sus consecuencias (sic)», por cuanto al atravesar el Paraná, «López pudo habernos sepultado en sus aguas (sic) si no hubiera sido tan estúpido», es decir, si hubiera podido ó sabido hacerlo.

No se puede negar que el cargo es tremendo. Con este sistema de argumentación no hay batalla de César, Alejandro ó Napoleón que no sea una barbaridad, por cuanto se expusieron á la derrota y sus consecuencias, si el general enemigo hubiera sabido ó podido vencerlos en Arbela, Farlasia ó Austerlitz!

Por la misma razón, los resultados de la alianza no prueban nada, «porque han sido obtenidos á costa de sangre y dinero, que representan sacrificios de la riqueza y el bienestar del pueblo (sic)», como si la guerra se pudiera hacer sin derramar oro y sangre, y como si las alianzas no dieran precisamente por resultado la diminución de los sacrificios de cada uno.

Por la misma razón la alianza es mala porque en vez de nuestras banderas nacionales no tomamos contra López la escarapela paraguaya para combatirlo «haciendo una guerra internacional (sic)», como si no fuese esta la única en que un pueblo tiene derecho á hacer la guerra á otro pueblo, no siendo cierto, por otra parte, que el tratado de alianza le imprimiese precisamente ese carácter. Por el contrario, el tratado decía que la guerra era al gobierno y no al pueblo paraguayo, lo que no era del todo exacto, desde que el pueblo, ó por necesidad, ó por miedo, ó por decisión, hiciese causa común con su opresor y lo defendiese hasta morir. Entonces nuestro deber era combatir al tirano en el pueblo armado que lo sostenía, y esto es lo que ha sucedido, no por las estipulaciones del tratado ni por los ele-

entos que constituían la alianza, sino por la naraleza del pueblo paraguayo y por las condicioes en que los beligerantes se encontraron cuando stalló la guerra.

El otro cargo tiene menos novedad: es el no haber rminado la guerra en tres meses, como dice que lo prometí en una proclama. Voy á ocuparme esta vulgaridad por la primera vez, ya que el ñor Gómez se ha dignado levantarla de la basura que yo la había dejado caer.

Nada extraño tendría que hubiese prometido la toria en tres meses y no se hubiera realizado en es años, porque el hombre es falible en sus cálcus y no puede gobernar á su antojo los acontecientos. Si no fuese así, el hombre sería Dios y le cedería como al doctor Gómez, que cree no haber equivocado jamás en política, porque ha profezado siempre lo que algún día ha de suceder.

El puede profetizar que las pirámides de Egipto n de caer algún día derribadas por el roce silenoso de las alas del tiempo, como ha profetizado la ída futura de nuestras Constituciones, complicaones que el porvenir reserva en sus inescrutables canos, y otros acontecimientos que, más tarde ó ás temprano, tienen que suceder. De aquí á algus siglos más ó menos, el tiempo le ha de dar la zón; pero en la última piedra del monumento no ha de encontrar probablemente la cifra de su mbre, porque él no quiso concurrir á su creación r cuanto había profetizado que no sería eterno.

Es la gloria de Erostrato. El que no pudo levantar el templo de Diana, pudo incendiarlo.

Lincoln dijo solemnemente, en documentos públicos, que la guerra del Sur no duraría tres meses. A los tres meses estaba militarmente derrotado en toda la línea. A los tres años recién empezaba verdaderamente la guerra: combatía *un millón* de soldados contra poco más de *cien mil* hombres.

Atacado por más de cincuenta mil hombres, el poder más gigantesco que ha visto la América del Sur tenía que improvisar y organizar los ejércitos de la alianza al frente del enemigo.

Ocupándome de esto, las serenatas venían á cada momento á saludarme á la puerta de mi casa, donde dictaba órdenes para reunir mis diseminadas guarniciones y salir personalmente en busca del enemigo.

A la tercera ó cuarta serenata, salí á la puerta de la calle acompañado de don Mariano Saavedra, entonces gobernador de Buenos Aires, y dirigí al pueblo las siguientes palabras: «Mis amigos, ha llegado el momento de obrar y no de gritar. Ya sabemos que todos estamos dispuestos á combatir por nuestra patria. Ahora á ocupar cada cual su puesto de combate, y sea la orden del día: en quince días al cuartel, en un mes á campaña, en tres meses á la Asunción.»

Si cometí un delito al dirigir una palabra de aliento á mis conciudadanos, ellos me lo perdonarán porque al mes estaba alcanzada la primera victoria á los cinco meses, á pesar de Basu

sado el enemigo de nuestro territorio, dejando nuestro poder de 18 á 20.000 hombres entre muer- y prisioneros, con menos de 500 hombres de dida por parte de los aliados y sin que hubiéra- s perdido una sola bandera, ni una caja de gue- , ni una bayoneta siquiera, siendo el resultado plan de campaña que dictaba en el momento en e fuí interrumpido en el trabajo por la tercera ó rta serenata á que me he referido. Y si hay al- no de los que estuvieron allí presentes que me va acompañado al campo de batalla, á éste le au- izo á venirme á hacer un crimen de mis palabras, que no les dije claramente que la campaña iba er un juguete. A todos los demás ciudadanos ha- por medio de la proclama en que llamé al país á guerra, concitándolos á hacer sacrificios viriles, que sólo á ese precio era la victoria. Si en ese cumento hubiese dicho lo que Lincoln había dicho otro no menos solemne, podría haber dado la culpa que él dió, con la serenidad que le era ca- terística, de que estaba dispuesto á aceptar la ha, durase poco ó durase mucho.

La guerra debía durar un año, si el ejército para- ayo hubiese sido batido en territorio argentino. Debió durar dos años, que era lo más que yo culaba, como lo dije entonces, aunque no en me- calle, si la guerra era de invasión al enemigo.

Si algún día escribo las memorias militares de a guerra, podré demostrar todo esto con docu- ntos irrefutables.

Mientras tanto, comparados nuestros elementos

con los que puso en pie la América del Norte, no hemos hecho, relativamente hablando, menos que ella, habiendo tenido nosotros nuestro Vilcksburgo en Uruguayana y su Great Curupaytí en las líneas de Richmond que nunca pudo forzar.

Hemos obtenido más resultados que la triple alianza de la guerra del Oriente, en que las tres primeras naciones del mundo se contentaron con morder el talón de la Rusia, en una extremidad de su territorio, sin poder abandonar la orilla del mar, encontrando ellos también sus *abatis* en el *Redán* y en el *Melón verde*, sin tocar, como nosotros, la trinchera enemiga, y en que nosotros hemos tenido en Humaitá nuestro Sebastopol, con esta diferencia: que á ellos se les escapó todo el ejército sitiado, porque nunca pudieron, como nosotros, efectuar el movimiento de circunvalación que dió la victoria y tomamos prisionera la guarnición á costa de prodigiosos trabajos y heroicos combates en que nos batimos en tierra, en las aguas y en la copa de los árboles.

Ahora, puede el doctor don Juan Carlos Gómez seguir comentando el dicho «en tres meses á la Asunción», que vuelvo á dejar caer de donde él lo ha recogido.

No he escrito nada de lo que pensaba decirle y y necesitaba decirle al pueblo, tratando la cuestión que nos ocupa de más altos y trascendentales puntos de vista.

Su táctica de mosquito, como usted mismo la llama, confieso que turba mis meditaciones con e

nto de la trompetilla y me interrumpe alguna vez
n sus picotones, obligándome á perder el tiempo
espantarlo. Si eso es lo que el doctor Gómez se
propuesto, lo ha conseguido, como lo puede con-
guir cualquiera con moscas ó cualquiera otro
secto incómodo y bullicioso.

En adelante, no me ocuparé ya en espantar mos-
s, y seguiré discurriendo por mi cuenta, si es que
doctor Gómez no trae algún nuevo contingente á
discusión, lo que no dudo de una inteligencia
mo la suya, tan avezada á las luchas intelectua-
s por medio de la palabra escrita.

Mientras tanto, le diré como el ejército francés
jo galantemente al ejército inglés en Azincourt,
jando sus armas:

—«*A vous, messieurs, a tirer.*»

Bajo mi pluma, cruzo los brazos y espero el fue-
. Espero que no sea metralla de garbanzos, como
anterior, ni folletín diplomático como el último.

Tíreme con alguna idea, con un hecho siquiera
e merezca subir del zócalo del folletín al capitel
la columna.

Vaya, doctor Gómez, apunte bien, y levántese á
altura de su inteligencia, que vale más que sus
critos actuales.

Bartolomé Mitre.

iciembre 17 de 1869.

LA ÚLTIMA DEL DOCTOR GÓMEZ

Al general don Bartolomé Mitre.

I

Empuñando usted el lápiz del *Mosquito,* ha creído abrirme una herida profunda en la opinión, con la caricatura de mi fisonomía política, que me hicieron antes sus enemigos y los míos, con más originalidad y travesura.

Mi razón no pierde su alta ó humilde serenidad por esas bromas, y sólo les exige la gracia, el buen gusto, el aticismo, que amenizan la árida esterilidad de las luchas de la inteligencia en los campos ó en los circos de la política, cuando se pone uno al servicio de los intereses del pueblo ó cuando se busca el aplauso de los espectadores y de los ociosos.

Usted buscó el debate, y ha querido convertirlo en pugilato, para entretener á su público.

Recuerde usted que se dirigió á mí, con una carta en que me imputaba rebajar con injusticia y ofensa el heroísmo de los aliados, que yo honraba en la guardia nacional de Buenos Aires, porque salvé mi opinión sobre el acto político de la alianza, al aceptar el llamamiento de la prensa para concurrir al homenaje que preparaban á los que habían contribuído con sus sacrificios á darle el triunfo.

Su imputación carecía de razón y de causa. Usted sabía mis viejas opiniones sobre la alianza bra-

silera, que datan desde Chile, en donde ellas me hicieron sospechoso á mis amigos políticos.

Comprendía usted que, por consecuencia conmigo mismo debía salvarlas ahora, para que no me inculpasen mañana de haberlas renegado. Yo no había amenguado con una palabra á los soldados ni á los pueblos, y les reconocía el mérito de haber combatido un tirano.

Pero usted quería *aprovechar esta oportunidad* para fijar la opinión respecto de la alianza y de sus consecuencias, como nos lo ha revelado después, *ya que por tanto tiempo había guardado silencio;* quería reducir á polvo todas las mentiras de conveniencia y todas las cobardías vestidas con el ropaje del republicanismo, que la indiferencia de unos y la debilidad de otros habían dejado acreditar como moneda de buena ley".

Mi carta no era, pues, para usted más que una *oportunidad,* que estaba usted en su derecho y hacía muy bien en aprovechar, para justificar ó glorificar su política.

Pero el *aprovechar la oportunidad* no lo excusaba de atribuirme injusticias é insultos que yo no había hecho, para tomarme por punto de partida y por blanco de sus catilinarias.

Contesté á usted en *La Tribuna* del 12 de diciembre, mostrándole lo inexacto de las imputaciones que usted me hacía, y formulándole los cargos que resultaban contra la alianza, sin tocar su personalidad militar ni política.

Usted prescinde de esos cargos á la alianza, me

inventa contradicciones y retractaciones y aplica al debate la tea de la pasión personal, esforzándose en hacerme ampolla con el apóstrofe de "apóstol de la frase, que no se lanza en medio de la corriente de su época, que no participa de la labor y de los errores de sus contemporáneos, que está fuera de la acción, sin polvo sobre sus alas ni sudor en su rostro, etc., etc.".

El tiro era por la espalda, y el general Mitre ha sentido en su corazón la necesidad de motivarlo, haciéndolo partir de una frase de Luis XV, caída en la improvisación, que no tenía ni podía tener alcance al patriotismo del general Mitre.

Pensé que el general Mitre quería apasionar la discusión para darle interés, y traer á la arena á las personas para dar relieve á la suya, pues tirar á mi persona, en el ostracismo político, sin posición ni aspiración posibles en la Confederación Argentina, con la altura política desde la cual podía apuntar y abatir con tanta certeza el caudillo de Buenos Aires, hubiera sido una ruindad inexplicable en los sentimientos que he creído ver siempre en mi antiguo condiscípulo.

Le hice el gusto; traje á la discusión su personalidad política, pasando de carrera por encima de la mía, y los que nos han leído juzgarán si, estimando su política en poco, he dejado de tributar el merecido honor á sus servicios á sus talentos y á sus cualidades.

Usted se retira hoy de la discusión que promovió haciendo la parodia de mis ideas políticas, con

abía hecho la caricatura de mi individualidad y ruzando los brazos é invitándome galantemente, omo el ejército francés al inglés en Azincourt, á rarle. El ejército inglés, muy débil en fuerza, ltimó al francés en Azincourt, si no me engañan is recuerdos de las lecturas de treinta años atrás, tengo la modestia de no aceptar la invitación aballeresca del general Mitre para dejarse ulti- ar; desalojo el campo y dejo al león la arena, bre de los insectos que lo molestaban é impedían concentrarse en la profunda rebullición de los anes que trabajan su espíritu.

II

Permítame, sin embargo, al retirarme, disparar flecha del Parto en defensa de las ideas políticas ue llevo en mi bagaje.

Por más que haya usted abusado de los colores e su paleta, usted sabe que no soy un querubín ue se ha cernido en los espacios sobre los dolo- es contemporáneos, ni el sibarita que en las cala- idades públicas ha soltado la vela en la barca oronada de flores en busca de los jardines y las estas. Si la presencia de un caudillo, de quien era nemigo político, me excluyó de la defensa de lontevideo, error de joven, si usted quiere, que olvería á cometer viejo, y cometió usted también, bandonándola y reuniéndose conmigo en Chile. Usted me ha visto metido en el barro de los suce- os contemporáneos, del otro lado de los Andes, en

la revolución de Septiembre, en la de Julio, en el Estado Oriental, en la lucha de Buenos Aires hasta 1857; en seguida, en la otra orilla, contra Pereira y Oribe, y aquí, hasta que sancionados los pactos de Noviembre y reducida la cuestión á los límites de cuestión argentina, de organización interna, no tenía en ella rol ni cabida. Yo no era argentino, ni soldado argentino, y he estado en sus más rudos sucesos, corriendo la buena ó la mala suerte de mis compañeros; como simple voluntario ó aficionado, nunca me he retirado del puesto que he tomado y tenido en las luchas, sino al otro día del triunfo de mis amigos ó de la paz ajustada por ellos. En dos ocasiones mi conducta ha merecido su elogio. El día que llegué desterrado de Montevideo, nos encontramos en casa de nuestro amigo Elizalde, y aprobó usted que no hubiese entrado en la falsa vía de los motines y de la revuelta, que condenó usted con severos calificativos. En un banquete al general Rivas, me hizo usted el honor de creer que la bravura de los soldados orientales, tal vez recibía el impulso vigoroso de su publicista.

Y es usted el mismo que me condena hoy por no haberme metido en el barro de las revueltas orientales, ya que no tuve en mi país, como usted en el suyo, la felicidad de encontrarme siempre en situaciones regulares con los gobiernos populares establecidos, representantes de mis ideas, y de esperanzas en cuyo sostén sacrificarme. Y es usted el mismo que hoy me acusa de haber desalentado á mis compañeros en el trabajo, en vez de confor-

tarlos en las fatigas y en las caídas, como el médico al herido bajo la metralla del enemigo!

Ya se ve: usted *arroja á la basura* sus proclamas, sus discursos y sus opiniones de un día para el otro.

Tengo una idea política fundamental, un programa indeclinable, una religión: el derecho.

Puedo acatar como un *hecho* la ley imperante. Usted sabe que la ley no es el derecho. Pero trabajo hasta donde me alcanzan mis escasas fuerzas, porque el *derecho* se convierta en *ley*, en *hecho*.

Para usted, el derecho es el *hecho* que tiene el acatamiento de los que se le someten.

Esta es la diferencia esencial, capital, de nuestra religión política.

Para usted, el acuerdo de San Nicolás ó la Constitución que de él nació, no era el derecho para Buenos Aires, porque Buenos Aires no la acataba.

Pero vino el caudillaje con las chuzas de Cepeda á las puertas de la ciudad, puso su trabuco al pecho del pueblo, le hizo firmar el pacto de Noviembre para someterse á la Constitución del acuerdo de San Nicolás, mediante las alteraciones que quisiese, programa que había sido rechazado por Buenos Aires en las proposiciones traídas por el señor Jancey, y usted, con su doctrina del *hecho imperante*, declara que el pacto de Noviembre, coacción de la fuerza del caudillaje á la soberanía popular, es el derecho, porque hasta ahora está acatado el acto de fuerza.

¿Cuánto dura la prescripción? ¿Hasta cuánto tiem-

po hay *acción popular* para decir de nulidad de la violencia?

Original pretensión del apóstol de la frase contra el *genio de la fortuna*, querer que las constituciones y los gobiernos de los pueblos libres tengan por piedra fundamental del edificio esa antigualla del *derecho*, que no da á los pueblos los gloriosos Césares, los magníficos Bonapartes y los espectables Urquizas, sino que los modela por el corazón de humildes impresores ó pobres leñateros que se apellidan en la historia de la moral de la humanidad, el modesto Franklin, el honrado Lincoln!

Paso de largo por todo lo demás que contiene su carta de hoy. Lo dejo solo, le deseo la buena fortuna que ha protegido siempre sus pasos, y tanto número de sinceros amigos como ha tenido usted de cortesanos en el encumbramiento de su destino.

Concluiré con una observación que he oído á usted, y con la cual me encontró usted de acuerdo:

Franklin es más grande que Washington (lo dijo usted), porque ha encarnado más cantidad de sentimientos morales y de ideas justas, porque ha ingertado más porción de su corazón honrado y bueno en el alma del pueblo americano, que debe á esos sentimientos y á esas ideas su verdadera grandeza.

Como Filipo de Macedonia, hágase repetir por su criado, todas las mañanas al despertarlo, esa observación que honra tanto á su corazón como á su inteligencia.

Juan Carlos Gómez.

LA RECTA Y LA CURVA

Al doctor don Juan Carlos Gómez.

Mi antiguo condiscípulo y colega: Usted lo ha dicho: yo soy la tangente; luego, usted debe ser el círculo. Soy la recta que se prolonga indefinidamente en una nueva proyección, tocando la curva sólo por un punto. Usted es el círculo que da vuelta alrededor de sí mismo, el círculo vicioso, el *corso e ricorso* de que habla Vico.

Esto me hace recordar que cuando éramos condiscípulos en el aula de matemáticas, usted estudiaba secciones curvas, mientras que yo no había salido todavía de las rectas. Después de largos años que han pasado, nos encontramos en medio de la vida siguiendo las mismas líneas geométricas que trazábamos en la escuela, tocándonos siempre por un punto; pero marchando en distintas direcciones.

He aprovechado este punto de contacto para irritar su epidermis, para estimular su sangre generosa y obligarle á producir algo digno de sí y de la cuestión que debatimos.

Al fin lo he conseguido. Reconozco en su última carta al antiguo lidiador por las ideas; veo de pie al atleta de sus convicciones, y al recibir sus golpes, digo lo que fray Paolo Sarpi al recibir el golpe de estileto que le mandaba Roma: *Conozco el estileto romano!* Reconozco al fin á don Juan Carlos Gómez. ¡Bravo! Así no quedará usted humillado en esta lucha intelectual, y puedo abrigar aún la

esperanza de contarle como aliado, según me lo ofrece, en los futuros combates que todavía tenemos que dar en honor de los principios que nos son comunes.

Lástima que siga usted girando perpetuamente en el antiguo círculo vicioso de las ideas convencionales, sin combinar las líneas arquitectónicas según el plan del edificio y los objetos á que se le destina!

Lástima que la pasión se presente con los atributos de la manía y la religión, y el culto de las ideas tome el carácter de las supersticiones del pasado!

Lástima que no arroje lejos de sí las armas teatrales de la égida, del hacha y de la tea, y no empuñe las nobles armas de los nuevos campeones, que sirven á sus creencias con la espada ó con la pluma, vistiendo la túnica viril de los que se consagran valientemente á la labor fecunda, en vez de zumbar, como los zánganos, alrededor de la colmena!

Lástima que no medite más sobre los hechos propios, que no se mezcle y confunda más en la vida de su época, que no deduzca sus teorías del estudio sobre la carne viva, y tome por guía y base de criterio una filosofía de convención, una erudición histórica inanimada, una evocación poética del pasado, que no puede conducirlo sino á la inacción ó la negación!

Su carta, con el título de *Santa Alianza*, se divide propiamente en tres partes.

na tercera parte es consagrada á reminiscen- de la historia europea, en que usted busca logías con la nuestra, deduciendo de ellas la ica del pasado, la apreciación del presente y la a y explicación del porvenir.

e todo lo que dicen los libros europeos se ha rdado usted menos de la profunda palabra de mes: "Cuando se estiman las analogías, deben arse en cuenta las diferencias."

as comparaciones históricas, cuando se prolon- demasiado y se convierten en miembros del urso mismo, son como esos libros ilustrados que el texto se subordina á la lámina, el cuadro narco, el fondo á la forma.

a triple alianza del Plata y del Brasil no tiene a de común con la Santa Alianza europea, ni la alianza de la guerra de Oriente, ni siquiera unto de contacto que une á la curva y la tan- te y que es para nosotros dos el punto de par- á la vez que el punto de desviación.

espués he de insistir sobre esto.

tra tercera parte de su carta la dedica usted á olítica interior de la República; diseña la época mi gobierno, ligando flojamente y con trabazón o lógica la política interior con la política exte- ; pero sin acertar con la verdadera fórmula, sin anchar los horizontes de la vida doméstica y a vida internacional.

ás adelante he de desenvolver esta idea.

a otra tercera parte de su carta, que es la úl- a, la ocupa en evocar, en medio de nuestra vida

activa, los pálidos fantasmas, la incorporación espectra de la España y de Portugal en el Plata, alzando la bandera de Sarandí, dando fuego al cañón de Ituzaingo, desgarrando la convención preliminar de paz de 1828, y condenando como imposible, como criminal, como ilógico, en nombre de lo que fué y ya pasó, en nombre de lo que sucedió y ya dió sus resultados, todo lo que existe y tiene razón de existir, todo lo que es y forzosamente debe ser, sea por la fuerza de las cosas, sea por la lógica de los acontecimientos, sea por la necesidad imperiosa de la conservación y de la reparación.

Lo más bello de esta parte de su escrito, es el programa con que lo termina, aunque no corresponda, en su estilo, á la estructura de su sistema histórico político. Es un trofeo de armas de los pueblos del Río de la Plata, coronado por un morrión paraguayo y un falucho brasilero atado con una divisa federal.

Ya preveo que, al leer esto, se va á preparar ó escribir una carta con el título del "Morrión paraguayo, el falucho brasilero y el gorro del Río de la Plata", para decir que la alianza ha humillado al gorro de la libertad ante la corona de la monarquía.

Esto no tendría novedad: el diputado Santos dijo en las cámaras del Brasil, á propósito del tratado que el ministerio Limpo de Albreu ofreció á Rozas: "Este tratado es la corona del imperio, colocada más abajo del birrete del dictador." Pero, dígalo no más, que tengo la parada del golpe y la estocada que ha de seguir.

He de tratar este punto, y lo he de tratar con una franqueza, con una serenidad, con una imparcialidad que, sin pedir galas prestadas á la retórica, ha de llevar la convicción á los espíritus fuertes, ha de templar á los débiles y ha de vencer á los enemigos

Pero lo he de tratar, no como usted, que para criticar nuestro organismo constitucional nos lanza entre sus ruedas al teorizador de los gobiernos personales, hijos del caudillaje, al doctor don Vicente Fidel López, armado del acuerdo de San Nicolás, que es para usted el principio y fin de nuestro verbo en materia de instituciones libres. No como usted, que para empequeñecer la resistencia de Buenos Aires, pone á don Lorenzo Torres como único autor de ella, olvidando al pueblo y sus defensores. No como usted, que para desautorizar nuestra política y proyectar sombra sobre nuestra bandera militar, nos presenta como explotados por los políticos del Brasil y como los suizos de la bandera imperial.

No; con razón fría, con ánimo sereno, con voluntad decidida, con pasión reconcentrada y profunda, he de pulsar una por una las fibras del patriotismo, he de hacer el análisis sobre la carne de mi carne, he de poner la hechura en su verdadera luz, he de fijar la opinión, haciendo que se condense en mis labios el murmullo que está en todas las conciencias rectas y que ha de apagar las voces de los que han chillado hasta hoy por no tener contradictores, y que han hecho incurrir á usted en el lasti-

moso extravío de constituirse en el heraldo y teorizador de instintos ciegos, hechos truncos y sistemas que no responden á nada.

Esto es lo que quería hacer, sin distraerme con la polémica, cuando le pedía que me cediese la palabra para decir algo práctico y patriótico, si usted no tenía algo más nuevo y más útil que decir que la crítica del pasado y el examen de mi personalidad política y militar.

Tenía derecho á pedirle la palabra hasta con imperio, no porque lo considerase á usted menos capaz, no porque le negase el derecho de ciudadanía á un hombre que, como usted, hace honor á la tierra en que nació. Debe usted saber que ni tal petulancia ni tal mezquindad hay en mí.

Usted defendía una carta escrita á la ligera, y cuando más una opinión individual, alrededor de la cual amontonaba frases, figuras y argumentos buscados para apuntalar su armazón.

Recién ahora empieza á inocularle las ideas que brotan como chispas al calor de la discusión.

Yo defendía un sistema, un orden de ideas, un hecho hijo de la meditación y del trabajo, que había madurado en la silla del gobierno y en la tienda del campamento, pasando largas horas de vigilia antes de decidirme á la acción deliberada. Estaba nutrido con la médula que fortifica las almas, y estaba animado, como se lo decía, más que de la pasión generosa, del convencimiento de las necesidades y de las conveniencias de mi época, á la par que del amor hacia mi país.

Quería medirme con la opinión cobarde que lanzaba gritos de pavor á nuestra espalda cuando combatíamos en la vanguardia por el honor y la vida de nuestra patria, allí donde se sufría y se moría al pie de nuestra bandera.

Quería dar un último combate á los enemigos de la alianza, cuyos únicos títulos para condenarla, son las traiciones en Corrientes, las jornadas de Basualdo y Toledo, las montoneras en el interior, las conspiraciones en Buenos Aires, los orientales que fueron á auxiliar á López y á morir bajo su látigo, las repúblicas americanas que, á título de hermandad, han pretendido presentarnos como el ludibrio de la América, y han dado armas y banderas al vandalismo.

Quería vencer, anonadar, exponer á la vergüenza pública con las solas armas de la razón y de la palabra, de que únicamente dispongo, las resistencias internas que he combatido y me han combatido, venciéndolas durante la última lucha con las fuerzas del gobierno y la espada del soldado.

Quería sacudir de los gloriosos estandartes del ejército argentino el polvo con que se pretende cubrirlos, vindicar á mi patria de los insultos que se le han dirigido con motivo de un hecho político que ni es crimen, ni es vergüenza, ni es error, sino un acto legítimo, bueno, útil, fecundo, y santo si usted se empeña, por que es santo todo lo que con buenos medios conduce á grandes fines y produce resultados benéficos y morales.

A este título le pedía la palabra. Usted no ha

querido cedérmela. Ha hecho mal. Ahora no se la acepto, aunque me la ofrezca. Hable usted, calle usted, todo es lo mismo. Esta es mi última carta-polémica. Recién ahora va á comenzar la discusión.

Arrojo lejos de mí el cesto emplomado del gladiador antiguo con que he podido darle algunos golpes, recibiendo otros que no me han dejado ni dolor ni rencor.

Renuncio al pugilato de la palabra con que he tenido que alternar la exposición documentada de los sucesos y el desarrollo de mis principios y teorías.

Transportándome á la región serena de las ideas, extendiendo mi vista más allá de la estrecha arena en que hemos combatido, dominando de mayor altura los sucesos y los intereses de los pueblos que forman el grupo de estados en esta parte del Atlántico, voy á hacer lo que la polémica me ha impedido hasta hoy, con la unidad debida y con la tranquilidad que debe guiar la pluma del observador y del político

Por ahora doy fin á la polémica y treguas á la discusión, por la razón que explicaré más adelante.

Lo invito, en consecuencia, á retirarnos por unos días á nuestras tiendas de mantenedores del campo, y no abusemos por demás de la atención pública, ni de la condescendencia de nuestros colegas, cuya casa hemos revuelto á título de huéspedes del periodismo.

En una serie de tres ó cuatro cartas más, desenvolveré próximamente mis propósitos, mis ideas y

mis vistas respecto de la alianza y de sus consecuencias, dando tiempo para que otros ocupen la escena y completen ó refuten lo que hasta aquí hemos dicho.

Es un alto en medio de la batalla. Pero antes de descansar momentáneamente las armas, voy á contestar á uno de sus últimos disparos, porque debo hacerlo en honor de mi bandera y de mi partido, ligando esto, como usted lo hace, con la cuestión que nos ocupa.

Me pregunta usted: «qué grandes horizontes, qué elevados sentimientos, qué nobles aspiraciones, qué grandes tendencias he impreso á mi política en el alma de los partidos y en el corazón de los ciudadanos».

Se lo diré en pocas palabras.

He consagrado mi tiempo y mis afanes á una obra de todos, y que todos tienen que defender y mejorar en el interés común, cual es la vida nacional, en que caben todos los partidos y todas las opiniones.

He hecho cuanto de mí ha dependido para desarmar los partidos en acción, por la conciliación de grandes intereses comunes, unas veces, por la fuerza de las armas, otras, mostrándoles prácticamente los beneficios de la paz y del progreso en la comunión del trabajo, y probando la impotencia de las sublevaciones contra el poder constitucional armado de la ley.

Abierta la liza libre para todos, con las imperfecciones inherentes á nuestro modo de ser polí-

tico y social, he contribuído á preparar otra más difícil, reaccionando á veces contra las ideas revolucionarias del partido cuyo credo confieso y ha sido hacer posible hasta el triunfo de nuestros mismos enemigos por el uso pacífico de nuestra libertad, por la acción cívica, por la regeneración de los mismos partidos en el sentido del complemento de nuestra idea constitucional.

Usted ve este resultado y no se lo sabe explicar al ocuparse de lo que llama sucesión de los partidos, sin advertir que los partidos no se suceden en las condiciones en que usted los coloca, sino por las fuerzas morales de la opinión, las necesidades de los tiempos y la razón de ser y de gobernar de los elegidos.

Ve usted el antagonismo perpetuo y armado, allí donde empieza á desenvolverse la idea política de los partidos.

Ve usted la disolución, allí donde únicamente los hombres están dispersos, sin fijarse que los principios no se han disgregado y que el alma de la libertad anima á todos y cada uno de los miembros fieles á la ciencia que le tributa culto.

Ve usted al viejo partido federal encerrado como un tigre en una jaula, sin fijarse que ese partido no puede presentarnos batalla para sucedernos en el poder, sino adoptando nuestra bandera, nuestros principios, nuestros medios de acción, lo que es el triunfo más hermoso del alma inmortal de un partido que profesa una religión en que los principios y los hombres son sus instrumentos.

Esto quiere decir que seremos vencidos el día que reneguemos nuestras creencias y otros ocupen el altar que nosotros dejemos abandonado.

Que nuestra bandera se verá triunfante en otras manos, el día que nosotros no seamos fieles á ella y la desertemos cobardemente.

Que nuestra doctrina ha de prevalecer, emancipada de los hombres que no le sean fieles, y que, en último caso, la posibilidad del advenimiento pacífico de los partidos á las alturas del gobierno, será la conquista más hermosa de esta época y que este advenimiento será debido á la religiosa observancia de nuestro código de libertad.

Que nuestros mismos enemigos, si algún día triunfan por el voto de la mayoría, irán á la vida pública, civilizados, regenerados, moralizados, sin uñas de tigre y sin divisa de exterminio.

A estos resultados he llevado mi grano de arena.

La alianza, en el modo en que se ha efectuado, por las causas que la han traído, por los resultados que ha producido, por los recuerdos que ha dejado tras sí, contribuirá á esta educación de los partidos beligerantes en el Río de la Plata.

Mi rechazo á la proposición de alianza para intervenir en el Estado Oriental, y más tarde para ir al Paraguay, les enseñará que las alianzas nunca deben aceptarse sino en el nombre y en el interés del pueblo argentino y que las guerras no las hacen los gobiernos, sino los pueblos.

La lección del pueblo paraguayo les enseñará que los partidos no deben ir á buscar el triunfo fuera

de su país, porque la República será bastante fuerte para vencer á sus enemigos exteriores, aliados con sus propios traidores.

Les enseñará que en las cuestiones internas no deben ir á buscar armas y vapores al Paraguay y al Brasil, sacrificando territorios y honras, como lo hizo Urquiza, buscando la alianza del Brasil primero, y del Paraguay después, para dominar la resistencia de Buenos Aires.

Les enseñará á no aceptar los Araguais para perseguir á los hermanos náufragos, y á no ir, como el último representante del partido blanco, á ofrecer su sangre al enemigo extraño, para morir de hambre en medio de tormentos, con el sello de los tránsfugas y de los réprobos.

Y de este modo perdurará la política externa que ha hecho triunfar la alianza, reaccionando saludablemente sobre la política interna, presentándonos ante los extraños, dignos, fuertes y verdaderamente patriotas.

Les enseñará á ser más prudentes en el gobierno; á no fomentar la revolución en los estados vecinos, porque el viento puede llevar el incendio de su lado; á no buscar guerras que no sean justificadas por la necesidad imperiosa y por las exigencias de la seguridad y el honor; á no alimentar los odios internacionales que, al fin, envenenan, ni á hacer del antagonismo internacional una política como en los tiempos bárbaros, previniendo así guerras futuras.

Esto debe dar el triunfo de la alianza para las

relaciones de los Estados independientes entre sí, y por lo que respecta á los partidos en su modo de encarar las cuestiones internacionales.

Ni príncipes extranjeros contra nosotros, ni poderes extranjeros interviniendo en nuestras cuestiones internas.

Si esto no es honroso y fecundo, diré lo que Pericles, acusado de haber empleado los dineros públicos en levantar monumentos: «Yo cargaré con el gasto; pero borrad vuestro nombre y poned únicamente el mío en esos monumentos.» Pero no lo diré, porque ese resultado es debido á los esfuerzos de todos; yo no he sido sino el ejecutor de la voluntad pública, al llevar y aceptar su responsabilidad, y si hubiese sido un error, aun así deberíamos procurar sacar de él todo el fruto posible en vez de propender á que los sacrificios hechos se esterilicen.

Estos temas me darían la materia de un libro; pero me limito simplemente á indicarlos.

Más adelante volveré á tratar la cuestión de nuevos puntos, según se lo he ofrecido, y me he de ocupar de la política del presente así como de la política del porvenir, repitiendo, respecto del Estado Oriental, verdades severas que me han oído los hombres públicos del Brasil, y analizando con sinceridad los planes políticos que para el futuro tiene usted y repiten otros.

Por ahora, me retiro de la prensa por algunos días. Le diré la razón. Voy á hacerme impresor y me falta el tiempo material para hacer muchas co-

sas á la vez. Hijo del trabajo, cuelgo por ahora mi espada, que no necesita mi patria, y empuño el componedor de Franklin.

Invito á usted á venir á visitarme á la imprenta, comprada no con mis capitales, sino por una sociedad anónima de la que seré siempre accionista y gerente.

Allí, en medio de los tipos y de las prensas, me encontrará en el punto de partida.

Nos conocimos en el aula de matemáticas, resolviendo problemas algebraicos y trazando usted curvas, como ahora, y yo rectas, como usted lo dice.

Me conoció usted en Valparaíso de impresor y redactor de un diario, que luego pasó á ser de su propiedad.

Recordará usted que mientras yo escribía mis artículos ó corregía pruebas, Paunero, que era mi tenedor de libros, hacía las cuentas, Sarmiento y Rawson preparaban una expedición á San Juan en un rincón del escritorio, y usted solía venir á recordar la patria ausente. No todo se ha perdido. Aun puedo conversar con Rawson, escribir á mi antiguo tenedor de libros y discutir con usted asuntos que interesan á los demás más que á nosotros mismos, teniendo siempre algún punto de contacto que impida separarnos.

¡Salud, amigo, en nombre de Guttenberg!

¡Salud, en nombre de Franklin!

Si ambos no somos ciudadanos de la misma patria, estamos ligados por el punto matemático que une

a tangente á la curva, y ponemos las armas de ondiscípulos y colegas en el campo neutral del rabajo, en medio de las prensas y de los tipos, que anto hemos hecho hablar estos días.

Bartolomé Mitre.

Diciembre 18 de 1869.

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

Damos á continuación la lista de las principales obras del General Mitre, dejando constancia de que esta nómina es incompleta, porque, aparte la consulta de algunos libros y opúsculos que tenemos á mano, lo demás ha debido librarse al simple auxilio de la memoria. En el párrafo dedicado á las letras puras, especialmente, faltan innumerables trabajos, sin contar la montaña de sus escritos periodísticos sobre política, finanzas, sociología, bibliografía, etc.

HISTORIA

Biografía de Rivera Indarte.

Biografía del general Lavalle.

Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina.

Historia de San Martín y de la Emancipación Americana.

Estudios históricos sobre la Revolución Argentina.

Cartas-polémica sobre la Triple Alianza (con el doctor Juan Cárlos Gómez).

Comprobaciones históricas.

Nuevas comprobaciones históricas.
Las cuentas del Gran Capitán.
Las Heras en Chile.
Los sargentos de Tambo Nuevo.
Falucho.
El crucero de La Argentina.
Informe histórico sobre los antecedentes y la reforma de la Constitución.
El primer libro impreso en América.
Contramemorándum histórico-diplomático sobre las cuestiones de límites entre la Argentina y el Paraguay.
La abdicación de San Martín.
El pino y el combate de San Lorenzo.
Un episodio troyano.
Viajes inéditos de Azara.
Episodios históricos de la Revolución Argentina.
Los orígenes de la imprenta argentina.
Notas biográficas y bibliográficas sobre Ulrich Schmidel, primer historiador del Río de la Plata.

LINGÜÍSTICA

Lenguas americanas (estudio sobre Valdivia).
El Mije y el Zoque.
El Araucano y el allentiak.
El Tupy.
Ollantay (del quichua, con monografía).
Bibliografía lingüística americana. Catálogo razonado de las obras que tratan sobre todos los idiomas indígenas de ambas Américas (inédito).

MONOGRAFÍAS

Instrucción práctica de artillería.
Las ruinas de Tiahuanaco.
La emigración espontánea á la República Argentina.
La cuestión de San Juan.
Cuestión Puerto de Buenos Aires.
Los bibliófagos.
Letras americanas.
Ayerecó Quahá Catú (Gobernarse á sí mismo. Una provincia guaraní.

LITERATURA

Policarpa Salvatierra (drama).
Rimas.
Horacianas (traducción de las Odas de Horacio).
Ruy Blas (ídem de V. Hugo).
La Divina Comedia (ídem del Dante).

ORATORIA

1849—Cuestiones de imprenta (Valparaíso).
1852—Contra el acuerdo de San Nicolás.
Llamando á las armas á la G. N. de Buenos Aires.
1854—La constitución de Buenos Aires (cuatro discursos).

Cuestiones de imprenta.
Promoviendo un Instituto Histórico-Geográfico.
Al general Paz.
Acuñación de moneda.
Leyes agrarias.
1856—Pensiones militares.
1857—El almirante Brown.
A los restos de Silvino Olivieri.
La conscripción militar.
Enjuiciamiento de Rosas.
Apoteosis de Rivadavia.
1859—Sobre ganadería y agricultura.
Al ejército de Buenos Aires, con motivo de la paz.
1860—Programa de gobernador ante la asamblea.
En la jura de la Constitución Nacional.
1861—Al cerrarse la urna cineraria de Lavalle.
El capital inglés (en la inauguración del F. C. S.).
A la Guardia Nacional, partiendo para Pavón.
1862—A la misma, regresando de Pavón.
Inauguración del F. C. de San Fernando.
Instalando el Congreso Nacional
Inauguración de la estatua de San Martín.
Juramento como Presidente de la República.
Clausurando las sesiones del Congreso Nacional.
1864—Inaugurando la prolongación del F. C. de San Fernando.
El Presidente de la República al Congreso.
1865—A los estudiantes que se ofrecían de voluntarios.
1868—Al Congreso, presentándole su último mensaje.

Al pueblo, al bajar de la presidencia.
Entregando el mando á su sucesor.
A la memoria de Astengo, cónsul italiano.
En el banquete en honor de Mitre y Sarmiento.
En el banquete ofrecido por el pueblo de Chivilcoy.
1869—Al comercio.
Poniendo la piedra fundamental del Asilo de Inválidos.
Cuestión de San Juan.
A Valentín Alsina, en nombre del Senado.
Cuestión puerto de Buenos Aires (cinco discursos).
Al general Angel Pacheco, en nombre de los generales del ejército.
Finanzas nacionales.
A Melchor Romero.
1870—Educación primaria y secundaria en la República Argentina.
La inmigración espontánea (cuatro discursos).
1871—Caupolicán Molina.
Límites argentinos, á propósito de territorios nacionales.
Manuel Argerich.
La historia y el derecho positivo.
Manuel Hornos.
Límites provinciales.
En la tumba de José Mármol.
1873—La misión diplomática al Brasil (dos discursos).
Programa como candidato á la presidencia

Inaugurando la estatua del general Belgrano.

A la juventud, sobre su misión histórica en la renovación de las fuerzas sociales.

1874—La moral del sufragio libre.

Los candidatos y el pueblo.

La renovación.

1877—La política de conciliación.

1878—La abdicación de San Martín.

Las cuentas del Gran Capitán.

Los límites de los territorios nacionales (dos discursos).

Derechos de exportación sobre ganados en pie (dos discursos; el segundo en 1879).

Cuarentenas.

1879—Cuestiones de derecho internacional (á propósito de la guerra del Pacífico).

El peso decimal de veinticinco gramos.

Pensiones civiles é historia del arreglo del empréstito angloargentino.

Intervención de La Rioja.

Fueros parlamentarios.

Designación de ministros diplomáticos.

El proteccionismo aduanero y el impuesto.

Amnistía y pensiones militares.

1882—Centenario de Rivadavia.

1883—León Gambetta.

Saludo al pueblo (Junio 26).

Síntesis políticosocial.

1884—Juan Carlos Gómez.

1886—La lucha y el trabajo político.

En la inauguración de 54 escuelas

La protección á los animales.

Proclamación del doctor Eduardo Costa en San Nicolás.

1887—Rufino de Elizalde.

En la manifestación de su 66° aniversario.

Discurso inaugural de la estatua de Lavalle.

1888—La abolición de la esclavitud en el Brasil.

La Isabel redentora.

1889—A la juventud de Buenos Aires en el *meeting* de la Unión Cívica.

Un saco de harina.

1890—*Meeting* de protesta en la cancha de pelota.

A la memoria del doctor Guillermo Rawson.

Inaugurando los bajo-relieves del sepulcro de Rawson.

Despedida á la patria.

1891—Candidatura de solución (Unión Cívica).

Candidatura de solución (Partido Nacional).

La ciencia del gobierno y el acuerdo político.

En el centenario del general Paz.

1892—Asilo de los Desamparados.

Entregando los restos del general Ballivián.

1894—A los alumnos de la Universidad de Buenos Aires.

1895—Extradición de desertores.

1896—A la juventud, en su 75° aniversario.

Las memorias del general Paz.

1897—Mediación en la guerra civil del Uruguay.

En un *meeting* electoral.

En el centenario de Lavalle.

1898—Política sudamericana. Chile y la República Argentina.

1899—Monumento á Garibaldi.

La independencia del Ecuador.

1901—A los periodistas brasileños.

A la C. del ejército y armada en su 80° aniversario.

A la manifestación popular en su 80° aniversario.

1902—Inaugurando el monumento al doctor Eduardo Costa.

TÍTULOS, CARGOS EMPLEOS Y NOMBRAMIENTOS HONORÍFICOS

1839—Febrero 20—El general en jefe del ejército constitucional de la República Oriental, le reconoce el empleo de alférez de artillería, con antigüedad de 24 de febrero de 1838.

1839—Mayo 23—Empleo de ayudante mayor 2° del batallón núm. 1 de infantería (R. O. del U.)

1840—Agosto 5—Empleo de capitán de la compañía de artillería al ayudante mayor de la misma arma (ídem).

1846—Febrero 19—Grado de teniente coronel al sargento mayor de artillería (ídem).

1847—Octubre 22—Atendiendo á la capacidad y aptitudes del teniente coronel de artillería de la República Argentina, el presidente de Bolivia le admite al servicio de ella en su clase y arma.

1852—Marzo 26—El emperador del Brasil, queriéndo-

dole dar testimonio de su alta consideración, con motivo de su asistencia al combate naval de Tonelero, le nombra oficial de la Orden de la Rosa, que otorga jerarquía y honores de coronel.

1853—Octubre 11—Le confirma el gobierno de Buenos Aires en el empleo de teniente coronel de artillería, con antigüedad de 16 de Febrero de 1845, y en el empleo de coronel de la misma arma, con antigüedad del 3 de Febrero de 1852 (batalla de Caseros).

1854—Mayo 20—Miembro de la Sociedad de Mayo, Buenos Aires

1855—Junio 12—La asociación de Amigos de la Historia Natural del Plata le nombra socio de número en consideración á su mérito y recomendables cualidades.

1855—Julio 10—El Club del Progreso, fundado en Buenos Aires el 1° de Mayo de 1852, «con el objeto de reunir los caballeros más respetables, nacionales y extranjeros, para mantener y estrechar las relaciones personales, uniformar en lo posible las opiniones políticas, por medio de una discusión deliberada, y mancomunar sus esfuerzos por el progreso moral y material del país», le nombra socio.

1856—Junio 8—El Instituto Histórico Geográfico del Río de la Plata, de que fué uno de los fundadores en 1854, y cuyas bases orgánicas redactó, le nombró miembro de número

1856—Octubre 20—La Sociedad de Geología, de Berlín, le reconoce socio honorario extranjero.

1857—Diciembre 18—La Sociedad Real Escandi-

nava de Anticuarios (Copenhague), considerándole miembro nato por sus aptitudes especiales, le incorpora á su seno.

1858—Enero 1º—La Sociedad Tipográfica Bonaerense le reconoce miembro y socio protector.

1858—Abril—Representante de la cámara de la provincia de Buenos Aires.

1859—Mayo 27—Coronel mayor de artillería del estado de Buenos Aires.

1860—Agosto 23—El Club del Plata le nombra socio.

1860—Octubre 21—El presidente de la Confederación Argentina le eleva al rango de brigadier general de sus ejércitos, en atención á los méritos y honrosos antecedentes militares que le distinguen.

1860—Noviembre 17—El Club Socialista Argentino (Paraná) le aclama socio honorario.

1861—Abril—La Rhode Island Historical Society (Estados Unidos del Norte), le elige miembro honorario.

1861—Diciembre 31—Inscripto por aclamación en el catálogo de académicos ilustres de L'Academia d'Quirite (caballeros romanos), Italia.

1863—Febrero 6—El Instituto Histórico de Francia lo elige miembro honorario.

1863—Febrero 14—Il saggio Collegio di Arcadia (Italia), le declara «arcade», denominándole «Volcrindo Sedeate».

1863—Febrero 16—La Pontificia Accademia Tiberina (Italia), le nombra socio correspondiente.

1863—Marzo 16—La Insigne Artística Congrega-

zione Pontificia di Virtuosi al Pantheon (Italia), le designa «virtuoso d'onore».

1863—Abril 15—El Instituto Politécnico de París lo elige miembro honorario.

1864—Junio 30—La Logia Masónica de Buenos Aires le acuerda el Grado 33, y lo elige miembro activo del supremo consejo.

1864—Noviembre 25—El presidente de la República de Chile le nombra miembro honorario de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional.

1865—Febrero 15—El Instituto de Africa (París), le nombra su «President d'Honneur».

1865—Septiembre 21—El emperador del Brasil le acuerda la Gran Cruz de la Orden Imperial del Cruzeiro.

1865—Septiembre 30—La Logia Masónica del Rosario de Santa Fe le nombra miembro honorario «ad vitam».

1865—Octubre 4—El gobierno del Brasil le envía el diploma y medalla conferida á la División Imperial por la batalla de Caseros.

1867—Marzo 15—La Sociedad Paleontológica de Buenos Aires le reconoce socio activo.

1868—Enero 5—La Sociedad Estímulo Literario le nombra miembro honorario.

1868—Noviembre 30—El Imperio del Brasil le concede el uso de la medalla conmemorativa de la rendición de Uruguayana, el 17 de Septiembre de 1865.

1869—Mayo 18—Senador nacional por Buenos Aires.

1869—Julio 19—La Sociedad de Beneficencia de Salta le nombra socio honorario.

1870—Marzo—La Asociación Filantrópica de los heridos del ejército argentino en la guerra del Paraguay, le presenta un testimonio de gratitud.

1870—Septiembre 16—La Asociación de Amigos de la Instrucción popular, de Mendoza, le nombra socio honorario.

1871—El Instituto Geográfico y Etnográfico del Brasil le reconoce como miembro.

1871—Febrero 25—La Sociedad Geográfica Italiana (de Firence), le reconoce como miembro.

1871—Noviembre 28—A Sociedade Villosiana de Río de Janeiro, lo elige socio honorario.

1872—Abril 16—El gabinete portugués de Leitura de Río de Janeiro, lo elige socio honorario y correspondiente.

1872—Noviembre 2—El gobierno argentino le confiere el uso de la medalla conmemorativa de la campaña contra el Paraguay.

1873—Marzo 16—La St. Patrik Benevolent Society, de Buenos Aires, le nombra miembro activo.

1873—Mayo 3—La Academia de Bellas Artes de la República de Chile, le inviste académico honorario.

1874—Enero 30—Se le concede el uso de la medalla de oro de primera clase, acordada por la municipalidad de Buenos Aires «á los que, con riesgo de su vida, se consagraron al alivio de sus semejantes en la epidemia de fiebre amarilla que sufrió esta pob ació [illegible]». El general Mitre y toda su

familia fué atacada del flagelo, después de «prestar muy importantes servicios», como consta en el diploma de la condecoración.

1874—Junio 2—La Academia Aráldica Genealógica Italiana (Italia), le reconoce su socio protector. El diploma trae el dístico siguiente, de Dante: *La stirpe non fá obili le persone—Ma si le persone la stirpe.*

1874—Agosto 13—El Instituto Bonaerense de Numismática y Antigüedades, le nombra su vicepresidente honorario.

1875—Abril 15—La Sociedad Ensayos Literarios, le nombra miembro honorario.

1875—Mayo 24—El gobierno argentino le concede el cordón de oro decretado en honor de los vencedores de Tuyutí (24 de mayo de 1866), que mandó en jefe.

1875—Septiembre 22—El mismo le acuerda el uso del escudo de oro por el asalto de Curupayti (22 de Septiembre de 1866).

1875—Diciembre 15—El Club Argentino le aclama socio.

1876—Julio 8—El Club Fomento de la Educación de Montevideo, le reconoce socio fundador honorario.

1876—Septiembre de—El gobierno de la República Oriental del Uruguay le concede el uso de la medalla de honor correspondiente á su jerarquía, acordada á los vencedores de Yatay (17 de agosto de 1865).

1876—Noviembre 6—La sociedad de estudios Co-

ronel Moreno, fundada en el Colegio Militar por Alberto M. Biedma, el 3 de Noviembre de 1876, le nombra socio honorario.

1877—Noviembre 20—La Sociedad Protectora del Museo Antropológico y Arqueológico de Buenos Aires, le designa su vicepresidente.

1878—Mayo 3—Diputado de la provincia de Buenos Aires á la honorable cámara de la nación.

1878—Agosto 30—La Sociedad Mayo, del Rosario de Santa Fe, le nombra socio honorario.

1878—Octubre 5—La Sociedad Arqueológica de Santiago (Chile), le nombra miembro correspondiente.

1879—Junio 26—La Asociación Bernardino Rivadavia (Biblioteca Popular), le nombra socio honorario.

1879—Octubre 1°—El Tiro Nacional (en que se organizaron las fuerzas populares) le nombra socio fundador.

1880—Enero 1—El Instituto Geográfico Argentino le reconoce miembro honorario.

1880—Enero 17—El Centro Industrial Argentino le nombra colaborador activo del comité ejecutivo.

1880—Abril 5—La Sociedad Filantrópica Francesa del Río de la Plata le vota un título de gratitud.

1880—Abril 29—La Sociedad Vélez-Sársfield, de Córdoba, le nombra socio honorario.

1880—Diciembre 6—Instalación de la capital definitiva de la República.—La Municipalidad de Buenos Aires le acuerda una medalla de oro de primera clase.

1880—Diciembre 26—La Comisión Central Cooperativa á la expedición del polo Sur le nombra uno de sus cinco miembros honorarios, siendo los otros Roca, Sarmiento, Rawson y el ministro de Italia, barón de Fava.

1881—La Exposición Geográfica de Venecia le confiere mención honorífica por su obra *Ruinas de Tiahuanaco*.

1881—Abril 9—La Real Academia Gaditana de Ciencias y Letras (España), le nombra académico correspondiente.

1881—Mayo 1°—La Societá Unione Operai Italiani, de la República Argentina, le discierne un título de gratitud.

1881—Septiembre 22—El tercer Congreso Geográfico Internacional de Venecia, le confiere una mención honorable por sus trabajos arqueológicos.

1881—Octubre 21—La Asociación Rivadavia, de Mercedes, le reconoce socio honorario.

1882—Enero 6—La Asociación Artesanos del Plata le aclama presidente honorario.

1882—Febrero 25—La Sociedad Universitaria de Montevideo lo elige socio corresponsal.

1882—Agosto 30—La Societá Italia Unita, de Buenos Aires, le nombra socio protector.

1882—Septiembre 22—La Sociedad Pedagógica y Fomento de la Educación (Rosario de Santa Fe), lo elige socio correspondiente.

1882—Octubre 31—La Sociedad Argentina Protectora de los Animales, le reconoce miembro honorario.

1883—Enero 21—La Academia de Bellas Artes General Belgrano le nombra miembro honorario.

1883—Agosto 4—El presidente de la República le confiere la jerarquía de teniente general de los ejércitos nacionales.

1883—Septiembre 17—El Club Militar de la República Argentina le reconoce socio activo.

1883—Setiembre 28—La Sociedad Geográfica Argentina le nombra socio protector.

1883—Octubre 28—La sociedad italiana Garibaldi (Azul), le nombra socio honorario en asamblea general.

1884—La Sociedad Protectora de Niños Desvalidos (Buenos Aires), le reconoce socio fundador.

1884—Enero 20—La Sociedad Académica Hispanoportuguesa, de Tolosa (Francia), le nombra socio correspondiente.

1884—Abril 15—La Sociedad Sarmiento, de Tucumán, le nombra miembro honorario.

1884—Agosto 25—La Asociación de Escritores y Artistas Españoles, de Madrid, lo elige socio honorario.

1884—Diciembre 1º—La sociedad Italia, de Buenos Aires, le confiere el título de socio honorario.

1885—Marzo 16—La Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, le nombra académico honorario.

1885—Mayo 27—La Asociación Literaria Argentina lo elige miembro honorario.

1885—Septiembre 14—La Sociedad Estímulo de Bellas Artes, le nombra socio activo.

1886—Noviembre 15—El Círculo de Legionarios Garibaldinos de Montevideo, le aclama socio activo honorario por haber sido segundo jefe del escuadrón de artillería de la defensa de aquella plaza, en 1846.

1887—Abril 7—La Sociedad Argentina Protectora de los Animales (Corrientes) le nombra miembro honorario.

1887—Mayo 9—El Liceo Hidalgo, de la República de Méjico, le nombra socio correspondiente, en atención á su inteligencia y saber.

1887—Mayo 22—La Sociedad Protectora de los Animales de Turín (Italia), le reconoce miembro honorario.

1888—Junio 5—La Sociedad Amigos de la Educación, Córdoba, le nombra socio honorario protector.

1888—Noviembre 2—La Real Academia de la Historia, de Madrid, lo elige correspondiente.

1888—Diciembre 1°—La Sociedad de Beneficencia, del Chaco Austral, le nombra socio protector.

1889—Mayo 1°—La comisión del templo de Ajó (Buenos Aires), le envía una medalla y un voto de gratitud.

1889—Julio 29—La Sociedad de Beneficencia de Formosa (Misiones), le nombra socio honorario.

1889—Noviembre 4—Los masones de Patagones (Río Negro), le piden «su valiosísimo concurso para fundar una logia en aquel valle».

1889—Diciembre 5—El Instituto Histórico y Geográfico Brasileño lo eleva, de socio efectivo, á la categoría de socio honor.

1890—Enero 6—La Sociedad Artística, de Bahía Blanca, le nombra socio honorario.

1890—Enero 8—El Centro Nacional, de Buenos Aires, lo proclama presidente honorario.

1890—Abril 15—La Sociedad Cervantes (Rosario de Santa Fe), le nombra socio honorario.

1890—Mayo 25—La República de los Estados Unidos del Brasil le confiere el uso de la medalla conmemorativa de la campaña contra el Paraguay.

1890—Julio 1°—La asociación italiana Giordano Bruno, de Corrientes, le nombra socio honorario.

1891—Enero 14—La Real Academia Española, atendiendo á sus conocimientos lingüísticos, méritos literarios y demás circunstancias recomendables que le adornan, le nombra miembro suyo en clase de correspondiente extranjero.

1891—Enero 15—Los Artesanos Unidos, de Buenos Aires, lo aclaman su presidente honorario.

1891—Febrero 18—La Fraternité, logia masónica, le nombra miembro honorario por aclamación unánime.

1891—Marzo 16—La Sociedad Véneta, de Buenos Aires, le obsequia una medalla de oro.

1891—Marzo 29—La Trinity Historial Society (Norte América), le nombra miembro honorario.

1891—Junio 20—Se funda, bautizándole con la denominación de General Mitre, un centro pedagógico y literario en Villa Argentina (Rioja).

1891—Julio—La convención del partido autonomista nacional en Buenos Aires, y la convención

de la Unión cívica en el Rosario, lo proclaman candidato á la presidencia de la república.

1891—Julio 30—El Club Estudiantes de La Plata, le nombra presidente honorario.

1891—Agosto 15—La sociedad La Argentina (Buenos Aires), le nombra su presidente honorario.

1891—Agosto 22—El Centro Científico Literario Guido y Spano del Rosario de Santa Fe, le nombra socio protector.

1891—Noviembre 26—La Asociación de Guerreros del Paraguay de la República Argentina, le nombra presidente honorario.

1892—Mayo 8—La comisión para levantar la estatua de Vélez-Sársfield, en Córdoba, le nombra miembro.

1892—Junio 2—La Academia de Ciencias, de Lisboa, decreta que se le cuente en el gremio y congregación de los socios; que su nombre sea inscripto en las tablas; que se consideren aumentados la dignidad y el decoro de la Academia por la ilustración de su talento y saber, y que debe usar y valerse de los privilegios y honores que gozan los demás.

1892—Junio 16—El Club Italoamericano, de Génova, le envía sus profundos sentimientos de simpatía y amistad.

1892—Julio 24—La asociación Caridad Humana, de Buenos Aires, le nombra su presidente honorario y le envía un diploma de honor.

1892—Agosto 2—La sociedad Hermanas de los Desamparados le nombra presidente honorario.

1892—Agosto 16—El centro literario Domingo F. Sarmiento, del Rosario, le nombra socio honorario.

1892—Noviembre 7—El centro literario Avellaneda, de Tucumán, lo elige presidente honorario.

1892—Noviembre 10—El Ateneo de Buenos Aires lo reconoce miembro honorario.

1892—Diciembre 2—Presidente de la comisión argentina encargada de la repatriación á Bolivia de los restos del general Ballivián.

1893—Abril 7—La Biblioteca Popular, de Rauch, le nombra socio honorario.

1893—Junio de—El congreso de los Estados Unidos de Norte América, autoriza á la comisión de la Exposición Mundial de Chicago á decretarle una medalla, por haber sido clasificadas las obras que presentó, por de gran valor é importancia histórica y literaria.

1893—Junio 4—Miembro fundador de la Junta Histórica y Numismática Americana, de Buenos Aires.

1893—Junio 12—El Instituto Libre de Enseñanza de Buenos Aires, le nombra miembro honorario.

1893—Julio 12—La comisión para la fundación de una biblioteca en la ciudad de Chivilcoy, le nombra miembro de ella.

1893—Julio 14—El centro José Mármol le designa socio honorario.

1894—El Instituto de Libre Discusión, de Buenos Aires, le nombra miembro honorario.

1894—Marzo 28—El Centro Protector de Estudiantes le nombra presidente honorario.

1894—Abril 12—El Centro Literario de la Juventud, Buenos Aires, le nombra presidente honorario.

1894—Abril 24—La Sociedad Proteccionista Intelectual, le nombra socio honorario.

1894—Mayo 11 Senador nacional por la provincia de Buenos Aires.

1894—Julio 5—La República Oriental del Uruguay le concede el uso de la medalla conmemorativa de la guerra del Paraguay.

1894—Julio 9—La Intendencia de la capital federal le acuerda una medalla de oro por su cooperación á la realización de la Avenida de Mayo.

1894—Julio 30—La Unión Froebeliana Argentina del Paraná, le nombra socio honorario.

1894—Agosto 1°—El centro literario Nicolás Avellaneda, de Buenos Aires, le nombra socio honorario.

1894—Agosto de—La asociación Bernardino Rivadavia (Biblioteca Popular), le nombra presidente honorario.

1894—Octubre 22—El centro literario Vicente López y Planes le nombra socio honorario.

1894—Diciembre 5—El centro José Manuel Estrada, de Buenos Aires, lo designa socio honorario.

1895—Enero 1°—La Biblioteca de la Policía de la Capital Federal le nombra socio protector.

1895—Enero 21—Miembro de la comisión central del segundo censo de la República.

1895 Enero 24—El centro literario Lucio Vicente López, de Buenos Aires, le nombra vocal honorario.

1895- Mayo 9—El centro literario Esteban Echeverría lo designa presidente honorario.

1895—Marzo 17—El centro Tiro General Pedernera, de Villa Mercedes (San Luis), le nombra socio honorario.

1895 - Agosto 24—Nombrado padrino de la bandera del primer batallón de guardias nacionales de San Nicolás de los Arroyos.

1895—Agosto 25—El Círculo Nicolás Avellaneda le nombra socio honorario protector.

1895—Septiembre 2 - La comisión del monumento á Cristóbal Colón le nombra miembro honorario y después le discierne el título de presidente honorario.

1895—Octubre 12- La comisión directiva del censo general de la República le confiere un testimonio de gratitud.

1895 — Diciembre — La Municipalidad del partido General Sarmiento, provincia de Buenos Aires, da el nombre de General Mitre á una de las calles del pueblo cabeza del partido.

1896—Enero 2—El centro literario Manuel Belgrano le nombra miembro honorario.

1896—Enero 24—El gobierno de la Provincia de Tucumán le envía una de las medallas acuñadas en honor del general La Madrid.

1896—Febrero 6—La comisión para la erección del monumento á la memoria del doctor Del Valle le nombra su presidente honorario.

1896—Febrero 13—La Facultad de Filosofía y Letras de la Capital de la República le nombra su académico titular.

1896—Agosto 14—La comisión consultiva, encargada de la erección del monumento á Rivadavia, le nombra miembro.

1896—Septiembre 15—El centro literario Mariano Moreno le nombra socio honorario.

1896—Septiembre 23—El centro General San Martín lo designa su presidente honorario.

1896—Octubre 19—La sociedad El Magisterio le nombra socio honorario.

1897—Noviembre 17—El Instituto Geográfico é Histórico de Bahía (Brasil), le nombra socio correspondiente.

1898—Enero 4—La sociedad Franklin (Biblioteca Popular), de San Juan, le nombra socio honorario.

1898—Marzo 12—Miembro de la convención reformadora de la Constitución Nacional.

Actualmente (21 de Agosto de 1898), presidente del Honorable Senado de la Nación Argentina.

1898—Septiembre—Presidente honorario de la comisión del monumento á Zinny; habiendo desempeñado en este año cargos de carácter nacional tan importantes como el de miembro de la comisión internacional que, con los representantes de Chile, debían discutir la cuestión de límites. La actitud del general Mitre fué honrosísima, resultando imposible la solución que se buscaba. En el curso de la discusión, el general Mitre declaró á aquéllos que «era necesario de todo punto que Chile abandonase su política de conquista, que la convertía en una singularidad antipática entre las demás naciones sudamericanas».

1901—Junio 1°—El Congreso de la Nación dicta la ley disponiendo que la calle Piedad lleve desde el día 26 el nombre de Bartolomé Mitre.

1901—Junio 22—El Gobierno Nacional declara feriado el 26 de junio de 1901, en toda la República, asociándose al homenaje preparado en honor del general Mitre con motivo de su jubileo.

El Jefe de Policía de la Capital resuelve poner en libertad, el día 26, á todos los contraventores que se hallen detenidos por causas leves, en homenaje al cumpleaños del general Mitre.

1901—Junio 24—El Ministro de Relaciones Exteriores de Italia, á nombre del real gobierno, envía un telegrama asociándose al homenaje del jubileo, «agradecido á la constante amistad que ha profesado á Italia el ilustre y venerable personaje».

1901—Junio 25—En la mayoría de los pueblos de todas las provincias las municipalidades resuelven dar el nombre del general Mitre á calles de sus respectivos municipios.

1901—Junio 26—Las 32 secciones del municipio hacen una salva de 21 disparos cada una, á la salida del sol, por ser el día del jubileo del general Mitre. El ejército y la marina se adhieren en masa á la columna.

La comisión del jubileo coloca una placa de bronce conmemorativa en la casa en que nació el general Mitre, Suipacha y Lavalle.

Buenos Aires amanece embanderada y el pueblo todo desfila por ante la casa del general Mitre. Llegan de infinidad de pueblos comisiones de vecinos

á saludar al venerable patricio. Recíbense millares de notas y telegramas asociándose al homenaje. El presidente de la República, ministros, legisladores y demás altas autoridades nacionales, asisten en corporación á casa del general Mitre. Igual cosa hacen los miembros del cuerpo diplomático Recibe delegaciones de guerreros del Paraguay y delegaciones de todas las sociedades nacionales y extranjeras. Por la noche, la ciudad es iluminada en fiesta, y en la Opera hay función de gala. La Dirección de Correos y Telégrafos pone en circulación una tarjeta postal especial, conmemorativa.

1901—Junio 27—El general Mitre continúa recibiendo, durante varios días, regalos, notas telegramas y delegaciones de pueblos de la República. Esto continúa por varios días.

1902—Mayo 31—El general Mitre renuncia el cargo de senador por la provincia de Buenos Aires, en los siguientes términos:

Buenos Aires, mayo 31 de 1902—Al honorable senado de la nación: Respetuosamente presento ante V. H. la renuncia que, por consideraciones de interés público tenía aplazada, del cargo de senador por la provincia de Buenos Aires, que he tenido el honor de representar en el congreso nacional, á fin de que se provea en oportunidad la vacante que necesariamente tiene que producirse.

Tiempo hace que di por terminada mi actuación en la vida pública, y habría renunciado definitivamente á toda figuración política en ella, si no hubiese aceptado la reelección de ese cargo, en home-

naje del acuerdo de las diversas opiniones de todos los partidos de principios que, inspirándose en un sentimiento nacional, se dignaron dispensarme espontáneamente sus votos.

Hoy que, después de la desaparición de la tiranía y de las luchas civiles que sobrevinieron, la familia argentina se halla felizmente unida en paz y libertad, con su orden institucional consolidado y cerrado el período de las agitaciones violentas, habiendo alcanzado el país una situación normal y estable, con su paz exterior asegurada, pienso que he cumplido mi tarea, después de haber concurrido en parte á esos resultados en la limitada esfera de mis facultades, por el espacio de sesenta y cinco años.

Así, pues, mi renuncia no tiene otra significación que la necesidad de un retiro impuesto por la ley del tiempo, sin renunciar por esto á la común tarea como ciudadano, en el sentido del bien público.

Agradeciendo á mis honorables colegas de la cámara de senadores, las consideraciones que han tenido la benevolencia de dispensarme en el ejercicio de mis funciones, compartiendo sus trabajos legislativos, ruego tengan á bien aceptar la formal renuncia que hago del cargo de senador, teniendo en consideración que ella responde á una resolución definitiva y maduramente meditada.

Saludo respetuosamente al honorable senado de la nación.—*Bartolomé Mitre.*

La cámara tomó en consideración la anterior renuncia y, por unanimidad de votos, resolvió no

aceptarla, comunicándoselo así al general Mitre.

Después de cuatro días, el general insistió en su renuncia por medio de la siguiente comunicación:

Buenos Aires, Junio 4 de 1902—Excmo. señor presidente del senado de la nación: He tenido el honor de recibir su respetable nota de 31 del pasado Mayo, por la cual se sirve comunicarme que el honorable senado ha tenido á bien no aceptar la renuncia por mí interpuesta del cargo de senador por la provincia de Buenos Aires, en significación de lo que estima mi presencia en ese honorable cuerpo.

Este acto de benevolencia, por parte del senado de la nación, que me ha puesto en el caso de meditar nuevamente sobre mi decisión, es lo que más poderosamente habría influído en mi ánimo para desistir de mi renuncia, si ésta no respondiese, como dije antes, á una resolución definitiva, maduramente meditada, como necesidad impuesta por la ley del tiempo.

Por lo tanto, ruego á V. E. quiera hacer presente al honorable senado la súplica que interpongo, á fin de que se digne aceptar la renuncia que respetuosamente reitero, con la expresión de mi más profundo reconocimiento hacia mis honorables colegas, con quienes he compartido las tareas legislativas con todas sus responsabilidades.

Saludo á V. E. con mi más alta y distinguida consideración.—*Bartolomé Mitre.*

1905—Enero 10—El Ateneo de Santiago de Chile, deseando estrechar los vínculos entre los intelec-

tuales de Sud América, lo nombra miembro correspondiente de la institución.

1905—Junio 9—La Sociedad Jurídicoliteraria de Quito, República del Ecuador, le acuerda el título de socio honorario y colaborador.

ÍNDICE

I

	Páginas
RE	7
– Intimo	15
– Popular	57
– Patriota	75
– Organismo	89
– Estudioso	101
– Novelista	109
re y el príncipe Eugenio	117
General en Europa	131
herida de Mitre	147
casa histórica	153
tre y Paz	161
tre y Garibaldi	173
enfermedad del General	195
último autógrafo	205
erra del Paraguay	209
lémica de la Triple Alianza	231
bliografía	383
storia	383
ngüística	384
nografías	385
eratura	385
atoria	385
ulos, cargos, empleos y nombramientos honoríficos	390

JOSÉ M. NIÑO

EL GENERAL

MITRE

I VIDA INTIMA,
Histórica,
Hechos,
Reminiscencias,
Episodios
II y Anécdotas

POLEMICA DE LA TRIPLE ALIANZA

BUENOS AIRES
IMPRENTA Y CASA EDITORA DE AD. GRAU
960—Moreno—960
MCMVI

MITRE

JOSÉ M. NIÑO

MITRE

VIDA ÍNTIMA, HISTÓRICA, HECHOS, REMINISCENCIAS, EPISODIOS
Y ANÉCDOTAS MILITARES Y CIVILES

APÉNDICE

II

BUENOS AIRES
IMPRENTA Y CASA EDITORA DE AD. GRAU
960 — Moreno — 960
MCMVI

Es propiedad del Aut

MITRE MILITAR Y CIUDADANO

El general Mitre, lo hemos dicho antes, fué toda su vida contrario á los movimientos subversivos ó actos revolucionarios. Hábil político como era, encontraba siempre en su alta inteligencia elementos de lucha de los que esperaba y obtenía en muchas ocasiones la manera de triunfar de sus adversarios sin recurrir á las armas.

Pero, cuando la mayoría de sus correligionarios resolvía la lucha armada, aceptaba siempre la parte más pesada en la responsabilidad de los hechos producidos.

Ese fué el secreto que le conservó su popularidad y el gran cariño de sus conciudadanos. Era como esos padres de familia que desaprueban en privado la conducta del hijo querido, pero que, ante el público, le defienden y encuentran justificados sus actos.

Fué á la batalla de Cepeda llevado por la opinión del pueblo de Buenos Aires. Pensaba siempre que á las explosiones populares no hay que dejarlas libres en sus arranques violentos que pueden conducir al caos, sino ponerse á

su frente para encauzarlas en la senda del orden, obteniendo por ese medio lo que se desea, sin mayores sacrificios.

Así lo vemos después de Cepeda recibiendo al general Urquiza con honores de vencedor, pero mostrándole al mismo tiempo, sin aparentarlo, cuál era el espíritu de la valiente guardia nacional porteña, que se negaba á saludarle. *Perucho Castañón,* fué un caso; en vez de hacer el saludo de ordenanza, enrolló la bandera de su batallón al enfrentar al Cabildo donde se encontraba el general Urquiza al lado del gobernador de Buenos Aires.

Esta política conservó á la provincia de Buenos Aires su preponderancia y pudo á los dos años ir á los campos de Pavón, gloria eterna de Mitre que consolidó para siempre con este triunfo la unión nacional.

Después de Pavón se caracterizó más en Mitre la aversión á las luchas fratricidas y prefirió soportar los mayores abusos antes de tomar las armas.

Siendo presidente de la República, la mayoría del ejército le era personalmente afecta. Sin embargo, queriendo dejar un gran ejemplo de virtud cívica no permitió que sus amigos que disponían de poderosos elementos, impidiesen la libre elección del entonces candidato de sus adversarios políticos don Domingo Faustino Sarmiento.

Educado como militar en la severa disciplina
e supo inculcar el general José María Paz
los defensores de Montevideo que luchaban
ntra la tiranía de Rosas, siempre que com-
tió la política del gobierno de su patria y
nsó que en el ataque de los actos abusivos
podía llegar hasta la protesta armada, tuvo
en cuidado de solicitar su separación del
rcito para quedar en el uso pleno de sus de-
hos de ciudadano.

El año 1874, el general Mitre, antes de incorpo-
se á la revolución, solicitó su baja del ejér-
o y obsérvese que decimos antes de incor-
arse, porque él estuvo en contra del movi-
iiento, según propias manifestaciones al
onel Arias. El año 1880, cuando el ministro
la Guerra doctor don Carlos Pellegrini dió
decreto por el cual prohibía á los militares
actividad formar parte de los comités polí-
os, al día siguiente el coronel Arias presentó
solicitud de baja y absoluta separación del
rcito. Este acto de su parte, levantó una
menta de entusiasmo en unos y de protesta
otros. En la tarde de ese día se reunió la
nisión del *Tiro Nacional* que presidía el co-
iel don Julio Campos, y allí, los militares
e formaban parte de la comisión encontraron
e el coronel se había precipitado, que el
creto podía burlarse en *tal* ó *cual* forma.

Insistió aquél en su resolución y se negó á retirar la solicitud de baja á pesar de los reiterados pedidos que le hiciera el mismo presidente de la República. En la noche se reunieron en casa del general Gainza los miembros del *Comité Superior*, y allí tuvo el caballeresco Arias la satisfacción de que el general Mitre aprobase su actitud felicitándolo y agregando:

—Mañana mismo también solicitaré yo mi baja.

Así lo hizo y á él lo siguieron los demás jefes superiores que figuraban en los comités.

En la reuniones del *Comité Superior*, el General se opuso siempre á que el gobierno de Buenos Aires se armase en guerra y fué contrario á la compra del armamento; pero apoyó decidamente la conferencia que el doctor Tejedor debía celebrar con el general Roca en el Tigre y hasta la aconsejó, porque esperaba que esa conferencia evitaría la guerra civil. Todo

Buenos Aires, burlando la vigilancia del gobierno nacional, se apoderó de ellas. Este hecho obligó al gobierno nacional á abandonar la Capital y establecerse en la Chacarita.

Se veía venir la guerra civil y Mitre se replegó á su hogar, pero cuando los gloriosos combates para la guardia nacional porteña de Olivera, Barracas, Puente Alsina y los Corrales, en todos los cuales fueron rechazadas las fuerzas nacionales, y el presidente Avellaneda se disponía á retirarse al Rosario de Santa Fe, el general Mitre, temiendo sin duda que su gran obra de la organización nacional fuese destruída por una cruenta guerra, salió nuevamente de su retraimiento para ofrecer al doctor Tejedor su mediación y pactar la paz.

Las fuerzas de la defensa de Buenos Aires estaban vencedoras hasta ese momento; las mejor organizadas aun no habían entrado al fuego y ardían de entusiasmo por combatir. La heroica provincia de Corrientes estaba toda sobre las armas y acompañaba á Buenos Aires; Entre Ríos, Córdoba y Santa Fe indecisas, y el ejército nacional desmoralizado. Pero el general Mitre, eficazmente secundado por el vicegobernador doctor don José María Moreno y otros personajes que sintieron flaquear su espíritu cuando tronó el cañón sobre el Puente Alsina, influyó sobre el ánimo ya debilitado del doctor

Tejedor y obtuvo de éste ser enviado á la Chacarita para conferenciar con el presidente Avellaneda.

Los hombres del gobierno nacional lo recibieron con dianas y le abrieron los brazos. Mitre pactó la paz y creyó en las promesas escritas de los hombres de la Chacarita.

Todo el país sabe cómo se cumplió lo pactado.

El coronel Arias se oponía terminantemente á pactar la paz, pero en esta ocasión fué derrotado por el General, que, unido al doctor Moreno, triunfaron sobre el ánimo del doctor Tejedor; la paz se hizo y el general Mitre dió, por este medio, su primera presidencia al general Roca.

Todo para evitar la guerra; ese era el hombre.

Cuando el Congreso, después de pacificada la República, acordó la amnistía por causas políticas y el general Róca desde la presidencia llamó al servicio á los militares que habían solicitado su baja, el coronel Arias no aceptó su incorporación al ejército. Entonces estuvo á visitarlo el general Mitre y aprobando su conducta, después de cambiar algunas ideas, le dijo:

—He aceptado yo la incorporación al solo objeto de hacer menos dolorosa la de otros que necesitan el sueldo para comer; luego que todos estén ya incorporados, me pondré en sus condiciones solicitando mi baja.

Así lo hizo y fué entonces que vino la carta aquella del general Roca, diciendo que, en las filas del ejército ó en el retiro de su hogar, Mitre sería siempre "el general Mitre".

Después, el año 1890, un buen día el general Mitre resuelve irse á Europa. Era el coronel Arias en ese momento vicepresidente de la Cámara de Diputados de la Nación y el doctor Juárez Celman le dispensaba gran consideración. Fué á visitarlo y le dijo:

—Señor presidente, el general Mitre se va á Europa y pienso que sería de buena política y, más que nada, un acto de justicia, que este ilustre ciudadano y ex presidente vaya á Europa con todas las prerrogativas y ventajas de su alta gerarquía militar, por qué no le ofrece su alta en el ejército? Estoy seguro que este acto espontáneo de su parte, el General sabrá apreciarlo.

El doctor Juárez le contestó:

—Si usted cree que el General aceptará la reincorporación al ejército, no tengo inconveniente en solicitarla del Congreso; por el contrario, lo haré con gusto. Encárguese usted de eso, coronel; infórmese y avísemelo.

Así fué. El coronel pidió al doctor Vicente Chas que fuese á ver al General. El doctor Chas no aceptó ir solo, por no creerse bastante autorizado y le pidió á aquél que fuese él mismo

ofreciéndose para acompañarlo. El General recibió á Arias con un cariñoso abrazo. Estaban presentes en ese momento en su sala, don Belisario Roldán, doctor Eduardo Costa y don Agustín Drago, los cuales discretamente se apartaron para que el coronel hablase con el General. Este le informó del objeto de su visita, á lo que contestó:

—Usted sabe, que para conservar mi amplia libertad de acción como ciudadano, solicité mi baja; pero hoy que me alejo del país temporalmente y que, de un modo tan espontáneo el presidente de la República me ofrece la reincorporación al ejército, sería una puerilidad no aceptarla. Haré más,—agregó,—iré á despedirme del señor presidente y le agradeceré este acto.

El coronel le dió un abrazo y á las dos horas el Senado había acordado la reincorporación del ilustre General al ejército de la Nación en cuyas filas se conservó desde entonces hasta el día de su muerte.

DEFENSOR DEL GENERAL

EL DEFENSOR DEL GENERAL

Terminada la revolución de 1874, el general Mitre fué sometido á un consejo de guerra junto con otros distinguidos jefes superiores que lo habían acompañado en esa campaña.

El General después de haber permanecido preso en Chivilcoy y Luján, fué traído á esta capital y alojado en el cuartel del Retiro, suerte que también corrieron sus compañeros de armas.

Fué en esa ocasión que dió una nueva prueba de su admirable serenidad y su grandeza moral, confiando su defensa, no á un jefe superior ni á un jurisconsulto de nota, como pudo haberlo hecho, sino á un joven é imberbe oficial á quien conoció en el momento de entrar á su prisión.

Alrededor del nombramiento del entonces alférez Stoppani se han bordado muchas fantasías sin haberse dicho nunca la verdad de cómo se produjo ese episodio histórico de la vida del General. Podemos nosotros, por primera vez, restablecer los hechos, utilizando la versión que directamente hemos recogido del joven oficial, ceñida á la más rigurosa verdad.

En 1875, era Stoppani alférez á guerra y agregado al regimiento 1° de artillería, alojado en el cuartel del Retiro.

El día de la llegada del General y sus demás compañeros de campaña, estaba de guardia, tocándole recibirlos y darles posesión de las habitaciones que les habían sido designadas para alojamiento. Al General se le tenían preparadas dos frente á la puerta principal del cuartel, entrando sobre la derecha y debajo de un corredor que separaba el primer patio del segundo.

Los presos llegaron al cuartel de 8 á 9 de la mañana, en tres carruajes, sin acompañamiento de ninguna clase, ni vigilancia. El General vestía de civil, traje de casimir azul marino forma de saco. Envolvía su cuello un chal de vicuña con flecos largos y cubría la cabeza su legendario chambergo.

—¿Es usted hijo de un Stoppani que siendo capitán con Olivieri fundaron en Bahía Blanca á Nueva Roma?

—Sí, señor.

—Bueno, cuando entregue su guardia venga por aquí que tengo que hablarle.

—A las 10 la entrego y estaré con usted, señor general.

Efectivamente, entregada la guardia, el alférez se vistió con su mejor indumentaria militar y pasó á la habitación del General.

Este, al verlo, le preguntó:

—¿Ya está franco, alférez?

—Sí, señor General.

—Bien; quiero pedirle me entregue, pero en mano propia, estas cartas hoy mismo.

Y el General le dió unas nueve ó diez cartas entre las que las había para las familias del general Rivas, coronel Vidal, coronel Ocampo, coronel Calvete, coronel Charras, doctor don Eduardo Costa y dos para su esposa.

Al hacerle la entrega, le dijo:

—Ninguna de estas cartas tiene contestación; después de cumplir este encargo vuelva esta noche por aquí.

El alférez Stoppani cumplió fielmente la comisión y fué en esa ocasión que conoció á la esposa del general Mitre.

Como el alférez había solicitado ese día de

su coronel, al salir de guardia, un permiso por 24 horas, faltó á la lista mayor y volvió al cuartel en la madrugada del siguiente, siendo avisado al pasar por la guardia y por uno de los oficiales, que el General había preguntado por él varias veces.

El joven oficial se dirigió á su pieza á esperar que fuesen las 9 de la mañana, calculando que á esa hora ya estaría levantado el General. A las ocho y media fué despertado por su asistente, por quien supo que aquél ya estaba en pie. Se dirigió á su habitación y al verlo, el General, le interrogó:

—¿Qué es eso, alférez, perdió la puerta del cuartel anoche?

—No, señor General, es que como estaba con licencia me entretuve en el centro con unos amigos hasta esta madrugada.

—¿Y entregó mis cartas?

—Sí, señor. Y todos me han dicho que se las contestarán.

—Muchas gracias. Y ahora tengo que hablarle de algo importante.—Y poniéndose de pie le preguntó:

—¿Alférez, usted fuma?

—Poco, señor General.

A esta contestación se levantó y tomando de sobre el escritorio una caja de ébano con llave, sacó dos cigarros y brindándole uno, le dijo:

—Tome, fume uno de los que yo fumo.

Como el alférez le dijese que lo guardaría para después de almorzar, porque era muy fuerte, sacó otro de la caja y se lo dió:

—Bueno; ese para usted y este otro para que convide á su jefe en el almuerzo.

En ese momento se presentó el general Rivas.

—General, lo estamos esperando.

Este se levantó para dirigirse al comedor que les estaba destinado, situado en una pieza contigua á las que le servían de prisión, y al despedirse del alférez le dijo de buen humor:

—Si esta noche tiene que ver á la novia, vaya no más; pero venga sin falta á verme mañana á las 9; sin falta, porque tengo que hablarlo.

El oficial fué puntual á la cita. Al verlo el General lo saludó cariñosamente y haciéndolo sentar á su lado le preguntó sin ninguna clase de preámbulo:

—Dígame, alférez, ¿se animaría usted á ser mi defensor ante el consejo de guerra que debe juzgarme?

El alférez quedó sorprendido é indeciso. Era entonces casi un niño y no tenía siquiera las nociones para apreciar lo que se le ofrecía y la grandeza del General.

Al cabo de breves momentos y casi sin saber lo que decía, le contestó:

—Yo haré lo que usted me ordene, señor general, pero no me creo capaz de hacer su defensa.

—Y si yo se la hiciese ¿se animaría usted á leerla?

—A eso sí, señor.

—Déme su palabra de honor,—agregó el General,—de que cumplirá lo que me promete, y que por nada, y aunque se le intimide, así lo hará.

El alférez prometió cumplir su compromiso. Entonces el General, tomando del escritorio una nota ya preparada y otro objeto que aquél no alcanzó á distinguir, se acercó al joven oficial, le estrechó la mano y entregándole la nota, le dijo:

—Aquí tiene su nombramiento, firmado por mí, que debe usted presentar mañana antes de las 2 de la tarde en el Ministerio de la guerra.

al doctor don Adolfo Alsina su nombramiento de defensor del general Mitre, quedando citado para el siguiente con el objeto de prestar el juramento que establecen las leyes militares.

No se sabe por qué el joven oficial empezó á ser hostilizado desde ese momento por la demás oficialidad del regimiento, excepción del entonces ayudante del cuerpo y hoy coronel don J. Bolalluson y el entonces teniente y hoy teniente coronel don Estanislao Maldones. Esta inquina contra el alférez subió hasta el coronel jefe del regimiento, quien llamándolo á su casa particular, le hizo esta amenaza:

—"O usted presenta su renuncia de defensor del general Mitre ó yo lo echo á la calle, y le prevengo que lo puedo hacer, porque usted todavía no es oficial de hecho y su propuesta de tal está al despacho y á la firma en la carpeta del señor ministro de la guerra y se la he de hacer pedazos" (textual).

El alférez, superándose á su edad é impresionado fuertemente por la actitud de su coronel, se apresuró á contestarle con energía:

—Antes que renunciar á la defensa del general Mitre no sólo puede V. S. echarme del cuerpo sino mandarme fusilar.

El coronel exasperado, replicó:

—Vaya no más; ya veremos con quién hu-

biese ganado más usted, si conmigo ó con el general Mitre.

Al día siguiente de esta violenta escena el alférez Stoppani prestó el juramento de práctica ante el comandante Ochagavía, fiscal del supremo consejo, en presencia del ministro de la guerra, quedando desde ese momento en comisión y libre de presentarse al cuartel á las horas reglamentarias.

Como la mala voluntad y los enconos de la oficialidad seguían, el alférez empezó á escasear sus visitas al cuartel y concluyó por abandonarlo del todo, yéndose á vivir con el que después fué su protector, el malogrado Enrique Romero Giménez, director y propietario de *El Correo Español* y cuya admiración por el general Mitre era un culto.

Llegó por fin el día de la reunión del consejo de guerra y la presencia del imberbe oficial, convertido en defensor del más glorioso de los generales contemporáneos, produjo intenso interés entre la gran concurrencia que presenciaba el solemne acto. El alférez Stoppani leyó su defensa con voz clara y entera y al finalizar algunos de los párrafos lo saludaron los aplausos, siendo objeto á la salida de la audiencia de una ovación popular por parte del gentío que se aglomeraba en la plaza del Retiro.

A los pocos días de terminado el consejo de

guerra, el alférez Stoppani fué dado de baja, haciéndose desaparecer todo lo referente á su grado de la oficina de la estadística militar y prohibiéndosele la entrada al cuartel.

En la colección de *La Nación* de aquella época se encuentran varios artículos protestando enérgicamente los procedimientos violentos empleados contra el joven defensor.

La copia de la defensa presentada al supremo consejo de guerra fué hecha por un señor Gutiérrez, español, y que entonces pertenecía á la redacción del diario de Romero Giménez y la que leyó el alférez ante el consejo fué tomada por un cabo, también español, perteneciente al 2º escuadrón del regimiento de artillería, que poseía una buena y clara letra.

La última entrevista, en el cuartel, entre el General y su defensor, fué en seguida de leer éste la defensa ante el consejo de guerra. El General lo recibió dándole un abrazo y felicitándolo en presencia del general Rivas, de algunos de los coroneles presos y sus defensores

—Lo felicito, ¡ya sé que se ha portado como un hombre!

El General, después de enterarse de algunos detalles del acto, se dirigió á su mesa-escritorio y tomando de allí una fotografía se puso á escribir al dorso de ella y se la entregó á su defensor, diciéndole:

—Este es un recuerdo que quiero conserve en mérito de haber sido usted mi defensor ante un consejo de guerra.

La dedicatoria escrita de puño y letra del General, decía así:

A mi defensor y amigo el alférez de artillería don Santiago T. Stoppani.

Recuerdo de prisión.

BARTOLOMÉ MITRE.

Retiro, Abril 1° de 1875.

LA ESPADA DEL CAPITÁN

LA ESPADA DEL CAPITAN

(EPISODIO DE LA CAMPAÑA DEL PARAGUAY)

Se organizaba en las cercanías de la ciudad de Concordia el ejército aliado que debería llevar adelante la campaña ya iniciada contra López el tirano del Paraguay, estando constituído el cuartel general en aquella ciudad.

El espíritu reinante por entonces en toda la provincia de Entre Ríos, era decididamente hostil á la triple alianza, acentuándose de una manera feroz cuando se trataba del general en jefe, presidente al mismo tiempo de la República ó de todo aquello que se suponía emanado de esta Buenos Aires, tan ajena por entonces á las simpatías del resto de la Confederación.

Estaban aún latentes los rencores suscitados por la contienda separatista que había terminado desganadamente después de Pavón, perdurando aún el espíritu receloso y hostil hacia los porteños, que alimentaba mañosa y embozadamente el general Urquiza.

Habían tenido lugar las farsaicas sublevaciones de Basualdo y Toledo, desvirtuando por

este medio hipócrita la acción eficaz del caudillo entrerriano con respecto á la campaña que se iniciaba.

Los soldados paraguayos, con su valor y audacia legendarias, pisaban ya el territorio de las tres naciones de la alianza, habiéndose casi adueñado por la parte argentina de la provincia de Corrientes.

Concordia ardía en entusiasmo en favor de los invasores, mientras hacía gala de una agresividad insolente contra los soldados de la alianza.

Los alrededores de la ciudad estaban llenos de los desbandados del presunto ejército entrerriano.

Llegó momento en que los soldados argentinos no podían transitar solos y desarmados por las calles, sin ser asaltados y asesinados en ellas.

El coronel don Mateo Martínez, comandante del batallón 3 de línea, de la guardia nacional de esta capital, regimiento que estaba compuesto en su mayoría por esa valiente y decidida muchedumbre que se dedica á los trabajos rudos, viriles y activos del tráfico y de las principales industrias pertenecientes á la economía doméstica de una gran ciudad, puso coto, [illegible] á los desmanes del gauchaje [illegible], haciendo policía por su cuenta,

ya que las autoridades locales, lejos de reprimirlos, parecía como que formaban comandita con los asaltantes y asesinos.

Cuando se miran estas cosas á través de la distancia y desde el punto de vista de las modernas conquistas que han dado unidad, fuerza y prestigio al principio de la nacionalidad argentina, parece imposible que nos separen tan pocos años de aquellos tiempos de barbarie, de odios y de intransigencias, con respecto á éstos, en los que el espíritu patriótico consolida bajo las irradiaciones de la civilización y del progreso, el alto y solemne sentimiento de la patria.

Pero, dejemos digresiones pertenecientes más á la narración histórica, que á la índole anecdóctica que pretendo dar á estas líneas, y vamos á mi cuento de *la espada del capitán.*

Entre los ayudantes del general en jefe, núcleo formado por una brillante pléyade de jóvenes cuyos nombres pertenecían en su casi totalidad á la tradición patricia y militar de esta república, había uno que se hacía notar por su carácter jovial y atrayente, con sus ribetes de romancesco.

Era este un capitán joven, fuerte, sano, robusto, medio músico, medio poeta, enamorado, decidor y ocurrente; amigo de las comodidades, aunque poco aprensivo con respecto á las mi-

serias y penurias que se dibujaban en perspectiva

Tenía éste un asistente digno de su tipo moral

Era el tal un destinado del 7 de línea, de nacionalidad oriental, también aficionado á ganguear coplas y á rasguear la guitarra; mozo de una cierta cultura moral, que, por efecto de no sé qué trapisonda empezada á guitarrazos y concluída á cuchilladas, había ido á parar á las filas del ejército, penitenciaría marcial por entonces, en donde á los criminales se les condenaba á guardar el honor nacional y á escoltar la sagrada bandera de la patria.

Figueroa, que así se llamaba el asistente, había sido ofrecido al capitán ayudante, por su jefe el comandante Calvete, compadecido de los sufrimientos con que agobiaban la naturaleza gastada y enfermiza del destinado, las rudas fatigas del militar en campaña, fatigas que serían naturalmente amenguadas en la vida relativamente cómoda y descansada del servicio de asistente en el cuartel general.

El capitán recibió con benévolo interés á su nuevo servidor y lo instaló cerca de él, tratándolo, fuera de los actos de servicio, con toda la familiaridad que era compatible entre sus distintas categorías.

Figueroa no sabía cómo demostrar su grati-

:ud á esta inesperada providencia que lo sal-
raba de las listas á las 3 de la mañana, del
servicio de guardia y de retén, del ejercicio
diario cuando no estaba de servicio, del acuar-
:elamiento casi permanente, de las fajinas con-
suetudinarias, de la carneada, del lavado de la
ropa, del rancho poco apetitoso y menos sucu-
lento, y, por fin, de la varita de membrillo del
cabo de escuadra, siempre cimbreante y silba-
dora entre sus cachirlas anémicas que defen-
dían mal la guetra y la bombacha reglamen-
tarías contra sus picantes caricias.

La manera de expresar esta gratitud por parte de Figueroa, tenía algo de original por no decir de cómica.

Se había propuesto exceder con demostraciones superlativas, la satisfacción de todos los deseos expresados por su capitán.

Decía éste, por ejemplo:

—Me cansa la carne. Comería de buena gana unos huevos frescos.

A la media hora se presentaba Figueroa con una cesta de huevos, una yunta de gallinas, un gallo y cuatro pollos.

Fecundación, germen, gestación, incubación y resultado.

Otra vez exclamaba el capitán:

—No hay perfume como el de los azahares.

A la tarde se presentaba Figueroa con un

que una de sus herramientas en una p
piedra giratoria.

—¡Caramba!—dijo—¡qué buena propor
tu amor mi navaja sevillana!

Figueroa oyó esto, y se dijo *in pecto*
amistad se trata! pues no andaremos
serias.

Pocos días después, se le antojó á u
pañería de armas que discutía con el
sobre la superioridad de sus respectiva
dos: sacó la de éste para probar las calid
la hoja y por poco no se rebana todos lo

¡Era una navaja de afeitar!

¡Cortaba un pelo en el aire!

—¡Infame!—exclamó sonriendo el ayu
¿Te preparas á cortar en rebanadas cor
jamón á los paraguayos?

El capitán se puso rojo de ira y prot
su inocencia con respecto á aquella af

Llamó á Figueroa y lo increpó dur
sobre aquel abuso infame.

Aquél se excusó alegando la desventaja de su espada con respecto á aquélla que era capaz de hacer hilas en el espacio á una sutil y casi incorpórea *baba del diablo.*

Pocas horas después, la cosa se sabía en todo el cuartel general, y al día siguiente era la comidilla de los cuentos de campamento. Pasaba el capitán, y todos los oficiales cuerpeaban el terrible sable que, envainado y todo, parecía constituir una amenaza sangrienta para las piernas ajenas.

El capitán estaba desesperado, y su carácter franco, abierto y expansivo, sufría de una manera atroz con esta broma suscitada por un hecho de que era en absoluto inocente.

Una noche estaba de servicio y cenaba como era de práctica en la larga mesa del general en jefe, rodeada de un brillante estado mayor compuesto de jefes y oficiales del mismo cuartel general, y de algunos cuerpos del ejército honrados por la invitación del comandante supremo del ejército aliado.

El General ocupaba la cabecera, y siendo extremadamente sobrio con respecto á los placeres de la mesa, le gustaba, no obstante, desbrozar aves y servir algunos platos de su predilección.

El asado era uno de éstos. Andrés, el sirviente íntimo, puso ante él una gran fuente en la que humeaba un suculento trozo de vaca, asado á la moda campesina.

El General empuñó el trinchante; pero á poco andar, encontró, ó que la vaca era ya abuela, ó que el cuchillo operaba muy defectuosamente por falta de filo. Entonces suspendió la operación, y con aire sonriente, dijo como al acaso:

—Aquí haría falta una de esas espadas que cortan hasta la sombra. ¿No habría una por ahí?

Y tendió su mirada vaga é indiferente por sobre el grupo.

Como en el cuadro de la Cena de Leonardo de Vinci, que ante las palabras del Divino Maestro, referentes á la próxima traición de uno de sus discípulos todos los rostros se vuelven hacia Judas, así todas las miradas bri-

Al día siguiente, el General debía hacer una visita al cercano campamento.

Montó con este objeto su ruano favorito, y seguido de un pequeño séquito, entre el que iba "el capitán de la tajante espada" como ya se le decía, echó á andar por las desoladas calles de Concordia que caldeaba el sol con sus rayos tropicales.

De vez en cuando, por la pequeña rendija de una ventana que se entreabría al rumor de la militar comitiva, asomaba, perdido en la penumbra, el rostro velado de una mujer, rostro en el que brillaban como dos carbunclos unos ojos iluminados por la ira y el despecho.

A veces, llegaban hasta los oídos de los jóvenes militares palabras sibilantes preñadas de injurias y de fatales pronósticos para la empresa guerrera que iban á acometer, palabras que resbalaban rotas y despuntadas, como por sobre una cola de acero, en la estudiada indiferencia de los aludidos, cayendo á sus pies que pasaban sobre de ellas con el más arrogante desprecio.

De vez en cuando, por detrás de la media puerta de la trastienda de una pulpería, se dejaba ver la camiseta roja de algún desbandado de Basualdo y luego un grupo de cabezas crinudas y barbudas que se hacinaban en una especie de anhelante y hostil curiosidad ante el

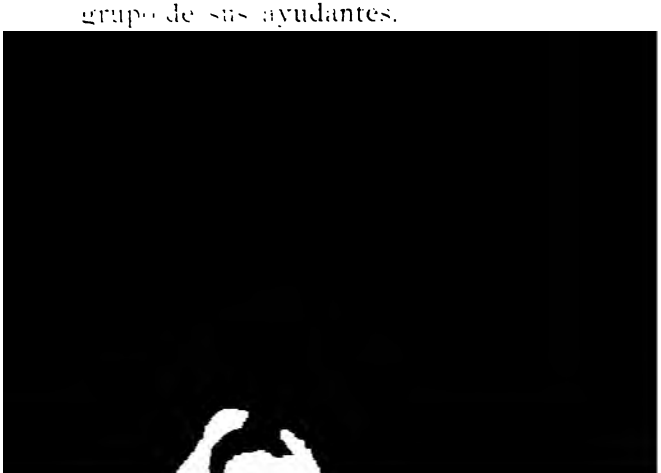
paso del General y su brillante estado ma

Delante de una de estas pulperías, ya en afueras de la ciudad, se veía una gran carr de campo, que parecía como que acababa de c cargar mercaderías.

Había venido hasta allí tirada por tres y tas de bueyes, de las cuales las del pértig primera cuarta habían sido ya desuñidas, es rando su turno la delantera, que, atada toda al yugo, había atravesado la calle hasta la ac de enfrente, dejando tendida en ella el gru torzal de cuero con que operaba la tracc del pesado vehículo.

El General, engolfado en sus pensamien iba adelante, fumando su eterno cigarro haba y jugando indolentemente con su latigu tronado con virolas de plata.

A unos quince pasos lo seguía el dimir grupo de sus ayudantes.



mente en momentos en que el caballo que montaba el General pasaba por sobre de ella, tomándolo por entre las piernas y soliviantándolo del cuarto trasero en una posición peligrosa para el jinete.

El caballo era manso como un cordero, pero la maroma aquella no debería ser de su agrado, porque empezó á tirar desesperadas coces, agitándose violentamente en todos sentidos para librarse de tan extraña como inopinada suspensión aérea.

El General apeló á todos los recursos de la equitación para mantenerse en su silla; pero la cosa no debía prolongarse, y ni el carretero aparecía, ni de la pulpería podía esperarse otra cosa que un deseo vehemente de ver en apuros y tal vez por el suelo al jefe de la Nación y general en jefe del ejército.

Entonces el capitán tuvo una idea luminosa.

Rápido como un relámpago desenvainó su temible tizona, y picando con los espolines el caballo, se acercó á la cada vez más tirante cuarta, descargando sobre ella un furibundo sablazo que la partió en dos, como si hubiera sido una hebra de seda.

El General siguió su camino sin dirigir una mirada siquiera al antonomástico Alejandro, el cual envainó lleno de orgullo y de un golpe la

brillante hoja, tan prosaica como útil y oportunamente estrenada.

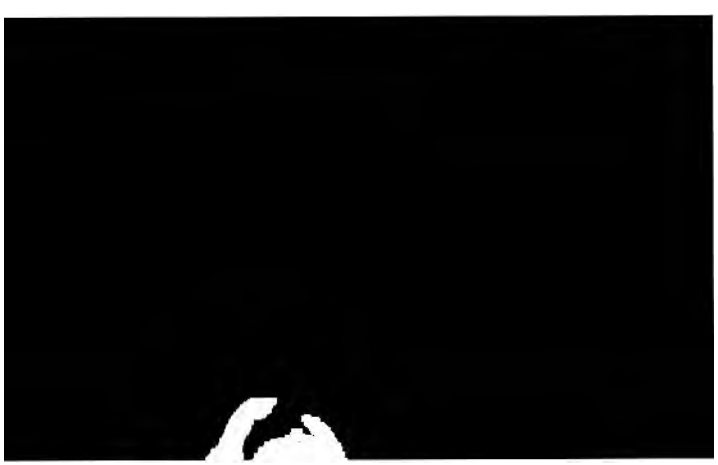
Por la noche y de regreso del campamento, cenaban nuevamente los actores de esta escena, en el comedor del general en jefe.

Vino el asado.

El General, como siempre, empuñó el trinchante para dividirlo, y como viera que lo habían afilado, buscó con la mirada al capitán, y le dijo sonriendo:

—Hoy anda todo bien, capitán. ¡Había sido una buena idea la de afilar las armas!

NICOLÁS GRANADA.



EPISODIOS HISTORICOS

EPISODIOS HISTORICOS

I

Entre los papeles del general Mitre, que forman un copioso archivo, figura un *Diario* del sitio de Montevideo, que comprende parte del año 1846.

Son apuntes de puño y letra del General, escritos día por día, cuando tenía 25 años de edad. El los titula *Mi diario del sitio grande.*

De esas páginas copiamos las que van á leerse y que relatan un episodio dramático de la vida del General.

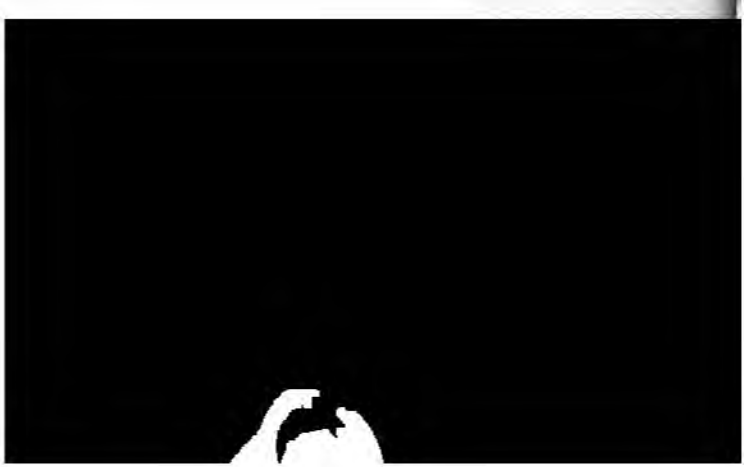
Era en los días en que la revolución riverista había dominado á Montevideo, posesionándose el general Rivera del mando.

Los sucesos se desarrollaban en tal forma, que la Legación Argentina, que sostenía el sitio contra las fuerzas de Oribe, había tenido que embarcarse como lo hizo, dirigiéndose á Corrientes para incorporarse al ejército del general Paz.

Entre esas fuerzas iban el entonces comandante don Bartolomé Mitre y el capitán don

Carlos Eguía, jefe más tarde este último de la respetable familia de Buenos Aires que lleva su nombre, y muy respetado él mismo en nuestra sociedad.

Entre estos dos hombres se desarrolló la escena que va á leerse, y que el general Mitre solía referir cuando se la recordaban.



DIARIO

ABRIL, 1846

9. Nos trasbordamos á bordo del pailebote *Orestes*. Los buques en que marchan los argentinos son los siguientes: zumaca *San José*, goletas *Sapienza* y *Felicidad* y el *Orestes*.

10. Todo el convoy ha fondeado frente al vapor *Lezard*, de S. M. B., que se dice deberá remolcarnos. El vapor *Lezard* es todo de hierro y de la fuerza de 120 caballos.

12. Hoy ha habido una gran parada en Montevideo. El general Rivera, insultando la miseria del pueblo, se ha presentado en ella ostentando un apero del valor de 7,000 patacones, en que todos los herrajes son de oro.

A las 7.30 de la noche:. Dimos la vela á esta hora y navegamos toda la noche. En el tránsito todos los buques del convoy entonaron el himno argentino, dando vivas á la República Argentina, á Corrientes y al general Paz. Hubo algunos que llevados de un ardor exagerado, dieron *mueras* al general Rivera, pero este grito fué unánimemente reprobado, á la par que fué repetido con entusiasmo el *muera* contra el tirano Rosas.

13. Los buques del convoy se separaron durante la noche. El *Orestes*, como más velero, se adelantó á todos y amanecimos frente á las barracas de San

Gregorio, que se diseñaban como nubes en el horizonte. El poco calado del buque nos permitía navegar sobre el banco Ortiz. Poco más tarde sobrevino una calma y entonces divisamos á nuestra izquierda á los demás buques del convoy. A la una de la tarde refrescó el viento y á las 7.30 de la noche fondeamos, porque no siendo práctico el capitán del buque, no se atrevía á entrar de noche á la Colonia, temiendo también tocar en las Pipas.

14. Se levó el ancla á las 6 de la mañana y fondeamos á las 2 de la tarde, por falta de viento, frente al Rosario. Teníamos tres brazas de profundidad, hallándonos sobre el veril del banco.

Aunque he tomado por regla hablar en este *Diario* de mí lo menos que me sea posible, quiero, sin embargo, consignar en él algunos recuerdos personales, de aquellos que rompen el curso ordinario de la vida y forman suceso en ella. A este número pertenece el que voy á referir.

El calor sofocante del día y la quietud del río nos convidó, al capitán Eguía y á mí, á darnos un baño al costado del buque. Nos echamos al agua y nos pusimos á juguetear, pero sin separarnos mucho, pues los dos éramos malísimos nadadores y la corriente muy fuerte. Eguía que, nadaba un poco mejor que yo, contando demasiado consigo mismo, se alejó imprudentemente como á treinta varas del buque. El río bajaba con mucha rapidez y Eguía se había dejado ir suavente aguas abajo. Cuando quiso retroceder le faltaron absolutamente las fuerzas y no pudo adelantar una sola vara. Entonce

conoció que le era imposible llegar al buque y pidió auxilio, gritando que se había cansado. Mientras tanto, sin perder su espíritu, se sostenía sobre el agua con un movimiento pausado de los brazos A bordo todo era confusión. Mi primera idea fué irle á dar auxilio llegando hasta él, pero pensé que apenas me tocase iría irremediablemente á fondo. No contando con mis fuerzas y llevado de un sentimiento generoso, me determiné á llevarle la punta de un cabo, que pedí con instancia y que me alcanzaron, después que hubo transcurrido como un minuto. Entonces, tomándolo en los dientes me adelanté nadando precipitadamente para entregárselo No había aún andado veinte varas, cuando tuve la convicción de que me sería imposible volver. Casi tuve impulsos de retroceder, pero á la vista de aquel rostro pálido y desencajado, que me fijaba intensa mirada, como reconcentrando en mí toda su esperanza, sentí redoblarse mis fuerzas y agotándolas en un impulso poderoso conseguí llegar hasta él y entregarle el extremo del cabo salvador. Al hacerlo, tuve la precaución de no acercarme mucho á él, por temor de que en su turbación se agarrase de mí y nos ahogásemos los dos. No contaba yo que estuviese tan entero como lo estaba. Esta precaución me hubo de ser funesta, pues me impidió agarrarme yo mismo al cabo como lo había pensado hacer. No podré expresar con qué velocidad estas y otras muchas ideas del cálculo frío y meditado cruzaron por mi mente en el momento del peligro. Confrontando esta situación con algunas

otras de mi vida, empiezo á creer que las facultades intelectuales del hombre se aguzan en las circunstancias extremas y que entonces por intuición llegan hasta donde rara vez llega el cálculo.

Luego que Eguía se hubo apoderado del cabo, fué recogido por él hasta el costado del buque. Lleno de gozo por haber ejecutado una buena acción, le vi alejarse sin envidia, mientras que yo quedaba atrás, con la convicción profunda de que por mí mismo no me sería posible salvarme. Sin embargo traté de hacerlo y adelanté en efecto, como unas diez varas, nadando contra la corriente; pero de repente faltó el aire á mis pulmones y una completa postración se apoderó de mí; apenas podía mover un brazo para sostenerme sobre el agua. Una descarga eléctrica no me hubiera producido una conmoción tan instantánea. Traté con todo de adelantar camino, no queriendo pedir auxilio, pues volviendo los ojos á todas partes de nadie lo esperaba, y la confusión que reinaba en el buque con motivo de Eguía me hacía temer que nadie se fijaría en mí. Me equivocaba, porque en la palidez de mi semblante ya muchos habían conocido el peligro en que me hallaba. Cuando me hallé en la última extremidad quise articular un grito de socorro, pero sólo pude lanzar un suspiro ahogado, que debió ser muy angustioso y oculté la cabeza entre las ondas. Entonces perdí toda esperanza. Después me ha dicho Eguía que él oyó mi primer suspiro y que se le clavó en el corazón.

Cuando haciendo grandes esfuerzos logré levan-

:ar mi cabeza sobre la superficie del agua, vi á mi asistente Joaquín Lozano que se dirigía nadando á darme auxilio. Al verme en peligro se había desgarrado la ropa con el cuchillo y echádose al agua por la proa. Su vista me dió aliento para sostenerme algunos momentos, porque mi vida la contaba entonces por segundos. Cifré en Lozano toda mi esperanza, y tan reconcentradas estaban sobre él todas mis facultades, que no veía un cabo que me alcanzaba el capitán don José M. Ortiz. Este joven, al ver lo que pasaba se había arrojado al agua medio vestido, y después de haber ayudado á Eguía á llegar hasta el buque vino á prestarme á mí su generoso auxilio. Mientras tanto, Lozano se acercaba nadando con rapidez. Antes de llegar á mí, suspendió por un brazo á Eguía que se sumergía, porque no le estiraban el cabo desde á bordo. Su primer palabra al sacar la cabeza fué: "Anda, socorre á tu comandante." Estas pocas palabras en aquellos momentos, hacen el elogio más completo del hombre á quien tuve la fortuna de poder salvar la vida.

El roce áspero del cabo contra mi cuerpo me hizo verlo. Me así de él ávidamente; pero, como no lo estiraban desde á bordo, me volví á sumergir por tercera vez, bebiendo en ésta mayor cantidad de agua que en las otras. Con mis manos crispadas sobre el cabo, me sentía ahogar desesperado, porque me faltaban las fuerzas para tirarme por él, y en la confusión que reinaba á bordo, nadie se acordaba de hacerlo. Entonces sentí una mano po

derosa que se apoderaba de mi puño derecho y me suspendía sobre las ondas: era Lozano. Este socorro y el que me prestó Ortiz al mismo tiempo me salvaron la vida. Auxiliados por ellos y por Ramallo, que se acordó de tirar del cabo, pude llegar hasta el costado del buque.

Al pisar la cubierta, mi primer pensamiento fue para mi esposa y para mis hijos: jamás he pensado más dulcemente en estas prendas hermosas de mi cariño, como jamás el sol se me ha presentado más bello y resplandeciente.

II

Sabido es que cuando el general Urquiza obligó á levantar el sitio de Montevideo al general Oribe, gran parte del ejército de este último se plegó á las fuerzas libertadoras El hecho, halagador, tal vez, para otro, no ofuscó al general Urquiza, quien con la noción clara que tenía de las cosas y hombres de su tiempo, supo descubrir un grave peligro, en lo que parecía acrecentamiento de fuerza y poder de su ejército. Pensó, y los hechos demostraron su acierto, que aquellos hombres de Oribe, cuyo amor por Rosas (ó temor de su poder) les habría dado energías suficientes para mantener sin desfallecimientos una campaña de tantos años, durante la cual ni ropas ni dinero recibieran, serían un elemento disolvente en el ejército, pues no era creíble cambiaran en una hora ideas y afecciones guardadas durante tan largo lapso de tiempo; dejarlos á retaguardia sería crearse un serio obstáculo para el caso posible de una campaña difícil. En esta emergencia el general Urquiza formó, con tropa, oficiales y jefes de Oribe una división de vanguardia que debía marchar manteniéndose constantemente á dos leguas del ejército. En esta forma se atravesó Santa Fe y el ejército campó en territorio de Buenos

Aires. Aquí resolvió el general demorarse algunos días con objeto de reponer las caballadas y preparar debidamente para los combates próximos su ejército fatigado por tan larga marcha. La vanguardia fijó su campo á dos leguas del grueso de las fuerzas. El mando de esta división había sido confiado al coronel Aquino, único unitario en ella, hombre de valor probado y unido al entonces comandante don Bartolomé Mitre por lazos de estrecha amistad. Mientras el ejército permaneció campado, todos los días traía el parte de vanguardia un ayudante del coronel, quien, con tal motivo, hacía el trayecto dos veces, por la mañana y por la tarde. Varias veces el comandante Mitre había pasado á la vanguardia, con objeto de visitar al coronel Aquino, y si á esto se agrega que los clarines de una y otra parte se oían distintamente en los dos campos, se comprenderá hasta qué punto es de misterioso é inexplicable lo que sucedió al fin de esos ocho días.

El ayudante había dado su parte de la tarde é iba á regresar á la vanguardia cuando el comandante Mitre lo llamó y le rogó esperase á que él concluyera un trabajo urgente en que estaba empeñado, para hacer juntos el trayecto, pues deseaba pasar aquella noche con su amigo Aquino. La tarea demoró al comandante algún tiempo, de modo que serían las

ocho y media, cuando se pusieron en marcha. Hacía una luna hermosísima y como la suave temperatura convidaba á alargar el paseo, comandante y capitán pusieron sus caballos al paso y avanzaron departiendo alegremente. ¿Qué ocurrió entonces? ¿La conversación fué tan interesante que los distrajo hasta desorientarlos en aquella planicie ampliamente iluminada por la luna? ¿Cómo pudo perder el rumbo un hombre acostumbrado á hacer el corto trayecto durante ocho días? ¿Qué misterioso poder los alejaba del lugar á donde hubieran podido llegar con los ojos vendados? El hecho es que de pronto, interrumpiendo la conversación, el comandante se detiene é interpela á su compañero:

—Capitán, nos hemos desviado!

El ayudante, después de orientarse:

—No, señor comandante; hago el viaje todos los días é iría allá con los ojos cerrados; es que la marcha al paso nos ha demorado.

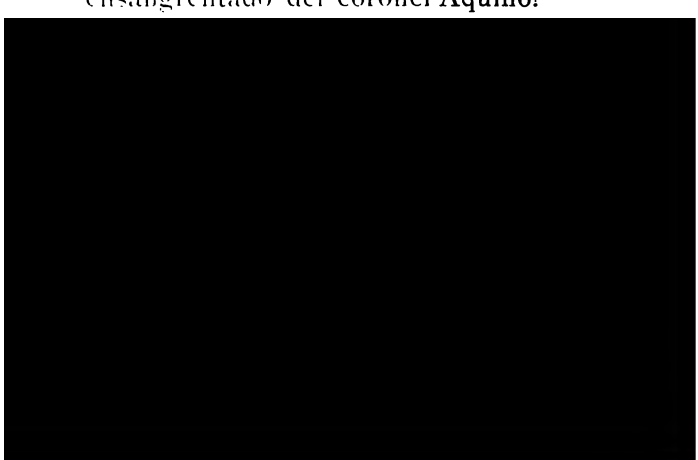
Entonces pusieron sus caballos al galope, y con grande asombro fueron á dar en un rancho que á ambos les constaba no existía entre los los campamentos. Informándose allí supieron que habían dejado atrás como á una legua, el campo de la vanguardia, sobre cuya derecha se habían corrido.

Riendo del chasco y bromeando sobre las notables cualidades de *baqueano* de que había

dado pruebas indiscutibles el ayudante, volvieron sobre sus pasos y llegaron al campamento pocos minutos después. Ya en él, les llamó la atención la falta absoluta de guardias, centinelas ó escuchas, pues llegaron hasta la *carpa* del coronel sin que una sola voz les diera el ¡alto!

—Es inconcebible el descuido de Aquino,— murmuró preocupado el comandante, descendiendo al lado del centinela, que, tendido, dormía á la entrada de la *carpa*. El silencio en todo el campo era profundo; algunos fogones mortecinos aquí y allá, apenas formaban manchas rojas en el suelo.

El comandante se inclinó y sacudió al dormido centinela, que no dió señal alguna de despertarse. Estaba de cara al suelo. El ayudante trató de volverlo de espaldas y no pudo contener un grito: ¡Lo que removía era el cuerpo ensangrentado del coronel Aquino!



III

El general Hornos, cuya reputación de valiente se mantiene á través de los años, recordándosele como á uno de los más audaces en las campañas y en las batallas, tenía por el entonces coronel Mitre alta consideración y cultivaba su amistad.

Pero sucedió, allá por el año 1857, que chismografías menudas hicieron llegar á conocimiento del general Hornos que el coronel Mitre se había expresado mal de él. Hornos, que tanto como valiente era violento, se puso furioso y determinó ir personalmente á pedirle á Mitre una explicación y á proceder contra él si era necesario.

El general Hornos montó á caballo, empuñó su formidable lanza y sin decir una palabra á nadie se dirigió á la casa del coronel Mitre, situada entonces en la calle de Representantes, hoy del Perú.

Llegó allí y sin desmontarse golpeó la puerta con su lanza, pidiendo al sirviente que salió á enterarse de la novedad, que llamase de su parte á Mitre.

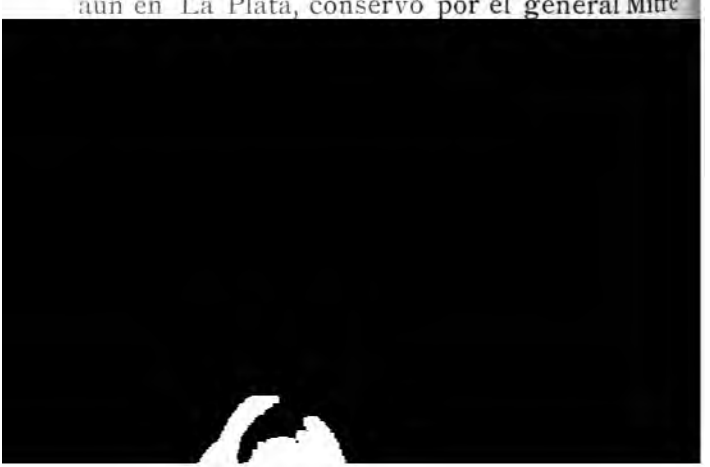
Salió éste al zaguán, tranquilo y sereno como siempre, ajeno completamente á las intenciones del general Hornos. Al verlo en

esa actitud que todo decía menos que fuese su enemigo, tuvo un instante de rápida reflexión y cambiando súbitamente de propósito se bajó del caballo y acercándose al coronel Mitre le refirió lo que había oído y el plan que llevaba.

El coronel Mitre quedó sorprendido porque no sólo no se había expresado mal del general Hornos, lo que no era su costumbre con nadie, sino que, por el contrario, le guardaba el afecto de siempre.

El general Hornos, completamente convencido y dominado por el que creía su detractor, pasó al escritorio de éste y la escena que hubo de tener un final trágico se convirtió en un efusivo abrazo y esos dos hombres quedaron más amigos que nunca.

La hija mayor del general Hornos, que reside aún en La Plata, conservó por el general Mitre



IV

La personalidad luminosa del general Mitre irradiaba más allá de las fronteras de la patria y era la más alta exponente del intercambio intelectual con los hombres principales de la América y la Europa.

Ningún argentino ha merecido más espontánea consideración ni gozado de mayor prestigio y respeto en el exterior que el general Mitre, y su correspondencia privada mantenida con todas las eminencias de los dos hemisferios, puede formar gruesos volúmenes. Se le conocía por sus obras y se le respetaba por sus hechos y virtudes republicanas y cada extranjero que regresaba á su patria, habiéndolo conocido, voceaba sus nobilísimas cualidades y su intelectualidad vigorosa como ninguna otra. Mitre en América y en Europa, era considerado algo así como el patriarca de la nacionalidad argentina.

Entre los grandes hombres de la América latina que le profesaban un sincero cariño y una intensa admiración, se contaba el infortunado presidente de Chile don José Manuel Balmaceda. El presidente Balmaceda perseguido, hostigado, acorralado por sus implacables adversarios políticos, á raíz de una revolución triunfante, sintió su espíritu anublarse, vió con horror lo que ve-

nía y se impuso á sí mismo, serenamente, bravamente, un heroico sacrificio. Buscó asilo en la legación argentina de Santiago, desempeñada entonces por el doctor don José Evaristo Uriburu y allí, á solas con sus pensamientos y sus presentimientos, encontró en la muerte dada por propia mano, la finalidad de su injusta desgracia. Balmaceda se mató de un tiro de revólver.

El infortunado presidente chileno volcó en un notable testamento político todas sus angustias y su grandeza, y quiso que este documento fuese confiado á su noble amigo general Mitre.

La viuda del ex presidente chileno cumplió la última voluntad de su esposo y con una carta íntima conservada en el archivo privado del General, custodiado por manos filiales, le envió el documento que pertenece á la historia.

El desgraciado presidente chileno había pues-

V

Era la víspera del centenario del general Lavalle.

El doctor Uriburu, entonces presidente de la República, titubeaba en permitir que las fuerzas del gobierno nacional rindieran honores al "héroe y al mártir".

El presidente aducía que tal conmemoración importaba herir sentimientos partidistas aun no extinguidos, y lastimar los afectos de la familia de Dorrego.

Esos escrúpulos no pudieron vencerse...

Como á tabla de salvación, varios miembros de la comisión popular, acudieron en póstuma instancia al general Mitre, para que con su consejo y autoridad quebrantase la resolución del presidente.

Vióse al General. Expuesto el caso, el patricio guardó largo silencio, y sus ojos glaucos, impasibles y mortecinos, no tuvieron ni un destello.

Al rato, extendióse en consideraciones sobre la actuación histórica del general Lavalle y fríamente, tras la breve conferencia, fueron despedidos.

El General, diplomáticamente, había esqui-

aclamado y lleno de flores, marchaba
columna cívica y las tropas nacionales
das en la plaza Lavalle, presentaban sus
al héroe de Río Bamba y de Moquehua.

VI

Como se sabe ahora, el ataque de Curupaity era una operación combinada en junta de guerra de los generales aliados. La escuadra brasileña debía forzar el paso del río destruyendo previamente las fortificaciones. Porto Alegre y el general en jefe atacarían tan pronto como el almirante Tamandaré diera la señal de haber cumplido su cometido. Polidoro, con el ejército brasileño y las fuerzas argentinas que quedaron en Tuyuty á las órdenes del general Gelly, haría una fuerte demostración por el frente del enemigo para llamar su atención y distraer parte de su fuerza, y, por último, el general Flores, con la caballería, operaría por el Norte, de manera que el campamento paraguayo fuera amenazado por los cuatro lados.

Bien, pues, el almirante brasileño hizo la señal de haber forzado el paso, *descangalhando*, según su expresión, las fortificaciones, pero ni forzó el paso ni *descangalló* nada, haciendo que el general Mitre y Porto Alegre fueran á estrellarse contra las trincheras paraguayas completamente artilladas y defendidas; Flores se extravió y no llegó al punto que le estaba designado y Polidoro no hizo nada, resultando de esta falta de cooperación, el

sangriento pero heroico rechazo de Curupaity.

El general Mitre había escrito el día mismo á las ocho de la mañana al general Polidoro, lo siguiente: "Que el reconocimiento de V. E. por esa parte sea á fondo y no trepide en llevar el ataque á las líneas en el momento oportuno, pues el enemigo tiene divididas sus fuerzas. Por esta parte nada dejaremos de hacer, porque de los esfuerzos de este día depende el resultado inmediato de la campaña."

En el momento en que, después de oir tronar por horas enteras las formidables *bocas de fogo* de la escuadra y hecha la señal por Tamandaré, se iniciaba el avance sobre las trincheras, se oyeron algunos tiros del lado de Tuyuty y, llamándole la atención al general en jefe, el general don Emilio Mitre, contestó á aquél:

—"Debe ser Polidoro que ataca"...

Y después de esa conducta de los aliados, el noble general argentino soportó impasible y mudo los duros reproches que se le hicieron por un fracaso de que nadie tenía menos culpa que él, cuando con una palabra salvaba su responsabilidad; pero esa palabra habría importado la ruptura de la alianza y el éxito de la guerra y el general Mitre prefirió su descrédito personal al bien de la patria.

No se conocerá en la historia un ejemplo de patriotismo y abnegación semejantes.

VII

El General estaba gravemente enfermo en el Paraguay. Un oficial solicitaba permiso para bajar á la capital, pero como este permiso no podía concederse á nadie por las ordenanzas, después de una acción de guerra adversa, la secretaría despachó desfavorablemente la solicitud.

Hallándose el secretario en el rancho del General en Tuyucué, le entregaron á éste una carta del oficial en que insistía en su pedido, y al leerla no pudo el General contener sus nervios, como tenía habitualmente el privilegio de hacerlo y, en un ataque de impaciencia y de ira, exclamó:

--¡Esto es una infamia, un insulto! ¡Me creen capaz de cometer un acto de favoritismo faltando á mi deber!—y siguió profiriendo palabras duras y haciendo trizas cuanto le caía á la mano.

--¡Déjeme!—le dijo al secretario, que no sabía dónde meterse y que saliendo del rancho pálido y sin alientos fué á ver al oficial de servicio que era ese día Juan Francisco Vivot, á quien contó lo sucedido, pidiéndole que viese al General con cualquier excusa. Vivot, temeroso también de un accidente grave, atendido el estado de debilidad en que estaba el enfermo, no se ani-

mó, sin embargo, á forzar la consigna, presentándose á su jefe sin ser llamado.

No se sentía ningún ruido en el rancho, pero aumentando la zozobra del secretario y del ayudante que profesaban al General ese sincero cariño que nace de la estimación y el respeto, resolvieron sacar la brasa por la mano del gato, como vulgarmente se dice, y llamando al asistente Manuel Díaz, le dijeron que creían que el General lo necesitaba.

Entró Manuel, y un instante después salió diciéndole al secretario:

—El señor general dice que vaya.

—Continúe,—le dijo á éste cuando entró, ya completamente calmado y como si nada hubiera ocurrido.

Estos arranques violentos han sido muy raros en la vida del General, pero han ocurrido algunas veces, ó estando enfermo, ó cuando había concentrado demasiado mal humor, haciéndole perder el dominio de sus nervios.

VIII

El General no improvisaba sus planes de campaña. Solía pasarse dos y tres días paseándose desde su galera ó rancho hasta cierta distancia, de donde volvía, al extremo de marcar una senda como la de las hormigas en el campo, aunque mucho más ancha Terminada la gestación tomaba un lápiz y comenzaba á llenar carillas con garabatos ininteligibles que hacían sudar al secretario para descifrarlos, pues nunca se permitió el lujo de preguntarle:

—¿Qué dice aquí, señor?

Si no entendía buenamente se lanzaba á adinar y adivinaba.

Cuando escribió su famosa *Memoria* de Setiembre 9 del 67, que enviada confidencialmente al emperador del Brasil por conducto de nuestro ministro en Río, determinó el inmediato pasaje de la escuadra arriba de Humaitá, estuvo tres días paseándose en Tuyucué, y luego dos días enteros haciendo geroglíficos á lápiz, que traducidos fielmente por el secretario, dieron forma legible á ese importante documento, que no sólo sirvió para determinar el fin de la guerra, sino que últimamente vino á salvar con su publicación la hónra nacional, desmintiendo los

[illegible] en remojo.
[illegible] tarea con su
[illegible]

IX

Corría el año 1852. Buenos Aires sitiada luchaba una vez más heroicamente por la unidad nacional y por las libertades patrias, nuevamente amenazadas de caer en el caos del caudillismo y la anarquía.

Se estaba en pleno sitio, esperando día á día y momento á momento, el asalto á la ciudad, cuando el general Paz fué avisado por sus avanzadas de que el coronel enemigo Clavero, con fuerzas á sus órdenes, amenazaba repetidamente invadir por el lado de la Recoleta.

Con el objeto de impedir el avance ordenó el general al coronel don Julián Martínez que situara un cantón sobre la casa más avanzada que existía sobre la calle Larga y que estaba como á doscientos metros de las Cinco Esquinas, comisionando al mismo tiempo al ayudante Carlos M. Bazo para que colocara sobre el camino varios "caballos de Frisia"—caballetes de madera gruesa, enterrados por un extremo en el suelo y erizados de fuertes púas de hierro aguzadas, que dificultarían el avance enemigo en caso de ataque y permitirían reforzar la defensa.

Regresaba el ayudante de cumplir la misión que se le había encomendado, cuando, nueva-

mente el enemigo apareció á inmediaciones del cementerio, y esta vez con una pieza de á cuatro, con la que rompió el fuego sobre las guerrillas porteñas; en ese mismo momento el coronel Mitre, jefe de estado mayor de la defensa, atraído por el estampido del cañón, llegaba al galope de su brioso saballo, seguido de sus ayudantes. Vestía un sencillo uniforme negro y el tradicional chambergo que más tarde debiera ser una enseña y un símbolo querido.

Enterado por el capitán Bazo de los pormenores del momento, resolvió cerciorarse personalmente de la importancia del ataque y echando pie á tierra se encaminó al mencionado cantón. Breves momentos hacía que el coronel Mitre observaba al enemigo con su anteojo apoyado en el parapeto, cuando un certero tiro de cañón de los atacantes dió en la parte superior del edificio arrancando un gran trozo de cornisa; el movimiento instintivo de todos los que le rodeaban fué esa conmoción nerviosa que se traduce por un recogimiento del cuerpo. Reaccionando luego, fijaron la vista en el coronel Mitre dispuesto á la contingencia de un nuevo disparo. Este permanecía aún en la misma actitud de observación que algunos momentos antes, cubierto del polvo desprendido de la cornisa destrozada, y sin que acusara la mínima sorpresa. Al erguirse de su posición, su sem-

blante sin un solo gesto, sin una sola contracción muscular, guardaba esa serenidad imperturbable de todos los momentos que no debía alterarse nunca, tanto en el triunfo como en la derrota, así en sus días felices como también cuando alguna desgracia tocó á su venerado hogar.

Y el coronel Mitre, después de sacudir con un latiguillo que pendía de su mano derecha el polvo que cubría su uniforme, descendió del cantón, montó á caballo y se alejó lentamente del sitio de este episodio que había de ser pálido comparado con posteriores hazañas.

X

En 1853 debía revisarse en Santa Fe la Constitución Nacional para tentar la organización de la República.

El general Mitre era entonces gobernador de la provincia y Urquiza presidente de la República.

Era necesario evitar que el general Urquiza fuese á Santa Fe, porque su presencia allí podía ocasionar choques con las delegaciones que habían ido de Buenos Aires, entre otros el ardoroso Adolfo Alsina.

Entonces, el General, de acuerdo con su ministro doctor don Guillermo Rawson, resolvió despachar en comisión cerca del general Urquiza, á don Juan Bautista Peña y don Agustín R. Silveyra. Como el primero de éstos se encontrase enfermo, el General dió una carta á Silveyra presentándolo á Urquiza.

Llegó el emisario al histórico palacio de San José, en circunstancias que el vencedor de Caseros estaba rodeado de muchos de sus amigos y con un humor de todos los diablos.

Al enterarse Urquiza de la misión que Silveyra llevaba, hizo retirar á sus visitas y la entrevista se celebró. El general rehusaba en un principio aceptar la invitación de Mitre y en

algunos momentos llegó á levantar airadamente la voz, lo que obligó á Silveyra á no quedarse callado.

De pronto, Urquiza cambió de tono y codeando familiarmente á Silveyra, le dijo:

—Bueno, amigo, usted es un buen porteño; no es como estos adulones que me acompañan; dígale á Mitre que no iré á Santa Fe.

Esta determinación de Urquiza, previsoramente buscada por el general Mitre, salvó al país de una gravísima perturbación, porque los ánimos estaban muy exaltados y los porteños que habían ido á Santa Fe se proponían hacerle pasar un mal rato, quién sabe con qué consecuencias.

XI

Las relaciones internacionales entre Chile y la Argentina habían llegado á sus extremos y en ambos países se predicaba la guerra y sus gobiernos reunían precipitadamente y sin escatimar sacrificios ni recursos toda clase de elementos bélicos.

La atmósfera que se respiraba por aquellos días alejaba la posibilidad de un arreglo pacífico de la secular cuestión de límites que dividía profundamente á los dos países. Los ejércitos estaban sobre las armas; los astilleros extranjeros trabajaban febrilmente poderosas máquinas de guerra; la guardia nacional de ambos países se hallaba bajo banderas y su instrucción militar se hacía rápidamente por medio de expertos instructores. Este ambiente guerrero se completaba con la prédica de la prensa en su casi totalidad partidaria del rompimiento de hostilidades y con las manifestaciones públicas que se sucedían á diario en todos los puntos de la República encendidas por las arengas de oradores populares.

La guerra, la guerra que aparte de sus horrores amagaba traer una conflagración continental, se presentaba, desgraciamente, inevitable.

Fué en esos momentos solemnes y casi puede decirse en que las armas estaban á un paso de chocar, que el presidente de la República general Roca, abarcando la gravedad de la situación y de sus responsabilidades, tentó un esfuerzo supremo, provocando en su despacho oficial una reunión de notables.

A ella fueron los hombres espectables del país que por sus antecedentes, su patriotismo, sus servicios probados, sus previsiones y sus talentos podían y debían pronunciar la última palabra y decidir de la suerte de la República, siendo el primero de los invitados el general Mitre.

La conferencia mantenía una ansiosa expectativa en todo el país, como que de ella debía salir irrevocablemente la paz ó la guerra. Las opiniones coincidieron en la gravedad del momento y en lo inevitable del rompimiento. El General no contrarió aquella corriente irresistible y dió su opinión atemperada pero firme, que fué escuchada con profundo respeto. Añadió, no obstante, que aun podía hacerse un último esfuerzo para conjurar la tormenta.

—Demórese por veinte y cuatro horas,—dijo, —toda solución extrema y en veinte y cuatro horas, aún mucho puede hacerse.

Su palabra serena, autorizada, impregnada quién sabe de qué secretos designios ó de qué

intuición patriótica en aquellos instantes de supremas angustias, fué escuchada. Se resolvió esperar veinte y cuatro horas más.

El General se retiró de la memorable conferencia dominada su grande alma por la nobilísima obsesión de detener el peligro inminente y desde ese momento, asumiendo sobre sí la responsabilidad de las circunstancias, se puso en activísima comunicación telegráfica con las autoridades superiores y los notables de Chile, exhortó, predicó la paz en nombre de la tradición de los dos países, de sus glorias comunes, de su presente, de su futuro, de los horrores de la guerra y esa palabra austera, justa é inspirada como palabra evangélica, fué oída. Y lo que veinte y cuatro horas antes era la guerra, fué veinte y cuatro horas después el feliz preliminar de la paz, sellada más tarde concienzudamente por el patriotismo de los dos pueblos hoy confundidos en el abrazo fraternal de dos hermanos.

El general Mitre había triunfado una vez más en la paz como tantas otras veces había triunfado en la guerra.

XII

Pactada la capitulación de Junín, un conocido personaje visitó al coronel Arias para proponerle que ese pacto fuese violado en perjuicio del general Mitre y los demás prisioneros de guerra.

El coronel Arias, espíritu caballeresco y soldado pundonoroso, se sublevó ante esa proposición y contestó textualmente al emisario:

—"Si se les toca un pelo al general Mitre y demás jefes que han capitulado en Junín, diga usted al presidente de la República y ministro de la guerra, que con las fuerzas mismas que me han enviado para vencer la revolución y con esos mismos prisioneros los echaré fuera del poder."

Antes, á otra comisión que lo visitara con las mismas ideas, el coronel le había contestado:

—Si las charreteras de general las he de llevar manchadas con la sangre del ilustre general Mitre, que se las guarde el señor presidente Avellaneda. ¡Malditas sean ellas!

El General, que conocía las afecciones del coronel Arias y sus sentimientos elevados, le llamaba invariablemente su "noble amigo".

XIII

Vencida la revolución radical del 4 de Febrero de 1905 y mientras los jefes y oficiales que habían tomado parte en ese movimiento se hallaban sometidos á los consejos de guerra, el general Mitre fué á visitar al presidente de la República doctor Quintana para felicitarlo como patriota por la terminación de los sucesos.

El General conversó con el presidente, recordándole los precedentes generosos de todos los gobiernos y del pueblo en materia de amnistía.

El presidente Quintana escuchó las palabras del General sin abrir opinión.

Al retirarse del despacho y darle la mano de despedida, le dijo:

—Presidente, no haga usted mártires!...

EMINISCENCIAS DE SU VIDA

REMINISCENCIAS DE SU VIDA

I

Era en la noche larga de la tiranía... Flotaba en el ambiente un vaho de tristeza; la amarga decepción de la catástrofe había doblegado á muchos combatientes de otrora, y el vasto territorio de la patria era un desierto donde no hallaba ya eco la palabra del hombre independiente.

Entonces, un puñado de jóvenes, que había permanecido en el país tratando de minar los cimientos del despotismo con la palabra escrita y la propaganda verbal, decidió buscar en el extranjero un asilo momentáneo,--momentáneo, porque se aprestaba á regresar á la patria en son de guerra contra el déspota que con férrea mano la oprimía.

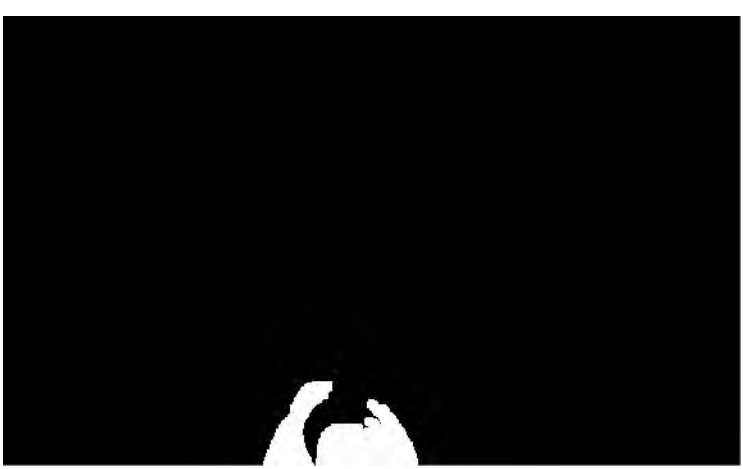
En aquel núcleo de patriotas, Mitre, el más joven de todos, se destacaba por la clarovidencia de sus juicios, la firmeza de su convicción y la tenacidad con que defendía sus ideales. El carácter varonil y militante de Mitre, al decir de uno de los panegiristas de Alberdi, le revelaba

ya el maestro en acción de las libertades de la patria

De aquellos tiempos es la siguiente poesía arrancada por don Francisco Cruz al archivo del doctor Alberdi y remitida á don José J. Biedma, quien á su vez nos la envía para que la hagamos conocer del público.

La poesía no lleva al pie el nombre de Mitre, y el doctor Alberdi que la guardaba en sus colecciones, la exhibió más de una vez ante sus amigos, según manifiesta el señor Cruz, como un testimonio de los generosos sentimientos que animaban á aquel puñado de jóvenes que luchaba entonces por la libertad

A LA SEÑORITA DOÑA JUANA MANN CON MOTIVO DE SU BANDERA DE MAYO



Allá, en el grandioso día
Tal vez pongas animada
Una rosa marchitada
En mi tumba funeral.

Ya se acerca ese gran día
En que el pueblo se levante,
Y en la pirámide cante
El Himno de la Igualdad.
En ese día, tal vez
Yo te vea en Buenos Aires,
Tal vez llenando los aires
Con cantos de Libertad.

Hija del Plata, llenaste
Tu misión sagrada y pura.
La misión de la hermosura
Es infundir el valor.
Tú que levantas tu acento
Para animar á los hombres;
Yo recordaré tu nombre
Sobre el campo del honor.

Uno de los que van á combatir por la Bandera de Mayo.

...s de Septiembre de 1861.

... de Buenos Aires estaba prepara-
... en marcha hacia San Ni-
... Arroyos para combatir al general
... las fuerzas del ejército de la
... se dirigía sobre la que es hoy
... Rosario, a fin de imponer por
... el cumplimiento de los pac-
... establecidos anteriormente.

Era a la sazón gobernador de Buenos Aires y general en jefe de su ejército el general Bartolomé Mitre, y había en la población como puede explicarse sin esfuerzo, una efervescencia y animadversión realmente tenaz contra el vencedor de Caseros.

Puede decirse que la mayor propaganda contra ... era fomentada por el

Figuraban entre los concurrentes asiduos á las reuniones de la "Cabrionera", el poeta Mármol, Adolfo Alsina, Domingo F. Sarmiento, Estanislao del Campo y veinte más que no eran menos tenaces adversarios de Urquiza que ellos.

La "Cabrionera" resolvió un día invitar al general Mitre á una fiesta que en su honor se celebraría en *La Tribuna*, con el fin ostensible de despedirle para la campaña que iba á emprender, pero con el propósito oculto de preguntarle qué haría con el general Urquiza, si llegaba á tomarle prisionero en el campo de batalla.

El general Mitre concurrió á la cita.

Estaría entre los suyos y no podía desairar tan gentil y cortés despedida. Era un anticipo que se hacía á los éxitos futuros y no era el caso de desdeñar esos prolegómenos de una gloria que contaba por segura.

Llegar, una noche, el general Mitre á la sala de redacción, acompañado de una parte de su brillante estado mayor, y caer sobre él una avalancha de admiradores, fué todo uno. Plácemes, felicitaciones anticipadas, muestras de simpatía, deseos de victoria, votos de prosperidad, incitaciones patrióticas, todo cayó sobre el general Mitre, en amable torneo de complacencia. El futuro presidente constitucional de la República, recibía entre sonrisas y apretón

nes de manos todas aquellas manifestaciones de cariño que estimaba sinceras, por lo mismo que venían de sus más ardientes y decididos partidarios.

Poco á poco la reunión fué raleando, porque todas las cosas de la vida tienen un origen y un término. Cuando sólo quedaron los íntimos, los influyentes de la política, los que tenían el derecho de investigar los pensamientos del general Mitre, la rueda se hizo más estrecha y el cerco más apretado, de tal manera que se podía hablar con absoluta confianza y abordar de frente el tema.

—General,—dijo el poeta Mármol—ya está usted con el pie en el estribo para ir á combatir á Urquiza, y no hay para qué afirmarle que regrese usted cargado con los laureles de la victoria. Pero quisiéramos hacerle una pregunta categórica, y aspiramos también á que nos conteste categóricamente: ¿qué hará usted con el general Urquiza si llega á tomarlo prisionero en el campo de batalla?

El general Mitre guardó silencio por un instante.

—¿Le fusilará usted?...—dijo otro, como avanzando su opinión.

—¿Le desterrará?...—agregó un tercero lleno de ansiedad.

—¡Oh! lo que menos merece es que sea fusilado,—murmuró alguien entre dientes.

—Fusilado, no,—dijo un cuarto,—pero sí castigado severamente, como se merece, por su osadía...

El general Mitre continuaba silencioso. Una vaga sonrisa se dibujaba en sus labios, como si quisiera significar que ninguno acertaba con su pensamiento.

—Sí, seguramente, lo fusilará usted—exclamó uno de tantos, como si quisiera dar por terminada la consulta—¡ya lo creo que lo fusilará! ¿no es cierto, General, que lo fusila si lo llega á tomar prisionero?

El general Mitre dejó caer lentamente entre los miembros asombrados de esa asamblea íntima y terrible, estas palabras:

—Si yo tuviera la felicidad de triunfar y de tomar prisionero al vencedor de Caseros, le colocaría á mi derecha, mandaría batir marcha regular y le haría revistar, junto conmigo, el ejército victorioso...

III

El General amaba á Chile con afecto intenso y frecuentemente recordaba los tiempos de su proscripción en aquella tierra hermana donde había pasado los primeros tiempos de su agitada vida, por los grandes ideales republicanos y su alma romántica y soñadora había recibido impresiones que siempre estuvieron en su memoria.

Por ello es, que cuando el ilustre patricio hizo su segundo viaje á Chile en 1883, fué que dijo en un círculo de amigos, que realizaba algo muy grato, algo que satisfacía sus más viejos y caros sentimientos: volver al país de los buenos camaradas de aventuras políticas, de los nobles rivales en la literatura americana y regresar á la ciudad de las mujeres más graciosas y más amables de todo Chile, al referirse á Santiago.

Desterrado de su patria y de Bolivia, donde imperaba entonces el despotismo, el General llegó precedido de la fama de escritor y de soldado, poco después de los treinta años, instalándose en Valparaíso, donde, primero como colaborador y luego como redactor, ingresó á *El Mercurio*, diario que entonces pertenecía á un

miembro conspicuo del partido liberal revolucionario, don Pedro Félix Vicuña.

En su entusiasmo de hombre libre y de poeta, fué cuando se engolfó el General en esa aventura política que tuvo un desenlace sangriento y que motivó que el gobierno chileno lo desterrara al Perú.

Sólo á su vuelta de ese país, en 1852, fué á establecerse en Santiago en una modesta casa de la calle Duarte (hoy Lord Cochrane) Ahí, durante más de un año, fué donde llevó una vida pobre, pero fecunda y distinguida

En esa casa tan modesta, como la que le regalara su pueblo más tarde, trabajó con actividad y entusiasmo en la literatura y poesía hasta que sus relaciones lo aconsejaron se asociara al círculo de los "Amigos de las Letras", esa memorable academia en la cual, bajo la presidencia de Lastarria, argentinos y chilenos celebraron torneos intelectuales, que han enriquecido con sus frutos la literatura americana.

Aunque pobre, el general Mitre, sin otros recursos que los que le daban sus producciones literarias, frecuentaba la alta sociedad de Santiago, porque entonces esa sociedad, más que al dinero, rendía culto al talento, al mérito personal y la gloria conquistada en los campos de batalla.

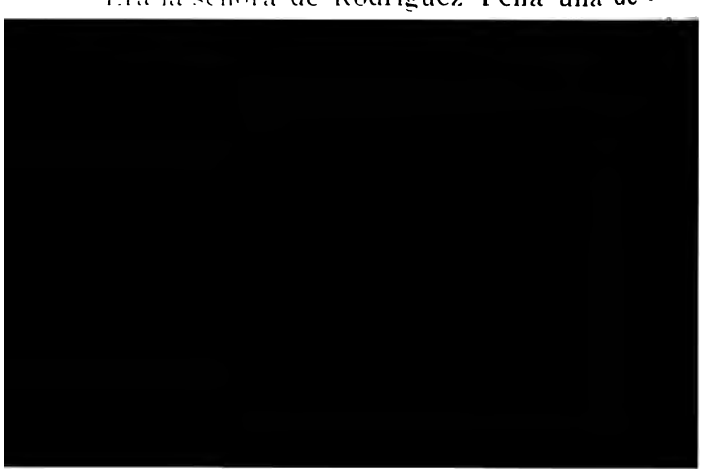
Fué en Santiago, donde el general Mitre, en

aquel tiempo, encontró verdaderos hogares en las casas de las señoras Herrero de Toro y Vicuña de Rodríguez Peña, y en la de Pedro Félix Vicuña, de quien fué su empleado como repórter de *El Mercurio*, en sus primeros tiempos.

Durante su destierro, conoció al que fué más tarde uno de sus mejores amigos que tuvo en Chile don Benjamín Vicuña Makenna hijo de don Félix, con quien el General trabajó con tanta dedicación é interés, que le valió las distinciones que le prodigó su director y amigo, en premio á sus esfuerzos.

En casa de la distinguida señora Eugenia Vicuña de Rodríguez Peña, esposa del hijo de un prócer argentino, pasó el ilustre patricio ese corto tiempo de su vida, que fué, según sus propias palabras, "el más pacífico y feliz".

Era la señora de Rodríguez Peña una de las



poéticas, á través de sus cantos, en los que se traducía la visión de esa pura y admirable mujer.

Cuando volvió, en 1883, á Chile, su amigo don Benjamín Vicuña Makenna quiso hacerle padrino de una hija suya nacida en esos días. El General aceptó semejante distinción, que agradeció más aún cuando se le dejó á él que escogiera el nombre que debía llevar su futura ahijada; sin titubear indicó el de Eugenia. Al tiempo de recibir su ahijada el agua del bautismo el General pronunció las siguientes palabras: "Eugenia Vicuña... que seas como la otra de tu mismo nombre que hubo en tu país... toda inteligencia, toda belleza, toda bondad, toda virtud... Que haya siempre en Chile una Eugenia Vicuña."

La ahijada del ilustre prócer, hoy señorita Eugenia Vicuña Subercaseaux, contrajo enlace en Santiago, en Marzo último, con el distinguido caballero Carlos Viel Isaza.

El general Mitre había aceptado ser su padrino del matrimonio, así como lo fué de pila; pensaba, imposibilitado por sus años, hacerse representar en Santiago por medio de un amigo, pero su muerte no le permitió llevar ante el altar, coronada de azahares y de tules, á la que llevó ante la pila del bautismo y que por él lleva el nombre de la distinguida dama chilena que el General veneró siempre.

... manifestó en todo momento
... señorita Vicuña Suber-
... hasta hace muy poco tiem-
... correspondencia, que se vió obli-
... la hora suprema. En una
... le decía: "Qué felicidad la
... que se aproxima, podré
... Vicuña"
... Chile el general Mitre
... don César González
... uno de los miembros
... sociedad de Bue-
... se alojó entonces en
... Mckenna y en casa de la
...
... temporada en una
... Agustín Edwars. Des-
... que le hizo Chile. Y
... pudieron, en la intimi-

IV

Beso de luz y de amor, consorcio de una imaginación ardiente con un alma delicada y sensible, la poesía encendió sus destellos en las fibras íntimas del general Mitre.

Era un hombre que se había impuesto como lema: "trabajar hasta la hora de morir".

Así lo probó en su ancianidad, puesto que en vísperas de las grandes acciones guerreras, como un convencido del respeto que le guardaría la muerte, en vez de ponerse bien con Dios, trabajaba incansablemente, dejando muchas veces la labor interrumpida "para después de la batalla".

Después de las horas de servicio, en el sitio de Montevideo, con sus libros de poesías bajo el brazo don Bartolomé Mitre llegaba á la jefatura de policía, que estaba á cargo de su gran amigo don Andrés Lamas.

Servía yo en ese tiempo,—dice el que escribe estos recuerdos,—como ayudante del último y tuve oportunidad de apreciar la hermandad de esas almas, unidas por una estrecha amistad y por el arte.

De nueve á nueve y media de la noche, era la hora común en que se reunían.

En más de una ocasión, mi jefe me ordenaba:

—Mazariegos, vea si llega Mitre.

Era la impaciencia artística, el alma gemela que atraía y llamaba al alma del poeta-militar.

Leían mucho, escribían y á cada momento, ante una idea grandiosa, los dos amigos, con las miradas fijas, se entregaban á la meditación.

Era encantador este cuadro. Hay emociones que no pueden traducirse á la escritura. Me abstraía en la contemplación de esos dos seres y, por contagio ó sugestión intelectual, más de una vez la satisfacción retratada en esos rostros queridos, la sentía como una conquista propia.

Llegaba con las primeras claridades del día la hora de la separación.

Daba aviso á la pequeña escolta que acompañaba á Mitre, y embelesado veía la separación de los dos hombres, cuya despedida se repetía con un franco y sonoro "hasta luego", que el eco parecía repercutir en las lejanías.

Durante el sitio de Montevideo, también tuve oportunidad de apreciar la manifiesta inclinación del general Mitre hacia la poesía.

Visitaba con mucha frecuencia mi hogar materno, en donde Mitre era apreciado como si fuera de la casa.

Después de los saludos de estilo, se sentaba en una hamaca, abría su libro, que lo colocaba ante sus ojos, y se abstraía por completo en la lectura: había que dejarlo con su inclinación favorita.

Una tarde llegaba de visita á casa don Joaquín de Vedia, jefe del regimiento de artillería al que pertenecía Mitre. Era aquél grande amigo de mi señor hermano, el entonces teniente coronel don Luis Mazariegos, y estas visitas eran frecuentes, pues mi casa materna quedaba frente por frente del cuartel de artillería.

Don Joaquín de Vedia notó á Mitre que continuaba en su lectura, sin saludarlo militarmente.

Su rostro, con expresión nerviosa, se contrajo, y dió á Mitre orden de arresto.

Intercedió mi señora madre, defendiendo á Mitre, y Vedia dejó sin efecto la orden que diera.

Aquel gran patricio cercano, ese espíritu abstraído por completo en la meditación y en el estudio, agradeció con una sonrisa á su defensora, dándose recién cuenta del incidente que su abstracción había motivado.

V

Cuando se instaló el antiguo Club del Parque y del que formaban parte los miembros del *Club de las Camelias* de feliz memoria, tales como el coronel Mateo J. Martínez, Ildefonso Pinero, Gregorio Guerrico, doctor Carlos Duval, coronel Eduardo Escola, los hermanos Manuel, Teófilo y Nicanor Méndez, doctor Dardo Rocha, doctor Pedro Palacios, Eudoro Balsa, Pedro Pardo, Emilio M. Castro, Isidoro Acevedo y Miguel E. Beccar, fué necesario proceder al ensanche de los salones de aquel Centro y á su decorado.

Se pidió ayuda á los socios y todos respondieron cumplidamente. El general Mitre regaló varios cuadros y muebles que adornaron lucidamente el salón. Entre los retratos donados

:trato del general Flores fué obsequiado
iciativa del señor Beccar á don Segundo
, hijo del valiente general y amigo deci-
e nuestro país; el del coronel Martínez
donado después á doña Luisa M. de Mar-
su viuda.
ido el General supo el destino que se ha-
do al retrato del general Flores, exclamó:
ninguna parte podía estar el retrato del
padre meior que en poder de su noble

VI

Cuando en el año 1882 regresó el general Mitre de su tercero y último viaje á Santiago de Chile, el que realizó al solo objeto de estudiar sobre el terreno los campos de batalla de Chacabuco y Maypo para completar los materiales reunidos y dar á luz la segunda y última edición de la "Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana", el doctor don Estanislao S. Zeballos, presidente del Instituto Geográfico Argentino, del cual el general Mitre era miembro honorario, nombró una comisión de socios del instituto, para que fuera, en nombre de esta institución, á dar la bienvenida al ilustre general, y con ese motivo fueron designados el ingeniero Rosetti, y los señores Schwar, Silveyra y Migoya García.

de libros de su valiosa y única biblioteca americana.

Después del discurso del señor Silveyra, al que contestó el general Mitre agradeciendo la manifestación de sus consocios, agregó que venía, desde mucho tiempo, estudiando la marcha progresiva de las distintas asociaciones científicas que se habían fundado en el país, y que reputaba al Instituto Geográfico Argentino como la más seria y la más importante, pues allí era la verdadera tribuna donde sabios y exploradores venían á dar sus conferencias. Con este motivo, agregó: "Hace ya cerca de treinta años, que como presidente que fuí del extinguido Instituto Histórico del Río de la Plata, guardo una libreta en que consta un depósito de dinero en el Banco de la Provincia, como perteneciente á los fondos del Instituto del Río de la Plata, y como ya no existen miembros de esta institución, pienso que ha llegado el momento de hacer entrega de estos fondos al único que creo con derecho á heredarlos, que es el Instituto Geográfico Argentino."

Entonces el general Mitre, abriendo un cajón de un mueble antiguo, sacó una libreta de Banco, descolorida por los años, y la entregó á los miembros de la comisión.

VII

Celebrada en 1878 la política de conciliación, el alto comercio de Buenos Aires obsequió con un gran banquete en el teatro de la Ópera al entonces presidente de la República doctor don Nicolás Avellaneda, ministro de la guerra doctor don Adolfo Alsina y general Mitre.

Respondiendo á uno de los discursos de esa noche, el general Mitre contestó con estas palabras:

"La conciliación no empieza en este banquete ni es cosa de ayer; la conciliación ha sido iniciada sobre el mismo campo de batalla por mi discípulo el coronel José Inocencio Arias."

Y así había sucedido, en efecto.

VIII

Algunos meses antes de caer enfermo el general Mitre, nos encontramos en la calle con don Máximo Paz, ex-gobernador de Buenos Aires.

Nos detuvimos un momento á conversar. Máximo Paz, con esa llaneza que le es peculiar y que constituye una de las cualidades de su simpática personalidad, nos dijo:

—Tengo una deuda que cumplir con el general Mitre.

—¿Usted?—le preguntamos medio asombrados, conociendo que Paz no era de los que había tenido en su devoción al general Mitre.

—Sí, mi amigo y le diré la causa. Hasta ahora estaba en la creencia de que el General había sido enemigo de mi padre don Marcos Paz; pero noches pasadas, revisando papeles viejos, me enteré por primera vez de la correspondencia cambiada entre ambos durante la campaña del Paraguay mientras mi padre ejercía la presidencia de la República, por encontrarse el General al frente de los ejércitos aliados y de esa lectura quedé convencido que fueron grandes y buenos amigos. Ahí tiene usted,—agregó,—por qué le debo al General una visita.

Pocos días después de esta conversación, Máximo Paz, acompañado de su inseparable amigo don Atanasio Ceballos, visitaba al General en su casa de la calle San Martín y esta entrevista cordial y cariñosa hizo que el distanciamiento se convirtiese en un agradable acercamiento.

IX

Don Lázaro Sein, escribano público de Luján, nos escribe la siguiente reminiscencia:

Corría el año 1874. En una madrugada de Diciembre, si mal no recuerdo, era yo un niño de 10 años, y al lado de mi inolvidable padre, de mi madre y de mis hermanos, nos hallábamos sentados en la puerta de nuestra casa paterna, á deshoras de la noche, en espera del prisionero que debía guardar el Cabildo de mi pueblo de Luján. Junto con la madrugada del citado día, llegó el glorioso prisionero con sus compañeros de infortunio, entre los que recuerdo al bravo coronel Machado y rodeado del pueblo entero de Luján hizo su entrada bajo los legendarios arcos del histórico Cabildo.

Al día siguiente el pueblo en masa, orgulloso de poseer en su seno al eximio caudillo, acudía presuroso á ofrecer al *caído* los homenajes de su admiración y respeto. Allí fuí yo, conducido por la diestra de mi padre á ofrecer al noble General, un cigarro puro. Ver aquella veneranda figura en traje militar de campaña, con su hermosa cabellera y luenga barba descuidada accidentalmente, era ver la efigie del ídolo del pueblo de Buenos Aires á quien los amigos políticos y personales, como sus mismos adver-

sarios de la época, miraban como al hombre predestinado á llenar con su nombre la histotoria argentina durante el medio siglo de su actuación política.

¡Ese era el hombre! ¡Ese era el teniente general don Bartolomé Mitre, de quien todos los corazones argentinos lloran su muerte física, porque Mitre no ha muerto ni morirá jamás en el corazón de todo argentino bien nacido!

X

Conmovedora en su ingenua sencillez, y al propio tiempo rebosante de sentimiento nobilísimo es una carta que de Pensilvania recibió la familia del general Mitre.

No encontramos comentario digno de ella. Tiene el perfume tradicional, bíblico casi, de aquellas comarcas á que dió su nombre Guillermo Penn, el hombre sano, recto y venerable, como un patriarca de las Escrituras.

Al leerla, evoca vagos y grandes recuerdos, el nombre ejemplar de Jorge Washington, las anécdotas sencillas y purísimas de su niñez,—la del cerezo, por ejemplo,—cosas confusas ya revueltas en la memoria, desvanecidas casi, pero que en el carácter han dejado su sedimento y su sello.

Hay tras esas líneas tiernas un indeciso pero intenso fulgor de poesía, algo como una aureola de épica grandeza: y si lo decimos no es para sugerirlo, sino para que el lector vea, ¡cuán al unísono se siente una emoción como ésta, que nos procura la de una mujer que no ha buscado frases de efecto para expresarla:

3 de Marzo de 1906.

Muy estimados señores: Cuando conocí, en estos

días las tristísimas noticias acerca del general Mitre, recordé inmediatamente un hecho ocurrido hace algunos años, y que me atrevo á relatarles esperando que les interesará.

Cierto día iban en carruaje por la calle San Martín, mi padre y mi hermanito. Mi padre, al ver á un caballero que pasaba por la acera, hizo detener el coche, y bajando apresuradamente con el niño, lo siguió por espacio de unas cuadras. Poco después se detuvo diciendo á mi hermano:

—Edmundo: Mirá bien á ese hombre, pues nunca verás otro más noble que él. Es el general Mitre, el más ilustre patriota de la República Argentina, uno de los héroes del mundo. Aprovecha haberlo visto y no lo olvides jamás!

Edmundito le miró atentamente y no lo olvida: siempre ha deseado ser tan noble como él.

Como se trata de uno de los innumerables actos de veneración que el general Mitre no podía conocer, he esperado que no les disgustaría á ustedes oir esta pequeña historia.

Suplicando á ustedes disculpen mi manera tosca de expresarme en español y esperando que acepten mi sincera condolencia, me subscribo atenta segura servidora.—*Elien Graves.*—Bryn Mawr College, Bryn Mawr, Pensylvania.

[illegible] fijar
[illegible] noche.
[illegible] en la
[illegible] primera sala.
[illegible] allí era
[illegible] de mármol
[illegible] que presi-
[illegible] inmovilidad
[illegible] de
[illegible] que
[illegible] su luz mortecina y titilante y las flores
[illegible] que la ternura exquisita adornara el ataud,
[illegible] en artístico desorden en las mani-
[illegible] laterales.

Me aproximé, hondamente emocionado, al
[illegible] por la ausencia de vida; su

Por sobre la alba envoltura apreté tiernamente su mano helada, y pedíle perdón íntimamente por no haber accedido, única excepción en mi vida, á uno de sus deseos, al último de sus deseos. Poco días antes me había pedido, por intermedio de Luis, que le visitara *para rabiar* juntos por la profanación de nuestro himno nacional; y prometíme acudir á la cita, pero las abrumadoras atenciones de mis trabajos lo impidieron. No creí tan cercano el fin; no sospeché la infame precipitación de la muerte que le acechaba...

Pasé, después, al interior de aquella casa histórica. Buscaba al ilustre, al grande, al glorioso patricio, que encontré en una habitación al finalizar el segundo patio. Eran las nueve y media de la noche y le sorprendí arreglando unos libros, tarea de que no se daba exacta cuenta, y que había emprendido, sin duda, con el propósito de engañar su dolor, engañándose á sí mismo.

Sólo acompañaba al venerable anciano su horrible pena, inconsciente de la multitud de nobles amigos que llenaban su casa.

Al verme, después de llamar su atención produciendo intencionalmente ruido con mi bastón, púsose de pie y tendióme, en silencio, aquella mano fuerte que he estrechado tantas veces en

las horas de triunfo y en las de la amarga tribulación.

—Vengo, General, á ofrecer á usted los sentimientos de mi profunda pena por la pérdida irreparable que le aflije...

—Lo sé, mi amigo, lo sé porque le conozco y le agradezco...—y llevándome de la mano me condujo á un sillón, sentándose él en un sofá inmediato.

Nunca me he sentido más impresionado ante rostro alguno; aquella cara, y no sé si digo ó afirmo algo ridículo pero lo digo con sinceridad, me recordaba la cara de Cristo en el momento supremo de su martirio sin igual...

—La suerte, General,—le dije por decir algo para poner término á aquel silencio molesto que siguió á mi salutación,—es muy cruel con usted...

—Hay que someterse, Biedma, á las leyes fatales de la naturaleza; todos le debemos tributo á la muerte; pero es realmente dolorosísimo que debiendo irnos los que ya hemos alcanzado el máximun de la vida y dado todo lo que debíamos y podíamos dar, nos precedan en el camino del no ser, truncando esperanzas y torturando intensísimos afectos... Este *muchacho*, porque Bartolito era muchacho para mí..—y su voz, ahogada por la emoción, se hizo ininteligible, en tanto que una lágrima, casi furtiva, surcaba su mejilla.

Yo sentía algo así como un nudo en la gar-anta. La conmoción íntima me avisaba que el ollozo pugnaba por reventar en el labio... Y, erdóneme quien me lea y no me comprenda, entía vergüenza de demostrarme débil ante quel gigante de fortaleza moral; me parecía, ugestionado por mi maldita, brutal altivez, que quel grande hombre que ha escalado las altu-as inaccesibles á todos, podía interpretar mi ensibilidad en aquel instante por sentimiento enos noble y leal que el que me oprimía; por-ue yo que he contemplado con serenidad muchos eligros, he temblado siempre ante la sospe-ha de la *adulonería*...

Sabía que en aquel momento era injusto con l grande hombre.

JUAN J. BIEDMA.

XII

A pocas cuadras del pueblo de Paso de la Patria (Corrientes), se halla una punta que los navegantes toman de rumbo, pasando las embarcaciones del Alto Paraná muy próximas á ella.

Es desde esa punta que el general Mitre, jefe del ejército aliado en la guerra del Paraguay, observaba, río de por medio, el movimiento del enemigo, destacado en la otra costa y es allí donde comenzó el pasaje de las tropas.

Para honrar este hecho celebrado en la historia militar de la Argentina y conservar su tradición de gloria, don Enrique Roibón ha iniciado la construcción de una alameda del pueblo á la punta, dándole á ésta el nombre de Punta Mitre.

Tiene listo ya un gran tablero-letrero, que será colocado sobre la barranca, el día del bautizo, para lo que se organizará una atrayente fiesta.

El pensamiento patriótico del señor Roibón, se ha extendido á la confección de un plano detallado del sitio. Este está ya concluído y señala la ubicación de la flota brasileña, antes y después de realizar el pasaje del ejército.

se plano lleva el sello de la exactitud y irá de oportuna ilustración del sitio en que enzó la jornada de gloria para el ejército entino.

ANÉCDOTAS MILITARES

ANÉCDOTAS MILITARES

LOS TRES !C.....! DEL GENERAL

Era en Cepeda.

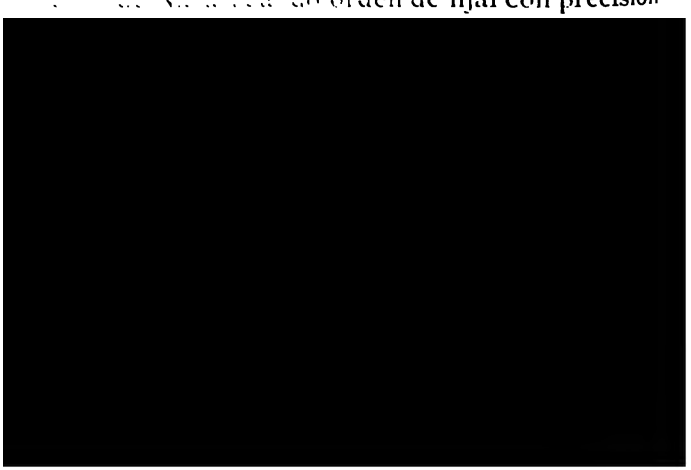
El ejército de Urquiza, fuerte de dieciséis mil hombres, presentaba batalla contra el ejército de Buenos Aires que apenas se componía de cinco mil. Por la mañana había disparado la caballería, quedando reducido el ejército á la primera y segunda brigadas de infantería al mando de don Emilio Mitre y del bravo Conesa. Seguía á la brigada de infantería un escuadrón de artillería al mando del entonces coronel Nazar, que con toda gallardía paseaba su estandarte por el centro de la batería animando á sus soldados A la derecha de la artillería estaba el general Mitre y su estado mayor, siguiendo oculta, pecho en tierra, la brigada al mando de Conesa, compuesta del 1° de línea á las órdenes de los entonces comandantes Adolfo Alsina y José María Morales.

Las fuerzas de Buenos Aires estaban siendo cañoneadas desde temprano. El general Mitre, montado en su caballo de batalla, ocupaba el

[illegible] del espacio entre la infantería y la artillería en la primera línea de fuego.

Como los disparos del enemigo pasaban por [illegible] estar el ejército patriota en [illegible] aquel mandó bajar la puntería y [illegible] empezó á hacer estragos, cayendo [illegible] en ese momento el capitán Vergara y [illegible] Saturnino López, ayudantes del General.

El General entonces hizo avanzar sus tropas á [illegible] más bajo, realizando un movimiento [illegible] admirable. Fué en esos momentos, precisamente [illegible] célebre batallón Palma, al mando [illegible] mismo del de este mismo nombre, compuesto [illegible] plazas y el batallón Rosario al [illegible] del Comandante Centeno, trajeron una [illegible] la bayoneta. El General había [illegible] apuntar al primer cañón del escuadrón de Naón, dando orden de fijar con precisión



sobre el batallón Palma para destruirlo, como sucedió.

Junto con el choque decisivo de esta acción y cuando ya obscurecía, el General hizo su famosa retirada de los campos de Cepeda, una de las más hábiles y estratégicas que se conocen.

Las bandas de sus batallones tocaban el himno nacional.

Herido, como queda dicho, el ayudante Vergara, lo alzó en el anca de su caballo el comandante Alsina, pero cayó de boca, porque no podía sostenerse.

Se trató de ponerlo sobre un armón, pero el coronel Nazar, no sabemos por qué razones, se opuso.

El coronel Conesa, que estaba próximo, y con ese desprendimiento que le era peculiar, se dirigió á uno de los ayudantes, y le dijo:

—Llévelo en mi caballo.

El ayudante contestó:

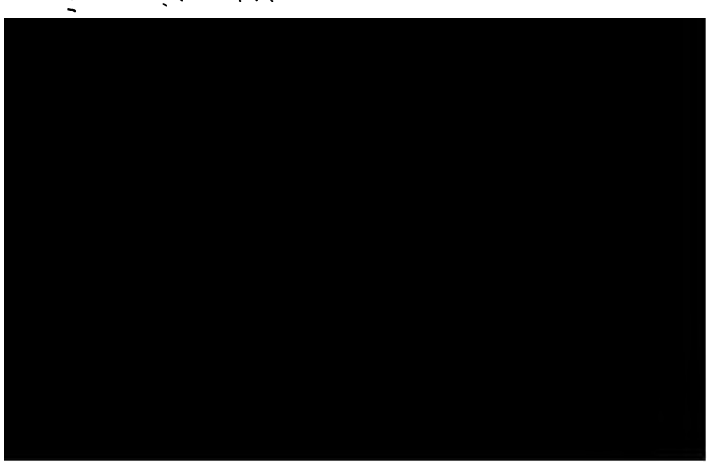
—No es posible, señor; no puede andar á caballo; el comandante Alsina lo ha subido en el suyo y se cae y el coronel Nazar no quiere colocarlo en un armón.

Fué entonces que el capitán Ezpeleta, ayudante y compadre del General, dió cuenta á éste de que el ayudante Vergara quedaba herido en el campo de batalla.

[illegible] usted al coronel Nazar,—tronó el [illegible] que el capitán Vergara no es hom- [illegible] se le deja en el campo de batalla

[illegible]

[illegible] y empezaba á disparar. [illegible] su ayudante Vergara y le [illegible] fuese á enterarse del esta- [illegible] esas tropas. No había andado el [illegible] de cuadra, cuando se pre- [illegible] expresada fuerza que venía [illegible] haciendo punta en la disparada [illegible] El General, que vió inme- [illegible] desastre, picó su caballo, avanzó [illegible] desmoralizada y les gritó para [illegible] "¡Victoria!" Los sol- [illegible] pero el comandante se- [illegible]



desempeñó hasta el momento de su jubilación el puesto de secretario del Senado de la Provincia.

El General incorporó al voluntario Pinto en el número de sus ayudantes.

En la víspera de la batalla el General lo llamó y señalándole con su látigo una distancia, le dijo:

—Ayudante, vaya usted á reconocerme aquel paso.

El ayudante, que era un hombre cuadrado y rígido en el cumplimiento de su deber, picó espuelas á su caballo y partió.

Un rato después, regresaba cubierto de barro.

—Y, ayudante, ¿cómo ha encontrado el paso?

El ayudante Pinto, saludando militarmente, le contestó:

—¡Ya lo ve, General!

Y mostraba su traje de brin plomo lleno de barro. El paso había sido un enorme pantano, del que trabajo le costó salir.

Muchos años después, treinta por lo menos, el ayudante de Cepeda se encontró con el General en la casa mortuoria de un distinguido abogado, fallecido la víspera y que tenía precisamente su domicilio en la calle San Martín, frente al del patricio.

El ayudante Pinto lo saludó y estirándole la mano, le preguntó:

—General ¿á que no se acuerda de mí?

El General lo miró con fijeza y casi instantáneamente, le contestó:

—¡Como no, mi amigo! Usted es el capitán Pinto, aquel ayudante de Cepeda que me reconoció el paso.

*

Cuando el sitio de Buenos Aires por las fuerzas de Urquiza y la plaza era defendida por el general Paz, el entonces coronel Mitre desempeñaba el cargo de jefe de estado mayor.

Estaba en uno de esos días descansando en un sofá y teniendo en la mano un latiguito con cabo de plata. El coronel parecía abstraído en sus meditaciones y en esas circunstancias su asistente le anunció la visita de un capitán al servicio de la defensa á quien inmediatamente hizo pasar á su presencia.

El capitán, después de hacer la venia militar, le expresó el objeto de su visita. Iba á interrogarlo sobre la proximidad del pago de tres meses de sueldos que se adeudaban á la guarnición.

El coronel Mitre, sin abandonar su posición, le contestó:

—Hay que tener paciencia, capitán, el gobierno está muy pobre.

—Pero es que yo necesito,- contestó con cierta impertinencia el oficial.

El coronel, tranquilamente, le replicó:

—Así será, pero todos estamos en las mismas condiciones. A mí tampoco me han pagado mis sueldos y no creo que por esto dejaremos de pelear ni hemos de pasarnos al enemigo.

—¡Quién sabe!...- contestó el capitán.

El coronel Mitre dió un salto del sofá é hirguiéndose delante del capitán, y levantando iracundo su látigo, lo apostrofó:

—¡Miserable!...

Pero, dominándose rápidamente, en vez de descargar el látigo sobre el capitán, lo arrojó por el balcón á la calle.

Y con un ademán enérgico hizo salir de su presencia al oficial.

*

Después de Pavón, el general Mitre estableció en el Rosario su cuartel general.

Los que tuvieron ocasión de ocupar, alguna vez, un asiento en aquella larga mesa del salón que servía de comedor y de salón de veladas al general en jefe y á su estado mayor, conservan en su memoria las páginas preciosas del libro inédito que revelará al porvenir á Mitre íntimo.

[illegible] del cariño y del respeto de sus [illegible] despojado de las durezas obligadas [illegible] servicio militar, Bartolomé Mitre se entre[illegible] las expansiones más gratas de su mente [illegible] su espíritu.

[illegible] se pasaban muchas horas de [illegible] ejercicios intelectuales. Se pensaba [illegible] un acontecimiento histórico. El [illegible] averiguar cuál era ese nombre ó ese [illegible] tenía derecho de hacer cierto [illegible] preguntas, y si terminadas éstas, no [illegible] sentaba plaza de poco instruido.

Se comprende el estímulo que este género de diversión encendía. No habia jefe ú oficial de los que tenían entrada en aquella reunión selecta, que no se pasase las horas del día estudiando cosas serias, para no desempeñar un mal papel por la noche.

esa circunstancia después de comer, en la sobremesa.

Mitre aseguró,—lo que era cierto,—que cuando escribía despacio tenía muy linda letra; y, para probarlo, empezó á escribir, con gran cuidado, los apellidos de los oficiales que estaban presentes, siguiendo el orden de su colocación en la mesa.

Cuando llegó á un inteligentísimo joven sanjuanino ó mendocino, que se había presentado voluntario, y que, siendo estudiante de ingeniería, había sido agregado al cuerpo de esa ciencia, el General le preguntó:

—Dígame, Hederra, ¿su apellido se escribe con H?

—Sí, señor General,—contestó en el acto el interpelado.—Se escribe con una H que presta tanto servicio á mi apellido como el cuerpo de ingenieros al ejército.

Una franca carcajada acogió la espiritual ocurrencia, y nadie la festejó tanto como el general Mitre, que mostró, con ese aplauso, la familiaridad con que trataba á sus subalternos.

*

El General, acompañado de su estado mayor y de los generales Gelly y Obes y Paunero, y coroneles Vedia y Rivas, había llegado á la

A la noche el General invitó á su ayudante Vergara á cenar en un paraje lleno de arbustos y plantas de las más variadas. La cena se componía de una carbonada, un asado y algún postre.

De sobremesa, el General le preguntó por qué había arrestado al capitán Gómez.

Porque no ha hecho á V. S. los honores de general en jefe; y me sostenía que estaba prohibido hacerlo.

-¿Pero usted no sabe,—le contestó el General, - que así está mandado?

Señor, la ordenanza lo dice.

-Sí, pero yo he dado una orden general para que se supriman estos honores.

—Yo no me podía suponer eso, señor General, porque las ordenanzas no se pueden destruir sino por un nuevo Código.

Entonces el General, de un modo muy festivo le interrogó:

adueñó de la bandeja y despachó al asistente con estas palabras:

—Dígale al señor General que está muy bien y que le damos las gracias.

El ayudante Vergara dudaba todavía y no se atrevía á tocar la bandeja, temiendo que el asistente se hubiese equivocado. Entonces, el capitán La Madrid, sin guardar mayores cumplimientos, destapó la bandeja que le presentó como primera sorpresa una caja de riquísimos habanos Cabargas, que se apresuró á saborear. La sorpresa fué más completa cuando se vió que la bandeja contenía también Saint Esteph, Oporto, conservas y alfajores de dulce. Aquella comida, modestamente empezada con fariña tostada, fué memorable en la campaña, gracias á la munificencia del general en jefe.

Al día siguiente temprano se llegó al campamento. El ayudante Vergara observó que al General no se le hacían los honores de ordenanza y sorprendido por esta omisión interrogó sobre el particular al capitán de la guardia Pantaleón Gómez.

—Así está ordenado,—le contestó.

—La ordenanza lo manda,—replicó el ayudante Vergara,—y por no haberla cumplido preséntese usted preso en su cuerpo después de entregar la guardia.

El General, después de invitar á cenar á su ayudante, le había dado una sesuda lección de estrategia.

*

Mansilla, que era uno de los más frecuentes comensales del General, en Tuyucué, inventó una noche, que cada uno de los presentes contara una historia erótica personal. Comenzó don Emilio Mitre refiriendo una empresa nocturna llena de contratiempos y peligros que hizo erizar el pelo de los oyentes; siguió luego don Julio de Vedia con una especie de novelita sentimental; Mansilla, refirió *in extenso* y con palabra amena una de sus tantas proezas amorosas de hombre de buena fortuna y por último el General, que se excusaba de entrar en el concurso, tuvo que ejecutarse al fin y les salió con el cuento más ingenuo y casi inverosímil que se puede nadie imaginar.

—Era ya capitán, y hacía versos en Montevideo. Una señora amiga, en ausencia de su marido, me mandó llamar para consultarme sobre un *asunto importante*. Llegado á la casa, la señora me recibió con extremada amabilidad y me hizo sentar á su lado en el sofá. Allí me propuso el caso de la consulta, que resultó una nimiedad, y luego comenzó á alabar mis versos y á demos-

trarme con coqueterías insidiosas, pero dentro de los límites del decoro, el placer que tendría en cometer en mi obsequio un desliz de sus deberes matrimoniales. No comprendí á pesar de esto, que se trataba de un acto de seducción y después de reiterar mis agradecimientos por la bondadosa acogida que había merecido y que creía deber á la amistad que me ligaba al esposo, me despedí y me fuí.

—Sería fea y vieja la señora,—observó picarescamente don Julio.

—No,—contestó el General—era una de las mujeres más lindas y más festejadas de Montevideo; usted la ha conocido.

—¿Y entonces?...—preguntó don Emilio.

—Yo no comprendí hasta mucho más tarde el papel que había hecho de casto José. Además—agregó seriamente—era íntimo amigo del marido y esa circunstancia había sido siempre un obstáculo. Ella no me lo perdonó nunca, acabando por enemistarme con mi amigo.

Don Emilio, *sotto voce:*

—¡Vaya un obstáculo!...

*

Al general Mitre no le agradaba que le llamasen *don Bartolo.* Había en el ejército del Paraguay un señor don Cosme Torres ó Reyes, gran

admirador del General, que si veinte veces por día le veía por razón de sus funciones ó sin razón alguna, le decía:

—Señor don Bartolo.

Un día que no sería igual á los otros, la exquisita urbanidad de Mitre para tratar con las gentes se quebrantó á medias, preguntándole al que á su vez quebrantaba la leyenda de su partida de bautismo:

—Vea, usted, señor, me llamo Bartolomé Mitre ¿por qué me quita usted el *mé* final? Supóngase que se lo quito yo á usted... ¿no le parece que su nombre quedaría desfigurado?

Desde entonces don Cosme lo llamó *el General!*

*

El coronel don Antonio Susini Millelire que mandó una brigada en Curupaity, nos ha referido que en seguida del tremendo contraste

impasible, impávido, con la mirada fija en un más allá que nadie podía adivinar. Después de largo rato de angustia indecible para los jefes, el General picó el caballo y al paso por entre balas se dirigió al acaso, mientras aquellos valientes admiraban la sangre fría del general en jefe que aparecía tan digno de comandarlos

*

Una noche, de sobremesa en el campamento de Tuyuty, habiendo sido invitado á comer con el General uno de sus ayudantes que salía de las aulas de Derecho, teniendo frescas las nociones de Física que había cursado el año anterior, se originó una cuestión de capilaridad y el ayudante, agarrándose de la ocasión para lucir su ciencia, hizo una corta disertación sobre la materia.

El General lo oyó atentamente y apoyando sus nociones hizo otra disertación más detallada y más científica, como no la habría hecho tal vez el mismo Jacques.

El ayudante se quedó turbado, sorprendido de que un general supiera tanta física. Hay que notar que la capilaridad es una de las cuestiones más insignificantes de la Física.

*

En sus relaciones con un joven ayudante de quien tuvo que echar mano para hacerle dra-

gonear de secretario cuando regresó de la campaña el titular don José Manuel de la Fuente, muy raras veces, casi nunca, hablaba con él.

Los expedientes llegaban del estado mayor general y el secretario los estudiaba y proyectaba la resolución que consideraba justa en una tira de papel que metía dentro de cada expediente y cuando terminaba el despacho los tomaba todos y los llevaba á la mesa del General sin decir una palabra. Examinados y aprobados por el General los proyectos, según voz y fama en el cuartel general, los tomaba él mismo y los colocaba en la mesa del secretario, también sin decir ni una palabra.

En cuanto á la correspondencia, después de leerla, la entregaba al secretario, diciéndole estas simples palabras:

—Conteste eso;—y nada más.

Desde luego, el secretario nunca se atrevía á preguntarle "cómo despacho este asunto" ni qué le contesto á tal gobernador ó personaje de los que firmaban la correspondencia. Escribía la contestación como Dios le daba á entender y metida dentro de la carta respectiva la presentaba á la consideración del General.

Todas las semanas había que escribirle al vicepresidente don Marcos Paz y la ración que se había asignado al secretario era un pliego de papel por los cuatro lados, y muchas

veces al suspender el General su juego de *solo* con que acostumbraba pasar la velada con el general Emilio Mitre, el coronel Vedia y el comandante Lucio V. Mansilla, para leer la carta, solía preguntarle al secretario:

—¿Por qué lo hace coronel á fulano? ¿Por qué le dice esto al presidente?—y oída la contestación firmaba la carta y seguía su juego, en que por lo general salía perdiendo su libra ó dos.

¡Y cuántos comentarios se hacían entonces sobre esas cartas, y cuántas ofensas entre líneas encontraba el señor Paz ó le hacían encontrar sus allegados!

Una vez, acababa de regresar el ejército de Curuzú después del rechazo de Curupaity. El secretario llevó entre los asuntos despachados una solicitud de baja de un capitán, con el proyecto de resolución de "concedida, vuelva al E. M G., etc." Debe saberse que después de un caso como el de Curupaity no se dan bajas sino en términos deshonrosos.

Después de dejar el pedido de baja en la mesa del General como de costumbre, y sin decir nada, el secretario se puso en acecho en su carpa de juncos para ver lo que resultaba de su papelito. Al llegar á él, hizo el General un gesto de desagrado y borrando el "concedida" puso en el mismo papelito con lápiz y en letras grandes "No ha lugar".

Al día siguiente, el secretario llevó el mismo expediente con el papelito corregido y otro nuevo igual al primero para que no creyera el General que lo quería sorprender. Esperaba muy racionalmente que lo llamara para preguntarle la razón de su atrevimiento, pero no, el General hizo en el papelito nuevo lo mismo que el día anterior.

—¡Caramba!—dijo el secretario para sí,—me ha de llamar.

Al otro día volvió el expediente con un nuevo papelito y los dos corregidos.

—Como puede suponer—se dijo el secretario—que yo proyecte una barbaridad ¡eso no lo paso!

Otro que no fuera el general Mitre se habría fastidiado con la insistencia y no le habría ido muy bien al terco del secretario. Al ver el General el tercer papelito no pudo reprimir un movimiento de desagrado, y con voz algo airada llamó al secretario:

—¿Por qué insiste usted en esto?

—¡Caramba!—dijo aparte el secretario,— aquí está la buena;—y continuó en tono tranquilo y respetuoso:

—Este oficial, señor, ha estado enfermo desde que salió á campaña, sirviendo de rémora en su batallón y por un mal comprendido sentimiento de delicadeza no ha querido pedir la

baja. En Curupaity su compañía ha sido una de las que más ha sufrido, siendo el teniente primero quien la mandaba. El jefe del cuerpo y sus amigos le han hecho sentir que su conducta no era decorosa, sirviendo de obstáculo á que el teniente primero obtenga un merecido ascenso, y lo han inducido á hacer esta solicitud...

El General no pronunció una palabra: tomó sus dos papelitos corregidos y los rompió.

El secretario hizo una cortesía y se metió jubiloso en su carpa.

*

Entre otros, tenía el General de asistente en la guerra del Paraguay á un moreno valiente y lleno de todas las mañas del viejo veterano, que solía permitirse ciertas irrespetuosidades benévolamente toleradas.

El General había tomado cariño á ese fiel y valeroso soldado, abnegado y guapo como todos los de su clase que pelearon en aquella larga campaña por el honor y la bandera de la patria y hacía como que no veía algunas de las travesuras de su bravo asistente

Un día el General había subido á una larga escalera desde la cual, con sus anteojos de campaña, observaba los movimientos del enemigo.

El negro asistente acudía en ese instante con un mate criollo para su General.

Al verlo trepado en la escalera, mirando largo y prolongadamente con su anteojo, le gritó desde abajo:

—General, avíseme si divisa al comisario pagador.

El General se sonrió, bajó de la escalera y siguiendo la broma le contestó:

—El comisario venía, pero la balija con la plata se le ha caído al río.

Hacía ocho meses que aquellos bravos no percibían un centavo de sus haberes.

*

El coronel don Federico Mitre, hermano del general en jefe de la Triple-Alianza, era uno de los más brillantes representantes de la artillería argentina.

Era asimismo un insuperable compañero de carpa y de fatigas y á ratos un travieso terrible.

Un día, en la mesa del general en jefe había un hermoso queso de Holanda. Era el lujo del General para obsequiar á varios jefes superiores á quienes había invitado á almorzar.

El coronel Mitre que era muy goloso y un bravo diente, ideó la travesura de robarle el queso á su hermano para llevárselo á su carpa y

á su vez darse un banquete con sus compañeros. Y como lo pensó lo hizo.

Al sentarse á la mesa el General con sus invitados advirtió inmediatamente la desaparición del queso. Se puso lívido y levantándose salió afuera y ordenó una rápida pesquisa. Supo entonces la verdad.

Volvió á la mesa y dió orden que se hiciera venir su hermano á su presencia.

—Coronel Mitre,—rugió el General,—devuelva usted el queso y preséntese arrestado en su carpa.

—General,—contestó el coronel cuadrándose militarmente y haciendo la venia,—lo más que puedo hacer es presentarme preso, pero devolverle el queso no, porque me lo he comido.

El General tronó. No tenía con qué obsequiar á sus invitados.

*

Ya sobre el Paso de la Patria, en la campaña del Paraguay, había orden de no pedir licencia.

Uno de sus ayudantes, el hoy coronel don Evergisto de Vergara, tenía urgente necesidad de ausentarse á Buenos Aires por asuntos de familia y vacilaba en pedirla, por la solemnidad de las circunstancias. El asunto era realmente delicado. Si el general en jefe se la acordaba

era prueba de que no servía; si se la negaba era prueba de que no se le estimaba.

—Señor general,—le dijo,—me escribe mi familia con mucha urgencia, pidiéndome que baje unos pocos días á mi pueblo de Lobos.

El General lo miró con mucha insistencia, como profundizándolo.

—Usted sabe,—le contestó, después de algunos instantes,—que no se da licencia á nadie, pero como un acto de deferencia hacia usted se la voy á conceder con la condición de que va á volverse prontito y no se quedará para Carnaval.

Y el General se puso á contar los días que su ayudante necesitaba para el viaje de ida y vuelta.

Pasaron varios más sin que el General le dijese nada de su viaje, circunstancia que el ayudante supo después era porque quería entregarle una correspondencia para el doctor don Marcos Paz, entonces vicepresidente de la República.

Uno de esos días el General se paseaba bajo el naranjal que servía de campamento.

Llamó á su ayudante, le entregó la correspondencia para el vicepresidente y abriendo un saco de cuero donde guardaba el dinero, sacó un puñado de oro, diciéndole:

—Tome para el viaje.

El ayudante se rehusó á recibirlo, dándole las gracias.

—Tome, que va precisar,—insistió el General.

—No, señor general,—replicó el ayudante,—me acaba de pagar el comisario Oyuela.

—¿Le ha pagado á usted?—volvió á preguntarle.

—Sí, señor.

El ayudante mentía en esa ocasión, pues había tenido que ir á ver al comisario Oyuela para que le anticipase una libra esterlina.

Días antes, otro oficial le había pedido igual licencia, contestándole secamente el General:

—Váyase.

—Señor ¿me va á dar el pasaje?

El General de mal talante:

—El gobierno no da pasajes; si usted quiere se lo daré de mi bolsillo.

*

La casa que sirvió de prisión al general Mitre en Luján, después de la revolución de 1874 y donde escribió el prólogo de la Historia de San Martín, fué en la que se alojó el virrey de Sobremonte y la que también sirvió de prisión á los marinos ingleses de la primera invasión y al general don José María Paz.

No era aquella propiamente una casa; era una fortaleza tétrica y de aspecto imponente,

[illegible] cuál de los
[illegible] a sus compañer[illegible]
[illegible] afirmando c[illegible]
[illegible] que probaba toda
[illegible]

[illegible] fue a visitarlo
[illegible] Lima que se
[illegible] siendo uno
[illegible]

[illegible] caja de habanos
[illegible] vió el a[illegible]
[illegible] en una [illegible]
[illegible] mano. Al pie
[illegible] con engrado.

—¿Qué es [illegible] General?—
[illegible]

—[illegible] amigo, trabajando
[illegible]

época, uno de los cuales lo presentaba crucificado.

*

El 25 de Mayo de 1886, formaban las tropas frente á la Catedral con ocasión del *Te-Deum* por el aniversario patrio. Mandaba la línea el general don Nicolás Levalle.

Entró á la redacción de *La Nación* uno de sus miembros y dirigiéndose á otro, le expresó su extrañeza porque el general Levalle fumase durante ese acto militar.

Al oir esas palabras, el General, que en una mesa inmediata leía los diarios, replicó:

—¡Imposible! Levalle es militar.

Y resultó, después de las explicaciones dadas por el redactor, que en el momento aquel en que el general Levalle fumaba, las tropas habían roto filas, formando pabellón.

*

En los últimos meses del período legislativo de 1891, en las antesalas del Congreso, se comentaban los sucesos de Chile. La revolución había triunfado, atribuyéndose la victoria al fusil Mánlicher.

En esa misma época el entonces coronel Ri-

cheri contrataba en Europa para nuestro ejército el Máuser de 7 milímetros y los que se daban por entendidos, asesorados por algunos militares, criticaban que se adoptase ese calibre que no nos permitiría usar los cartuchos del Mánlicher, en el caso de la guerra con Chile que se creía inminente.

Oyó el General pacientemente la reseña de las versiones de antesalas y luego dijo:

—Están en error. El coronel Richeri es un oficial superior muy competente y el Máuser por él contratado es el mejor fusil de la época

*

El coronel oriental Feliciano, hombre de color y valiente soldado de nuestras campañas, por quien el General sentía mucho cariño, era á su vez un pasionista de éste.

Allá por el año 1897, iba por la calle San Martín don Agustín Silveyra, cuando á la mitad de una cuadra se encontró con el bravo Feliciano, que casi privado de la vista no lo había conocido. Reconocerse y abrazarse, fué una escena instantánea.

—Ya que nos hemos encontrado,—le dijo Silveyra,—vamos á hacerle una visita al General

Y los dos camaradas se dirigieron á la casa de la calle San Martín.

Al entrar en el escritorio del General, el viejo Silveyra ocultó con su cuerpo á Feliciano y dirigiéndose á aquél, le dijo:

—Aquí le traigo una visita.

Al encontrarse el General con su viejo compañero, exclamó con alegría:

—¡Feliciano!...

Y luego lo recibió en sus brazos en un fuerte y prolongado abrazo.

El noble negro lloraba de emoción.

ANÉCDOTAS CIVILES

ANÉCDOTAS CIVILES

El General conservaba en su poder el bastón de Liniers, último virrey del Río de la Plata, que más tarde donó al Museo Histórico y generalmente estaba colocado á un costado del mueble-escritorio donde guardaba su valioso monetario.

El bastón de Liniers tenía en el cabo un riquísimo topacio de gran tamaño.

En una temporada hubo en la casa un mucamo francés que como casi todos los de su gremio solía tomarse ciertas libertades á escondidas de sus patrones.

Entre las costumbres que este criado irrespetuoso había adquirido, estaba la de apoderarse del histórico bastón toda vez que le tocaba salir á paseo, ignorando, naturalmente, de qué clase de objeto se trataba, y muy orondo se iba á dar sus vueltas por la ciudad y probablemente á echar piropos á su novia haciendo molinetes con la sagrada prenda, y cuando regresaba á la casa volvía á colocarlo en su sitio.

Esta irreverencia se habría repetido quién sabe cuántas veces sin ser notada, pero un día

el General sorprendió á su sirviente con el bastón, volviendo de uno de sus paseos.

La escena fué rapidísima y cómica en medio de su misma seriedad. El General se precipitó sobre su mucamo, le arrebató violentamente de las manos el bastón y señalándole la puerta de calle, le gritó iracundo:

—¡Retírese!...

*

En una visita que últimamente hicimos á Chivilcoy con motivo de representar á la familia en los funerales celebrados á su memoria, un testigo presencial nos refirió la siguiente anécdota:

El General había asistido el año 1869 á un gran banquete ofrecido en dicha ciudad después de bajar de la presidencia de la República y haber pronunciado en esa ocasión uno de sus más notables discursos.

Fué invitado después á pasar á la estancia de don Guillermo White, acompañado de un grupo de amigos.

Una vez en la estancia se habló de jinetes preciándose el dueño de casa de serlo bueno todavía á su edad.

El General escuchaba y de pronto exclamó

—Yo también soy buen jinete; ahora lo verán ustedes.

Salieron afuera y el General se hizo llevar un caballo arisco y, ágil, y veloz, se le prendió de la crin y lo montó en pelo.

Los presentes quedaron asombrados.

*

El eminente hombre público brasileño Quintino Bocayuva, cuya popularidad en su país es bien conocida y cuyo amor por la Argentina jamás se ha debilitado, profesaba algo más que admiración, idolatría, por el general Mitre.

El gran publicista brasileño repetía frecuentemente en sus intimidades que Mitre era su padre espiritual.

Ese cariño intenso y mantenido á través de los años se transmitía á la familia de Bocayuva.

Entre el brillante grupo de periodistas brasileños que con Octavio Bilac vinieron á visitarnos, se contaba el joven Bocayuva, hijo del estadista y actualmente secretario de la legación del Brasil en la República.

En una visita que hicieron los periodistas á *La Nación* y que dió lugar á una amable fiesta en su sala de redacción, el joven Bocayuva invitado á pronunciar un brindis en honor del general Mitre, exclamó:

No por el general Mitre no: por mi abuelo [illegible] se sintió y estrechó fuertemente [illegible] periodista.

[illegible] Mitre se puso decidida y patrióti[illegible] al servicio de la política del [illegible] seriamente convencido de que con [illegible] servicio á su patria ii[illegible] civil inminente.

[illegible] todo, incluso su popularidad, siendo quizá en el único instante de su vida que ésta sufrió un momento de declinamiento.

Los efectos de la política del acuerdo fueron á repercutir en *La Nación*, iniciándose una borratina de subscriptores que decreció su popularidad.

último imprimirá usted dos números, uno para usted y otro para mí.

*

Siendo presidente de la República, el general Mitre tenía por costumbre regresar á pie á su casa por la calle Florida, casi siempre sin la compañía de su edecán.

Dos jóvenes que hoy son hombres conocidos y que entonces le tenían mala voluntad, se propusieron tomarle la vereda en la primera ocasión que lo encontrasen en la calle.

Así lo hicieron un día. Al acercarse el General le tomaron la derecha.

La escena fué instantánea. El General, cediéndoles el paso, se desvió rápidamente hacia la calle y no sólo les cedió el paso sino que sacándose su chambergo los saludó.

Los dos jóvenes impertinentes quedaron atónitos. El General les había dado una lección callejera de urbanidad.

*

No se sabe cómo, cuando el General hacía su traducción de Horacio había llegado á su conocimiento que el corrector principal de *La Nación* don José Pérez, era un fuerte latinista.

El General había tenido una duda sobre la fidelidad de una palabra traducida del inmortal poema.

Acudió al *latinista* Pérez, sorprendiéndolo en su pieza de trabajo.

—¿Cómo traduciría usted esta palabra?—le preguntó el General.

El corrector Pérez se puso de todos colores y después lívido.

—Señor General,—le contestó,—yo no sé latín.

—No importa ¿cómo la traduciría usted?

—Yo señor—le contestó por instinto de oficio, —la traduciría así.—Y le dió la palabra.

—Exactamente; es como yo la he traducido; muchas gracias.

El General se retiró y cuenta Pérez que jamás en su vida ha pasado un susto igual, porque no sabía una jota de latín.

*

El doctor Vélez Sársfield no era uno de los admiradores del General Mitre y hablando una vez de la historia de Belgrano, tuvo la triste ocurrencia de hacer *sprit* diciendo: "es la historia de un sonso escrita por otro sonso".

Habiendo, sin embargo, tenido una entrevista con él, hablando ambos largo y tendido y tratándose hasta de puntos de Derecho, volvió á

su casa, diciéndole á su pariente don Tomás Rojo:

—¡Este muchacho sabe mucho, señor, si, señor; hasta de Derecho entiende y entiende bien!

*

En un día de su cumpleaños había venido de La Plata una comisión presidida por el coronel don Julio Campos y de la cual hacían parte entre otras personas, el doctor don Manuel H. Langenheim, don Juan José Lanuse, don Víctor Panthou, don Martín B. Campos, don Baldomero Martínez y algunas más, para presentarle un obsequio costeado por subscripción popular en aquella ciudad.

El General, rodeado de su familia, recibió á la comisión en la sala principal de su casa, y allí, en la intimidad, uno de ellos, visiblemente conmovido, le dirigió algunas palabras, haciéndole la entrega del presente.

El General se dirigió en seguida á ellos y afectuosamente, en una interesante conversación que fué algo más que un discurso, impresionó intensamente á sus visitantes recordándoles sin omitir un solo detalle algunos de los episodios militares y civiles en que habían actuado, precisando fechas y circunstancias.

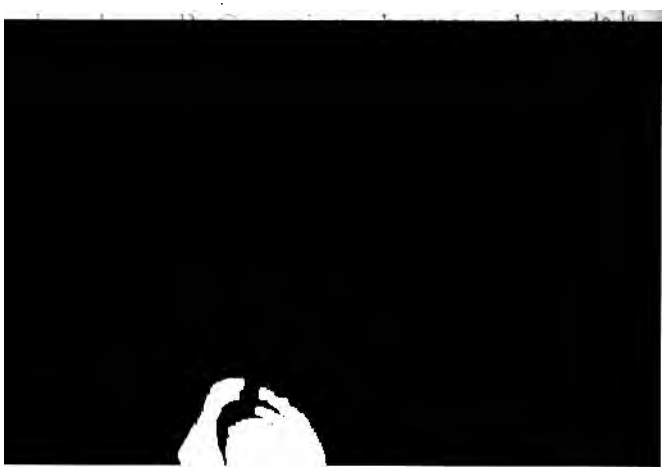
Los visitantes, uertemente impresionados por

la escena, no pudieron contener las lágrimas. Dos de ellos se salieron al patio para que el General no los viese llorar.

*

El General se había trasladado á La Plata el año 1880 con el propósito, según dijo, de descansar unos días, pero con el verdadero de corregir en el silencio las pruebas de su traducción de Horacio.

El primer día de su llegada y antes de trasladarse al hotel Mainini, donde ocupó la pieza alta que hace cruz con la estación del Ferrocarril y la misma que algún tiempo antes había ocupado el doctor Alem, pasó el día en el domicilio [illegible] de su pariente y amigo don Antonio [illegible] Vélez. Entre otras personas que lo vi[illegible] fue presentada la señora del doctor



mente el General,—porque he sido el hombre más caricaturado de mi país.

*

Un día antes del jubileo del General, la Intendencia municipal le hizo pedir permiso para adornar é iluminar el frente de su histórica casa.

El General se opuso tenazmente; quería que ese frente estuviese despejado y sin ninguna clase de adornos.

Al día siguiente, muy temprano, y no obstante su resistencia, el intendente mandó adornar el frente de la casa, aprovechando las horas en que el General dormía.

En el segundo patio de la casa están las viejas habitaciones que sirvieron de dormitorios al General y á su noble compañera. Ahí, en esas habitaciones, se hallan las grandes ventanas antiguas que se remontan casi á la época del coloniaje.

Se han hecho por la familia todas las tentativas imaginables para modernizar esas habitaciones.

El General consintió en que se hiciera un nuevo departamento alto sobre el primero y segundo patios de la casa; pero jamás consintió en que se le tocasen las ventanas.

Y así se conservan todavía.

*

Era cuando Bartolito estaba gravemente enfermo en Saavedra y próximo á rendir su tributo á la muerte.

El General había ido á visitarlo en compañía del doctor Piñero.

Al regreso se encontraron con que el tren ya estaba en movimiento y expuestos á perderlo.

El General, rápida y ágilmente, saltó sobre uno de los coches de puerta en el centro, se agarró de la manija y se situó en el estribo.

El doctor Piñero hizo lo propio, y en esta posición incómoda, violenta y peligrosa, fueron hasta Belgrano, donde el tren se detuvo.

El General, al pasar á uno de los coches, dijo lacónicamente:

—¡Ya me venía cansando!

una afición decidida por el juego de *chaquete* y frecuentemente se reunían en su escritorio á jugar con él algunos de los amigos de confianza, entre éstos don Carlos Carranza, que lo había acompañado en la campaña del Paraguay siendo uno de sus secretarios-ayudantes.

El juego pasaba por diversas alternativas, como todo juego, y en esos instantes que proporcionaban al General un goce casi infantil, tenía dichos ligeros, que salpicaba con anécdotas, dando animación interesante á las tertulias.

En las últimas jugadas con el General, Carranza había sido favorecido por la suerte y jugando de á cinco centavos por partida llegó á ganarle la suma antes expresada que el afortunado guardó como una reliquia en una caja de hierro.

Ocurrida la muerte del General é iniciada la idea del monumento, esa modesta cantidad es la que aparece en la lista de subscripción, producto del vicio del *chaquete* que se le conoció al General, junto con el otro vicio de los habanos.

*

El general Roca, siendo presidente de la República, pasaba una tarde por la casa del general Mitre acompañado de un amigo.

Al enfrentar, se detuvo brevemente, y señalando la histórica casa, dijo á su acompañante.

Ahí tiene, mi amigo, un hombre que sin ser gobierno manda más que el gobierno y puede más que el Congreso.

Otra vez, pactada la paz con Chile, un distinguido coronel de nuestro ejército que vive todavía, fué á saludar al presidente Roca.

General, le dijo,—como compañero de armas y ciudadano, vengo á felicitar á V. E por el acontecimiento que sella la paz en América.

El general Roca, al estrecharle la mano, le preguntó:

Ha estado usted con el general Mitre?

No, señor presidente; todavía no.

Pues, vaya usted á verlo, porque ese hombre es el que ha hecho todo.

Esta escena ocurrió muchas veces y la niña se sentía cada vez más asombrada de que todo un presidente de la República tuviese esa atención sin conocerla.

Un día se propuso evitar eso que ella consideraba una falta de respeto de su parte y encontrándose nuevamente con el General hizo un rápido movimiento para cederle el paso.

El General, instantáneamente se lo impidió, saltando á la calle.

Desde aquel día la niña resolvió no volver á encontrarse con el General, haciendo su camino por la acera de enfrente.

*

Una tarde, el regente de la imprenta entregó á Bartolito pruebas de tercera del último tomo de la *Historia de San Martín*.

Momentos después, como notara en algunos párrafos errores gramaticales, hizo la observación al General, el cual, una vez que hubo leído las frases criticadas, le preguntó á su hijo:

—¿Y tú me entiendes?

—¡Claro! Y cualquiera lo entenderá, pero la redacción choca con los preceptos de la Academia...

—Lo que yo quiero,—contestó rápidamente el General,—es que todos me comprendan. Por lo

tanto, no someto mis ideas á la tiranía de la gramática.

*

En 1878, el día en que el gobierno de Avellaneda envió al Congreso el mensaje referente á la traslación de las fronteras al Río Negro, no concurrió el General á la Cámara de Diputados, de que formaba parte, pero como de costumbre llegó por la tarde á la redacción de *La Nación*, á recoger las últimas noticias parlamentarias. El repórter del Congreso le dió aviso de la remisión del mensaje, y una vez que leyó los principales párrafos, dijo:

—La idea no es nueva, ya la indicó Falkner. Todo depende de los recursos y del armamento; con el remington será fácil. Ayudaré al general Roca.

Y efectivamente, como miembro de la comisión de guerra informó el proyecto y sostuvo el debate.

*

Una vez el ingeniero don Florencio de Basaldúa, que tiene aficiones á los estudios lingüísticos y de historia americana, necesitó saber y copiar lo referente al estudio del timón americano,

contenido en el libro *Informe secreto,* escrito por el almirante Ulloa.

Acudió al General, quien lo recibió con su acostumbrada afabilidad, y después de decirle que hacía unos veinte años que no leía á Ulloa, agregó, mientras lo precedía ágilmente trepando la escalera que conduce de su despacho á la biblioteca:

—Ese libro está en tal estante, y la descripción del timón se encuentra en tal página, y una observación que escapó á Ulloa es la analogía entre las embarcaciones articuladas de los Pirhuanos y las de los Malayos y Polinesios, de donde tal vez las trajeron al nuevo continente.

Es posible que el General tuviera razón, y que las embarcaciones de referencia fuesen las mismas que sirvieron para los viajes del místico *Purus, Purhua,* que describe Quatrefages en *Migrations des Polynésiens,* que alguna analogía de nombre guarda con los Purhuas ó Pirhuas de la costa occidental de América.

El General, que entonces tenía 78 años, fué á su biblioteca, y sacando el libro entre los millares de su espléndida colección, sin titubear un segundo, leyó en la página por él indicada la descripción de ese artefacto primitivo que sirvió á los navegantes antiguos para surcar con seguridad absoluta los procelosos mares que

se extienden desde el promontorio de Vasco Núñez de Balboa hasta Tumbez, Guayaquil y Quillota.

*

A fines del año 1892, don Francisco Bilbao, gran numismático y muy amigo del General, le pidió le prestara seis medallas sudamericanas que él tenía, con el objeto de hacerlas reproducir. El General accedió al pedido, pero puso como condición que el artista que se encargara del trabajo debía modelar allí mismo las medallas, pues no quería, por nada, que éstas salieran de su casa.

Ante esta propuesta el señor Bilbao se fué á consultar con el señor Alejandro Rosa, la forma en que se podría llevar á cabo la copia de las medallas.

Don Alejandro Rosa, se trasladó á lo del grabador don Rosario Grande y le dijo:

—Amigo Grande, el señor Bilbao, mi amigo, le ha pedido á don Bartolo autorización para hacer reproducir seis medallas, pero como el General no quiere que salgan de su casa, tendrá usted que ir allí á fin de sacar los modelos.

Tomó Grande su balija, colocó en ella todo lo necesario, incluso los huesos de sepia y se fué á lo del General. Este se hallaba en su biblioteca,

sentado en su mesa de labor y conversando con el señor Bilbao. Enterado del objeto que llevaba allí á Grande, se levantó, regresando en seguida con las seis medallas que entregó al grabador. Hecho esto, encendió un cigarro y se puso á dar paseos por el salón sin que pareciera preocuparse para nada de lo que Grande hacía.

Dió principio Grande á su tarea, teniendo en frente al señor Bilbao, el que con la mayor atención observaba el trabajo. Media hora después estaba éste terminado, por lo que dirigiéndose al señor Bilbao le dijo:

—Ya están los modelos, ahora sólo falta que salgan bien la seis medallas.

—¿Cómo seis?—dijo Bilbao —Son treinta y seis las que debe hacer: seis de cada una.

Al oir esto, se levantó Grande como movido por un resorte y comenzó nerviosamente á guardar sus útiles de trabajo, mientras le decía á Bilbao que le contemplaba asombrado y sin darse cuenta del por qué de esta determinación:

—Renuncio, señor, á este trabajo y si no pueden darme las medallas para modelarlas cómodamente en mi casa pueden llamar á otro grabador, yo no las hago;—y levantando la voz agregó:

—Se presentó un día en mi casa el coronel don Jerónimo Espejo, para que le hiciera las

medallas de Chacabuco, Maipú y el Sol de Chile y al observarle yo que tenía que traérmelas para poderlas copiar, me dijo:

—Váyase á lo del general Zapiola, que él se las prestará.

Fuí en el acto á lo de Zapiola, que vivía en la calle Piedras llamé á la puerta y salió á recibirme una señora de luto, en la que reconocí la hija del General, la que enterada del objeto de mi visita, me hizo pasar, presentándome á su señor padre, é imponiéndolo de mi deseo.

Sin hacer la más leve observación, llamó el general á su hija y le dijo:

—Alcánzame la casaca.

Esta casaca tenía prendidas en el pecho todas las medallas del general Zapiola.

El personalmente las envolvió en un diario y me las entregó sin decirme una palabra más, saliendo yo de allí con la satisfacción propia del que ve que sin el mayor inconveniente se le confían objetos de tan apreciable valor.

Don Barto'o, que durante ese tiempo no había interrumpido su paseo, se fué aproximando al grupo y encarándose con Grande, le dijo:

—¿Ha concluído su trabajo?

Bien sabía el General que no, pues todo lo había oído.

—No, General,—contestó Grande, y agregó:

—Y no es posible que pueda hacerlo aquí, así que le ruego busquen otro grabador.

—¿Y por qué no se las lleva á su casa?—dijo Mitre.

Grande no podía volver de su asombro ante esta inesperada salida del General, así que sólo se concretó á recoger y guardar los útiles y medallas, retirándose para continuar la labor en su taller después de haber agradecido al General ese acto de confianza.

Una hora más tarde se presentaba en lo de Grande don Alejandro Rosa, quien no conociendo sino muy superficialmente lo ocurrido y sorprendiéndole el que Mitre hubiera prestado las medallas, quiso conocer en todos sus detalles lo ocurrido, interrogando al respecto al señor Grande. Este le contó todo, sin omitir un solo detalle, á lo que Rosa contestó:

—¡Es claro! don Bartolo, después de oirlo á usted, no ha querido ser menos que el general Zapiola.

Pocos días más tarde se presentaba en casa de Grande el señor Miguel E. Becerra quien era portador de un tomo de la traducción del Dante, que Mitre le enviaba de regalo, con la siguiente dedicatoria:

"Al distinguido y [illegible] tino, señor Rosario Grande, que nacido [illegible]

conmemorado gloriosos hechos argentinos, le ofrece el traductor este ejemplar en señal de confraternidad entre argentinos é italianos. — *Bartolomé Mitre*".

*

Las jornadas de Julio de 1890 hicieron que todos los argentinos de significación política que se encontraban de paseo en Europa, acudieran á París, adonde había regresado el general Mitre, después de una estadía de convalecencia en Aix-les-Bains.

El General residía en el hermoso palacete que su viejo amigo, el cónsul general de la República Argentina, don Angel María Méndez, poseía en los Campos Elíseos.

Por la noche, el suntuoso comedor del "hotel"

reminiscencia, y que, como se verá, sería indiscreto nombrar.

Una noche en que el tema de la conversación se concretaba á las causas de la caída del doctor Juárez Celman, el general Mitre, teniendo en cuenta, sin duda, que hablaba en presencia de dos representantes diplomáticos del gobierno caído, mostrábase reservado en sus juicios; dijo que apenas había tenido ocasión de hablar dos veces con el doctor Juárez y recordó la singularidad del primer saludo, en la atmósfera sofocante de un baño turco y vestidos ambos, según diría Pellicer, de rigurosa epidermis. La segunda vez que le hablara fué al ir á despedirse, antes de emprender viaje á Europa.

El doctor Quintana también expresó que nunca había tenido relación personal con el presidente caído, cuyas deferencias habían sido para él motivo de sorpresa y el doctor Cané, con su ironía peculiar, atribuyó la caída del régimen derrotado, al excesivo amor que tienen los políticos jóvenes por las golosinas.

—Es una situación que ha muerto de empacho.—concluyó diciendo.

—En mi opinión,—dijo el general Mitre,—una de las cosas que más lo perjudicó al doctor Juárez en el concepto popular, fué que el *Don Quijote* lo representara siempre de asno. Esa forma tan gráfica y tan depresiva de simbolizar

al primer magistrado tenía, á la larga, que convencer al pueblo de que el presidente era, realmente, un borrico.

Al oir esta apreciación en apariencia trivial, pero profundamente cierta, uno de los circunstantes fijó los ojos en el General, sonrió, arqueó el brazo derecho, haciendo salir el esmaltado puño de la camisa, y, con acento casi oratorio, exclamó:

—Eso es una injusticia, General; sí, señores, eso es una injusticia...

(Movimiento de atención de todos los circun-tantes).

—El burro... el asno... es un animal inteligente, muy inteligente... He visto estos días en el Nouveau Cirque, á un payaso español, llamado Medrano, presentando á un burrito que es una maravilla...

Y en medio de la contenida impaciencia de

El personaje aludido, al oir la última palabra y al advertir algunas sonrisas mal contenidas, se puso pálido primero, se encendió en seguida, el labio le tembló no acertando con la frase, y, por fin, repitiendo el gesto oratorio de sacar á luz el puño de la camisa, dijo con voz algo cavernosa:

—No esperaba de usted esto, señor General!

—Pero amigo, ¿no acaba usted de disertar largo y tendido sobre el burro? ¿No se llama en castellano "burrología" la ciencia que trata de los pollinos?

—No, señor general; no esperaba de usted un juicio tan depresivo sobre mi persona! Decirme fuerte en burrología es llamarme tonto, ignorante...

—¡Pero, no, hombre, no!...

Nada, el orador había tomado vuelo y ya no había quien lo contuviera.

—Cuando en 18... vino usted á mi casa á pedirme concurso para llenar un ministerio, no debía usted pensar que yo era fuerte en burrología; cuando en...

El discurso tomaba vuelo, y quién sabe con qué recriminaciones concluiría, porque el orador se iba exaltando [illegible] en su voz y en su gesto los [illegible] de la cólera.

De pronto, el General se levantó, giró sobre

los talones, abrió una puerta que tenía á la espalda y desapareció por ella, cerrándola tras de sí con algún estrépito.

¡Tableau!

Todo el mundo, incluso el orador, quedó como en misa. El silencio era angustioso y nadie atinaba á romperlo. La situación no tenía salida...

En eso volvió á abrirse la puerta un momento antes cerrada por el General, y éste reapareció absolutamente sereno, con una caja de cigarros habanos en la mano, que colocó abierta sobre la mesa, mientras volvía á tomar asiento.

—En París se fuman muy malos cigarros,—dijo.—Me han recomendado estos Pártagas, que recibe el Grand Hotel... Pruébenlos...

¡La situación estaba salvada! Volvióse al tema político, lo interesante del asunto absorbió á todos y la reunión terminó como si nada des-

a frente ó porque su temperamento esencialmente republicano lo hubiese inclinado á buscar un símbolo inconfundible, el hecho es que el general Mitre no usó nunca sombrero duro.

Nació á la popularidad y al cariño intenso de su pueblo con su famoso chambergo que será eternamente legendario en nuestro país como la camiseta roja de Garibaldi en Italia.

Una vez, sin embargo, se vió obligado á contrariarse, quizá como pocas en su vida, y fué durante su estadía en Europa.

Había sido invitado por el entonces presidente Sadi-Carnot á una recepción oficial y en su honor en el palacio del Elíseo.

La tribulación del General fué como nunca manifiesta. Fuera de su país, donde estaba acostumbrado á no modificar el apéndice simbólico de su sencilla indumentaria, se veía obligado á presentarse de rigurosa etiqueta y sombrero de copa.

Aparentemente resignado llamó á su secretario Piquet y le encargó que le hiciera llevar una galera Poco después la tenía en su alojamiento.

El General la sacó de la caja mirándola con horror, casi con ira. La observó minuciosamente, la dió vuelta varias veces en las manos y, por fin, encarándose con su secretario:

—Vea,—le dijo,—haga que le bajen un poco la copa; es muy alta esta galera.

—¡Pero, señor!...—se aventuró á decirle Piquet.

—Haga como le digo,—replicó secamente el General.

El sombrero de copa retornó á la casa de su procedencia y poco más tarde volvía rebajado.

Nueva inspección y nuevo gesto de disgusto del General.

—Más bajo todavía,—exclamó,—dos dedos menos.

—Señor,—le observó el secretario,—entonces en vez de una galera va á llevar usted una galerita ridícula.

—No importa; devuélvala usted para que la arreglen.

El empleado de la casa salió probablemente riéndose de aquel original cliente en pleno París.

Volvió el sombrero y al hacerle el General su tercer examen, exclamó:

—Ahora, sí.

Y así se fué al Elíseo.

Después de media noche el General regresaba de la brillante recepción.

Silenciosamente, rabiosamente, se sacó aquella caricatura de sombrero de copa y con todas sus fuerzas la arrojó al suelo, convirtiéndola en una tortilla.

Fué su terrible venganza contra la tiranía de la etiqueta

*

Los presos de la penitenciaría nacional solían escribir frecuentemente al General contándole sus penurias y demandándole algún socorro.

Por lo general, cuando querían interesarlo más se hacían pasar por veteranos del ejército en las diversas campañas del General.

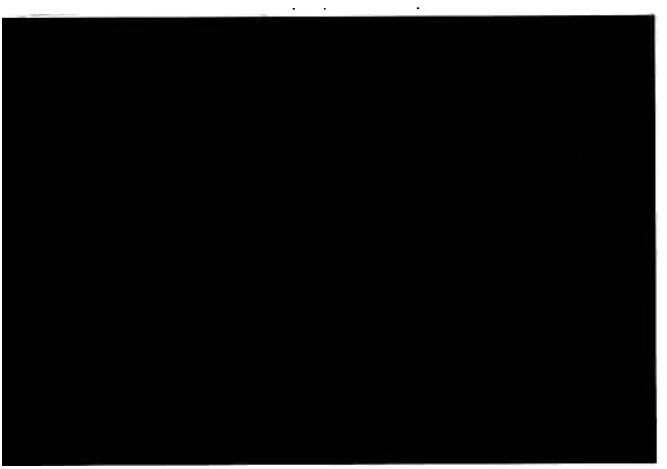
Este, que se complacía en hacer el bien sin exterioridades y en silencio, no dejaba nunca de interesarse por aquellos desgraciados, y su ayudante Portunato fué portador en muchas ocasiones de sus auxilios pecuniarios.

Una vez recibió una misiva de un tal Juan González, que alegando su honroso antecedente de soldado del Paraguay, le solicitaba una ayuda "para tabaco".

El General llamó una vez más á su ayudante y le encargó se trasladase á la penitenciaría llevando al "veterano" González una suma de dinero.

El comandante Portunato se puso inmediatamente en camino de la penitenciaría. Era entonces director del establecimiento carcelario el coronel Fraga, actual jefe de policía de la capital.

Al enterarse de la misión del ayudante, no pudo menos que sonreirse.



cios en la casa desde los días de las grandes aglomeraciones populares, Torcuato Ocampo y Adolfo Cabo.

Conversábamos del General, de su inmensa popularidad y del respeto que á todos inspiraba.

El comisario Maldonado refirió que en previsión de posibles golpes de mano durante el sepelio del General, había tenido la precaución de detener en el depósito 24 de Noviembre á más de 500 L. C. (1).

—A propósito,—dijimos al experto pesquisante,—¿quiere usted conocer hasta dónde llega ese respeto por el General?

—¿Cómo?

—Sencillamente, así: reuna usted en un plesbicito á todos los L. C. que tiene usted enjaulados y hágales esta simple pregunta:

—¿Cuál sería el único hombre en este país á quien no robarían?

El comisario se sonrió y, rápidamente, contestó:

—Lo sé: ¡á Mitre!

*

Privado de sus grados militares, fué una vez á

(1) Ladrones conocidos.

[illegible] contestó el Gen

[illegible] su boleta de

L CHAMBERGO-SIMBOLO

EL CHAMBERGO-SÍMBOLO

I

La personalidad del general Mitre es realmente extraordinaria y surge grande y gloriosa bajo cualquier fase que se la examine.

Es una personalidad que no admite símil, una personalidad única, genuina é intensamente argentina, no obstante irradiar ya su luz más allá de las fronteras de la patria y estar consagrada gloria americana.

Su actuación pública durante más de medio siglo de intervención directa, y, casi diríamos, exclusiva en todos los problemas anteriores y posteriores á la organización de la República, no tiene precedente en ningún otro pueblo de la tierra. Es militar, estadista, gobernante, historiador, literato, periodista, político, jefe de partido, diplomático, es todo, en una palabra, y en todo deja su sello personal, que lo vincula como ningún otro á la nacionalidad. Se ha dicho alguna vez, y se ha dicho con perfecta verdad, que Mitre encarna la historia del país. Es que Mitre es único.

Pero, entre todas, la fase más interesante de esta personalidad de base gigantesca; es su popularidad, esa popularidad que lo ha acompañado durante toda su vida sin un momento de ocaso, por el contrario, creciendo cada día más. Mitre en las altas esferas del gobierno, en la guerra y en la paz, ó en el retiro de su casa histórica de la calle de San Martín, ha vivido perenne en el corazón de sus conciudadanos y en el inmenso cariño de su pueblo. Mitre encarna, solo, solo, como nadie, el difícil concepto humano de Hombre-Pueblo.

Esa popularidad que, como una aureola de gloria lo ha acompañado siempre haciéndolo vivir escoltado por el pueblo, tenía su signo exterior, todo un símbolo: su "chambergo".

Para las arduas y complicadas tareas del gobierno, era el general Mitre; para su pueblo, era don Bartolo á secas. Y don Bartolo hubiera dejado de ser el ídolo de la muchedumbre el día en que al cruzar las calles de la gran ciudad seguido por las miradas cariñosas de un pueblo entero, no se le hubiese visto con su clásico "chambergo". Ese sombrero era algo así, como la misma bandera patria, suficiente para agrupar multitudes en clamorosos entusiasmos. Don Bartolo sin su "chambergo" hubiera sido siempre un gran hombre, pero no hubiera sido el hombre-símbolo.

No lo olvidemos nunca; sea para lo presente y lo futuro esa la enseña que guíe nuestras acciones ciudadanas y realice nuestros anhelos patrióticos de trabajar sin descanso la cimentación de una patria grande, fuerte, próspera y feliz. El "chambergo" de don Bartolo proteja á su pueblo y lo conduzca á la realización definitiva de sus destinos inmortales!

Y, cuando en las horas del desaliento y de los enervamientos cívicos, y cuando sea amagada la gran obra nacional del patricio y las instituciones peligren, y cuando el pueblo sienta la necesidad suprema de las acciones reivindicatorias, vamos á las calles y á las plazas y llevemos á su estatua en bronce fuerte y eterno como su gloria, junto con las palpitaciones de nuestros corazones, el símbolo del Grande: su "chambergo"!

II

Museo Histórico Nacional.—Buenos Aires, Enero 22 de 1906.—Señor ingeniero Emilio Mitre.—Distinguido señor: El típico sombrero que usaba su señor padre y que la multitud ha visto con amor y con respeto acompañando su féretro desde la casa de gobierno hasta el cementerio, es una reliquia histórica y no creo faltarle á la consideración que usted merece, en estas horas tristes para su espíritu, al solicitarlo, para guardarse en el establecimiento que dirijo.

El gran ciudadano que lo adoptó en esa forma singular, para evitar molestias en la heroica cicatriz de una bala cuya chispa sirvió quizá para animar su cerebro pensador é inteligente, estaba identificado en él ante la mirada y el concepto popular.

El sombrero de Mitre, como el de Napoleón, no necesita leyenda para saberlo distinguir donde quiera que se presente, y la contemplación del que usó en los últimos días de su gloriosa vida será un atractivo para sus admiradores y origen de meditación para los que al verle sientan despertarse en su alma nobles y generosas emociones y en la mente recuerdos gratos que se ligan con nuestra historia, en cuya página más larga su nombre es el primero, el más brillante y el más querido.

Si aquí están las reliquias que pertenecieron á

nuestros próceres y entre ellas el falucho que cubría la cabeza del genio militar que realizó la independencia de medio continente, nada más digno de presentarse á su lado que el sombrero del que completara la obra de los fundadores de la nacionalidad haciendo á ésta indivisible, organizada y fuerte.

Confiado en que usted y su digna familia accederán al deseo que expreso como un homenaje al grande hombre que acaba de desaparecer, me complazco en saludarlo afectuosamente.—*Adolfo P. Carranza.*

Buenos Aires, Febrero 1° de 1906.—Señor director del Museo Histórico Nacional, doctor don Adolfo P. Carranza.—Presente: He recibido la nota del señor director, fecha 22 del pasado, por la cual se sirve solicitar el sombrero que usara el general Mitre, con destino al Museo Histórico Nacional.

La iniciativa del señor director coincide con un pensamiento que surgió en mí en las primeras horas de mi duelo. Ya entonces, contando con el asentimiento de mi familia, había resuelto lo que usted me pide ahora. Creo oportuno consignar aquí las razones de esta resolución; pero, para hacerlo tengo necesariamente que olvidar por un instante los reatos del parentesco y del cariño apasionado, y trocarlos por la libertad del juicio de los extraños.

Tratándose del general Mitre, esta ficción es permitida. Al fin y al cabo si yo, como hijo, no soy

[illegible] el de los que he lla- [illegible] entre éstos, que echan á [illegible] de la gloria sobre la tumba [illegible] á centenares que querían [illegible] afecto y que lo lloran [illegible]

[illegible] y creo que puedo conciliar [illegible] verdad debida á un hombre [illegible] fundamento de su vida. [illegible] muerto al pie de los [illegible] las cuestas de Vilcihe. [illegible] héroes, habría sido uno de [illegible] Demóstenes coloca [illegible] y hubiera tenido [illegible] de su último re- [illegible], y á ser enterrado con [illegible] del ideal republi- [illegible] civilización por la demo- [illegible] y un propagandista tenaz; pero, aun la fama

hubiera podido esculpir la figura de Clío, preguntándose inquieta si la patria había perdido entonces un luchador ó su primer obrero, y si aquel muerto era un combatiente de Procopio ó un héroe de Plutarco. Si en los esteros del Paraguay hubiera quedado su vida, el panteón de los grandes hombres habría recogido sus despojos y les habría dado por ofrendas, al lado de la espada guerrera, los símbolos del gobernante y del organizador nacional.

Allí comienza á culminar la personalidad del general Mitre.

La encina cívica orla su frente, entretejida con los laureles de la poesía, la ciencia militar lo inscribe como uno de sus adeptos y la historia le recibe como uno de sus iniciados; hace leyes sabias; tiene la visión de la grandeza futura de su patria, por la paz; penetra las lenguas aborígenes y vincula las lenguas latinas, trasportando al castellano las presas de otras lenguas; predica la libertad y el civismo; manda; gobierna con la acción y con el ejemplo; habla; calla.

En la ejecución de esta obra múltiple, conquista el amor de su pueblo. Su pueblo lo sigue en el desenvolvimiento de su acción incansable y serena. Y es en esta evolución que el general Mitre afirma el símbolo que, como el penacho de Enrique IV en la batalla, lo señala á los pueblos: su chambergo.

El afecto popular hizo de esta prenda un símbolo y del antecedente que la había creado un testimonio

permanente de gloria. Al usar su chambergo característico, obligado por su herida, el general Mitre evocaba sin quererlo el recuerdo de una obra identificada con todo el proceso de la grandeza argentina y suscitaba en las masas populares la memoria de los anhelos con que se había consagrado al culto de la patria. Pero aun tenía un significado más ese sencillo atributo de su personalidad y de su actuación. La frente que hubiera podido lucir doradas palmas conquistadas en campañas memorables y erguirse ante las multitudes con la enseña deslumbrante de sus honores, se inclinaba serena bajo la sombra modesta de ese sombrero, como si hubiera querido disimular la aureola con que le revestía el entusiasmo público.

Así, por rara coincidencia, el chambergo de Mitre imponía al mismo tiempo la visión de sus proezas militares y de sus virtudes ciudadanas porque era el alivio de una frente mutilada en defensa de la patria y el reflejo de un espíritu substraído á todas las vanas apariencias. Decía á cuantos lo veían que si Mitre había sabido ofrecer su vida cuando el deber la reclamaba, había sabido también disimular sus prestigios cuando la obra estaba realizada, y que pudiendo ostentarse como el primer capitán de Sud América, aspiraba únicamente á la consideración y al respeto que merecen los buenos ciudadanos.

El pueblo que no analiza, pero que comprende, había apreciado todo el valor de este símbolo. Por

eso en el chambergo hoy histórico está más acentuada la personalidad de Mitre que en ninguno de sus atributos militares. Porque si fué un guerrero victorioso, eclipsó su propia gloria con sus virtudes de repúblico é hizo desaparecer las palmas cultivadas en la guerra por los laureles cosechados en la paz bajo las inspiraciones del civismo.

Por eso, al lado de la espada y del uniforme militar, que puse sobre su féretro, puse también su chambergo, el último que cubriera su cabeza querida y venerada. Ese mismo sombrero, que acompañó los restos hasta el cementerio, es el que he entregado al señor director para que se conserve en el Museo Histórico.

Saludo al señor director con las seguridades de mi mayor consideración.—*Emilio Mitre.*

EL ADIOS AL GENERAL

EL ADIOS AL GENERAL (1)

Era la hora de la madrugada, de una madrugada de día estival, asomando entre celajes de aurora y rompiendo suavemente las últimas débiles sombras de la noche extinguida. Era la hora de la lucha eterna y eternamente repetida entre la sombra y la luz, de la luz vencedora en ese instante, y, sin embargo, condenada á sepultarse más tarde y ser vencida por la sombra Era el cuadro exacto de la vida y la muerte que se reproducía en angustiosa realidad precisamente en ese mismo instante, ahí no más, en ese dormitorio sobre el cual volcaban ansiosas y tiernas las miradas de los que, piadosamente, velaban su último átomo de vitalidad: sólo que por una cruel ironía, por una brutal decisión del destino, dentro de aquellas cuatro paredes que ocultaban el cuadro, no era la luz la que triunfaba: era la sombra, la muerte que vencía.

El gran patricio agonizaba, el ídolo del pueblo se esfumaba, el glorioso General vencedor en las batallas se iba para siempre al solo soplo

(1) Este artículo fué publicado por el autor en *La Nación* con el seudónimo JUAN CRUZ.—(*N. del A.*)

mirada semejaba las suavidades del
sunto externo de su alma grande, de
buena, de su alma blanca. El gene
moría.

Estábamos unos pocos en su escritor
bajo y de recibo, en ese escritorio de
patio de la casa patricia, donde tanta
simas veces, por el espacio de años e
sucesivos había recibido las más grand
festaciones de respeto y consideraci
posible tributar á un hombre, donde h
cebido y realizado la obra intelectual
cunda, laboriosa, útil y eterna que pu
de un cerebro privilegiado, honrando
ria, la literatura, el pensamiento amer
ra lo prese: te y lo futuro.

Estábamos unos pocos en esa hora
mas angustias, entre los miles y miles
zones que venían palpitando al unísono

fantásticas veíamos cruzar apresuradamente personas que parecían bultos, y que, sin embargo, eran seres humanos, eran los suyos que silenciosamente, unos seguidos de otros, desfilaban camino del dormitorio del glorioso enfermo, comprimiendo sollozos que no percibíamos claramente, pero que sentíamos desde abajo.

El reloj marcaba las tres y media de la madrugada. Conteníamos mudos la respiración, mirábamos sin pestañear arriba, donde el drama, el impresionable drama de más de cincuenta días llegaba á su escena final. No olvidaré, no olvidaremos jamás ese instante los que seguíamos á tan corta distancia, pero que nos parecía enorme para salvarla y estar también nosotros con los suyos y asistir, como si fuéramos de la misma familia, á la escena tremenda, soberbiamente silenciosa, de la eterna despedida. Un presentimiento golpeaba nuestros corazones, y nos decía con brusquedad la verdad. Aquello estaba terminando; el General, el General invencible y glorioso cedía: Mitre, vencedor en la vida, era vencido en la muerte.

Estrechamos filas los del pequeño grupo, mirando siempre hacia el balcón y conteniendo la respiración. Había transcurrido una hora más. De pronto, una sacudida violenta, terriblemente nerviosa, agitó nuestros músculos casi parali-

zados. Sentimos sollozos que débilmente venían de la habitación del enfermo, luego llantos, veíamos lágrimas desprenderse de aquellos seres que rodeaban al enfermo querido. Y nosotros nos miramos atónitos y luego también lloramos. Uno de los del grupo tuvo valor para mirar su reloj. "Las cuatro y cuarenta y tres minutos", dijo, y luego volvió á callar. Quisimos precipitarnos todos, empujados por un solo impulso, hacia el sitio donde la escena tenía su glorioso final, tan glorioso como lo fué la vida, pero un sentimiento de religioso respeto por aquella casa y aquel anciano venerable que recibía los últimos besos de los suyos nos detuvo. Era justo, era humano que inclinase su blanca y pensadora frente en brazos de ellos. Les pertenecía por completo en esa hora suprema; después, pertenecería á los brazos y al corazón del pueblo.

Quedamos indecisos. ¿Era posible aquello? Dudamos... De pronto, apareció en el centro del balcón su viejo médico, su abnegado amigo, el infatigable que ha puesto su ciencia, su experiencia, su conciencia y su corazón al servicio del ilustre enfermo: el doctor Piñero. Lo interrogamos ansiosamente con la mirada. Estaba pálido y conmovido, intensamente conmovido. Comprendió nuestra angustia y nos dió la verdad, toda la cruel verdad. Una seña muda, una

sola seña bastó. Todo lo comprendimos entonces. Estábamos en presencia de la realidad. ¡El general Mitre había muerto!

Había á esas horas, á esas horas en que todo el mundo creería que reposaba la inmensa simpatía que un pueblo entero venía tributando durante cincuenta días al ilustre enfermo, un grupo de gente estacionado en la acera opuesta á la de la histórica casa La noticia circuló rápidamente y algo como una conmoción violenta batió fuertemente los corazones. Oímos una exclamación á un hombre del pueblo: "Perdemos al padre de la patria", dijo, y se enjugó una lágrima. Era el alma del pueblo argentino que hablaba por boca de ese hombre humilde. Era la consagración en la muerte del glorioso anciano.

Y de ahí para adelante, desde ese primer momento de la fatal nueva, el jubileo en vida del ilustre octogenario se reanudó en el instante preciso de su muerte. Moría en la vida, pero en la muerte nacía á la inmortalidad.

La cuadra de la casa de la calle San Martín empezó rápidamente á poblarse. En todos los rostros había una suprema manifestación de dolor. Si hubiera sido posible auscultar los latidos de aquellos corazones se habría podido comprobar que todos se sacudían como á un solo mecánico movimiento Allí estaba, repetimos, el alma del pueblo

Y fué también desde aquel instante que la vieja casa del general, esa vieja casa que el pueblo le consagró para su hogar después de haber bajado pobre, pero glorioso, de la primera magistratura de la República, empezó á ser invadida por todo el mundo, desde la alta representación del gobierno de la nación hasta el más humilde de los ciudadanos; desde el comerciante y el industrial que llevan el cetro de la prosperidad y la riqueza de nuestro país, hasta el modesto obrero de blusa azul que hacía la huelga de su trabajo para ir á llevar también su latido de corazón amigo á la casa del gran patricio; desde la dama encumbrada y aristocrática hasta la vieja parda, que en sus balbuceos infantiles ya sabía gritar ¡viva Mitre!; desde el ocaso de la vida, representado por sus ancianos, hasta la primavera de la vida, emanando los perfumes y las brisas de la triunfante juventud.

Luego los compañeros de armas del General, esos viejos generales que aun nos quedan como restos gloriosos de otras épocas y otras batallas que las del campo de la actividad fecunda y ennoblecedora del trabajo, generales agobiados bajo el peso de sus hazañas y sus entorchados, cubiertos sus pechos de medallas y cordones—ofrendas de la patria á sus héroes—los jóvenes militares de los tiempos modernos, altivos, cuadrados, con el pecho saliente y su figura gallar-

da, pensamiento y brazo para mantener incólumes las glorias del pasado y la grandeza del presente y el futuro, respetuosos y emocionados ante la majestad del luchador desaparecido...

Las ofrendas que perduran el cariño rayano en el fanatismo hacia el gran hombre, empiezan á llegar á la casa en una sucesión no interrumpida y en una proporción jamás vista en este país. Son las coronas que invaden la casa al extremo de no dejar sitio donde colocarlas, hermosas coronas de flores naturales y artificiales, de bronce eterno como la memoria del ungido, de formas caprichosas unas, severas otras, y todas soberbiamente hermosas. Ahí, en esas ofrendas, están representados los poderes públicos de la nación y las provincias, los institutos científicos, las asociaciones particulares, los gremios, el ejército y la marina, las sociedades y colectividades extranjeras, la prensa, los grandes y los humildes, todo y todos, en una palabra.

Llega á la casa un señor de porte distinguido, irreprochablemente vestido de negro, de fisonomía fuerte y cuyo rostro blanco y patillas rubias denuncian á la simple vista á un extranjero de distinción. Es el encargado de negocios de Alemania. Lleva en el brazo una enorme corona de flores naturales con grandes lazos de cinta de seda representando la bandera de su patria.

—Vengo,—dice,—en nombre del señor ministro de Alemania á colocar personalmente sobre el féretro del señor general Mitre esta corona, y á saludar en el suyo y en el mío á su hijo don Emilio Mitre.

Se le acompaña hasta la gran biblioteca donde es velado el cadáver del General y allí cumple su doble misión, estrecha la mano del hijo consternado y se retira conmovido

—Gracias,—decimos mentalmente nosotros,—gracias, en nombre del pueblo argentino.

El cadáver está expuesto durante veinticuatro horas en el inmenso salón de la biblioteca; en ese santuario intelectual del General, donde ha volcado sus pensamientos y se ha entregado en vida á la meditación, á la meditación que después de su amorosa labor intelectual era uno de los placeres más gratos á su espíritu superior. El rostro del General aparece sensiblemente cambiado, con las huellas del sufrimiento prolongado bien acentuadas, pero conservando esa dulce placidez que nunca olvidaremos y que alguna vez hizo decir á alguien que semejaba la imagen del Hombre-Cristo. Ahí estaba en su féretro dejando todavía transparentar su alma noble, su alma justa El cuadro será inolvidable, porque es de aquellos que quedan impresos para siempre Sus hijos, su vieja hermana, sus nietos, rodeaban la caja.

Cuatro cadetes del colegio militar, arma al brazo, prestaban guardia de honor. Cuatro cirios lanzando su luz de amarillo pálido, amortiguaban la luz clara y brillante de afuera, la luz triunfante de un día de sol sin intermitencias.

De pronto, llega desde la distancia un eco colosal, algo así como un rugido de mar alborotado. Era el pueblo aglomerado en la calle que reclamaba á gritos ver el cadáver Aquello no era un pedido, era un mandato. La familia no vacila. Si ese hombre había sido en vida el ídolo del pueblo, al pueblo le pertenecía también tanto como á sus propios hijos. Se dió la orden de puerta franca y desde ese instante empezó el colosal desfile. La gente, cabeza descubierta, entraba en interminables hileras por la casa del General, detenía breve pero intensamente su mirada sobre el cadáver y seguía su marcha, saliendo por las puertas de *La Nación*. Y aquella procesión no terminaba nunca, desde las cinco de la tarde en adelante, y aquella muchedumbre, lejos de debilitarse, se agrandaba por momentos, interrumpiendo totalmente el tráfico público. La policía veíase obligada á desplegar todas sus artes para contener las avalanchas que se precipitaban unas sobre otras. ¡Hermoso, inolvidable, estupendo desfile! No había que preguntar quiénes estaban allí, sino quiénes no estaban. Ancianos, jóvenes,

niños, señoras y niñas, criaturas hasta de pecho, llevadas en brazos maternos, personas conocidas y desconocidas, obreros, extranjeros en inmenso número, aquella colosal masa de seres humanos desfiló silenciosa y respetuosa ante el cadáver del glorioso anciano. Era el adiós, el jamás superado adiós al General...

Amaneció la mañana brillante de luz y de sol, como si éste también quisiera acariciar la frente pálida del ilustre muerto. Los miembros de la familia y algunos íntimos rodeaban el féretro. Se veía venir el instante de la desgarradora separación y los corazones latían más fuertemente y la emoción se acentuaba. De pronto, llegaron hasta allí los ecos de los clarines y de las bandas de música militares que tocaban marchas fúnebres. Era la hora. La nación reclamaba esos restos y eran suyos,

féretro fué cubierto y envuelto en una riquísima bandera argentina, los deudos tomaron las manijas, el silencioso descenso hacia la calle se inició, los guerreros del Paraguay con sus generales y jefes sobrevivientes se turnaron en la conducción, las tropas situadas frente á la casa presentaron las armas, los clarines y tambores batieron marcha, las bandas rompieron con notas fúnebres y á pulso fué llevado el féretro. El pueblo seguía y se apiñaba en las aceras, balcones y puertas de calle, en millares de personas, todas descubiertas, sin una exclamación, soberbio en su silencio. Era aquella la apoteosis final...

Ahí queda, ahí lo dejamos hace algunas horas, en la severa y suntuosa capilla ardiente levantada en la Casa Rosada. La nación lo recibe de brazos abiertos en esa misma casa desde donde él rigiera los destinos de la República. El pueblo no está satisfecho todavía; quiere volverle á ver. El nuevo desfile se inicia, dura y se prolongará toda la noche.

Ahí queda el grande, el virtuoso, el repúblico, el pensador y el soldado, el ídolo de las muchedumbres, el gran ciudadano, "el primero en la paz, el primero en la guerra, el primero en el corazón de sus conciudadanos."

Ahí queda glorioso y viviente en espíritu

LAS EXEQUIAS FUNEBRES

LAS EXEQUIAS FUNEBRES

La muerte del patricio asumió las proporciones de un sacudimiento, de una intensa y recogida conmoción pública Se la esperaba como un desenlace inevitable agotados todos los recursos de la ciencia y los tiernos cuidados de los que velaban á su cabecera de enfermo, pero, asimismo, nadie quería rendirse á la dura realidad.

Es que el pueblo se había acostumbrado á ver en este hombre algo más que un organismo vital sujeto como todos á la ley profundamente niveladora é igualitaria de la vida y la muerte. Es que en Mitre se veía un símbolo y en el inmenso cariño que le profesaba el pueblo había llegado á hacerse carne que su envoltura humana sería imperecedera, inmortal como su espíritu.

Y fué así que, apenas circulada la triste noticia de que todo había concluído, de que el ídolo de su pueblo había pagado el obligado tributo á la madre-naturaleza, algo como un colosal movimiento de estupor se esparció por los ámbitos de la gran ciudad. En todos los hoga-

res, desde los más encumbrados hasta los más humildes, en todas las clases de la sociedad, en toda la población, en todos los corazones puestos al unísono en una sola vibración de consternación, la muerte de Mitre despertó ternuras, afectos intensos, evocó recuerdos, puso plegarias en los ancianos y en los labios balbucientes de los niños. ¡Mitre ha muerto!... Y esta frase lo compendiaba, lo decía todo.

Las exequias fúnebres del prócer fueron la consagración, la apoteosis de un pueblo entero. Ese espectáculo soberbio, imponente en su dolor mudo, no se olvida, no se olvidará porque es de los que quedan para siempre en la memoria.

De todos los puntos de la República, de todas las naciones de la América, de las capitales europeas, de todas partes, en una palabra, llegaban, entretanto, las notas sobrecogidas por la inmensa desgracia, los mensajes de la admiración, del cariño, del profundo respeto por aquella memoria que irradiaba luz y señalaba rumbos...

En toda la noche,—dice la crónica de aquellos días de duelo nacional,—no cesó el desfile ante el cadáver del General. Sólo hubo un momento de tregua entre las tres de la mañana y la hora á que llegan los primeros tranvías á la

plaza de Mayo, es decir, á las cuatro Durante esa misma tregua circulaban numerosas personas—pocas en relación á la masa que se había apiñado allí el día y la noche anterior,—y no alcanzó á durar más de veinte ó treinta minutos. Luego se reanudó la creciente procesión para no interrumpirse ya un segundo

Muchas señoras y muchos hombres se inclinaban devotamente, besando la bandera que cubría los restos de Mitre, con lágrimas en los ojos. El recogimiento de aquella multitud infundía una sensación amarga y dolorosa en cuantos presenciaban el desfile. Las luces, los paños negros, los colores de la bandera, la guardia firme con el arma al brazo, daban extraordinaria solemnidad al espectáculo. Los miembros de las comisiones de honor apenas murmuraban algunas palabras entre sí, más graves que en el mismo templo.

Entretanto, volvía á formarse la aglomeración frente al gran arco central de la casa de gobierno, en cuyo fondo la semiobscuridad de la capilla ardiente, las luces eléctricas violeta y amarillo, el luto de los amplios cortinados, del catafalco que para tan solemne ocasión estrenaba Mirás, y el espíritu mismo de los que acudían allí, daban al palacio una grandeza imponente que el pueblo no le conocía aún.

A las gentes de la ciudad comenzó á agregar-

[illegible] Aires era un mu
[illegible] la multitud de lo
[illegible] todos á la c
[illegible] llegado d
[illegible] acongojada
[illegible] anteriores, demostra
[illegible] las banderas á
[illegible] que se hab
[illegible] con d
[illegible] el aire tibio, cá
[illegible] también la g
[illegible]

[illegible] á caldear l
[illegible] el catafalco en
[illegible] Mitre mostraba por
[illegible] la majestad, parec
[illegible] futuro, con la intim
de su grandeza. Y la marcha pro
[illegible]

Ya hacía mucho, por otra parte, que el pueblo, abandonando la plaza de Mayo, donde la demasiado rígida organización oficial, no le permitía permanecer, había ido en busca de la mejor ubicacion posible, según la idea que cada cual se había formado de lo que iba á ser la ceremonia.

Una muchedumbre compacta se escalonó en las anchas aceras de la avenida de Mayo, desde Rivadavia hasta Callao, buscando sombra debajo de los árboles y de los toldos de los establecimientos comerciales; hombres, mujeres y niños formaban aquel abigarrado conjunto silencioso; todos los balcones de los altos edificios de cuatro y más pisos estaban atestados de gente, sobre todo de señoras; una corriente continua se deslizaba entre los apretados grupos hacia Callao, seguida por otras corrientes no menos numerosas establecidas en las calles paralelas: Victoria, Rivadavia, Bartolomé Mitre...

La multitud no parecía sentir el sol abrasador, apenas dulcificado por el movimiento que al aire caliente imprimía una débil brisa.

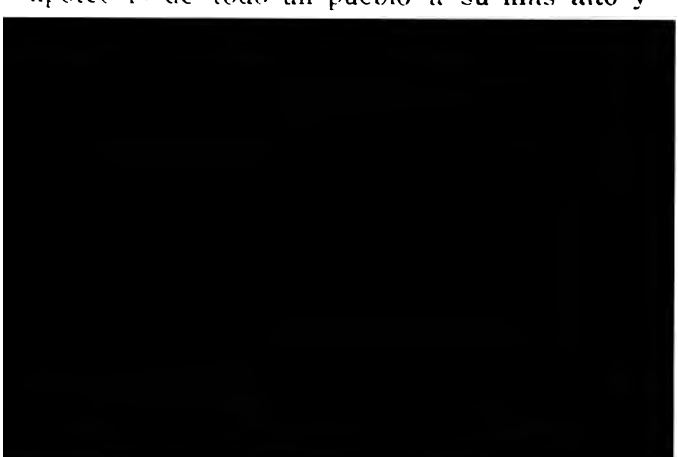
El mismo fenómeno de la avenida de Mayo se producía con mayor intensidad aún en la calle Callao, pues demasiados fueron los que pensaron que allí estarían más cómodos, con lo que las aceras eran pequeñas aun antes de que se acercara la hora de la ceremonia. También los

balcones de esa calle estaban materialmente llenos de señoras, niñas y niños; la gran mayoría de los hombres estaba en la calle, para incorporarse al séquito apenas pasara, introduciéndose en él á fuerza de codos si era preciso.

De la avenida República tendríamos que repetir lo mismo, y por consiguiente nos abstenemos, para no parecer difusos.

En la Recoleta, los grandes jardines, las calles, todo cuanto la gente podía ocupar y que dejaba despejado la tropa, era un torrente humano. Desde hora temprana comenzó la afluencia, que no cesó sino por saturación, cuando ya no cabía un alfiler, cuando ya entre la masa compacta no podía deslizarse un solo cuerpo más

Tales fueron los preparativos, tal fué el prólogo, extendido horas enteras, desde la mañana, de esta ceremonia fúnebre que ha resultado la apoteosis de todo un pueblo á su más alto y



[redacted]

car, matar este país que hoy va conquistando puestos prominentes en la escala de las naciones libres, después de haber sido una de las últimas, y sobre todo una de las de porvenir más equívoco y amenazador.

¡A cuántos se les habrá ocurrido hoy—y habrán sellado el labio, por reverencia—gritar, enalteciendo el viejo concepto, haciéndolo más grande y noble y genoroso:

—Mitre ha muerto. ¡Viva la obra de Mitre!

Los más altos honores oficiales fueron tributados á la memoria del prócer, uniéndose á los decretados por el gobierno de la nación los de los gobiernos de todas las provincias argentinas y territorios nacionales.

De esa serie de actos que han consagrado perdurablemente la gloriosa vida del general Mitre y los grandes servicios que prestó á su país, entresacamos los decretos del gobierno de la nación y el del de la provincia de Buenos Aires, esta última cuna del nacimiento del más preclaro de sus hijos.

Buenos Aires, Enero 19 de 1906.

Habiendo fallecido el teniente general don Bartolomé Mitre, y considerando:

Que es deber del gobierno honrar la memoria de tan esclarecido ciudadano, como un homenaje á sus virtudes cívicas y á los relevantes servicios que con tanta dignidad, consagración y patriotismo ha prestado al país desde los cargos públicos que ha desempeñado;

Que como ciudadano ha contribuido á cimentar el engrandecimiento de la nación legando á la posteridad en el conjunto de sus obras y de su acción fecunda, el fruto de su vigoroso espíritu y el ejemplo de su noble conducta;

Que su múltiple actuación en la vida nacional ha dado días de honra y de gloria á la República, provocando manifestaciones de opinión que han consagrado ya su personalidad histórica;

El presidente de la República, en acuerdo general de ministros, decreta:

Artículo 1°—La bandera nacional permanecerá á media asta durante diez días en todos los edificios públicos de la nación, buques de la armada y fortalezas, en señal de duelo por el fallecimiento del teniente general don Bartolomé Mitre.

Art. 2°—El cadáver del extinto será velado en la casa de gobierno y conducido para su inhumación al cementerio del Norte en el día domingo 21 del

corriente á las 4 de la tarde, tributándosele en el acto los honores militares correspondientes á presidente de la República.

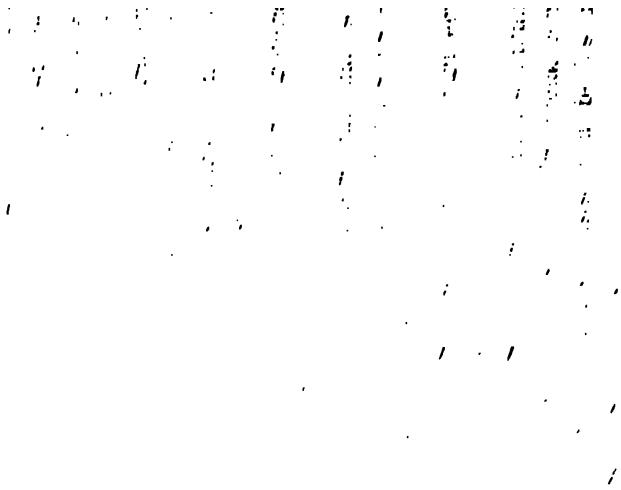
Art. 3°—Invítese por los respectivos ministerios para concurrir á los funerales é inhumación del extinto á ambas cámaras del congreso, poder judicial, cuerpo diplomático extranjero y reparticiones civiles y militares.

Art. 4°—Invítese asimismo á los gobiernos de provincia y territorios para que se asocien al duelo público por el fallecimiento del teniente general Mitre.

Art. 5°—Por el ministerio de guerra y de marina se impartirán las órdenes del caso para el cumplimiento de este decreto en lo que les concierne, disponiendo, además, que en los diversos campamentos del ejército y buques de la armada se tributen los honores correspondientes.

Art. 6°—Comuníquese, publíquese é insértese en el Registro Nacional.

QUINTANA.—*Rafael Castillo.—Carlos C. Rodríguez Larreta.—José A. Terry.—Joaquín V. González.—Enrique Godoy.—Juan A. Martín.—Damián M. Torino.—Adolfo Orma.*



ión de un monumento en la capital de la provincia al teniente general Bartolomé Mitre.

Art. 6°—Comuníquese, publíquese é insértese en el Registro Oficial.

UGARTE—*Manuel F. Guecco. Juan Ortiz de Rozas. Angel Etcheverry.*

ONES FUNEBRES

ORACIONES FUNEBRES

DISCURSOS OFICIALES

DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DOCTOR MANUEL QUINTANA

Señores:

Tenía que llegar la hora en que la tierra argentina se abriese para recibir estos despojos venerables.

Pero no la esperábamos aún. Un voto del alma nacional se había formulado porque el general Mitre llegase, con el último soplo siquiera de su vida, al primer centenario de la Revolución. Queríamos honrarlo en ese dia, junto con los guerreros de nuestra independencia, como una tradición viviente de las glorias argentinas, representante ante su pueblo de todos los que lucharon por engrandecer á la República y último mensajero del sentimiento patrio hacia aquella inmortal generación que nos legó la tierra libre y soberana.

Ya no será posible tener entre nosotros á este ejemplo vivo del patriotismo: pero no protestemos contra los designios de la Divinidad que suele aba-

tir la encarnación de una vírtud cuando quiere reanimarla. Los argentinos levantaremos su estatua y aparecerá de nuevo entre su pueblo aquella noble figura en que contrastaba la modestia de sus maneras con el sello de grandeza que tenía su semblante.

La obra de Mitre no puede encerrarse en la síntesis de un discurso funerario, porque difícilmente se hallará otra vida tan larga y tan llena de grandes acciones.

No tuvo días de reposo.

En la mitad de su existencia había merecido todos los honores y empuñado las riendas del gobierno; pero no lo sedujeron, asimismo, las sensualidades de la vida. Como si no hubiera hecho bastante por la patria, inclinó todavía la cabeza en su gabinete de estudio para dedicarse á los trabajos del espíritu, y de allí nacieron la "Historia de Belgrano" y la "Historia de San Martín", en cuyas páginas la juventud argentina estudiará perpetuamente la vida de sus héroes y la epopeya de la independencia americana.

Era, además, un predestinado de la gloria.

Durante muchos años su vida se desenvolvió paralelamente á la vida nacional y todos los grandes acontecimientos de nuestra historia contemporánea lo encontraron siempre pronto para servirlos. Fué poeta y tribuno en su juventud y estadista y guerrero en su edad madura; es el único vencedor en

guerra nacional que hayan conocido nuestros contemporáneos; nació precisamente cuando el país se iniciaba en el desorden y su nombre cierra la época de la anarquía en nuestra historia: ha sido el último soldado de nuestras convulsiones inórganicas y el primer presidente de la Nación reconstituída. Ningún prestigio le faltaba, y en el pedestal del monumento con que el pueblo argentino lo consagre podrán esculpirse todas las glorias humanas.

Sus grandes hechos no se borrarán de nuestro espíritu, porque constituyen durante un largo período la historia misma de la patria; pero yo quisiera también grabar fuertemente en el corazón de mis conciudadanos los últimos años de la vida de Mitre; su noble ancianidad, sus preocupaciones por la suerte de la patria, cuando predicaba la elevación á los gobernantes, la templanza á los partidos y el sometimiento del pueblo al orden y á la ley. En un cuarto de siglo no salió de su retiro sino para evitar que algún error, algún crimen ó alguna insensatez pudiesen comprometer el porvenir de la República. Cuidaba de su obra como un padre de la patria; y si nosotros guardásemos su ejemplo inmortal en la memoria, habríamos asegurado definitivamente la grandeza futura de la Nación.

Señores:

Alrededor de la tumba de Mitre se unirán el pueblo y el gobierno y los hombres de todos los partidos. Su consagración no necesita esperar el fallo de

el luto de otros pueblos amigos, que ha la gratitud nacional al asociarse á este funeral de la nación argentina.

Acompañemos sus restos mortales en peregrinación. Ese pueblo de Buenos Aires amaba tanto, sobrecogido por primera vez ausencia, lo verá pasar como un símbolo triunfal, de camino hacia la gloria.

He dicho.

DEL VICEPRESIDENTE DE LA REPÚBLICA Y PRESIDENTE DEL SENADO DOCTOR FIGUEROA ALCORTA

Señores:

Se ha extinguido en la noche infinita el astro moral de radiaciones más intensas y múltiples de cuantos han brillado en este continente.

La luz, el calor y la vida de aquel espíritu predilecto de la providencia, perdurarán con su influencia refleja sobre el destino de los hombres y de las cosas que fueron constitutivos de su escenario; pero él ya no estará para determinar con su dictamen y su ejemplo las orientaciones saludables; pero él no guiará más la nave á puerto sereno en los días obscuros de la contienda anárquica; pero él no será ya la encarnación actuante del patriciado venerando que imprima el sello de su autoridad moral inmarcesible á las grandes soluciones definitivas.

¡Dios sólo sabe la intensidad de la prueba impuesta al pueblo argentino en esta hora de hondo duelo nacional! Se diría que al cumplirse en el general Mitre la ley inexorable de la evolución física, quedara en el ambiente algo así como un temor colectivo por la estabilidad de ciertos resortes morales que el sentimiento público había puesto bajo su custodia, al abrigo de su ciudadía inviolable de patricio, se diría que al dormirse como Washington, «bajo su techo en medio del pesar de sus compatriotas y

de la veneración de los pueblos», el alma nacional se acogiera anhelosa á una quimera suprema, y esperara todavía el despertar de ese sueño; diríase, en fin, que el unánime sentimiento angustiado de la sociedad argentina se uniera en un solo eco solemne de protesta ante el mandato inflexible de la ley de la vida, como si el voto público hubiera consagrado en un solo vivísimo anhelo la idea de la inmortalidad moral y material de su gran ciudadano!

Es que él era nuestra reliquia, nuestro orgullo, nuestro exponente de pueblo grande en el concepto múltiple de sus atributos; es que él fué tradición, virilidad, altivez, gloria argentina; es que su virtud republicana y su intelecto y su saber y su grande alma de soldado y de poeta y su entidad moral de estadista y de repúblico, todo eso nos ha pertenecido y nos ha honrado, dentro y fuera de nuestros límites geográficos, aun más allá de nuestras fronteras continentales.

Quede á la historia la misión superior de incorporar á sus páginas más brillantes lo que corresponde á esta figura benemérita, única entre nosotros por la multiplicidad de sus grandes relieves, y bástele á este momento de supremas tristezas, en que «no hay lágrimas bastantes para tanto duelo», fijar, fijar en la mente y en el corazón de su pueblo las altas líneas de conjuto de este argentino moral, como enseña de cívicas inspiraciones, como divisa de grandes destinos.

Porque amó la libertad y le consagró sus más nobles esfuerzos, y fué pensamiento y brazo, acción y dirección en sus lides fecundas, su personalidad destacóse siempre en el primer plano de la escena cívica del país, envuelta algunas veces en el vaho caldeado de las luchas políticas, pero nunca velada por una sola sombra que empañara el brillo de su actuación prominente.

Porque orientó en las grandes causas la luminosa trayectoria de su vida, y levantó su espíritu por sobre todo lo efímero y transitorio que hay en la trama informe de las luchas humanas, y practicó serenamente la virtud de sobreponerse á la impulsión misma del medio ambiente político si no radicaba en la base de sus principios inflexibles; por eso fué árbitro de supremos destinos, inspiración viviente de soluciones grandes, encarnación vigorosa de las glorias tradicionales de su pueblo.

Porque inspiró su lema en el bien de la patria y trazó con su espada y con su pluma surcos fecundos á la grandeza moral y material de la República; porque se consagraron siempre al servicio patriótico de las instituciones los afanes más nobles de su azarosa vida y los prestigios mejor fundados de su influencia incontrastable; porque combatió la anarquía y el despotismo en los campos de batalla, en las altas tribunas del parlamento y de la prensa, en el gobierno con austeridad de magistrado, en las filas populares con inspiraciones de apóstol; porque

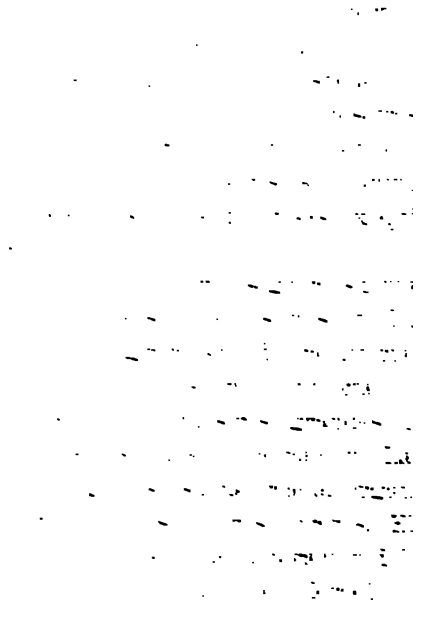
[illegible] que al abandonar el teatr
[illegible] que despojarse á su
galas prestadas de un dia, y queman
por [illegible] vida en la lámpara de sus vigil
auspici[illegible] su autoridad magna de pa
vistas serenas de estadista la paz interi
para fundar en la primera la radicació
nal definitiva y el progreso y engrande
país, y para cimentar en la segunda
principios de su credo político, inspirac
amplios conceptos de confraternidad am
que, en fin, señores, como hombre, com
como magistrado, fué honesto, sincero,
[illegible] su ruta entre la verdad y el deb
como árbitr[illegible] de la fuerza ó de la ley
invariable á la justicia y á la libertad,—po
y por tantos otros, la misma sanción
en ofrenda calurosa le llevó á su retiro

aquel juicio histórico ampliará las conclusiones del presente, porque ya habrán fructificado en el desenvolvimiento moral y material del país las grandes enseñanzas que emergen de este coloso del pensamiento y de la acción.

Pasarán los tiempos; otras generaciones habrán ocupado el puesto que les corresponda en la evolución indefinida; la hora actual será un punto imperceptible en el horizonte de las edades lejanas; y este pueblo argentino, en la madura plenitud de su vida, en el amplio desenvolvimiento de sus aptitudes, de su grandeza y de su poder, conservará grabado el nombre de Mitre en el calendario de sus glorias cívicas, símbolo todavía entonces de lo que fué sobre todas las fases de su ser múltiple: modelo ejemplar de ciudadano de un país libre!

Cúmplase, mientras tanto, la dura ley de nuestra misión, y entreguemos estas veneradas cenizas á la implacable requisitoria del sepulcro; descansarán cubiertas por la bandera que su brazo tremoló victoriosa, y velarán su reposo las bendiciones populares, mientras su espíritu selecto alienta en el ambiente moral de la patria, y su personalidad benemérita salva los dinteles de la historia coronada de lauros inmortales.

He dicho.



dos sentimientos que parecen inconciliables, la admiración y el cariño, que á todos nos congregan alrededor de estos despojos mortales que no quisiéramos abandonar.

La judicatura nacional reclama también su parte en el duelo público por la pérdida de su ilustre fundador.

Como legista, como uno de nuestros primeros jurisconsultos, sin diploma universitario, el general Mitre, el más civil de nuestros militares, comprendía que al poder judicial estaba confiada la salvación del arca santa de nuestras instituciones, porque ese departamento de gobierno constituye, según la expresión de Washington, la llave maestra del edificio político, y que el magistrado, investido con la facultad de juzgar, decidiendo de la vida, de la libertad y de los bienes, asume, como se ha observado, un grande, un inmenso poder; inmenso para el bien lo mismo que para el mal.

Y al organizar la primera corte suprema y los juzgados federales, en circunstancias en que se hallaban aún vibrantes los ecos apasionados de las contiendas civiles, coloca en aquélla las primeras personalidades de la Confederación, dejándonos así una alta lección de gobierno, en el sentido de que éste debe ser desempeñado en bien de la comunidad y no de los partidos, en beneficio de todos y para todos.

La institución quedaba, desde entonces, salvada.

Habíase iniciado la edad de oro de nuestra jurisprudencia.

Más feliz que los patricios de la generación que le había precedido y que él había honrado ante los despojos del más ilustre, con las palabras del Evangelio, recordando á sus contemporáneos que no debían buscar entre los muertos á los que viven, hale sido dado abrir el surco y contemplar la mies, organizar la nación y pasar una venturosa vejez entre las bendiciones de un pueblo reconocido. Era su obra. Era la resultante de la educación cívica difundida por él, dentro y fuera del gobierno, en que había morigerado las luchas inherentes á la democracia con los altos ejemplos de ecuanimidad de un corazón exento de rencores. Colocado más arriba de los agravios humanos, por la virtud propia de su incomparable altura moral, irradiaba su espíritu de confraternidad entre sus conciudadanos, que han llegado, en toda la vasta extensión de la República, á reconocerse hermanos en el mismo culto de la patria común, á la que debemos amar y defender y cuyas glorias corresponde á todos conservar.

Las luchas y los antagonismos son pasajeros: sólo el amor es perdurable. Era la enseñanza del ilustre patricio en su prolongada actuacion popular, impuesta por el ascendiente de sus virtudes cívicas, cuando, desprendido de las insignias del mando, con la serena austeridad de un héroe de Plutarco, pueblo y mandatarios acudían instintivamente á su modesto

retiro para encontrar la inspiración salvadora en los días angustiosos para la patria.

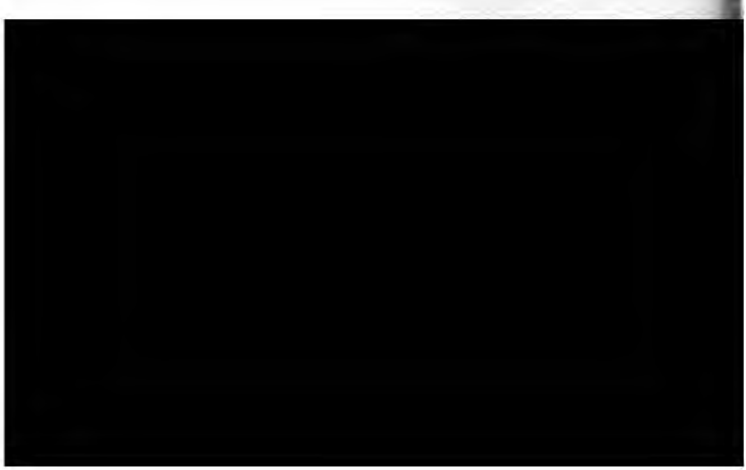
No se abarca, señores, el universo en una mirada, ni se concentra en algunas palabras de triste despedida una vida humana que fué ella misma la vida de toda una nación. Su característica y el secreto de su constante eficiencia han sido el más noble desinterés: todo para la patria. Practicó sin vacilaciones el culto del bien público y tuvo la más dulce energía para realizarlo. Inaccesible á toda seducción, ajeno á todo temor, se mantuvo constantemente en la órbita de su deber, como los astros en su línea de traslación, sereno, luminoso, incontrastable.

Su carrera pública se inició en la cruzada libertadora que, por la educación de las masas y las proyecciones de su acción perseverante, ha sido felizmente relegada, en la conciencia nacional, á una época que puede llamarse remota, para presidir en seguida la organización institucional del país, y defenderlo ante el exterior con tan modesta pericia militar, que sólo es comparable á la sublime abnegación que, por más de treinta y cinco años—la duración de una vida—reserva los testimonios decisivos de la propia glorificación. Obrero infatigable del progreso, en la prensa, en la tribuna parlamentaria y popular, proclama el equilibrio entre la libertad y la autoridad como el ideal de los pueblos bien constituídos, mientras que en páginas que vi-

virán como las glorias que narran levanta el vasto monumento de la historia nacional.

Entretanto, el otoño de la existencia ha llegado y la triste melancolía de las horas crepusculares anuncia el cercano término de todos los afanes. El árbol casi secular se viste todavía con sus más hermosas flores y el genio de múltiples facetas reanima las bellezas de los grandes poemas de la literatura universal.

Que el Señor, en su infinito poder, recompense tantos beneficios. La gratitud nacional consevará el culto de la memoria del general Mitre, mientras el nombre argentino, que él tanto realzara, siga siendo discernido entre los pueblos libres de la tierra.



:L PRESIDENTE DE LA CÁMARA DE DIPUTADOS DON ANGEL SASTRE

Señores:

A nombre de la Honorable Cámara de Diputados ngo á exponer los sentimientos de la asamblea pular ante los despojos mortales del ilustre ciu- dano que ha dejado tras sí tan hermosa herencia virtud, de glorias y de grandes servicios pres- dos á la República.

Otros ensalzarán á justo título los méritos del storiador, del guerrero y del hombre de letras. e corresponde especialmente expresar la adhesión : la Cámara de Diputados al duelo público, que :bía repercutir de una manera directa en la re- 'esentación del pueblo y señalar en breves rasgos obra del legislador y del hombre de estado.

El nombre del general Mitre está indisolubleente vinculado á la organización nacional, que é su principal objetivo desde que se desplomó ı los campos de Caseros el gobierno dictatorial ıe, por largos años, había dividido y dispersado la familia argentina.

Su gloria más indiscutible consiste en haber rea- :ado esa aspiración del patriotismo argentino, pre- ntando ante el mundo, bajo una sola ley unificada ıra siempre, á la nacionalidad que se incorpora :sde esa época las conquistas más avanzadas de la encia política y del progreso humano.

La grande y patriótica obra del general Mitre está representada en las asambleas constituyentes, en los parlamentos á que dió temple con su carácter, ilustró con sus vastos conocimientos y guió por el camino de la unión.

Esa obra está representada por el gobierno, que, en una época de las más difíciles, de hondas conmociones y complicaciones extrañas, echó con firmeza las bases de todos los poderes públicos y trazó con acierto los lineamientos que sólo fué necesario seguir y extender en el porvenir. A medida que pase el tiempo, muchos hechos caerán en el olvido pero cada día será más pura é incontrovertible la gloria del gran organizador de la República, cuyo espíritu seguirá arrojando luz intensa sobre los destinos de la patria. Y sobre todas sus grandes obras y eminentes servicios flotará siempre, como el emblema más puro de su gloria, la unidad de su gran conducta, invariable en todos los tiempos y todas las circunstancias, que demuestra de una manera inequívoca y transparente la pureza de sus móviles, la firmeza de sus convicciones, la entereza de su carácter: virtudes todas que se unen y se confunden para fundirse en la grandeza de su alma, lo que perdurará, admirado por las presentes y futuras generaciones de esta patria, por la que tanto hizo, de esta patria que tanto amó, y que agradecida le presenta en este acto el homenaje debido á los grandes servidores públicos.

MINISTRO DE GUERRA GENERAL ENRIQUE GODOY

Señores:

En tan solemne momento cábeme el insigne honor de despedir para siempre, en nombre del ejército de la Nación, á estos despojos que fueron la envoltura del alma privilegiada del general Mitre. Empero, no corresponde á mi misión hacer la apología de esa personalidad, tan llena de acción y de pensamiento, durante los sesenta años de vida pública que consagró por entero á dar organización y fisonomía propia á la Nación, luchando como soldado, como tribuno y como caudillo, en los campos de batalla, los parlamentos, el gabinete del estadista y aun en el ostracismo, hasta formar el hogar nacional... es decir, ¡la patria misma!

Traigo otro objetivo, más íntimo y más concreto: es la expresión del sentimiento del ejército nacional, hondamente conmovido ante la desaparición absoluta del prócer que, para los argentinos, era apóstol de la verdad, del honor, de la honradez cívica y de la austeridad republicana.

Y esta manifestación de intenso duelo no está inspirada por movimientos de rebelión, ni de protesta siquiera ante la fatalidad que se cumple; es la pena tranquila, elevada y sincera, que abre en los nobles pechos abismos de afectos, de admiración y de respeto para quien cruzó la vida, extensa y provechosa, como

maestro, como apóstol y como amigo de sus conciudadanos.

Al extinguirse la vida material de este grande hombre, el pensamiento de sus conciudadanos, que en este caso alcanza á la América toda, se recoge y medita ánte el ejemplo de sus austeras virtudes y de su inmaculado patriotismo, que fué su característica esencial y que más augustamente resalta en su actuación durante las horas inciertas en que, para afianzar la unidad nacional y hasta encauzar la tumultuosa corriente de una democracia inorgánica, supo imprimir el impulso regulador que debia conducir á la República á sus destinos grandiosos por la senda del orden institucional que él mismo trazó con su pensamiento, afirmó con su espada y ennobleció con su ejemplo.

Las generaciones presentes y las venideras han de inspirarse seguramente en la vida del teniente general Mitre, para aprender cómo se consagran á la patria todos los esfuerzos de la inteligencia y de la voluntad, con el solo pensamiento de su unidad y de su grandeza!

Y en cuanto al ejército de la Nación, cuyos dolorosos sentimientos cúmpleme la honra de expresar en este histórico día ¿qué vida más abnegada y qué enseñanzas más severas de virtud y de carácter podria ir á buscar fuera de la República? ¡Ninguno; la lección y la idea que su vida encarna, perdurarán en la memoria de su pueblo!

Su espíritu flotará sobre esta tumba que, al abrirse, parece que también se levantara á manera de secular columna ante la cual deberán llegar todos los desfallecientes, en solemne peregrinación, de pie y descubiertos, á confortar su espíritu, porque ella, de hoy en más y para siempre será un símbolo y un altar!

Y de tal manera es así, que unidas por la veneración de su pueblo y ungidas por el amor de las naciones hacia el gran ciudadano argentino, la bandera de la patria y tres banderas gloriosas de naciones y hermanas que también él tanto amara, agitan é inclinan aquí su paños esplendorosos con toda la magestad de un inmenso pesar por el eterno adiós del que asciende en esta hora á la inmortalidad y á la gloria.

Señores: Interpreto los votos de mis camaradas del ejército argentino y de las naciones amigas que tan gentilmente se han asociado á nuestro duelo, al decir: general Mitre: descansad en paz en la mansión de los justos mientras vuestros compañeros de armas cumplen su misión en la tierra, inspirándose en vuestras excelsas virtudes.

DEL INTENDENTE MUNICIPAL SEÑOR ROSETI

Excelentísimo señor presidente: Señores:

En esta hora de luto para la familia argentina,—y bien podemos añadir con agradecido orgullo, para la familia sudamericana, que fraternalmente nos conforta y acompaña en la austera congoja y en la solemne consagración de esta entidad augusta,—en esta hora de luto, ha correspondido á la ciudad de Buenos Aires encabezar el duelo nacional, por su doble condición de hermana mayor de la familia y de cuna del prócer. Por eso es que á su nombre mi voz viene á unirse un instante, no al solemne concierto de la elocuencia, sino al coro intensamente sentido de las lamentaciones populares, para decir con ellas la verdad del sentimiento y del dolor de la ciudad materna, en cuyo corazón la cruenta pena por la muerte del grande y amado hijo, se confunde con la íntima satisfacción de esta apoteosis, en la cual, como si para honrar á nuestro noble muerto se hubiesen trastornado las eternas leyes de la naturaleza, en vez de un sol que se pone, ven nuestros ojos mortales un sol que asciende gloriosamente en los cielos de la inmortalidad!

¡Ha muerto Mitre! ¡Viva Mitre! Así podría, señores, en esta sencilla antítesis traducirse el pensamiento del pueblo de Buenos Aires, al recibir la infausta noticia de que el patricio venerado había

rado los ojos á la luz de la vida terrena. El grito ¡Viva Mitre! que tantas veces, durante tantos ıs á través de tres generaciones porteñas ha na- o del corazón y brotado vibrante de los labios las multitudes, flotando sobre su destino como ı esencia de los hondos anhelos y las grandes iones populares, ese grito, señores, sería el que ra mismo brotaría con preferencia del alma en- tecidad de todo este inmenso pueblo que rodea cadáver de un glorioso muerto; porque en nin- ıa parte, señores, digámoslo bien alto para su ıor y nuestro regocijo, en ninguna parte, ni re el pedestal que sostendrá su estatua, ni en la ina de historia que llenará su nombre, en nin- ıa parte, en ninguna cumbre, estará tan vibrante an alta la figura inmortal de Mitre como en el azón de su pueblo; de este pueblo que sucesiva- nte lo ha admirado como á un paladín, lo ha amado como á un héroe libertador, lo ha escu- ıdo como á un maestro, lo ha seguido como á un a y lo ha honrado como á un patriarca! El ín- o, respetuoso, tierno é indestructible amor de su blo, ha sido sin duda, señores, la más envidiable a más indisputable conquista de este conquista- , que ha sabido dominar, amansar, iluminar y ıntar el alma bravía de las multitudes con todas luces de la razón y con todos los calores del timiento! Por eso, señores, al despedir á Mitre en ıbre de la ciudad de Buenos Aires, me honro en

afirmar que la augusta memoria de nuestro g
triota puede esperar tranquila el monumento
nal, que muy pronto la ciudad materna ense
las gentes, porque antes que el monumento
y material se alce en la plaza pública, el mon
de Mitre existe ya, sólido como el granito y
como el tiempo, en el corazón de sus conciud

He dicho.

DEL DOCTOR JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN POR EL GOBIERNO DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY.

Señores:

Me siento sorprendido, y presa de un sentimiento ue se parece al pánico, al hallarme repentinamente n esta cumbre sacra; esta tribuna y este monumento n una cumbre. He sido transportado á ella por un piritu imperioso, por el del Uruguay, mi patria, ue me ha dicho: ve, y habla con mi aliento en ese pulcro grande que están abriendo tus hermanos al ro lado del Plata; ve, y habla allí con mi aliento; n tu mano sobre el corazón del pueblo oriental en te momento en que se dice que ha muerto Mitre; rcibe bien sus latidos; da á tu espíritu la predispoción melodiosa de las triunfales elegías, y ve á var al pueblo argentino el abrazo de su hermano oriental; ve á llorar con él sobre la tumba del ócer muerto; que tu voz tenga ternura y calor de razo, humedad de lágrimas gloriosas, resplandores lutados; pero ante todo y más que todo, que ella nga resonantes vibraciones de triunfo; que más que llorar un muerto, vas á saludar, en nombre de tu tria, un inmortal.

Esta es la tumba... este es el gran muerto... este es temido momento, para el cual tengo que buscar labras que acaso no existen...

[illegible] de la representación
[illegible] de su gobier-
[illegible] palpitar el
[illegible] el tributo más
[illegible] enviar á su
[illegible] de consternación y de
[illegible] admiración
[illegible] tributar á otro
[illegible] las grandes

[illegible] han dado
[illegible] ocasión más
[illegible] ranta-
[illegible] sepulcros
[illegible] venerando
[illegible] y más glo-
[illegible] patrimonio
[illegible] por la Nación Argentina, y aun por la

de las cuales pudiera deciros, lo que ha visto, lo que ve mi patria, en ese muerto que palpita para llorarlo como con vosotros lo llora, para aclamarlo como con vosotros lo aclama y glorifica?

Se ve tanto en él, señores; ocupa tan grande espacio en el horizonte americano; ha dejado en él tan gran vacío al hundirse en el sepulcro, que no es posible pretender encerrar las notas fundamentales de tan excelsa persona en el ritmo fugaz de una oración dolorosa: pero yo creo ver, yo veo en él con intensa claridad uno de esos núcleos inteligentes, una de esas fuerzas latentes, una de esas atracciones recónditas que aparecen providencialmente en el seno de los pueblos que deben formarse, y sin las cuales no se concibe su formación. Los pueblos, como los astros, vosotros lo sabéis, señores, se forman en medio de las genésicas tempestades; los elementos cósmicos, al parecer irreconciliables, se atraen y se repelen en confusión caótica; estalla el rayo, se derraman los océanos atmosféricos, se hunden los mares y se levantan las montañas en convulsiones al parecer agónicas. Y como el espíritu de Dios flotaba sobre las aguas, según la frase temblorosa del Génesis, flotan entonces sobre los pueblos los grandes pensamientos humanos, que son reflejo de la divinidad creadora, que concilian lo inconciliable, que separan la luz de las tinieblas, que hacen el orden, que es la armonía de las cosas, y hacen la felicidad, que es la armonía de las almas.

Uno de esos pensamientos, señores, se encendió en

el cerebro ya apagado de ese muerto: él fué, durante medio siglo, el núcleo cósmico en torno del cual giraron, se agitaron, se entrechocaron, se refundieron los elementos ígneos de que debía formarse el astro polar de la nación argentina definitivamente constituída: la América y el mundo entero lo han visto con el sello inconfundible de los héroes; lo han visto subir, bajar, atravesar como un rayo fecundo en medio de las tempestades de vuestra historia, esplender unas veces como un meteoro, brillar otras como una aurora; lo ha empujado la ola de fuego, lo ha arrebatado la vorágine popular; pero siempre se le ha visto con el sello inconfundible del enviado ó del profeta sobre la frente, siempre se ha percibído en sus ojos el reflejo trémulo de la cercana estrella, siempre se le ha distinguido como luz en la luz, como coágulo de fuego en el fuego que lo engendraba, como nota dominante en el coro pujante de los martillos que golpeaban en el yunque donde á la luz de las fra-

sido grande; grande por lo que hizo, grande por lo que pensó, grande por lo que habló, grande también, más grande todavía por lo que calló, cuando debió rendir culto abnegado al más desconocido de los dioses; al severo dios silencio. Los conquistadores vulgares, y aun los muy grandes muchas veces, necesitan de testigos; de ahí por que las conquistas sobre nosotros mismos son las más difíciles, las más escasas. Mitre fué un conquistador de los más grandes, un grande señor de sí mismo, un dominador de su propio corazón...

La República Oriental, y la Argentina, señores, se desprendieron juntas de la misma nebulosa generatriz: sus historias se compenetran y confunden á cada paso; no en balde sentimos allí que un sol deponía, que una grande obscuridad se confundía en nuestros horizontes, cuando los ojos de Mitre se cerraron á la luz. Mitre también es un prócer oriental, señores.

Vosotros recordaréis en este momento solemne todas las grandes efemérides de vuestro glorioso muerto: yo, que traigo el aliento de la patria oriental, sólo para recordar concretamente las efemérides que vinculan á este sepulcro el amor y la gratitud de aquella patria; aquellas cifras que revelan también que Mitre nos amó... porque no podía menos de amarnos, porque en aquella patria estaban los recuerdos de sus primeros ensueños, los vestigios de sus primeras glorias, los frutos de sus primeros esfuerzos heroicos en pro de la libertad.

Y puesto que, en representación del pueblo uruguayo, he compartido y comparto vuestro dolor, dejadme, señores, que en la misma representación comparta vuestro triunfo, al recordar que Mitre fué hijo de padres orientales, al recordar que fué en Montevideo donde el joven predestinado á tan grandes destinos recibió las primeras nociones de la ciencia militar; que fué en los campos orientales de Cagancha, bajo las órdenes del resplandeciente soldado del Rincón, de las Misiones, de Sarandi, donde aquel adolescente pensativo oyó asombrado por primera vez la voz de la batalla, vió por primera vez clavados en él los ojos encendidos de la gloria, sintió por primera vez sobre su frente núbil el igneo beso de la libertad agradecida; que fué tras los muros de Montevideo donde Mitre comenzó á almenar la democracia rioplatense, donde se incorporó á la pléyade de los más grandes pensadores y estadistas argentinos perseguidos por la tiranía y refugiados tras los muros inexpugnables de la ciudad heroica, donde al pie de los cañones de la defensa, en las largas noches de la guardia interminable y á la luz de las estrellas, sintió, sin duda alguna, que agitaban las alas en su alma generosa los grandes anhelos de libertad y de justicia para la patria argentina; y que fué también sangre de orientales la que se mezcló á la sangre argentina allá en los desiertos del Paraguay, cuando esas fuerzas misteriosas, superiores á la voluntad de los hombres que rigen y determinan la marcha de

la humanidad, llevaron á la guerra titánica á cuatro pueblos hermanos, igualmente heroicos, que hoy se estrechan y lloran en un duelo común sobre la tumba inmaculada del generoso vencedor.

¡Y Mitre ha muerto, ha muerto al fin!

¿Por qué el Dador Supremo de la vida no prolongó esa existencia, siquiera lo suficiente para que esos ojos, que ya no ven, hubieran visto la aurora del 25 de mayo de 1910?

No puede ser... no puede ser... dejadme que diga, señores, aunque lo diga lacerando vuestras entrañas, no debió ser. No. Mitre no nos pertenecía; nuestra posesión era ya una constante usurpación hecha al pasado homérico; Mitre era de aquellos; está bien en donde ahora está, entre la luz, entre los muertos, para aparecérsenos con todos ellos, con sus pares, en ese día de la resurrección, cuando al sonar el aniversario de la revolución de Mayo, vengamos todos á esta cima de la libertad de América á golpear en los sepulcros...

¡Oh, sí, señores, es preciso... es preciso que lo dejemos en su sepulcro, después de besarlo en la cicatriz de la frente...

¿No veis, señores, que las tumbas de San Martín y de Belgrano, las de Moreno y Rivadavia, al despertar á sus muertos en ese día, se sentirían acaso muy solas, al buscar y no encontrar á su lado el gran sepulcro de Mitre?

DEL DOCTOR F. DE ASIS BRASIL, EN REPRESENTACIÓN DEL GOBIERNO DEL BRASIL

Honrado com a representação especial do magistrado supremo da minha patria, venho trazer o ultimo adeus e as lagrimas de toda uma nação amiga a o grande homem cujos despojos se restituem hoje a terra que tanto ennobreceu.

Ao individuo como a collectividade nada deve ser mais grato e consolador que amar aquelles a quem admira. Bartholomeu Mitre teve em vida e terá na morte esse mais raro privilegio humano, ou de ser amado pelos seus admiradores.

Esses dois sentimentos reunia o povo brasileiro pelo seu grande amigo e os tributará fielmente á sua memoria.

Mitre era un puro. Como homem, como ciudadão, como escriptor era honesto e franco. Reconheceu e

tes povos. Comprehendeu que a sua grandeza e felicidade depende do maior grau de solidaridade que entre elles se firmou. Quanto ao Brasil especialmente o que não, tinha sido mais que un vislumbre de previdencia nos dois patriarchas que elle illustrou na historia—San Martín e Belgrano—foi nelle convicção e acção.

Por obra sua, os laços de amizade e alliança entre o Brasil e Argentina adquiriram vigor bastante para resistirem aos inevitaveis atritos de paizes secundarias, aos insultos de circunstancias fortuitas.

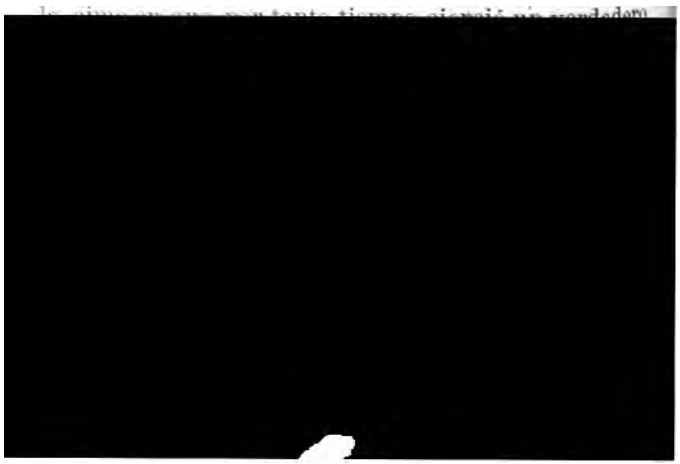
Os grandes genios são inmortaes na sua influencia para ó bem. A memoria de Mitre, á qual os povos renderão culto como a um semideus, será ainda por largo tempo uma das forças mais energicas na prosecução dos nossos destinos. Assim os estadistas sudamericanos se consagram com o coração e o espirito ao aperfeiçoamento do ideal que elle tão efficazmente serviu a solidaridade dos povos e das nações, pelo moral e pelo direito.

DEL DOCTOR FRANCISCO VERGARA DONOSO, EN REPRESENTACIÓN DEL GOBIERNO DE CHILE

Señores: No es esta una pérdida que enluta á un solo pueblo. La acción y la gloria del hombre ilustre que ha caído para no levantarse más han traspasado las fronteras de su patria y dejan recuerdos agradecidos é imborrables en otros países sudamericanos á que dió parte de su vida.

Llega hoy á este sitio en imponente y grandiosísima manifestación de duelo, inmenso número de sus conciudadanos á rendirle el supremo homenaje de dolor y admiración.

El general Mitre, durante una larga existencia, consagró las preclaras dotes de su alma al engrandecimiento de la República: inspirándose en ideales puros y elevados, sus pensamientos y acciones fueron iluminados por los reflejos de esa luz interior, y así llegó á



ambién hoy las que otras repúblicas deben á la memoria del esclarecido estadista.

En diversas épocas fué el general Mitre huésped distinguido de Chile. Con su talento y con su pluma tomó participación vigorosa en la vida política del país, y contribuyó á la difusión de ideas y discusión de principios de gobierno. Sobre todo, el trato de los hombres le creó amistades sólidas y duraderas que originaron la corriente de simpatías y respetuoso cariño que sin interrupción ha venido de allende los Andes hacia la persona de Mitre. Siempre fué considerado allá como el constante amigo de Chile, y jamás se podrá olvidar su influencia eficaz en la armonía entre ambas repúblicas.

Por eso, el dolor de los argentinos ante la tumba que va á guardar los preciados despojos, es el dolor de los chilenos. No sólo como expresión de condolencia por la magnitud de la desgracia; no sólo como manifestación de solidaridad entre pueblos hermanos, sino por intenso sentimiento de pesar ante la desaparición del hombre superior á que los ligaban la gratitud y el cariño, el gobierno y el pueblo de Chile rinden homenaje á su memoria y se asocian al duelo nacional de la República Argentina.

DISCURSOS POPULARES

DEL DOCTOR CARLOS PELLEGRINI

Señor Presidente: Señores:

Con honda emoción el pueblo argentino ha asistido al ocaso de una hermosa vida y contemplado, silencioso y conmovido, la desaparición del astro, que envuelto en la gloriosa aureola de su propia luz, lentamente descendia en los horizontes del tiempo, hasta ocultarse á nuestros ojos mortales para renacer mañana á la inmortalidad de la historia.

Lo que termina en esta tumba no es sólo una vida de hombre que supo cumplir con honor y con gloria su larga, fatigosa y fecunda tarea, es también uno de los capítulos más emocionantes de nuestra agitada historia, aquel que relatara la trascendental evo-

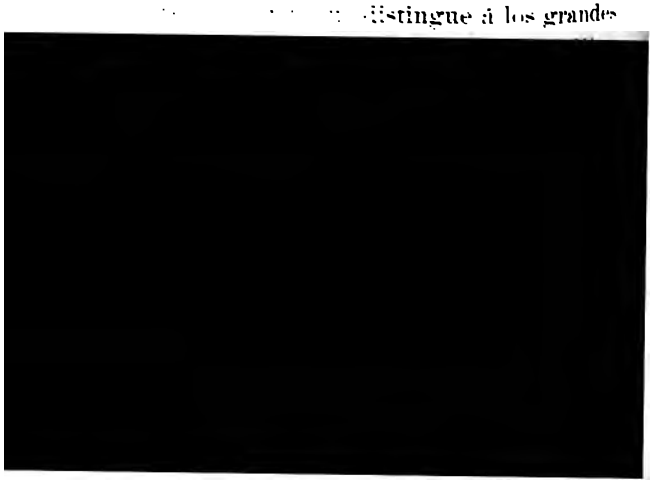
[redacted]

y difíciles de su vida, surge siempre entre las vidas populares un hombre especialmente dotado por la providencia con las grandes cualidades necesarias para responder á las exigencias del momento histórico, y el general Mitre ha sido uno de esos seres providenciales nacido con todas las virtudes y facultades necesarias para dominar y dirigir los sucesos, en una de las grandes evoluciones de la vida política de su pueblo.

Veinte años de tiranía, habían suprimido todo principio de libertad y gobierno institucional, cegado toda fuente de educación popular y dispersado la familia argentina, dividida por hondas pasiones y rencores. Fué por esto tan vasta como difícil la tarea de los vencedores de Caseros, que tenían que hacer resurgir de esas ruinas una sociedad política, orgánica, libre y culta. Para realizarla, para responder á todas las exigencias de la situación política y á las modalidades populares, tenían que poseer las más variadas y altas facultades. Había que predicar los nuevos principios y educar á los pueblos, que contener ó dominar las pasiones, que dar forma orgánica á una masa caótica, poniendo en juego todas las influencias del pensamiento y todas las energías de la acción; había que predicar y que combatir, que ser apóstol y ser soldado.

De todos los hombres públicos que aparecieron en ese momento sobre la escena política, el más completo fué el general Mitre, pues poseía tal variedad

[illegible] y de facultades, cual no
[illegible] estadista propio ó extraño:
[illegible] en una especialidad
[illegible] tales que le per-
[illegible] igual y con igual eficacia
[illegible] todos los momentos.
[illegible] Fué un hombre de
[illegible] Como literato é histo-
[illegible] de las letras argentinas.
[illegible] sereno y eficaz en el
[illegible] y arrebatador en la
[illegible] vuelo, era la voz más
[illegible] estado, por la elevación
[illegible] la seguridad de sus juicios,
[illegible] carácter. Fué nuestro pri-
[illegible] político de acción perso-
[illegible] y sobre todo esto,
[illegible] seducción que atrae y
[illegible] distingue á los grandes



guía constante, en los días serenos como en los más obscuros y tormentosos de nuestra agitada historia.

Jefe de la nación unánimemente proclamado y profundamente respetado; general en jefe coronado por la victoria en 10 campos de batalla; el hijo preferido de su pueblo, ha sido el digno émulo en este extremo de América de aquel otro gran ciudadano que fué el primero en la guerra, el primero en la paz y el primero en el corazón de sus conciudadanos.

Su vasta actuación, salvando los límites de la patria, ejerció más de una vez poderosa y benéfica influencia en la política americana y hoy las repúblicas hermanas rinden todas solemne homenaje al gran patricio, cuyo nombre será segundo sólo al del general San Martín en la consideración, el amor y el respeto de nuestra América.

No será en la escena pública, por grande que haya sido el lugar que en ella ocupó el general Mitre, donde dejará el inmenso vacío, pues no deja una obra inconclusa, que sería difícil á otro terminar. Su gran ideal y su gran misión fué la organización nacional, fué fiel á ella en todos los momentos de su vida, asistió en sus comienzos, tuvo en su realización la principal parte y ha tenido la inmensa satisfacción de verla terminada. Donde el general Mitre deja inmenso é irreparable vacío es en el corazón de su pueblo que se había habituado á contemplarlo con respetuosa adoración, no sólo como

el ídolo de sus amores, sino como el genio tutelar de sus destinos.

Por esto, cuando viendo cumplida la misión de su vida, al sentir declinar la tarde y llegar la hora del reposo, el general Mitre se retiró de la escena pública, ese pueblo le ofreció la más hermosa apoteosis que haya merecido un argentino, y cuando una voz doliente anunció que la hora fatal, la última del gran ciudadano se aproximaba, reinó en todo el país ansioso silencio, mientras el cariño popular velaba á la cabecera del agonizante.

Los méritos del general Mitre, no han tenido que esperar así el tardío fallo de la historia, pues han sido sus contemporáneos los que, anticipándose al tiempo, han dictado el fallo justiciero, final é irrevocable que le asigna un lugar de preferencia en el panteón de nuestras glorias, y es el pueblo argentino, todo, el que, con la frente descubierta é inclinada, rodea esta tumba para despedirse del gran ciudadano en los dinteles de la inmortalidad, para pedir, hoy que sus consejos le faltan, que sea siempre para los que le sucedan en la tarea, fuente de alta y noble inspiración el recuerdo imperecedero de sus virtudes y de su patriotismo.

DEL DOCTOR CARLOS BAIRES, POR EL CÍRCULO DE LA PRENSA

Señores:

Pertenecientes al primer siglo de nuestra historia, la suerte nos ha deparado conocer á uno de sus más grandes hombres, tributarle el homenaje de nuestra admiración y expresarle hoy el de nuestra despedida, en este momento solemne, qué es de tristeza, de recogimiento y de luto para la República.

En esta hora discierne la nación agradecida al general Mitre la confirmación de inmortalidad que ya le adjudicara hace algunos años al calor del sentimiento popular conmovido por la labor fecunda de este hombre que dedicó toda su vida al servicio de la patria.

Comenzó á servirla casi desde niño en los campos de batalla en que se combate con la espada, en los del pensamiento en que se combate con la pluma, en los de la lucha cívica en que se combate con la inteligencia, con la virtud y el sacrificio para hacer obras de fundación en el presente y en el porvenir.

El general Mitre ha sido, en efecto, un fundador. Después de la Independencia sobrevino para nuestro país ese período que es la primera edad de los pueblos hecha de desconciertos, de heroísmo y de grandes anhelos. El general Mitre cerró esta época

con la unificación nacional y anunció desde entonces la futura grandeza de la República, una y fuerte, á la cual pronto vendrían, en largas caravanas, los hombres del mundo entero para entonar en sus campos y en sus ciudades el himno del trabajo, sagrado y redentor...

Mitre terminó la tarea de San Martín, de Belgrano, de Moreno, de toda esa legión heroica que puso la primera piedra del vasto edificio de nuestra nacionalidad. ¡Qué feliz habrá sido su emoción al contemplar esta aurora que creó con su talento de político y con su corazón de patricio nacido para cumplir grandes destinos!...

Desde entonces el general Mitre perteneció á la inmortalidad, pero si la obra fundamental había terminado, mucho debía hacerse todavía para consolidarla y mejorarla. Después de la fundación institucional debíase organizar el mecanismo de la nación y á ello consagró sus esfuerzos, hora por hora, este espíritu grave y austero que nunca conoció el descanso ni el desfallecimiento.

Pero tuvo que interrumpir la tarea para mandar ejércitos y conducirlos á la victoria, este viejo soldado que ya había oído las dianas triunfales de tres naciones. Y fué tan estoico y sereno en los campos de batalla como en medio de las turbulentas asambleas populares...

En esta vida que enseñaba con su ejemplo no hay miserias, no hay decadencias, no hay inferioridades.

Si alguna vez tuvo que imponer su autoridad de mandatario responsable y dejó oir su consejo en momentos indecisos, la filosofía de la historia dirá que nunca fué pequeño, ni dominante, ni interesado, ni distraído por la mezquindad tan común en los espíritus vulgares. Fué creador y dirigente, inspirado por las ideas del bien y de la verdad como las entendió con su inteligencia genial. Comprendió y supo ejercer el arte difícil de persuadir á los hombres y á los pueblos antes de conminarlos con la voz de orden de la ley. ¡Por eso también fué tan querido, porque á su poderoso talento y á la rectitud de sus intenciones, unía esa profunda sensibilidad que es la fuente de toda simpatía y que ilumina las existencias de estos elegidos de Dios!...

Ahí están en su obra de poeta dos puntos indicadores: el salmo de la Vida de Longfellow que tradujo á nuestro idioma, el canto vibrante de la energía, del trabajo y de la creencia, y «A mi hija Delfina», que es la canción á todas las ternuras del hogar...

Como historiador legó al pueblo y á la ciencia la leyenda patria en grandes libros luminosos y educadores para mostrar que conocía todas las necesidades del país, que tenía todos los talentos, que poseía el don de una prodigiosa y útil actividad y que todas las glorias le eran familiares.

Sintió que debía difundir entre el pueblo muchos principios de orden y muchas enseñanzas hablándole

[illegible] siempre serena.

[illegible]

[illegible] grandes [illegible] por [illegible]

[illegible] de los pueblos

[illegible] que forman

[illegible] pues su

[illegible] es que el Círculo

[illegible] expresar en esta [illegible]

[illegible] que siente

[illegible] nacional.

DEL CORONEL LUIS GÓMEZ, POR LOS GUERREROS DEL PARAGUAY URUGUAYOS

Señores:

El Centro de Guerreros del Paraguay de la República Oriental del Uruguay, cuya presidencia honoraria ocupó el ilustrado caído ante cuya tumba se prosterna hoy todo el mundo americano, me ha enviado para que deposite en su nombre las siempre vivas del recuerdo imperecedero, el testimonio del respeto más profundo, del afecto más intenso y de la admiración más verdadera, sobre los despojos de este gran patriota que acaba de abandonar la vida de los hombres para acompañar desde un sitial más elevado á los grandes de la historia.

Señores: Los veteranos de la otra banda, á cuyas libertades y á cuyos fueros ofreció el tributo de su inteligencia y el esfuerzo de su brazo el general Mitre en las épocas tempestuosas en que los muros de Montevideo fueron baluarte de la libertad americana, y los que, en la adolescencia de la vida militar, adquirimos las primeras nociones del arte de guerrear en los libros del ex alumno de la Academia Militar del Fuerte, y los que en los meriferos esterales paraguayos fuimos testigos de la abnegación más elevada y del valor más sereno de un general en jefe, teníamos el triste deber de reclamar un puesto en este solemne homenaje, tributo apenas jus-

ticiero, rendido al más ilustre americano de la época contemporánea.

Para nosotros la vida de soldado del general Mitre, más que una enseñanza era toda ella un ejemplo, y más que un ejemplo un símbolo.

La historia militar de un continente desde 70 años á esta parte, se encerraba en su foja de servicios, y bien puede decirse que casi todos los laureles de esa historia tenían sitio designado sobre el uniforme del ilustre teniente general.

A otros, señores, el elogio y la biografía completa del extinto: á la historia, el juicio de su actuación sobresaliente; nosotros los viejos servidores, los subalternos de antaño y admiradores de siempre, al rendir los honores de ordenanza ante la tumba abierta, sólo podemos descorrer el velo funerario que la envuelve, esparciendo su sombra de tristeza sobre lo que queda del ejército aliado, para decir orgullosos como los soldados de Napoleón el Grande, al ver su nombre ascender hacia la gloria: «estuvimos á su lado».

DE FÉLIX BOCAYUVA, SECRETARIO DE LA LEGACIÓN DEL BRASIL

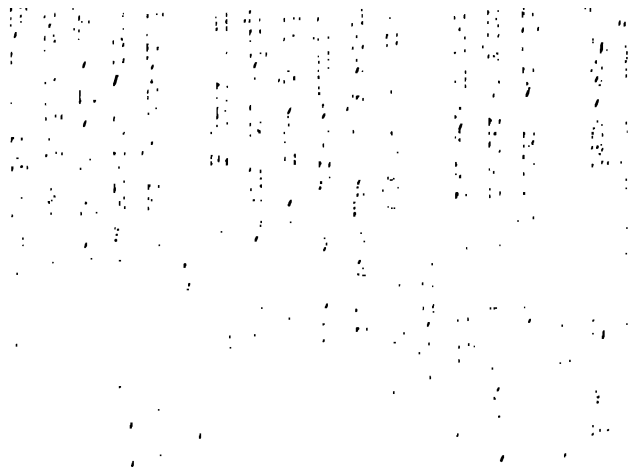
... «Muerto parece aún más grande que vivo», decía Enrique IV contemplando el cadáver del duque de Guise...

Esa exclamación del gran monarca de Francia parafraseada por Ruy Barbosa, el eminente tribuno de mi patria, ante el cuerpo del ilustre José Bonifacio de Andrada e Silva, no habrá sido tal vez, jamás, tan oportuna en la América latina, como en este momento, aquí, junto á esta tierra que se abre para recoger los despojos venerables del sumo pontífice del culto de la patria y del sentimiento sudamericano.

Permitid, pues, señores, el alto honor de acercarme con vosotros á la tumba en donde va á dormir su largo, su infinito, su divino sueño, el patriarca de la unidad argentina.

Por más modesta que sea mi palabra, por obscura que sea mi persona, ella tiene en este instante la virtud refleja que le viene de esa misma claridad que baja sobre nosotros, irradiante y cálida, del imponente misterio de la muerte.

Y sería también delito, sin nombre y sin absolución, corazón y espíritu brasileño ver ocultar e para siempre, en el frío seno de la tierra, el cuerpo del amigo y del aliado más valeroso y noble de su pa-



el cincel finísimo que en talla dulce y firme grabó el carácter y las aspiraciones de la nacionalidad.

Arquitecto feliz, él ha podido gozar en vida ese divino orgullo del creador que ve surgir del caos, en realidades palpables, las concepciones de su genio.

El espíritu de Mitre, hoy más que nunca actuará sobre vosotros, dejando como la aguja de un inmenso fonógrafo, indeleble, la impresión vibrátil y sonora de sus propios ensueños, que irán, á través de los tiempos y de los accidentes de la historia, repitiendo en el disco de vuestra alma la canción del amor y del trabajo, móviles y objetivos supremos de la vida, y de que él fué el prodigioso y continuo apóstol.

Mitre:

Fuiste el soldado de la libertad: fuiste el educador demócrata de Sud América: fuiste el hidalgo caballero, noble y bueno de tu tiempo.

La muchedumbre se inclina ante el soplo vivificador de tu alma fecunda y ardiente, como los trigales de oro de las llanuras argentinas, al empuje victorioso del pampero: y al dejar esta mansión de sombras, pero también de esperanzas, graba sobre la tumba en que reposas, como definición de la triple modalidad de tu persona, estos soberanos versos del cantor florentino, que un día, tú mismo, traducistes:

Tu duca, tu maestro, tu signore

Y al apartarme yo de estos sitios en que tú te quedarás durmiendo en la serenidad de tu gloria, te ofrezco, General, como tributo humilde, estas palabras, que salen de mi pobre boca, como un eco lejano del alma de Quintino Bocayuva, que se templó en la tuya y que, abrumada en esta hora de duelo, sufre por el dolor con que tu partida aflige el corazón latente de América, ciñéndolo con una cadena hecha de admiración y de «saudade».

DEL DOCTOR MAURICIO P. DARACT, POR EL GOBIERNO Y PUEBLO DE SAN LUIS

El gobierno de la provincia de San Luis, considerando un deber el honrar la memoria de los benefactores que contribuyeron en primera línea á la unión de la patria, para reproducir algunos de los conceptos del decreto respectivo, me ha conferido la representación de esa provincia en este acto en que la nación, otras provincias hermanas y varias repúblicas vecinas han querido hacer una manifestación de sus sentimientos de hondo pesar, ocasionados por la muerte del eminente patricio cuyos despojos mortales contemplamos con el espíritu embargado por el recuerdo de la prolongada y fecunda actuación de aquél en la agitada vida nacional.

No debo detenerme en el examen de las distintas fases de esa actuación: se ha hecho ya en diversas ocasiones, se hará en lo presente por palabras más elocuentes y autorizadas que la mía, y la historia lo hará á su vez mañana, confirmando, lo espero confiadamente, el fallo contemporáneo de propios y extraños, que coloca al general Mitre entre las figuras más descollantes de su época por la obra que llevó á cabo, la duración de sus servicios, los elementos de que dispuso, su ejemplar desprendimiento y la elevación invariable de sus propósitos.

La nación, por el órgano de los representantes de

sus tres poderes, acaba de reconocer solemnemente los méritos del extinto y sus múltiples títulos á la gratitud nacional.

El general Mitre como historiador tuvo para San Luis palabras justicieras en las páginas inmortales de sus libros, determinando la manera cómo estaba llamada á contribuir, y lo hizo, á la obra de la emancipación; y como hombre público, antes y después de describir con mano maestra la acción del ejército de los Andes, había tenido también, en el gobierno y fuera de él, justificada simpatía por esa sección de la patria que, alejada de los grandes centros de riqueza y de cultura, teatro de frecuentes disturbios y en contacto inmediato con el enemigo interno de a pampa, llevó durante tantos años una vida azarosa, de atraso y sufrimientos.

Inmenso contraste hay ahora entre las vastas lextensiones de fértil tierra entregada al trabajo, poblada y cruzada por vías férreas, y los desiertos de no ha mucho; y aunque en justicia debe reconocerse que otros buenos servidores del país han concurrido eficazmente á tan rápida y feliz transformación, así como en otros puntos de la República, cupo á la administración presidida por el general Mitre la gloria de la iniciativa, entre otras medidas de trascendencia, de la supresión por el riel civilizador de las distancias interprovinciales, y con ella el principio de solución de gravísimos problemas de orden interno.

La tarea llenada por el general Mitre en el período extraordinario, durante el cual ejerció sobre los destinos del país una influencia pocas veces alcanzada y conservada en el seno de las democracias, merecía ciertamente los honores que estamos tributando á su memoria, realzados por la participación en ellos de naciones amigas y de los hermanos residentes, como él calificó á los hombres que han venido á formar su hogar honrado en la República, donde encontrarán siempre, al amparo de nuestras leyes, y más que de nuestras leyes, de nuestros cordiales sentimientos, una segunda patria, grande, progresista y justa, servida por hijos que tienen modelos en que inspirarse, y tradiciones, tendencias é ideales á que serán fieles.

APÉNDICE

APÉNDICE

La fecunda vida del general Mitre, prolongada como ninguna otra en la acción pública y como ninguna otra múltiple y extraordinariamente activa, asombra cuando se la abarca en todas y cada una de sus manifestaciones, pudiendo repetirse con exactitud de ella que no tiene precedente ni semejanza en la de hombre alguno de su clase superior. Su espíritu incansable y perseverante, su talento prodigioso, su apasionamiento generoso por todo lo que señalase un paso hacia adelante ó una contribución á las complejas y variadas cuestiones impuestas al estudioso y al pensador profundo, sus ideales de patriota y de batallador, ese cúmulo de cualidades que hacen de una entidad humana una fuerza positiva, personal y colectiva á la vez, suficiente por sí sola para dirigir pueblos y señalarles certeramente rumbos, todo estuvo reunido en esta personalidad excepcional llamada á irradiar mayor luz á medida que los años transcurran y la obra surja en la plenitud de su meridiano.

No se reservó un día de reposo durante una

actuación de setenta años. Sus afanes, su vigor, su intelectualidad, su espada y su patriotismo, estuvieron invariablemente al servicio de su país y en todas y cada una de las situaciones políticas, institucionales, militares ó accidentales en que le tocó actuar y en todos y cada uno de los problemas que le cupo solucionar, su pensamiento estuvo siempre alto, desinteresado, certero, profundamente analítico y previsor. Se le ha llamado en distintas ocasiones el Gladstone americano y lo fué, inequívocamente, con la superioridad sobre el eminente estadista inglés de que su obra abarca mayor expansión y domina mayores dificultades puesto que le tocó encauzar las corrientes tumultuarias de una democracia confusa y balbuceante, combatiente con la idea y con la espada, hasta dejarla cimentada y perdurable para siempre solidificando los cimientos de una nacionalidad definitivamente constituída por su esfuerzo, próspera, culta, fuerte y con sus destinos irrevocablemente marcados al amparo de la paz y del trabajo común abierto á todas las razas y á todas las creencias de la tierra.

La influencia indiscutible de este hombre de altos ideales y vastas concepciones, se agranda en su reconcentrada labor del gabinete de estudioso y se prolonga más allá de las fronteras de la patria. Es así que se la ve extenderse por

todo el continente sudamericano pesando con su influjo avasallador y decidiendo, en cierto momento solemne y tan sólo con su irradiación moral, de la paz entre dos pueblos preparados larga y bélicamente para la guerra en medio de un ambiente trabajado por las pasiones populares.

Añadimos á este libro que apenas refleja un débil tributo á los méritos y á la memoria excelsa del general Mitre, un APÉNDICE casi obligado que delinea su múltiple obra. Son documentos y páginas que le pertenecen en distintas épocas y actuaciones y que dan una perfecta unidad á su pensamiento, unidad que ha sido, precisamente, la característica de su grandeza moral.

Entre estas páginas se destaca una serie de cartas apenas conocidas, cambiadas entre Mitre y Sarmiento, sobre trascendentales puntos de política americana á propósito del Congreso sudamericano celebrado de la ciudad de Lima en 1863-64. Comentando esta polémica fundamental é histórica, á la que una coincidencia casual da mayor relieve por la circunstancia de que en estos momentos se tramita la reunión de un nuevo Congreso Pan Americano en Río de Janeiro, Paul Grousac, cuya rigidez de crítico es conocida, escribía en 1896, este juicio:

No existe, pues, tal solidaridad americana, ente

metafísico que surge con su espejismo, á raiz de cada incidente diplomático con una nación europea, y es bueno saber que no existe. Ya en tiempo de Bolívar esta doctrina del progreso y de las soberanías nacionales habia encontrado en Rivadavia un noble defensor. Pero nunca, conviene proclamarlo, verdad tan inconcusa ha sido sostenida con mayor eficacia y tesón que por el presidente Mitre. No formamos en el círculo de sus turiferarios, y seguiremos haciendo distinción entre la parte duradera y la caduca de su obra política y literaria. Dicho esto, no vacilamos en afirmar que en las presentes cartas, el general Mitre, por otra parte tan inferior á Sarmiento en la espontaneidad robusta del pensamiento y del estilo, aparece incomparablemente superior por la amplitud de las vistas políticas y el exacto conocimiento de la sociología americana. En un notable estudio del doctor Goyena, nuestro querido é ilustrado amigo reconoce en el vencedor de Pavón á un verdadero hombre político. Es algo más: acaso, con el doctor Avellaneda (y no es la vez primera que acercamos estos dos nombres), sea el general Mitre el verdadero hombre de estado de este grupo continental.

En la presente cuestión, su perspicacia y alta previsión son absolutas: no tan sólo el ridículo Congreso era un aborto insubstancial, sino que su pretexto accidental no entrañaba tal cuestión americana y si una personalidad tan indócil y vehemente como la de Sar-

pudiera hacer enmienda honorable alguna vez,
tenido que confesar aquí lo peligroso y pueril
eoría, reconociendo públicamente el acierto ad-
e y la sabiduría política de su predecesor.

eunen con dichas cartas, como parte inte-
e de este APÉNDICE, algunos fragmentos, dis-
s, proclamas, poesías y documentos políti-
el General en las diversas épocas de su
entendiendo con ello contribuir á acentuar
idamente su personalidad y á destacarla
ices propias é intensas en cada una de las
s á que dedicó su acción de combatiente y
rovidencia de pensador y de estadista y,
iente, cerramos estas páginas con su her-
foja de servicios militares y el resumen
obra intelectual y extensa que se man-
á á través de las generaciones y perdu-
como la de los espíritus superiores que
olecen la raza humana, como los astros
rradian eternamente y aparecen más lumi-
á medida que es mayor la distancia de
e se les mira.
oria!

LA REVOLUCIÓN DE MAYO

FRAGMENTO HISTÓRICO

....

Amaneció por fin el 25 de Mayo de 1810. El cielo estaba opaco y lluvioso como en el día anterior, y veíanse á lo largo de la vereda ancha grupos de gentes, envueltas en largos capotes, armados de estoques y pistolas, en cuyos rostros estaban dibujadas las fatigas del insomnio. El punto de reunión era una posada situada sobre la vereda misma, donde los ciudadanos se guarecían de la lluvia. French y Berutti dirigían las operaciones de esta reunión, en cuyos movimientos se notaba cierta organización que manifestaba estaban bien preparados para la lucha.

Reunióse temprano el cabildo para tomar en consideración la renuncia del virrey y la representación del pueblo, manifestaciones del poder colonial que abdicaba en su impotencia y de la soberanía popular que se inauguraba. El cabildo, con esa energía ficticia que es propia de las corporaciones que no son impulsadas por principios fijos, y que suplen la falta de medios por la entereza de resoluciones que no han de ejecutar ellas mismas, había contestado verbalmente al virrey en la noche anterior que no debía hacerse lugar á la petición del pueblo, y que á él

le tocaba reprimir con la fuerza de las armas á los descontentos, haciéndole responsable de las consecuencias.

Al mismo tiempo que en las galerías altas de la casa capitular se celebraba la sesión del cabildo, una escena más animada tenía lugar en la plaza. Como la reunión se engrosara por momentos y fuese necesario darle una organización, imaginó French la adopción de un distintivo para los patriotas.

Entró en una de las tiendas de la Recova y tomó varias piezas de cintas blancas y celestes, colores popularizados por los patricios en sus uniformes desde las invasiones inglesas, y que había adoptado el pueblo como divisa de partido en los días anteriores. Apostando en seguida piquetes en las avenidas de la plaza, los armó de tijeras y de cintas blancas y celestes, con orden de no dejar entrar sino á los patriotas y de hacerles poner el distintivo. Berutti fué el primero que enarboló en su sombrero los colores patrios que muy luego iban á recorrer triunfantes toda la América del Sur. Instantáneamente se vió á toda la reunión popular con cintas celestes y blancas pendientes del pecho ó del sombrero. Tal fué el origen de los colores de la bandera argentina, cuya memoria se ha salvado por la tradición oral. Más tarde veremos á Belgrano ser el primero que enarbole esa bandera y el primero que la afirme con una victoria.

El pueblo, vestido con los colores de su cielo, se

dirigió en masa á los corredores de la casa particular, acaudillado siempre por French y Berutti. Estos dos tribunos, presidiendo una diputación, se apersonaron en la sala de sesiones y exigieron con firmeza que se cumpliese la voluntad del pueblo deponiendo al virrey del mando, increpando al cabildo por haberse excedido de sus facultades, y acabando por anunciar que el tiempo era precioso y que la paciencia se agotaba. El cabildo no creía en el pueblo. Le parecía, sin duda, un sueño que de una colonia esclavizada surgiera repentinamente esta nueva entidad. Así fué que, en vez de acceder á sus deseos, mandó llamar á los comandantes de la fuerza armada para reprimir por medio de las armas lo que en su ceguedad consideraba una asonada pasajera. Los comandantes hicieron caer la venda que cubría los ojos de los cabildantes. Todos ellos, á excepción de tres que guardaron un tímido silencio, declararon terminantemente que ni podían contrarrestar el descontento público, ni sostener al gobierno establecido, ni aun sostenerse á sí mismos, pues sus tropas estaban por el pueblo; que no veían más medio de impedir mayores males que la deposición del virrey, «porque así lo exigía la suprema ley».

En aquel momento oyéronse grandes golpes dados sobre las puertas por la mano robusta del pueblo, dominando el tumulto las voces de French y de Berutti, que repetían: «El pueblo quiere saber de lo que se trata». Tuvo que salir el comandante don

Martín Rodríguez á aquietar á sus amigos, asegurándoles que todo se arreglaría como lo deseaban. Don Martín Rodríguez era uno de los pocos comandantes que tenían la confianza del pueblo, y sus palabras, contestadas con vivas, serenaron á la multitud. El cabildo, intimidado, diputó dos de sus regidores, acompañados por el escribano de la corporación, para «requerir al virrey á que hiciese absoluta dimisión del gobierno, sin traba ni restricción alguna, porque de lo contrario no respondían de su vida ni de la tranquilidad pública». Cisneros se sometió; pero queriendo protestar de violencia y fuerza, no se le admitió que lo hiciera.

Disponíase el cabildo á acceder á los deseos manifestados por el pueblo; pero ya el pueblo no se contentaba con lo que había pedido. Quería afianzar su triunfo para no exponerse á una nueva contrarevolución. En el intervalo, el fogoso Berutti, iluminado por una de esas inspiraciones súbitas que definen una situación, tomó una pluma y escribió varios nombres en un papel. Era la lista de la futura junta revolucionaria, que fué aceptada por aclamación popular, nombrándose una nueva diputación para que la impusiese al cabildo.

Los diputados del pueblo comparecieron nuevamente á la barra del ayuntamiento, no como peticionarios, sino como embajadores del nuevo soberano. Declararon con entereza que el pueblo había reasumido la soberanía delegada en el cabildo; que era su

voluntad se nombrase una nueva junta compuesta de Saavedra, Castelli, Belgrano, Azcuénaga, Alberti, Matheu, Larrea, Passo y Moreno, decretándose en el acto una expedición militar para las provincias del interior, para que fuese portadora de las órdenes de la nueva autoridad. Esta misma petición fué presentada por escrito.

El cabildo, obcecado, persistía en no creer en el pueblo, y exigía que se congregase en la plaza para convencerse de que tal era su voluntad. Salió el cabildo al balcón, y French y Berutti desplegaron al pie de él su batallón patriótico, que en aquel momento, á causa de la lluvia y de lo avanzado de la hora, solamente contaba poco más de un centenar de hombres. No corrrespondiendo aquel número á la idea que el cabildo se había formado de aquella entidad desconocida para él, gritó el síndico procurador:— *¿Dónde está el pueblo?* — A lo que contestaron varios que se tocase la campana del cabildo para que la población se congregara, y que si no se hacía por falta de badajo, ellos tocarían generala y abrirían los cuarteles, y que entonces vería el cabildo dónde estaba el pueblo. Cediendo á la presión popular, creyó al fin en el pueblo, é inclinándose ante su soberanía, proclamó bajo su dictado la nueva junta gubernativa de las Provincias del Río de la Plata, con la precisa condición de que debía mandarse en el término de quince días una expedición de 500 hombres para auxiliar á las provincias del inte-

rior, á fin de que eligieran libremente sus diputados.

En seguida el cabildo, desde lo alto de sus balcones, propuso al pueblo las bases constitutivas del nuevo orden de cosas, que fueron discutidas y votadas á la manera de las democracias antiguas, declarando que aquella era su voluntad. Inmediatamente se instaló la junta gubernativa prestando juramento, promulgándose como constitución las mismas reglas antes formuladas por el cabildo, que establecian la división de los poderes, la responsabilidad de los funcionarios, la publicidad de las cuentas, la seguridad individual, el voto de las contribuciones por el municipio y la inmediata convocatoria del congreso general que debia estatuir sobre todo, en nombre del pueblo, determinando definitivamente la forma de gobierno.

Tal fué la primera constitución política que tuvo el pueblo argentino. Hija de una revolución trascendental y votada por un solo municipio, fundada sobre la base del derecho colonial, admitiendo como principio la representación de los cabildos y haciendo intervenir la fuerza para promulgarla, ella contenia los únicos elementos de gobierno orgánico que por entonces poseyese la colonia, y entrañaba los dos principios que debian pugnar hasta dar leyes coherentes apropiadas á su naturaleza á aquel gigante nfor me que se llamaba el Virreinato del Rio de la Plata.

El presidente de la nueva junta, después de prestar el juramento de conservar fielmente su cargo y de

mantener la integridad del territorio bajo el cetro de Fernando VII, guardando las leyes del reino, exhortó al pueblo *al orden*, á la *unión* y á la *fraternidad*, recomendándole estimación y respeto por la persona del virrey depuesto y su familia.

La junta patriótica se instaló en la fortaleza, morada de los antiguos mandatarios de la colonia, y empezó á funcionar revolucionariamente invocando el nombre y la autoridad del rey de las Españas, don Fernando VII.

.....

CONGRESO AMERICANO DE LIMA

CORRESPONDENCIA CON SARMIENTO

Buenos Aire , Diciembre 10 de 1861.

Excelentísimo señor Ministro, don Domingo F. Sarmiento.

Mi querido amigo:

Escribo á usted para suplir la falta de correspondencia oficial por este correo, pues hallándose Elizalde en el campo, no habrá tenido tiempo de preparar las notas é instrucciones que debía dirigir á usted según lo acordado.

He leído con atención toda su papelada, el Congreso americano y la reunión de Plenipetenciarios, así como sus cartas en que procura explicar usted la parte embrollada del negocio.

Desde luego, le haré presente una cosa, y es que todos los que figuran en esos negocios están en su papel y representan efectivamente un interés, una idea, una política de su país, todos menos usted. Aparece usted como miembro del Congreso americano al cual no ha sido usted enviado, y, sin embargo, que á

puerta cerrada dice que no tiene poderes, procede en él como tal miembro, y ostensiblemente acredita la idea de que lo es en realidad, por no despopularizarse con las limeñas. Figura usted en una especie de Congreso de plenipotenciarios para la paz y para la guerra, á propósito de la cuestión de Chinchas, lo que es algo más grave que el inocente Congreso americano, y como tal aparece colectivamente como tutor del gobierno peruano, por una parte, é individualmente como consejero del Poder ejecutivo mediador con las Cámaras; y luego á título de Plenipotenciario (para que se entienda que es el Congreso, y un congreso internacional), aparece por último en comunicación con Pinzón, representando en todos estos incidentes todos los caracteres menos el que usted tiene en realidad—que es de Ministro plenipotenciario y Enviado extraordinario cerca del gobierno peruano—es decir el representante de nuestras ideas, de nuestra política y de nuestros intereses, que en todo caso sólo puede prestar á aquel país sus buenos oficios en su calidad de ministro diplomático y nada más.

Por lo tanto, los pasos y comunicaciones de que usted ha dado cuenta últimamente, son aprobados bajo el supuesto y en la inteligencia expresa de que son actos oficiosos, en que usted ha tomado parte para promover un arreglo decoroso á aquel país en su calidad de diplomático, y con la condición de puramente oficioso, sin ulterioridad alguna; pues en sus

instrucciones están determinados los casos en que únicamente pudiera obrar de otro modo, hallándose en abierta contradicción con dichas instrucciones el compromiso formal contraído por usted de ofrecer apoyo *material* al gobierno del Perú en caso de no arreglarse, y mientras la cuestión de Chinchas *conservase* su carácter americano, lo que es lo mismo que decir mientras al Perú le convenga dárselo, téngalo ó no.

Ahora, permítame que le pregunte ¿cuál es la política, la idea, el interés argentino que usted se ha propuesto representar en estos incidentes?

Mientras usted no me contesta, yo le diré cuál ha sido y cuál es mi idea, y el interés y la política del país cuyos destinos presido, y que no he de comprometer por la más ó menos popularidad que la República pueda gozar en las calles de Santiago ó en la sociedad de Lima.

A la primera noticia del atentado de Chinchas, yo encaré la cuestión como lo era en efecto, como cuestión americana, y sin querer comprometer con palabras que se anticipasen á los hechos, el gran interés, argentino y americano á la vez, del tratado que teníamos pendiente con la España, hice en aquella ocasión tres cosas: 1ª Buscar la alianza con Chile para precavernos recíprocamente de actos semejantes, y ayudar moralmente al Perú para arreglar decorosamente su cuestión; 2ª Adherir mientras tanto, en los términos más explícitos, á la protesta de Chile y del Perú y del

cuerpo diplomático residente allí; 3ª Propender á la uniformidad de miras de todos los Estados del Atlántico, incluso el Imperio del Brasil, habiendo sido debida la concurrencia calurosa de este último, á la influencia argentina en Río de Janiro. En este último propósito, aprovechando la excitación del sentimiento americano, traje la reconciliación de los ánimos en el interior, envié un ministro á trabajar por la paz en el Estado Oriental, y si la hubiese conseguido habría enviado otro al Paraguay para poder presentar por contingente á la América, y como amenaza á la España y á la Europa la unión efectiva de un grupo continuo de Estados poderosos, reunidos en un propósito é inatacables por su posición y por sus medios. Esto no se ha conseguido. La paz del Estado Oriental se malogró. El Brasil vino después en guerra contra el Estado Oriental. Hoy va el Paraguay en guerra contra el Brasil. No sabemos si al fin seremos envueltos por esta tempestad, que hace más de un año

En esta situación, yo tengo la conciencia de consultar los intereses argentinos y la opinión de todo el país, no comprometiendo á la República Argentina más allá de lo racional, de lo posible, sin que por esto permanezca indiferente á la desgracia de una república hermana, ni deje de trabajar para promover un arreglo entre el Perú y la España, que es lo más conveniente y decoroso para todos; y ofreciendo en tal concepto nuestros buenos oficios diplomáticos, prescindiendo de intrigas, de embrollas, de combinaciones peregrinas, que en definitiva no pueden dar otro resultado que desconsiderarnos ante el mundo.

Me parece que usted no se ha colocado en el terreno de la verdadera política argentina, es decir, de lo único que debe y puede hacer la República Argentina en su situación actual, en las emergencias del Perú, y que arrebatado por el interés grandioso del drama americano, y con las consideraciones de política universal que con él se ligan, el móvil de sus acciones es más bien lo que se diría de usted en Lima si hiciera tal ó cual cosa, que lo que va á suceder en su país haciéndolo. Así me decía usted cuando su discurso al presidente de Chile: "La atmósfera de la ciudad no admitía otro lenguaje": y este lenguaje debió dar por resultado comprometer nuestro tratado con España, si hubiese llegado veinte y cuatro horas antes. Ahora no se atreve usted á decir que no es miembro del Congreso americano,

por lo que dirán los limeños, cuando ellos saben mejor que usted que al primer Congreso (inventado contra los Estados Unidos) no fuimos invitados, y que al segundo, le llamaremos así, que puede decirse fué antimonarquista, y contra el Brasil, tampoco lo fuimos, invitándose tan sólo á los vecinos del Pacífico. A este Congreso se le ha invitado á usted á que asista por el gobierno peruano, lo que dados estos precedentes y los usos internacionales, es una nueva inconveniencia, que á usted le imponía, por el decoro de su país, el deber de esperar instrucciones antes de dar ningún paso, como lo han hecho con menos motivo, dos de los no concurrentes. A esto agregaré que recién hace poco más de un mes que se halla entre nosotros un encargado de negocios peruano, que por primera vez nos ha invitado formalmente á tal Congreso. Con decir usted esto á los limeños, no sé de qué se habrían quejado, á no ser que pretendieran despojarnos de nuestro libre albedrío, pues ni tiempo material ha habido para adherir, suponiendo que hubiéramos querido llevarlo todo á vapor.

Yo no me exagero la importancia ni la influencia de la República Argentina en el Perú, por más que usted me pinte á su legación en Lima con una especie de prestigio mágico, que puede justificar su gran talento de usted y su reputación americana, pero que no está de acuerdo ni con los hechos que estudio ni con el desenvolvimiento probable de los

sucesos. Creo sí que tenemos el prestigio de una nación en otro tiempo gloriosa, que hoy aparece de nuevo ante el mundo, constituída, regenerada y en progreso; y que este prestigio sólo podemos conservarlo por la circunspección y por el afianzamiento de lo que hemos alcanzado: y por lo que respecta al Perú, en las actuales cuestiones, promoviendo lo único en que pueda ejercer una acción benéfica y eficaz: es decir, un arreglo decoroso para todos. Este es el interés, esta es la política argentina en aquel país; lo demás puede merecer los aplausos pasajeros del auditorio americano, pero no tendrá ni la simpatía del pueblo argentino, ni la sanción de sus poderes públicos.

En cuanto á los vecinos ligados por el Pacífico, esos sí tienen una política especial, á quienes puede convenir que la cuestión sea á todo trance americana; no precisamente para promover la guerra, que ninguno de ellos desea, sino para alejarla, precaviéndose ellos de las consecuencias y arreglándose mejor para lo futuro. El director de esta política es Chile, que antes no quería la alianza ni con nosotros, ni con ningún otro de la América, por no comprometerse con la España, y que sin quererlo ni saber cómo se ha comprometido tanto con ella, por hechos que no responden á ningún sistema, que hoy se abroquela de los Congresos americanos y de plenipotenciarios y de la cuestión peruana, para impedir que ella se arregle, degenerando en cuestión hispano-

que la haga, tratando de envolvernos á nosotros en lo que nos convenga ó no nos convenga, haciéndonos creer que hacemos política americana ó argentina, cuando en realidad hacemos todo menos política que se parezca á argentina, y, le diré más, ni siquiera peruana.

Cuando digo que esa política no es ni peruana, lo digo porque el hecho de aplazar la reunión de un congreso convocado por el Perú, con cuyo aplazamiento la opinión hace servir al Congreso americano contra el Gobierno peruano, y el de colocar á éste bajo la tutela del Congreso de plenipotenciarios, nueva entidad inventada para no ser diplomático de ninguna parte, me parece que constituye un hecho grave y peligroso, que puede acabar de dos modos: ó por una silbatina general del público limeño, ó por una paliza ó manteo, ó cosa parecida, del verdadero pueblo limeño el día que crea él, según su modo de ver, que no se hace una política tal como la que él quiere ó necesita.

La silbatina puede venir cuando se advierta todo lo que hay de indefinido, de vago y de falso en lo relativo al Congreso americano, y al fin quede en evidencia la verdadera situación de cada uno. Y por lo que respecta á la paliza ó cosa parecida, usted comprenderá que un cuerpo áulico sin carácter, sin misión y sin plan para lo futuro, que impone una política á un gobierno, que le hace desistir de actos de vigor que quizá lo salvarían, que traba indirecta

ó casi directamente la acción de sus poderes constituídos, en cuanto á las resoluciones que creen deber tomar en el interés del país, es un juego muy peligroso que puede y debe ofender al decoro peruano, á menos que sólo en Lima puedan hacerse estas cosas impunemente; y esta sería una razón más para no comprometer á nuestro país sino hasta donde debe y puede ser comprometido.

No tengo tiempo para más. Apenas puedo apuntarle esta otra consideración que someto á su prudencia: y es que usted, que no se cree autorizado á tomar parte en el inocentísimo Congreso americano, que en nada nos comprometería por otra parte, viendo que éste es imposible que se reuna, porque sería ridículo en estos momentos, no tiene embarazo en formar parte de un Congreso de plenipotenciarios á secas, para tratar de las cuestiones de la paz y de la guerra, y comprometer al país más allá de sus instrucciones y de lo que materialmente le es posible hacer. Así, pues, su escrúpulo me parece el de los gatos que no se comieron el asador porque era caso de conciencia, pero se comieron el asado que era lo único manducable.

En fin, mi amigo, tenga usted paciencia para oir todas estas majaderías, porque alguna vez se me ha de ocurrir echar un sermón en el seno de la amistad, mientras los ministros vuelven de sus pasos, y yo entretanto le deseo toda felicidad como su verdadero amigo.

(Firmado) *Bartolomé Mitre.*

Aquí se ha transcripto un artículo del *Ferro-Carril* de Chile que la prensa ha traducido de este modo: «Sarmiento y Mitre: Parece que el primero tiene instrucciones contrarias al interés y decoro americano; y, resuelto á hacer prevalecer á todo trance los intereses de la América, se propone ir al terreno de los hechos, faltando á sus instrucciones y comprometiendo á su Gobierno en la acción.» No creo que estos asertos se funden en palabras que puedan haber escapado á usted en el seno de la confianza, pero ellas me confirman más en el móvil que da dirección á la política de que veo á usted constituirse en agente, y que en todo caso sólo comprometería el honor y la consideración de su patria: pues vaya usted más allá ó se quede más acá, la República Argentina no puede hacer más de lo que puede hacer, y sus instrucciones expresan lo único que nos es posible hacer.

(Hay una rúbrica.)

Lima, Enero 25 de 1865

Excelentísimo señor Presidente, Brigadier General don Bartolomé Mitre.

Mi estimado amigo:

He recibido su carta de 10 de Diciembre, haciendo un examen general de todo lo que concierne á la política de estos países y á mi posición en el Congreso americano, concluyendo con pedirme que tenga paciencia para oir todas estas majaderías. Perdonado queda, en atención al mal humor en que deben tenerle los feos asuntos del Paraguay, el Brasil, Flores, el Bombay y el Reino incendiados.

En otra anterior á que contesté largamente, atribuía usted mis actos al deseo de obtener aplausos de plaza pública, y esto en nombre de la amistad: ahora son los de las mujeres de Lima, cosa que usted observa en nombre de unas pocas canas que le han salido. Guárdese de las fascinaciones del poder, que nos hacen creer que crecemos en años, prudencia y saber, mientras los otros descienden en la misma proporción, hasta producirse aquel fenómeno óptico de ver á los hombres desde tales alturas como granos de mostaza.

Yo estoy de muy buen humor, y no me hará tomar otra vez á lo serio estos deslices de la pluma de su corresponsal. Usted recordará cuando en una discusión en el Senado, estando en la Comisión casi me

dijo: *Miente usted!* que le contesté: «Suspendamos la discusión que estamos perdiendo la cabeza; luego seguiremos». Todavía no ha llegado el caso de llamarlo al orden.

Padece usted de un defecto que nos es común á todos los hombres de pensamiento, y es substituir al hecho, la apreciación individual del hecho, y llegar así hasta negar el hecho mismo, por mirar en poco los ojos que lo ven y se lo comunican. En San Juan me hizo usted sufrir mucho con esto, y con usted, los de su círculo que seguían el movimiento. Yo decía cándidamente lo que sucedía. Usted decía á su turno. «Es su modo de ver, su imprudencia, su miedo lo que le hace ver, *debe* haber sucedido tal otra cosa»; y ponía decretos y órdenes sobre tan sólida base!

Le citaré para ilustración la posdata de su propia letra. Vea los hechos. La nota autorizándome á hacer con Chile alianza ofensiva y defensiva fué la expresión del pensamiento de mi gobierno, única que yo conocí hasta su arribo. Transmitíla al gobierno, esperé tres días contestación y me fuí á Valparaíso para substraerme á toda investigación curiosa. Allí recibí su carta hallando malo todo lo que había hecho y dicho, precedida del aviso de haber llegado el vapor el día antes, lo que explicaba la razón ó la fuente de la apreciación. Puedo decirle esto, porque usted pronunció poco después un discurso en que decía lo mismo que antes había improbado. Volví á Santiago premunido de instrucciones de no darse el gobierno

acuerdo con el gobierno de Chile, lo que era excelente. Yo no elegí á don Manuel Montt; pero una vez elegido, mis instrucciones para hacer alianza, que era lo que más exigía el gobierno argentino, quedaban sometidas á esta segunda prescripción: obrar de acuerdo; y este acuerdo nos trajo á Lima á *ver el embrollo* antes de meternos en él, lo que está hoy perfectamente de acuerdo con el deseo y la necesidad en que nos hallamos de evitar complicaciones. Nada *hemos hecho,* aunque hemos *hablado,* sin salir de nuestras posiciones, por más que un fragmento de esta obra, ó sus apreciaciones le hayan hecho juzgar lo contrario. Los gobiernos argentino y chileno no se han ligado á nada por actos nuestros. Podemos entrar ó salir sin violentar á nadie, sin que el éxito corone nuestros esfuerzos: porque no es dado siempre vencer con palabras á seis naves de guerra: lo que no quita que la palabra diplomática se use.

En medio de asunto tan embrollado, pues la conducta y propósitos de la España no tienen más atadero que los del Perú, se aventuraría demasiado usted en quererlos someter á sistema. Nada hay de lo que usted se imagina: ni política de Montt, ni de los demás plenipotenciarios, ni están ellos en su papel, ni estoy yo fuera del mío, en el Congreso, sea de plenipotenciarios ó americano.

Con la determinación *decidida* que ahora toman de que no tenga parte en las deliberaciones de éste, se olvidan que en las primeras instrucciones, lejos

niendo verdes, me aconsejaron hacer algo mejor, que era asociarme á la obra ostensible y realmente entrar en la discusión; apartar todo lo que era quimérico, y dejar sólo lo posible, confiando á la práctica demostrar si eso siquiera es realizable. Si eso no lo fuere, la opinión pública de la América se curará de su enfermedad, desesperando de prestarse auxilio sus grupos dispersos abandonándose al destino. Mientras esto sucedía, echaban abajo al gobierno de Bolivia, el Perú tenía una escuadra española al frente, el Paraguay sale de su crisálida á tomar parte en el Congreso brasilero-argentino-oriental, entrerriano acaso, y en Montevideo esperan avisos de un protectorado italiano sobre cien mil «bachichas». Esta, me dirá usted, es nuestra pobre América, y en eso estamos de acuerdo, menos en la profunda previsión del gobierno argentino, ni de hoy ni de antes de ahora; pues estas cuestiones del Río de la Plata no son más que las almas en pena, de pedazos de nuestro cadáver, que se levantan de las sepulturas en que nuestra imprevisión creyó haberlas enterrado, cerrando ó apartando los ojos, para no ver que estaban vivas aún, y nos seguirían á todas partes.

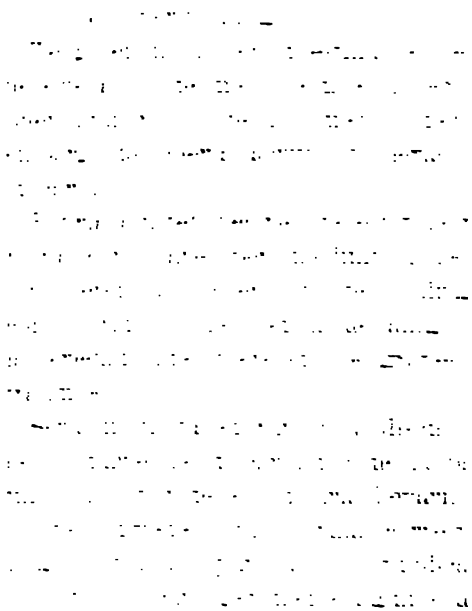
Excuso contestarle sus exposiciones casi siempre fundadas, pero que tienen por base esta petición de principio: «dado que yo siempre obro bien y usted siempre mal, que mis motivos son justos y los de usted, la plaza pública ó las limeñas, oiga usted este bello discurso». Concédame en este caso el talento

que en otro donde estaba demás me atribuye, y ya usted sospechará que no soy tan cándido para entrar en ese terreno. Yo he hecho pocos discursos, y éstos, *contrariando* siempre á las limeñas. Usted que es hombre de letras, ha de haber notado esta particularidad que me ha hecho siempre impopular.

Por no distraer su atención más tiempo cierro ésta, que espero tome usted como yo tomo las suyas, con el cariño de un viejo amigo para quien este sentimiento explica todo.

Soy su afectísimo:

D. F. Sarmiento.



del punto de vista de la lógica. Un hecho nunca es para mí un argumento, ó por lo menos es sólo un argumento brutal que pretende probar que la cosa debió suceder así porque así sucedió. En general, un hecho ó no prueba nada ó prueba muy poco ante la razón: son elementos ó medios que sirven al hombre pensador para comparar, deducir, prever, pero no para probar con ellos dispensándose de pensar.

Debe usted persuadirse que ésta es idea fija en mí, desde que argumentando en los hechos podría obtener muchas ventajas en esta discusión. Por ejemplo, y para lo que respecta al Congreso americano, podría decirle: el hecho ha probado que teníamos razón en no querer tomar parte en el Congreso americano; el hecho ha probado que Chile entraba en él para zafarse de entrar en la cuestión; el hecho ha probado que el Congreso americano ni era tal y que se ha convertido en una merienda diplomática; el hecho ha probado, por último, que ese Congreso ha acabado por una rechifla á los mismos que le alentaron ó tomaron parte en él. Así debía suceder dados los antecedentes; pero no era eso lo que nos alejaba del Congreso americano, ni lo que nos hace sentir que, al menos ostensiblemente, haya usted tomado parte en él.

Sabe usted que es una de las bases fundamentales de la política argentina, el no tomar parte en un Congreso americano como el que se ha reunido en Lima, y que esta declaración fué el primer acto solemne

hoy se aprovecha de la guerra civil en aquella gran República, para hacer ostentación de fuerzas en México y en el Perú. Tan cierta es esta filiación de la idea que, al mismo tiempo que se invitó al Brasil, potencia monárquica, se excluyó á los Estados Unidos. Más tarde se quiso enmendar la plana, y sobre la base del Congreso anti-yankee, se quiso hacer un Congreso republicano en que se comprometían todos los medios de defensa de la América, incluso la abolición del corso, y el tratado ajustado en él tan sólo por tres representantes fué rechado por los mismos, incluso por el Perú, no obstante que por una contradicción inexplicable el Perú mismo vino á solicitar nuestra adhesión á él, posteriormente. Nuestra contestación á Seoane con tal motivo, dejó mal parada la idea de esos remedos de Congreso sin alcance práctico y con objetos opuestos á sus fines.

Poco después reapareció la idea en la forma de un Congreso de las repúblicas vecinas del Pacífico, con exclusión de la República Argentina, á la vez que con la del Imperio del Brasil y los Estados Unidos, que podrían dar seriedad á la corporación y peso á sus resoluciones. Los objetos de este Congreso eran, sin embargo, muy limitados, y aunque partían de la idea pueril de la hermandad y eran contrarios á la Constitución y á la soberanía de cada república americana en particular, tal vez no habríamos tenido inconveniente en tomar parte en él, como lo habíamos dicho en nuestra contestación á Seoane, desde que

como consta de documentos; para otros era un Congreso de la raza latina, como lo dijo el gobierno del Perú y excluían á los Estados Unidos; y para otros era un Congreso internacional que debía tomar á su cargo la cuestión hispano-peruana, sin darse cuenta de cómo sus respectivos gobiernos habían de asumir este papel que ellos le daban.

No es mi ánimo hacer una caricatura del Congreso pintado por sí mismo, sino motivar el retiro de lo que dije á usted en mi anterior, y manifestarme muy conforme en lo que usted me dice: que asunto tan embrollado no tiene atadero ninguno, y que no hay en todo ello ni política de Montt, ni de los demás plenipotenciarios, habiéndoles hecho con mi suposición un honor que seguramente no merecían, según usted me lo prueba, en lo que me he confirmado por lo que respecto del gobierno de Chile le diré más adelante.

En efecto, sólo por la carencia de un plan, de una idea, de una política puede explicarse la conducta vacilante y contradictoria del llamado Congreso americano. Si consideraba la cuestión peruano-española como americana, era á los gobiernos á quienes tocaba declararlo, y no al Congreso, reunido para otros objetos, á quien competía hacerlo. Si, partiendo de la base de que era americano, consideraba inevitable ó necesaria ó conveniente la guerra con la España, debía haber pensado primeramente si sus respectivos países la harían y cómo la harían, y qué género de

cooperación podria dar el Perú, dada la situación en que se encontraba, y entonces no debió reaccionar contra una parte de la opinión peruana que queria la guerra á todo trance: lo que, aun sufriendo una derrota, era una resolución más salvadora para la nacionalidad peruana que la marcha que ha adoptado su gobierno. Si queria la paz y la buscaba, no debió tomar la posición que tomó frente á frente de Pinzón y de Pareja, perdiendo estérilmente la posición del neutral y del mediador, é inhabilitándose, como lo hizo, para tomar parte en los arreglos de la paz, de que fué con razón excluído por ambos beligerantes.

Tiene usted, pues, mucha razón en decir que no hubo tal política de Montt, ni tales planes de los demás plenipotenciarios.

Ahora por lo que respecta á Montt, y por lo que respecta á Chile, le diré que la conducta de Montt en el Congreso americano, va á ser en su país uno de los medios con que sus enemigos le han de hacer más cruda guerra, y sus enemigos son los que están en el Gobierno. Chile no queria tomar parte en el Congreso americano, y sabe usted muy bien que no queria celebrar alianza alguna con ninguna de las repúblicas de este continente, excepto con la República Argentina. Así, va á ver usted que el tratado de alianza presentado por el plenipotenciario chileno, que puede decirse será el primer desertor del aerópago de la América, va á ser aceptado por la república de Chile, y habrá representado en esta ocasión una farsa en la

que desearía no haber representado ni aun el papel de testigo.

Para que se convenza de ello, le diré que el objeto general de la misión de Lastarria era una alianza argentino-chilena sobre las bases de las del proyecto de Montt, propuesta con agregados que enajenaban la soberanía de ambas naciones. Por supuesto que no la hemos aceptado, y esto se lo digo á usted reservadamente, porque Lastarria, después de oirnos, ha convenido con nosotros en que se tenga todo por no dicho, por convenirle así á Lastarria particularmente y á Chile en general, no por borrar los rastros de un rechazo, como tal vez usted crea, sino por no dejar la constancia de un error que comprometía al negociador y á su gobierno. Pero esto le muestra á usted que Chile no daba ninguna importancia á los trabajos de Montt en el Congreso americano, que en esos momentos se ocupaba de lo mismo, y que ahora con lo que ha pasado en el Perú y Bolivia, se va á creer más autorizado que antes para hacer lo que dijo á usted: es decir no comprometerse en alianzas con naciones que no estaban en condiciones de la de Chile, lo que en buenos términos quiere decir no andar en mala compañía, de la cual nos hace el honor de separarnos. A este respecto hemos hablado largo con Lastarria, y á veces arrebatado por mis convicciones y el calor de la palabra, he podido decirle algunas cosas que en el primer momento le lastimasen, viniendo al fin á convenir conmigo en lo principal,

curado por la palabra blanda de Rawson y de Elizalde, que le explicaban la política argentina bajo puntos de vista más halagüeños y más fácilmente aceptables para él.

Entre otras muchas cosas, decía yo á Lastarria que una de las razones para no entrar en la alianza á que me convidaba, aceptando los fundamentos de ella, era que me repugnaba en materia política internacional tomar por base de las resoluciones de los gobiernos y de los compromisos de los pueblos, las consideraciones pueriles que se hacían valer para motivar la liga de una ó más repúblicas americanas. Que quería partir de la verdad para llegar á la verdad. Que la verdad era que las repúblicas americanas eran naciones independientes, que vivían de su vida propia, y debían vivir y desenvolverse en las condiciones de sus respectivas nacionalidades, salvándose por sí mismas, ó pereciendo si no encontraban en sí propias los medios de salvación. Que era tiempo ya de que abandonásemos esa mentira pueril de que éramos hermanitos, y que como tales debíamos auxiliarnos, enajenando recíprocamente parte de nuestra soberanía. Que debíamos acostumbrarnos á vivir la vida de los pueblos libres é independientes, tratándonos como tales, llenando nuestros deberes respectivos como tales, bastándonos á nosotros mismos, y auxiliándonos según las circunstancias y los intereses de cada país, en vez de jugar á las muñecas de las hermanas, juego pueril que no responde á ninguna verdad, que

está en abierta contradicción con las instituciones y la soberanía de cada pueblo independiente, ni responde á ningún propósito serio para el porvenir.

Esto es lo mismo que dije á usted, no porque lo considere imbuído en las ideas americanistas de Lastarria, sino porque viene muy al caso, hablando del Congreso americano en que se ha jugado un poco ese juego de niños, con perjuicio de nuestra pobre América, que, á pesar de todo se ha de salvar, no obstante lúgubres pronósticos, precisamente por la virilidad de las nacionalidades, que se pretende enervar por medio de esa falsa política americanista que está muy lejos de ser americana; política que no responde á ninguna idea nacional preconcebida ni á ningún interés real, pues, por un lado, parte de la base de la pretendida hermandad sudamericana que quiere restringir la esfera de las soberanías nacionales, haciendo americanas todas las cuestiones con la Europa ó con los vecinos, lo que es organizar la guerra en permanencia. y por otro lado, pretende inmovilizar á la América, no dejándole libertad para que corrija lo mal hecho, se concreten ó se desagreguen partes mal criadas, dejándoles expansión y movimientos para desarrollarse.

Y lo que digo á usted y á Lastarria, respecto de la ficción de la política americanista, se lo digo también respecto de las relaciones de las naciones aliadas entre sí, sean ó no americanas. Pretender inventar un derecho público en la América contra la Europa,

de la república contra la monarquía, es un verdadero absurdo que nos pone fuera de las condiciones normales del derecho y aun de la razón. En efecto, si una república americana tiene cuestión con una nación europea, ó con una monarquía, no puede adoptarse como regla invariable de derecho, según lo pretenden los americanistas, que la república americana ha de tener precisamente razón, y que la América entera está obligada á armarse en su favor, y hacer lo que ella no hace, ó no sabe hacer; y sin embargo esto es lo que se sostiene por muchos como buena política. Todo esto nace de que no nos colocamos en la atmósfera sana del derecho, que no partimos de la noción clara y evidente de que las repúblicas americanas son naciones soberanas é independientes como la Rusia, la Turquía y los Estados Unidos; que como tales pueden tratar sus negocios según mejor les convenga ó les dé la gana, con tal de que no dañen el *derecho* ajeno; que para el efecto deben sujetarse á las reglas del derecho que ha establecido el consenso general, que las alianzas no pueden nacer de pactos teóricos ajustados previamente y para todos los casos y todos los tiempos, sino para aquellas cosas en que halle un interés y un peligro común, y en que la opinión pública y los recursos ó estado de una nación le permitan entrar en alianza, y, por último, que en las relaciones internacionales no hay sino dos modos de ser: ó estar en paz, ó estar en guerra, y un tercer estado intermediario que modi-

fica hasta cierto punto el estado de paz, es decir, ser neutro entre dos naciones amigas que están en guerra.

Acomódeme usted estos principios intergiversables á las teorías americanistas: apliquémelos á la conducta que el Congreso americano aconsejaba á la América, y me dará usted por resultado las tergiversaciones del *derecho* claro y evidente, y los términos medios que pretenden conciliarlo todo, poniendo un pie en la verdad y otro en la mentira. Así es que para justificar la actitud del Congreso americano ó explicar ciertos actos suyos, ha tenido usted que decir que los representantes americanos eran neutros é interesados, es decir, que eran y no eran parte en la cuestión hispano-peruana; que no estaban en guerra pero tampoco estaban en paz: que las repúblicas americanas no estaban aliadas, pero que debían considerarse como tales reunidas en Congreso; así es que cuando usted, después de guardarla mucho, le soltó al gobierno del Perú la gran palabra de que era neutral, desde ese momento el gobierno del Perú volvió la espalda al Congreso americano, que no le llevaba ejércitos por contingente y que le daba por apoyo una palabra desautorizada, que sabía no podría sostenerse por los hechos.

Digo á usted esto, no porque creo que se oculten á su clara inteligencia estas vulgaridades traqueadas del derecho, del que usted ha sido el más infatigable propagador, desentendiéndose de preocupa-

[illegible] y elevándose siempre á las regiones [illegible] y de la verdad. Lo digo porque [illegible] ajustado usted á ello su proceder, ó, [illegible] argumentos de que usted se ha va- [illegible] de otros.

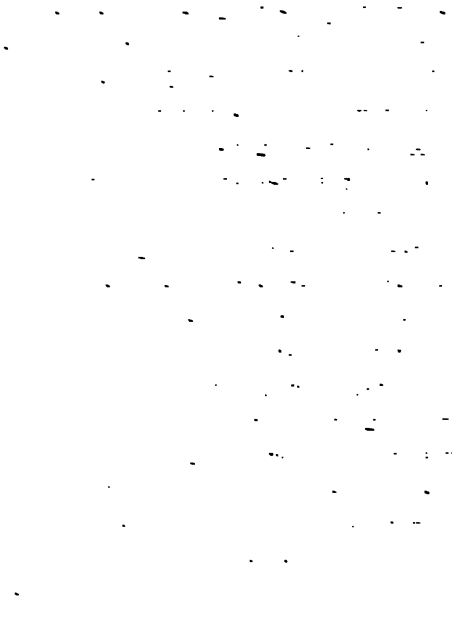
[illegible] por qué usted, que par- [illegible] ideas, y nunca se ha dejado [illegible] impresiones sino por sus convic- [illegible] al camino llano y conocido [illegible] y movedizo que no conducía á [illegible]

[illegible] escritas antes de los sucesos de [illegible] en el espíritu de las re- [illegible] de todos los códigos del uni- [illegible] la América, sólo le encargaba [illegible] respecto del proyectado [illegible] N[illegible] usted, pues, invocar [illegible] para autorizar su en- [illegible] espíritu de sus instruc-

que no quería tomar parte en la cuestión, y el pueblo de Chile que decía á gritos por las calles, que no quería guerra con la España, nada contestó á nuestra proposición de alianza, y recién cuando vino la declaración del ministro de España, Pacheco, contraria á la de Mazarredo y Pinzón, soltó Chile una media palabra, diciendo que las demás repúblicas no estaban en condiciones de alianza, como lo estaba la República Argentina respecto de la de Chile y en esto se quedó todo.

No considerándonos nosotros tranquilos con la declaración del ministro Pacheco, mientras se mantenía el hecho de la ocupación de las islas de Chincha, dijimos á usted que nada podíamos hacer en la cuestión peruano-española, ni marchar de acuerdo con Chile, y le reencargamos volviese á insistir sobre el particular, previniendo que no fuese más allá de dondé fuese el gobierno chileno en esa cuestión; pero no como usted parece entenderlo, para imitar todo cuanto hiciera el gobierno de Chile, pues precisamente le recomendábamos que no se asociara á ciertos actos suyos de que ya teníamos conocimiento ó que preveíamos, y entre ellos estaba incluído el Congreso americano.

Además de las razones ya expuestas para no concurrir al Congreso de Lima tal como se presentaba, teníamos otra muy capital, y era el propósito de reforzar con la presencia de los diplomáticos de Chile y de la República Argentina, la acción conjunta del



Cuando digo que no me explico por qué prefirieron el Congreso, es porque no he visto aducir ninguna razón, no porque se me oculte que tanto usted como Montt, obrando contra sus convicciones, cedieron á la presión del público limeño que exigía Congreso á todo trance.

Aquí viene bien una explicación amistosa.

Parece que lo que le dije en mi anterior, á propósito de los móviles de su discurso en Chile y de su entrada al Congreso de Lima, lo ha tomado usted por un epígrama mío, de que se manifiesta resentido, cuando yo no he hecho sino copiar las mismas razones que usted me daba para motivar su proceder.

Así, cuando usted me decía, á propósito de su discurso en Chile, estas textuales palabras: "El estado de la ciudad no admitía otro lenguaje". Usted hacía política, no para el gobierno de Chile, que ni le contestaba en su tono, ni para su país que no le había autorizado á declarar la guerra á la España, sino para las calles de la ciudad de Santiago, donde en aquel momento, como se lo observé á usted, se reunía la gran corporación de la *Unión Americana*, organizada para propagar el americanismo, y donde, puesta á votación la proposición de si era ó no conveniente la guerra con la España, sólo cuatro votaron por la guerra. Por consiguiente, respecto al Congreso de Lima, usted fué dispuesto á no entrar en él, lo mismo que Montt, y de acuerdo ambos en impedir su reunión ó por inconveniente ó por inú-

til. Apenas llegado á Lima me escribió usted con fecha 20 de Octubre: "La reunión del Congreso americano es una preocupación universal como la panacea que curará todos los males. No es posible contrariarla abiertamente, y nos cuesta á Montt y á mí desviar esa corriente sin herirla, proponiendo un aplazamiento de circunstancias, así es que en la segunda conferencia ya se vió Montt forzado á hacer promesas de próxima instalación." Me agregaba usted, además, que con tal motivo, Montt le decía á usted: "Escríbale al señor Presidente que le mande órdenes para el Congreso americano, seguro que nada hémos de hacer de que tenga que arrepentirse". Seguía una pintura del estado de desorganización y desmoralización del Perú, que usted me representaba como un leproso que en todo pensaba menos en curarse. Al leer esta carta, dije á Elizalde: «La opinión de Lima va á vencer la convicción de Montt y de Sarmiento; van á ceder á la presión y van á entrar al Congreso con el pie cambiado.» Así es que, autorizado en su propia carta, puedo decirle sin inventar yo el epigrama, que cedía usted á la opinión de las limeñas, porque las mujeres han influido siempre é influyen mucho en la política peruana, y visto como se portan á veces los hombres en la guerra y en la paz, cuando se habla de opinión en Lima debe nombrarse primero á las señoras, y esto si usted es político.

Así, pues, no ha sido mi ánimo herir á usted en lo más mínimo, primero porque no soy muy chistoso,

y segundo porque aun cuando lo fuera, no soy como Voltaire que por no malograr una agudeza que se le venía á las mientes, se exponía á perder un amigo.

No veo que una broma más ó menos pueda comprometer nuestra vieja y eterna amistad, pero por lo mismo que estimo mucho el concepto que usted podrá formar de mí, quiero justificarme ante sus ojos, demostrándole que no le he tratado con ligereza, y es por esto que á riesgo de fastidiarle, le escribo esta larga y pesada carta para chancelar de una vez nuestras cuentas pasadas y entrar en otra atmósfera, poniendo la proa hacia los Estados Unidos, con cuyo motivo charlaremos en el viaje de cosas más grandes y más agradables para ambos.

Para acabar, pues, con estas cuentas atrasadas, le agregaré que si en mi correspondencia confidencial he sido con usted franco y tal vez brusco, ha sido precisamente porque estaba resuelto á no reprobar ostensiblemente la conducta que usted observase, cualquiera que ella fuese. Al proceder así consultaba el decoro de su puesto y mis debres como amigo, no obstante que por mi parte me quedaba un sentimiento, y era que usted, arrastrado por las corrientes de los sucesos, siguiese una conducta que comprometía la seriedad de mi Gobierno y mi crédito como gobernante. A esto aludía la postdata de mi letra que usted no ha interpretado bien. Era decirle de la manera más amigable y más indirecta: *Haga usted*

cualquiera política, pero no á costas de su Gobierno ni de sus amigos.

No puede ocultarse á usted que, habiendo dado la prensa del Pacífico en declarar sospechoso al Gobierno argentino y en interpretar siniestramente su no asistencia al Congreso americano, hace usted lo contrario sin autorización de su Gobierno y contra las órdenes de su Gobierno, según lo propalaban los diarios del Pacífico, y era la verdad: usted hacia política á costa del crédito del Gobierno argentino y daba razón á los que tan desfavorablemente le juzgaban. No es que me importe mucho el juicio efímero de una opinión sin nombre y sin consistencia, de una prensa mal informada y sin autoridad moral, pero lo sentía por usted, por mí y por las consecuencias que ésto podría tener para los intereses públicos.

Estos son hechos, y no meras apreciaciones como las de usted al suponer mala voluntad en los miembros del Gobierno para desacreditar sus pasos diplomáticos. No obstante no estar ningún miembro del Gobierno conforme con muchos pasos trascendentales de usted, jamás se ha trascendido nada en el público, y la prueba está en que ningún periódico de Buenos Aires ha desautorizado su presencia en el Congreso americano, y que la primera noticia de que usted se hallaba allí sin representación ni poderes, ha sido dada no ha mucho por un diario de Valparaíso. Esta circunspección y la resolución en que estábamos de no desaprobarle nada ostensiblemente, nos autori-

zaba á ser más francos y explícitos en nuestra correspondencia confidencial y oficial.

Y aquí viene muy al caso decirle que cuando, oficial ó confidencialmente, le damos instrucciones ó le trazamos reglas de conducta, no es á título de más capaces, como parece usted creerlo, ni de mejor informados que usted, sino á título de autoridad, porque somos el Gobierno nombrado por el pueblo para gobernarlo, y los únicos responsables ante él de los actos de usted como de los nuestros mismos. Ya ve usted que mi argumentación no puede ser más absoluta ni más constitucional. Así es que, usted que es tan constitucionalista, que ha sostenido que ni los Congresos pueden hacer política, y mucho menos política exterior, como lo sostiene hoy el presidente Lincoln nada menos que ante el gran congrego de los Estados Unidos, extraño que usted me diga que á pesar de todo, si hubiese creído convenientes los tratados del Congreso, los hubiese firmado por su cuenta, por no ser sólo el Presidente de la República y sus ministros los que están encargados de guardar el honor de su patria, ni á ellos solos les está reservada la apreciación de los casos, lo que es lo mismo que decir que los diplomáticos pueden hacer política por su cuenta y contra la política de su Gobierno.

Pienso que un diplomático puede hacer todo menos política suya, y entre mil razones obvias, se me ocurre una. Si cada diplomático ha de hacer una política sin recibir una dirección general, usted podría

haber hecho una en el Perú, Balcarce otra en España y Mármol otra en Río Janeiro, y saldría una cosa lucidísima y cuando se abriera el Congreso, ó se publicaran los documentos, el Presidente de la República tendría que responder de todas esas políticas contradictorias y cargar con la responsabilidad de los actos que desaprobaba, ó que eran inconciliables entre sí.

No veamos á los hombres en estas cosas; prescindamos de quién es más capaz, quién ve mejor ó quién tiene más razón en la discusión, y veamos sólo quién es el que tiene derecho á hacer tal ó cual cosa, tratándose de la política general del país y de sus altos intereses en presencia del mundo, que esto es de lo que venimos tratando.

Por lo demás, en cuanto á la autorización directa ó indirecta, para concurrir al Congreso americano, Elizalde contestará á usted con sus propias comunicaciones y no teniendo ya objeto esta discusión, podemos doblar la hoja y seguir adelante.

Una de las razones que me hacían ser más circunspecto en el conflicto peruano-español, era la convicción en que estaba de que, á pesar de todo, si la guerra estallaba entre el Perú y la España, era casi imposible que directa ó indirectamente no nos viésemos complicados en ello. Por eso aproveché el acto de la recepción del ministro español para significarle que evitaré conflictos en las Repúblicas americanas, que nos pondrían en el caso de llenar deberes dolorosos pero imprescindibles. No podía prever de

antemano si la situación que se crease daría lugar á una protesta, á una intervención, á represalias ó á la guerra y las alianzas con todas sus consecuencias, y por eso mismo al señalar ese peligro creía trabajar eficazmente para la paz, salvando á la vez la actualidad de mi país sin comprometer la de la América ni nuestras buenas relaciones con la España y con la Europa. Procediendo así, poco me importaba que dijesen que yo por no comprometer la paz, el comercio, la inmigración y el crédito europeo de la República Argentina no quería comprometerla en el conflicto peruano-español, porque esta crítica de la estupidez era la apología de la política que seguía formulada en estas palabras que dirigí al Congreso al cerrarse: «Argentino ante todo, el Gobierno no dejará de ser americano y buen vecino.»

Creía que nosotros teníamos derecho á proceder y hablar así; nosotros que, por nuestros propios esfuerzos, nos constituímos independientes, y nos sacrificamos por la independencia de la América, nosotros que hemos vivido de nuestras propias miserias y desgracias, durante largos años, mientras que otras repúblicas explotaban en su provecho el descrédito de la América, y que al fin nos hemos salvado y regenerado solos: nosotros bien podíamos hablar y proceder así, sin pasar por egoístas, ó cobardes, porque no se trataba de generosidad ni de valor, sino de patriotismo, de conveniencias y de derechos y deberes claros y evidentes.

Con estas convicciones y estos propósitos, sigo mi camino, y el resultado va correspondiendo á los esfuerzos sin que por esto repruebe, ni el americanismo que tiene su razón de ser hasta cierto punto, ni la conducta de las repúblicas americanas, que ha sido lógica en cuanto á lo que les era dado hacer. No excluyo el americanismo, dado que se reconoce que estas repúblicas tienen intereses comunes y principios solidarios, sobre todo tratándose de cuestiones con la España. No repruebo la conducta de Chile porque haya dicho y hecho menos que nosotros, sin embargo que se ha comprometido más; ni la del Perú, que no podia hacer más de lo que ha hecho, aun cuando se hubiere embarcado la América entera en esa nave que habría ido á pique más pronto con el auxilio de nuestro peso. Ni entro en todo lo que ha hecho el Congreso americano, ni desconozco su saludable aunque limitada acción en ciertos puntos, por más que, como Congreso peruano-americano, haya asumido la responsabilidad de aconsejar que no atacara, al que decía no tener como hacerlo, y por último le haya dado un certificado de buena conducta con motivo del tratado con la España, comprometiendo su seriedad que es la que más ha debido economizar—aunque en materia de bravatas y declaraciones de efecto hubiese sido pródigo—porque teniendo fama de parleros, siempre allá se cotizan nuestras palabras como nuestros bonos, al 40 %.

Y con esto, he concluído, gracias á Dios, esta larga

idiosa carta que á mí mismo me iba dando sueño.
a tenga usted la paciencia de leerla y de olvidarla,
le el asunto no merece la pena de insistir.
seo que cuanto antes siga usted su viaje á Esta-
Jnidos. Por ahora me despido deseándole toda
lad y repitiéndome como siempre, su afectísimo
).

(Firmado) *B. Mitre.*

SESIONES DE JUNIO

DISCURSO CONTRA EL ACUERDO DE SAN NICOLÁS

Junio 21 de 1852.

I

Sr. Mitre—Me atrevo á ser el primero que alce la voz en esta discusión, no porque crea tener mucho que decir para ilustrar el juicio de mis honorables colegas, sino porque nada necesito oir para formar mi conciencia y dar mi voto cuando llegue el caso de hacerlo. Mi conciencia está irremisiblemente formada. Mi voto será por la no admisión del tratado que va á discutirse.

Formé esta conciencia desde la vez primera que lo leí, y no lo he vuelto á leer segunda vez, tal es la firmeza con que he reposado en mis convicciones.

Así, pues, aun cuando la elocuencia bajase en lenguas de fuego sobre las cabezas de los oradores que llenan este recinto, ningún poder tendría sobre mi conciencia, ni para afirmarme en mi juicio, ni para conmoverlo, ni para modificarlo.

Señores: Por mis labios no habla ni el orgullo, ni la intolerancia, ni un espíritu sistemático de oposi-

den á las que tenemos nosotros que somos legisladores, y á las que tiene el mismo pueblo, fuente de todo poder y de toda razón.

He dicho que el acuerdo creaba una dictadura irresponsable y que esa dictadura constituía lo que se llama un poder despótico.

Voy á probarlo permitiéndome recordar á V. H. los principios generales de buen gobierno, las reglas de nuestro derecho escrito, y las bases fundamentales del derecho natural.

Poder dictatorial, señores, es todo aquel que se funda en la suprema ley de la necesidad y hace de su voluntad una ley. La dictadura, como se ha dicho ya, puede justificarse por el interés de todos, legitimarse por la necesidad y glorificarse por el peligro; pero cuando carece de estas condiciones es una usurpación injustificable de parte del que la inviste y una abdicación cobarde de parte del que la otorga.

Poder irresponsable es aquel que no tiene contrapeso, ni obligación de dar cuenta á nadie de sus acciones, ni autoridad superior á él que pueda fiscalizarlas.

Poder despótico es todo poder especial establecido fuera de las condiciones del derecho natural ó escrito, y que, por consecuencia, no tiene ley ni regla alguna á que ajustarse.

Basta que un poder se halle en cualesquiera de estas condiciones para ser calificado de despótico,

aunque no haga uso de las facultades de que está investido. Si abusa de esas facultades será lo que se llama un poder tiránico, como lo fué el de Cromwell y el de Rosas.

Pido perdón á la sala si insisto sobre estos principios vulgarísimos y traqueados, á riesgo de insultar el buen sentido de los honorables representantes; pero el debate en que entramos es tan solemne, y la cuestión que nos ocupa es tan importante, que nada de lo que pueda arrojar alguna luz debe dejar de decirse; nada de lo que sea conducente á popularizarla, á vulgarizarla, debe callarse en este debate.

Vuelvo á tomar el hilo de mi discurso y continúo.

Haciendo ahora aplicaciones de estas verdades vulgarísimas al caso que nos ocupa, yo preguntaré á la sala, yo preguntaré al ministerio que ha venido aquí á sostener el tratado que yo ataco en sus bases ¿qué otro fundamento que la voluntad del dictador tiene la autoridad creada por el acuerdo de San Nicolás?

Yo preguntaré ¿qué responsabilidad tiene esa autoridad para ante quien la tiene, y quien puede hacerla efectiva? Yo preguntaré ¿qué regla, qué ley tiene esa autoridad para guiarse y para gobernar á los pueblos? Si se me demostrase que hay algún fundamento, alguna ley ó regla para esa autoridad, nada tendria que decir: pero á menos de cerrar los

ojos á la luz de la evidencia, es necesario reconocer conmigo que ningún otro fundamento que la voluntad del dictador tiene esa autoridad, puesto que se le inviste de la soberanía nacional en toda su plenitud para que él use de ella sin determinarle ninguna norma, sin ponerle un límite, sin trazarle un círculo. Es necesario reconocer, pues, que ninguna responsabilidad tiene, y que si la tuviera no hay poder alguno que la pueda hacer efectiva. Se ha dicho, no sé donde, ni con qué motivo, que la tiene ante el país; pero, señores, á esto sólo se puede contestar como Hamlet: "¡Palabras! ¡palabras! ¡palabras! ¡y nada más que palabras!" Por último, es necesario reconocer que ninguna regla, ninguna ley tiene esa autoridad para guiarse y gobernar á los pueblos, puesto que todo se ha fiado al buen uso que de ella haga el general Urquiza; es decir, que se ha dejado al arbitrio de una voluntad, que es lo mismo que sancionar la arbitrariedad. ¿Qué nombre merece una autoridad semejante? Yo la llamo dictatorial, irresponsable, despótica y arbitraria.

Hablo de la autoridad sin referencia á la persona del general Urquiza, en quien se pretende encarnar la ley que le crea dictador para hacerle cambiar la corona cívica que rodea sus sienes por una corona de cartón dorado, que él debe pisotear bajo su planta, como el símbolo de un principio despótico que se quiere hacer prosperar á su sombra.

He llamado á esa autoridad dictatorial, irrespon-

el acuerdo de San Nicolás como ley fundamental de la República, y que lo es en efecto, ha sido violado en su letra y en su espíritu, por el hecho de crear una autoridad que él no reconoce ni autoriza, y que inviste mayores facultades que las que por ese pacto deben depositarse en la comisión representativa de los gobiernos.

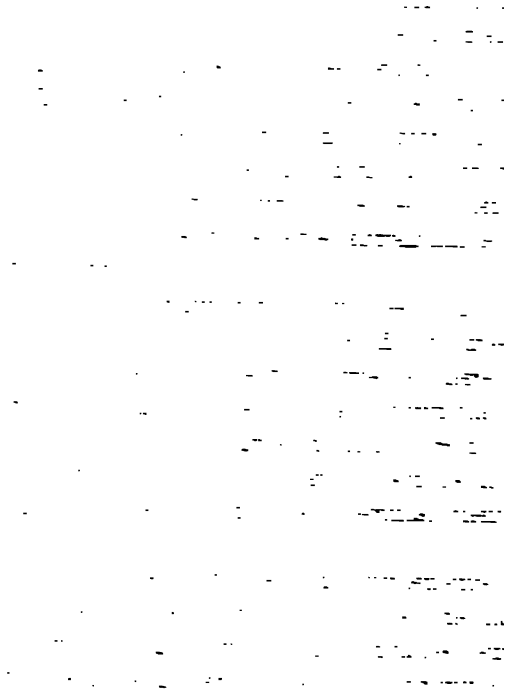
Se me dirá que el general Urquiza no abusará de esa inmensa autoridad depositada en sus manos. Así lo creo yo también. Pero yo me refiero á la cosa y no á la persona; examino el principio y prescindo del hombre. Si abusase de ella sería un tirano, y no puede ni debe serlo el que ha triunfado en nombre y en el interés de la libertad. Pero no es esta, señores, la cuestión. Aunque no use, aunque no abuse, siempre será un déspota porque déspota como lo he dicho y demostrado antes, es todo aquel que no tiene ley que le dé norma, entidad que le sirva de contrapeso, ó poder ante el cual sea real y positivamente reponsable de sus acciones.

Esa autoridad puede disponer de las rentas nacionales sin presupuesto y sin dar cuenta á nadie.

Puede reglamentar la navegación de los ríos como si fuera un cuerpo legislativo y soberano.

Puede ejercer por sí y ante sí la soberanía interior y exterior, sin necesidad de previa ó posterior sanción.

Puede disponer del presente y comprometer el porvenir.



yo les negaría del mismo modo el derecho de crear una autoridad semejante. Me fundaría para ello en que el pueblo no puede dar aquello que no es suyo y que posee en virtud de un derecho natural, es decir, de la libertad y de la justicia. Es abolir la libertad, crear un poder superior á ella, y es suprimir, violar la justicia, crear un poder despótico que no tenga obligación de respetarla, es decir, un poder que tenga tal fuerza que pueda atar de pies y manos á la libertad y quebrantar entre sus manos vigorosas la vara robusta de la justicia.

Basta que la posibilidad exista, para el objeto que me he propuesto demostrar, que es, que el pueblo no puede hacer esa delegación sin abdicar su dignidad, como no puede renunciar á su vida, como no puede renunciar á su honor, como no puede renunciar á hacer uso de sus facultades físicas y morales, y para concretar mis ideas en una palabra y en un ejemplo que es una lección, como no pudo renunciar á su fama, á su hacienda, y á su libertad para ponerlas á los pies de Rosas. Tales renuncias son nulas de hecho y de derecho, porque son contra la naturaleza de las cosas y contra el modo de ser de la especie humana y de la sociedad, tal cual está organizada. Si el pueblo mismo, es decir, el mandante, no puede crear una autoridad semejante ¿podemos crearla nosotros, sus simples mandatarios?

Interrogue cada cual su mandato y contésteme si se cree autorizado para ello. Yo interrogo mi man-

dato y veo que he sido enviado por el pueblo á este lugar para hacer la ley y para hacerla cumplir; para representar sus derechos y para velar sobre ellos; para marchar por el recto sendero de la ley, de la libertad y de la justicia; para fundar autoridades según el evangelio de los pueblos libres, y no para crear déspotas según el Korán de los fanáticos sectarios de los poderes que llaman fuertes, y que yo llamo injustos, que yo llamo antisociales y corruptores.

Señores: Lo juro por la organización definitiva de nuestra patria, que es lo que más anhelo, y por la noble y de-graciada República Argentina que todos amamos, yo no estoy autorizado para dar mi voto en favor de un poder que está en abierta contradicción con mi mandato popular. Digo más, porque es una consecuencia lógica de lo que acabo de decir; ninguno de los representantes que ocupan un asiento en esta soberana asamblea, tiene poderes para ello, puesto que ni el mismo pueblo de quien emanan los tiene para el efecto.

He aquí por qué dije al empezar que no necesitaba oir nada para formar mi conciencia y votar resueltamente contra el acuerdo cuando llegase el caso. No le daré mi voto porque no puedo ni debo hacerlo, y á nadie le es dado hacer aquello que es contra su deber y se halla fuera de su posibilidad. Pero si así como no estoy facultado por el pueblo para votar esa autoridad irresponsable, contra la cual protesto

á nombre de la dignidad humana, estuviese plenamente autorizado para votarla, yo procedería del mismo modo, y ni ahora ni nunca consintiría que una autoridad igual á la que establece el acuerdo de San Nicolás domine á mi patria, ni por un día, ni por una hora, ni por un instante. El mal no lo veo en la duración de la autoridad sino en la relajación del principio. Con esto he contestado de antemano á la objeción que se me puede hacer, de que la autoridad creada en San Nicolás sólo ha de durar cincuenta días. Para el caso es lo mismo que si durase un siglo.

Voy á terminar, señores. En pueblos como los nuestros, que han pasado por la guerra civil más sangrienta que recuerda la historia, que han vivido por más de veinte años sometidos á la fuerza bruta, y á la bárbara ley del cuchillo y que, en presencia del crimen erigido en ley han dudado muchos de la virtud, es necesario fortalecer los principios salvadores de la libertad del hombre, que constituyen lo que se llama la dignidad humana. Esos principios son los que forman la moral pública, completamente relajada entre nosotros por el ejemplo de los degolladores, y hasta por el ejemplo de la mansa resignación de las víctimas. La moral pública está caída; es necesario levantarla. Débil y flaco como es, yo le ofrezco mi brazo para que se apoye en él y lance contra sus asesinos la sublime protesta del que se negó á humedecer sus labios en la espon-

ja empapada en hiel que le presentaban con mano sacrílega.

Los que aconsejan al pueblo que apague su sed en esa esponja envenenada, son corruptores de la moral pública; sí, señores, yo les llamo corruptores; son envenenadores, sí, señores, yo los llamo envenenadores. Aconsejar la admisión de una autoridad que no debe tener más ley que su voluntad, ni más límite que su voluntad, ni más contrapeso que esa voluntad misma, y querer hacer aceptable esa autoridad diciendo que va á durar pocos días, es imitar al torpe seductor que empieza por sofocar el pudor de la virgen para deshonrarla en las aras manchadas de la lujuria. La moral pública es el pudor de los pueblos; su libertad es su honor. ¡Vergüenza y vilipendio al que la viole! He dicho.

II

SEÑOR MINISTRO DE GOBIERNO —(Contesta sosteniendo el acuerdo).

SR. PICO—(Contesta sosteniendo el acuerdo y analizándolo).

SR. MITRE—Empiezo por dar gracias al cielo, á pesar de las contrariedades de la época, por haber llegado á una época feliz en que los combates sangrientos de los campos de batalla se han convertido en la lucha pacífica de la opinión, en que á la espada

y á la lanza se han substituído las armas reparadoras de la palabra y de la razón. Sí, señores, demos gracias al cielo porque ya las disidencias de opiniones no se dirimen por medio de la lanza, y en que el modo distinto de ver y discutir una cuestión no es un motivo de rencor y de muerte. De distinto modo de pensar que el señor ministro que habló antes y del diputado que acaba de hacer uso de la palabra, me honro en darles el nombre de amigos, y en reconocer en ellos, patriotismo y rectitud. El honorable diputado que me ha precedido en la palabra (el señor Pico) no necesitaba sincerarse de las calumnias de que ha sido el blanco. Son imputaciones estúpidas que no pueden alterar el concepto de probidad y patriotismo de que goza. Compañero de causa y de infortunio, le he conocido en el destierra, y jamás ha dado motivo alguno para que se dude de él, ni como hombre público ni como hombre privado. Yo por mi parte jamás he dudado de él en esta ocasión, ni ha llegado á mis oídos que nadie haya puesto en duda la rectitud de su proceder. Puede equivocarse, puede sostener una opinión errónea, pero esto no es motivo para dudar de él. El mejor testimonio que puedo darle de esto, es que los que no pensamos como él piensa, nos honraríamos en tenerlo de nuestra parte en esta discusión, tanto á él, como á mi amigo el señor ministro á quien me he referido antes; repito, que nos consideraríamos honrados con su cooperación.

biernos, de los excesos de la tiranía, de los excesos de los caudillos sanguinarios que han oprimido y ensangrentado la República? ¿Por qué no se dice esto, y se habrá dicho la verdad? La verdad es que todos nuestros males provienen de esas causas, y no de los excesos de la libertad, como se ha dicho. ¿Dónde se estrelló el congreso nacional de 1826? En el aduar del bárbaro. ¿Dónde fracasó el pensamiento de la organización nacional en esa época? En la tienda militar del general Quiroga. ¿Quién ha desgarrado la constitución nacional que nos hemos dado? Las lanzas afiladas de los caudillos. Y, sin embargo, se dice que todas nuestras desgracias provienen de la anarquía, de los excesos de la libertad. Yo tomo esto por un sarcasmo, por una ironía amarga que se arroja al rostro de la desgraciada República Argentina. Los excesos de la libertad, se dice, ¡cómo si estuviéramos tan hartos de libertad! ¿Cuándo hemos sido verdaderamente libres? ¿Cuándo nos hemos sentado tranquilamente en el festín de los pueblos libres de la tierra? Nunca, nunca, porque constantemente hemos vivido de las migajas de ese espléndido festín. Pocas veces hemos llevado á nuestros labios sedientos la copa embriagadora de la libertad, y á pesar de esto se nos dice, ¡que son sus excesos la causa de nuestros infortunios! ¡Ojalá hubiesen habido excesos de este género! En esta parte soy de los que piensan que es preferible irse un poco más allá en ma-

Cincinato y Wáshington fueron dictadores y no fueron tiranos.

La mala intención atribuída al general Urquiza queda, pues, de cuenta del diputado que habló antes.

Nosotros convenimos, y esta es mi creencia, que el general Urquiza no abusará de su poder, que su persona es una garantía; pero esto no quita que yo me considere suficientemente autorizado para dar mi voto á la autoridad de que se le pretende investir, y de que yo piense, que esa autoridad es inaceptable, porque es contra el derecho escrito y contra el derecho natural, y porque ni el pueblo mismo puede crearla.

Se ha dicho también con este motivo, que parecía que nos hubiésemos olvidado que éramos representantes de la provincia de Buenos Aires, y que pretendíamos dar leyes á toda la República, hablando á nombre de ella. No sé cuando se haya manifestado esta pretensión: al menos por mi parte, protesto que no he abrigado tal pensamiento... Pero, señores, ¡qué sea así! Acepto la interpretación. Por ventura, ¿no soy argentino? ¿No soy miembro de esta gran familia argentina, dispersa desde el Plata hasta los Andes y Humahuaca? ¿No pertenezco á esa comunión, que tiende á organizarse en un cuerpo de nación, y cuya sangre ha corrido unida á la sombra de una misma bandera en Ayacucho, el tratado de batalla de la independencia? que hoy encuentra intereses nacionales ¿no me en otras partes, y si

en nombre de la nación? No veo en esto nada de irregular.

Por lo demás, los dos oradores que han contestado á mi primer discurso, no han destruido ninguno de los argumentos con que yo he atacado el acuerdo de San Nicolás. Por el contrario, todos ellos están en pie, y nunca más firmes sobre sus pies que ahora. Yo he atacado el acuerdo por sus bases, por hallarse fuera del círculo y de las condiciones del derecho, por crear una autoridad despótica, que nuestro mandato no nos permite autorizar; porque establece un mal principio corruptor de la moral pública y atentatorio á la dignidad humana, en cuyo nombre lo he rechazado, y lo rechazaré votando contra él cuando llegue la ocasión.

Todo lo que se ha aducido para sostenerlo no ha hecho sino afirmarme más y más en mis convicciones. El mismo juicio que formé la primera vez que lo leí, he ratificado hoy. Se me ha inculpado por el diputado que me ha precedido en la palabra, y que ha analizado el tratado que nos ocupa, que habiéndolo leído una sola vez no es extraño que no lo haya comprendido tal vez. Para dar una muestra de deferencia á mi honorable amigo, con quien estoy en disidencia, he leído segunda vez el tratado. Mientras él hablaba yo leía. Voy á exponer el resultado de mi segunda lectura.

El diputado preopinante ha mostrado el anverso de la medalla del acuerdo de San Nicolás.

Voy á presentar su reverso, haciendo de él un breve análisis, que terminaré en pocos minutos.

Por el artículo 1 se dice que "el tratado de 4 de Enero de 1831 será religiosamente observado". Este tratado está violado en su espíritu y en su letra, por los mismos que lo invocan.

Por el artículo 2 se deduce que las provincias están en plena libertad para constituirse. Yo pruebo lo contrario diciendo que hay muchas que están mandadas por gobernadores con facultades extraordinarias.

Por el artículo 3 se suprimen los derechos de tránsito de las aduanas interiores. He sido el primero que por la prensa he clamado en Buenos Aires contra esas aduanas y esos derechos.

Nada tengo que decir respecto de este punto.

Por el artículo 4 se establece que en todo el mes de Agosto se reunirá el congreso. Se ha dicho con este motivo que las grandes cosas se deben hacer pronto, y no retardar su ejecución. Soy de la misma opinión. Pero el mejor modo de hacer pronto las grandes cosas es hacerlas bien, adaptando el camino natural, el recto sendero de la ley y de la conveniencia general. El camino estaba abierto ¿por qué no se ha entrado por él? ¿Por qué se ha preferido tomar una senda turtuosa ó extraviada? Si se hubiese seguido el camino que indico, el tratado no encontraría las resistencias que hoy encuentra aquí, y que tal vez encontrará en otras partes, y si

no los encuentra no será porque la conciencia de los pueblos no se subleve contra las cláusulas que establece una autoridad incompatible con la libertad. A lo que es racional nadie se opone.

Por el artículo 5 se determina el número de diputados de cada provincia que deben concurrir al congreso. No estoy distante de aceptarlo, y por él no haría al acuerdo la menor oposición. Para apoyar este artículo se ha citado el ejemplo de Norte América, en que se dice que cada estado envió dos diputados al congreso. Hay en esto una inexactitud. Eran trece colonias y fueron cincuenta diputados al congreso. La cuenta sale mal.

Por el artículo 6 se establece que los diputados no tienen limitación alguna en sus poderes. No tengo gran objeción que hacerles: pero observaré que esto está en contradicción con otro artículo que autoriza a las provincias para retirar sus diputados, lo que rompe la unidad de pensamiento que debe presidir

ga que los gobernadores "quedan autorizados para usar de su influencia legítima", á fin de que sólo los individuos que llenen esas condiciones intelectuales y morales sean elegidos. Lo único que cabía decir en este caso era que, habría la más completa y absoluta libertad para la elección de diputados al congreso. ¿Por qué no se ha dicho esto? Porque se conoce que á la confección de ese artículo ha presidido un pensamiento estrecho, porque no se ha atrevido á conceder al pueblo lo que se le debe en justicia, y porque al reconocer una parte de su derecho han guardado la mayor parte de él con la mano cerrada.

Por el artículo 8 se autoriza á las provincias para retirar sus diputados cuando lo crean oportuno. Ya he hecho mis objeciones á este artículo, y ninguno de los que me han contestado las ha refutado victoriosamente. Haré algunas otras observaciones que no son de importancia. Los diputados al congreso deben ser diputados de la nación y no de la provincia, porque representan á todas y cada una de las provincias. Desde el momento en que el congreso esté reunido, debemos considerarlo como á la expresión más pura y genuina de la nación. No debe tener otro juez que él mismo, respecto de sus diputados. Esto no se logrará si los diputados quedan dependientes de las provincias, ó de los gobernadores, ó sea que puedan retirarlos cuando lo crean oportuno, porque de esto resultará el absurdo, que

un diputado que tenga la confianza del congreso puede ser retirado por instigación del ejecutivo, como lo ha dicho un señor ministro, y porque no marche de acuerdo "con las ideas de su provincia", como ha dicho otro señor ministro. Esto es algo más que absurdo.

Por los artículos 9 y 10, el encargado de las relaciones proveerá á los gastos nacionales. Nada más natural desde que las rentas nacionales le están confiadas. Aprovecho esta oportunidad para explanar un punto que no hice sino indicar en mi primer discurso. Se sabe que la autoridad creada por el acuerdo de San Nicolás, debe marchar sin presupuesto, y sin necesidad de dar cuenta á nadie de su inversión. Yo no temo ni sospecho que pueda hacerse mal uso de esos fondos, ni nadie puede creerlo. Pero me fijo en una sola cosa. Si yo como diputado de la provincia de Buenos Aires no puedo autorizar al gobierno provincial á que gaste un solo real, un solo medio sin que sea votado por la sala, ¿podré dar mi voto á una autoridad que va á disponer á su arbitrio de las rentas nacionales? No lo puedo, y por eso he dicho antes que no aceptaba semejante facultad.

Por el artículo 11 se fija la ciudad de Santa Fe como punto donde debe instalarse el congreso, pero como éste puede elegir después de instalado el lugar de su residencia, no me detendré á considerar este artículo.

Por el artículo 12 se resuelve que el congreso no

se disolverá hasta tanto que haya dictado todas las leyes orgánicas de la constitución. Me adhiero de todo corazón á esta disposición. Una constitución sin leyes orgánicas es como un coche sin ruedas; puede arrastrarse pero no rodar. La constitución de un pueblo, como se ha dicho, no es sino el índice del derecho público de un pueblo. Las leyes orgánicas son, pues, las que reglamentan, comentan y dan vida á los diversos títulos de ese índice.

El artículo 13 no es del caso, porque nada en realidad estatuye de una manera positiva, sino que se mantenga la paz pública.

Por el artículo 14 se da al encargado de las relaciones exteriores la facultad de intervenir en caso de hostilidad abierta de una á otra provincia, ó en caso de sublevación armada dentro de alguna de ellas. Protesto que yo no quiero la guerra ni las sublevaciones á mano armada, y las califico de un crimen, hoy que tenemos la libertad de la prensa, la libertad electoral, la libertad de peticionar y la libertad de la tribuna para hacer valer nuestros derechos sin apelar á las armas. Pero por lo mismo que quiero la paz, no quisiera que se confiasen á la voluntad de un solo hombre facultades que puedan alarmar á los pueblos. Lo que este artículo importa es una liga de gobiernos que se comprometen á sostenerse mutuamente y las ligas de gobiernos no son los mejores medios para mantener el orden.

Los otros artículos se refieren á la autoridad de

[illegible] aunque, lo repito, [illegible] sería una garantía de [illegible] convertiría en sus manos [illegible] por eso dejaría de ser [illegible] es inaceptable.

[illegible] de analizar los demás a[illegible] hay que decir y bastan[illegible] abusar de la atención d[illegible]

[illegible] lo que prometí, ofrecie[illegible] análisis, el reverso de la [illegible] había presentado el dip[illegible] a palabra.

LA PROCLAMA DE PAVÓN

Julio 1° de 1861.

¡Guardia nacional de Buenos Aires!

Saludo en vuestras banderas el símbolo sagrado de ıs glorias argentinas que vuestros antecesores, los ntiguos patricios, pasearon en triunfo por la Amé- ica del Sur. Saludo en vosotros á los constantes sos- ıedores de las libertades de Buenos Aires por el ıpacio dè nueve años, así en la prosperidad como ı el infortunio.

Bajo el amparo de vuestras bayonetas cívicas, ha recido una generación inteligente y varonil, que ha enido á engrosar los batallones populares. Veo aquí, ın el fusil al hombro y prontos á combatir por la loria y el derecho del pueblo de Buenos Aires, á los iños que á la caída de la tiranía apenas podían bal- ıcir el nombre do la patria. Aquí veo resueltos, ımo siempre, á los fundadores de la guardia nacio- ıl que organicé en la memorable revolución del de Septiembre. Aquí están los que me acompaña- ı en los combates del primer sitio y dieron á la li- ırtad su contingente de sangre, salvándola con su raje en la situación más angustiosa por que haya pa- do el país. Aquí están también mis bravos compa- ros en la jornada de Cepeda, los que, uno contra siete, lvaron el honor de nuestras armas y que, después de

[illegible] faltan en vues
[illegible] del peligro
[illegible] de ciud
[illegible] de las madres arge
[illegible] el heroism
[illegible] de ello
[illegible] de vuestros f
[illegible] volver a la patria
[illegible] hasta la
[illegible] les han de
[illegible]

[illegible] os ha hablado
[illegible] palabra
[illegible]
[illegible] nerme al
[illegible] mil v

en otras ocasiones. Si así lo hacéis, Buenos Aires será invencible, y podréis contar por vuestra parte ó con el triunfo, si se pretendiese imponernos por la violencia, ó con una paz sólida y fecunda que salve vuestra dignidad y vuestro derecho.

En consecuencia, proclamo en alta voz este decreto, en presencia del pueblo que os contempla. La guardia nacional de Buenos Aires queda pronta á la primer orden para marchar á campaña. Si hay alguno que sienta flaquear su corazón, que siga el camino de esos cobardes que han abandonado sus puestos al solo amago del peligro.

Guardias nacionales: Ahora repetid conmigo el grito que nos ha conducido á la victoria y nos ha confortado en el peligro: ¡Viva Buenos Aires y vivan sus instituciones!

LA CARTA HISTÓRICA

Cuartel General Tuyú-Cué, Noviembre 28 de 1867.

Señor doctor don José María Gutiérrez.

Mi querido amigo:

Tengo en mi poder su estimable del 18 del corriente á que venían adjuntas dos cartas (que le devuelvo), relativas ambas á la futura elección de presidente de la República y al rol activo que, según ellas, debo asumir en tal ocasión.

Su carta de usted contiene tres puntos: 1° Adjuntarme las referidas cartas para motivar con ellas el escribirme sobre elecciones y candidaturas para presidente; 2° Hacerme saber, de paso, que Elizalde (y no otro) es su candidato y que rechaza la candidatura Sarmiento; 3° Manifestarme indirectamente la confianza que tiene de que yo no me constituiré en poder electoral ni tomaré iniciativa sobre el asunto, aun cuando cree conveniente que los amigos me hagan saber su modo de pensar.

Como esto es una especie de notificación en que no sólo no se me pide opinión, sino que se cuenta de antemano con mi prescindencia al hacerlo, dándome por notificado, habría contestado á su carta del modo que parece usted desearlo.

Pero siendo ésta la primera confidencia que sobre elección presidencial recibo de un amigo de causa, debo honrarla agregando algunas palabras más y en

conciencia no puedo dejar de hacerlo, para hacer conocer una vez más á mis amigos mi modo de pensar sobre el particular, y contenerlos, si es posible, en la mala vía en que veo han estado los que se ocupan de trabajos electorales.

Cuando digo la *primera confidencia,* me refiero á comunicación directa sobre el particular; pues, por lo demás, estoy al cabo de todos los trabajos y *combinaciones* en tal sentido, incluso de la que usted me confía á medias, exhibiendo la candidatura sin hablarme de la combinación de candidatos.

Así como yo conozco esos trabajos, que no he querido ni promover ni autorizar, ni dirigir directa ó indirectamente, creo que habría muy pocos que no conozcan mi modo de pensar sobre el rol que corresponde al actual presidente de la República en la elección de que se trata; porque ese rol me está prescripto por mis más sagrados deberes; es la consecuencia lógica de los principios que profeso. Se liga

y es poner al servicio de una candidatura la influencia del poder público, y entonces es más que un escándalo, es un atentado.

A nadie he dado derechos, ni aun con una reticencia, para equivocarse respecto de mi modo de pensar sobre el particular. Mi política, en cuanto con asuntos electorales se relaciona, está claramente formulada en mis actos, en documentos oficiales y conversaciones confidenciales. A nadie de cuantos han hablado conmigo he ocultado lo que pienso respecto á las condiciones generales que deben acompañar á la elección y á la persona del futuro presidente de la República, señalando con franqueza el único caso en que, usando de mi autoridad moral y sin prevalerme de mi posición oficial, haría la oposición que me correspondía á candidaturas que de antemano consideraba funestas, viniendo en condiciones dadas; y digo en condiciones dadas, porque podrían ser tales nuestros errores y tal la desmoralización pública que ellos produjesen, que llegase á encontrarme inhabilitado para hacer uso ante mis conciudadanos de esa misma autoridad moral.

Mi constante empeño ha sido preparar el país á una libre elección de presidente en las mejores condiciones posibles para el gran partido nacional de los principios, pues los presidentes de ese partido sólo de la libertad pueden sacar su fuerza, sólo con ella pueden vencer á sus enemigos, dando á la vez garan-

tías á todos los partidos en el gobierno y de aquí su razón de ser y su razón para gobernar.

Sólo en una elección libre y en las condiciones indicadas, pueden surgir candidaturas como la de Elizalde, Sarmiento, Rawson, don Valentín Alsina, Paz, etcétera, que no pueden representar sino fuerza de opinión en un momento dado, y que sólo pueden sacar su poder para gobernar de esa misma opinión.

Fuera de esa condición suprema, las ventajas están en favor de las candidaturas reaccionarias, como las de Urquiza y Alberdi, ó de las candidaturas de contrabando como la de Adolfo Alsina, pues todos ellos representan la liga inmoral de poderes electorales usurpados por los gobiernos locales, sean simplemente reaccionarios en política, como en Entre Rios; sean francamente sediciosos, como los montoneros; sean enemigos solapados, como Luque, ó amigos nuestros como los Taboadas en Santiago.

Si el partido liberal no hubiera de triunfar en las condiciones de su propia existencia, si no hubiese de luchar con los principios de su credo político inscriptos en su bandera, y leal y valientemente practicados; si no hubiese de valerse de medios análogos á sus fines, el partido liberal no tendría razón de ser ni merecería triunfar, ni sería digno de gobernar y se haría acreedor á la derrota; pues para escamotear la soberanía del pueblo, desacreditar la libertad y desmoralizar el gobierno, dándole por base el fraude, la corrupción ó la violencia, ahí es-

tán sus enemigos que lo harán mejor (es decir, peor), y que francamente proclaman esos medios y esos fines, que son los únicos que tienen porque son los únicos que conocen.

Es preciso, pues, trabajar y triunfar con la verdad de nuestros principios y con fe en ellos, por medios análogos á los fines que nos proponemos, á fin de que el partido liberal, teniendo razón de ser, tenga razón de triunfar y de gobernar para bien y honor de todos y que todo esto suceda bajo los auspicios de la libertad que nos da vida y aliento y de la que hemos de sacar en todo tiempo la fuerza que necesitamos para combatir contra el mal y obrar el bien.

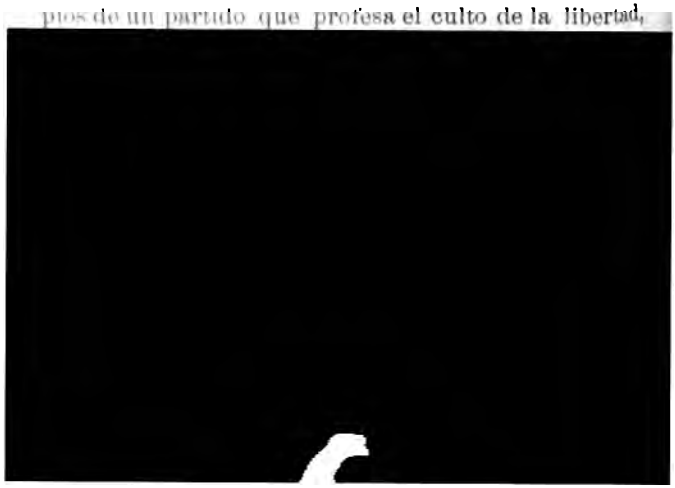
En esta atmósfera pura y luminosa sólo pueden diseñarse figuras nobles y correctas que realicen, hasta donde es posible, el ideal de un pueblo libre, y ese instinto de la belleza moral, que en política triunfa siempre, cuando el patriotismo, el buen sentido y el poder material de que disponen los hombres inteligentes se ponen á su servicio, en vez de capitular cobardemente con el vicio, queriendo ó creyendo hacer política práctica, que yo llamo política grosera, sin alcance y sin altura.

Vea usted, pues, como esta política, fiel á la lógica, sirviendo á los fines del gobierno libre, prepara el gobierno al partido liberal, diseñando de antemano los contornos generales del candidato que lo ha de representar en el gobierno; y cómo, por este camino, determinando los deberes de la autoridad y los dere-

chos del pueblo, se llega naturalmente á establecer esta premisa de un vasto programa electoral. *El candidato es el partido liberal.* ¿quién lo ha de representar en el gobierno? He aquí la primera cuestión.

Del método que se adopte para resolver la cuestion, depende, no sólo el acierto, sino la vida misma del partido; mucho más cuando ese partido no se halla en el lleno de las condiciones favorables que he procurado prepararle, y depende en parte, ó de la prolongación de una guerra exterior, ó de un hecho de armas desfavorable, y hay que buscar correctivos contra la desmoralización y flojedad de la opinion pública, así en sus desórdenes internos como en la guerra extranjera.

Un hombre imparcial y bien intencionado, que amara sobre todo á su patria creyese que el mayor beneficio es radicar en el gobierno los principios de un partido que profesa el culto de la libertad,



las demostraciones del álgebra, dando significado á los nombres propios, cuerpo á la idea, y expansión á la verdad, salvando así á la República de los peligros de una reacción brutal ó de la decadencia de una democracia corrompida.

Esto sí que sería una política trascendental y que tan práctica como la que condené antes, tiene la ventaja de ser más valiente, más generosa y más moral.

Suponga que yo pueda ser ese hombre bien intencionado, yo que no tengo ambición personal, porque no tengo qué ambicionar; que no tengo hecho pacto individual con nadie, que no estoy dispuesto á transigir con ningún vicio; yo que busco, sobre todo, el bien de mi país y que lo vinculo al triunfo de los principios que me tocó la fortuna de hacer triunfar en el campo de batalla levantándolos al gobierno con opinión y fuerza (por la primera vez); yo que fuí libre y unánimemente elegido, y que de ese origen popular he sacado mi fuerza para gobernar, yo diría: que el candidato mejor no sería aquel que más me gustase, ó le gustase á otro, sino aquel que reuniese el mayor número de voluntades de nuestro partido, y fuese más libremente elegido: 1° porque esas voluntades tendrían necesariamente que ser espontáneas y serían la expresión natural de las opiniones de la mayoría, desde que no hubiese ni sombra de presión moral ó material por parte de la autoridad; 2° porque de no proceder así, sus ene-

migos, más compactos y disciplinados, podrían alcanzar el triunfo tomándonos diseminados; 3° porque el triunfo de una fracción de nuestro partido sólo podría dar origen á un gobierno raquítico, que no podría ni obrar el bien ni reprimir el mal; 4° porque, con tal proceder, nos cerrábamos para el último caso las puertas de un triunfo relativo, cuando tuviésemos que optar entre Urquiza, por ejemplo, y un candidato cualquiera del partido liberal que con el auxilio común podría convertirse en un gobierno de compromiso entre los mismos amigos.

Y para que no quede ninguna duda del modo como yo entiendo esto, agregaré que en mi programa, que toma como punto de partida hombres como Elizalde, Sarmiento, Rawson, etc., no está excluído ni aun el mismo don Adolfo Alsina, que es hoy una falsificación de candidato, al cual podría darse el valor legal por el apoyo de la mayoría. Por lo demás, todos saben lo que pienso de la candidatura del general Urquiza, y no le he ocultado que, llegado el caso, le haría oposición de una manera digna, valiéndome únicamente de mi autoridad moral ante mis compatriotas, precisamente porque tal candidatura que simbolizaría la renovación de los gobiernos personales, sería la negación de una elección libre y legal como la que yo busco y deseo. Es pues eliminando candidaturas del calibre de la de Urquiza, como yo entiendo que puede y debe hacerse una elección libre, haciendo únicamente posible de este

modo el triunfo de candidaturas que sólo representan la fuerza de la opinión, que hagan prácticos en el gobierno los principios de nuestro credo político, reaccionando contra los vicios de los poderes personales.

En vez de este proceder lógico, sencillo, práctico. que nos asegura el triunfo de la buena causa, y con el triunfo los resultados á que debemos aspirar, y que cuando peor fuese todo, constituiría á los hombres de libertad y principios en una entidad poderosa que podría salvar una situación, ¿qué es lo que hacen ustedes?

Puesta la cuestión, no procuran resolverla, como el matemático, cuando se trata de un problema, y prefieren el método infantil de las adivinanzas, y se echan á caza de nombres propios antes de dar significado á esos nombres.—¿Quién será presidente?—Mansilla, dice «Sarmiento», usted dice «Elizalde», y *no puede ni debe ser otro.*—Conesa, dice «Alsina», y Luque hace coro.—Otro diría «Rawson», y sea excluyendo á los demás, sea haciendo alianza con algunas de las fracciones, tenemos el partido liberal dividido (lo que vale tanto como disuelto), antes de empezada la campaña electoral. Y no contentos con esta división de fuerzas, que reunidas son las estrictamente necesarias para triunfar del enemigo que las acecha, nos entretenemos en despedazar á nuestros propios candidatos. *La Tribuna* prueba que Elizalde es imposible y perjudicial; *La Nación*

prueba que Sarmiento es incompetente y funesto; *El Nacional*, más moderado al parecer, sólo establece los vicepresidentes imposibles.

Así, en lugar de desplegar la bandera de nuestro partido, nuestro partido ha desplegado tres banderitas, y desplegará cuatro ó cinco, antes de entenderse sobre la palabra de orden que ha de inscribir en su pendón; todo por no haber procedido con método, por marchar sin plan y sin rumbo, por no empezar por el principio, ó, como diría Sancho Panza, por tomar el rábano por las hojas.

En tales condiciones, el partido liberal debe ser derrotado, y bien merecida le estará la derrota, si eso es lo único que sabe y puede hacer.

Al decir esto, no crea que yo trate de lavarme [redacted] las manos, como Pilatos, para el caso [redacted] opinión pública desalentada ó extraviada, [redacted] momento dado á preferir los barrabases, y pronunciase contra nuestro partido la senten-

tencia en el gobierno, la estabilidad de la nacionalidad Argentina, el porvenir de la libertad y la práctica de los principios de la democracia, por lo mismo, no he de dejar á sus sostenedores perderse, si en un momento dado me fuese dado salvarlos ó hacerlos triunfar diciendo algunas palabras; y si fuese indispensable, comprometiendo la última reserva antes de dejarlos sucumbir, sin que esto quiera decir que violaría mis propósitos. Imitaría el ejemplo de Washington, aquel padre de la democracia americana, que por lo mismo que quería la libertad y no podía ser sospechado de quererla comprimir, pudo en un momento dado señalar una candidatura á sus conciudadanos; y si mis amigos me escuchasen, y mis conciudadanos me lo permitiesen, entonces y sólo entonces, me creería autorizado para dar un consejo inspirado por el patriotismo. Pero mejor será que no lo necesiten.

Hoy, una indicación mía, por indirecta que fuese, heriría de muerte á cualquier candidato, y esa muerte sería merecida, porque sería una iniciativa insolente, á la faz del pueblo; y si entre dos ó más candidatos del partido liberal, me inclinase á uno con preferencia de otro, la división del partido vendría á ser, ó más profunda, ó la disolución se produciría.

Excuso decirle que con este modo de pensar y con estos sentimientos no puedo aprobar ni una sola línea de su artículo contra la candidatura de Sarmiento y contra el hombre-Sarmiento; sobre todo

cuando es atacado con armas que sólo existen en un arsenal secreto de donde usted no estaba autorizado á sacarlas. Por razones de otro orden, tampoco apruebo la carta-programa de Sarmiento, que siendo una coz á nuestro partido y un desconocimiento injusto de los trabajos, sacrificios y conquistas de las generaciones presentes, se prestaba á reflexiones más importantes y trascendentales que la caricatura jocoseria que usted hace de él, citando hasta Villergas, para hacerlo más humillante; y á Vicuña Mackenna que acaba de retractarse en Chile de esas líneas inconsideradas que usted prohija, cuando su autor las reniega públicamente con rubor.

¿Qué se propone usted con eso? Si su artículo no es un desahogo personal, como en realidad no lo es, usted debe proponerse por objeto hacer imposible la candidatura de Sarmiento, puesto que toca contra él hasta la trompa de alarma para indicar que nos llevaría al abismo.

Supongo que consigue usted su objeto, lo que no es difícil cuando se trata de candidatos que sólo pueden prosperar en medio de la benevolencia de los amigos. La de Elizalde se halla en el mismo caso, y combatida del mismo modo, debe usted admitir como posible que sus enemigos obtengan el mismo resultado. Cada uno se saca un ojo y los dos se quedan tuertos. ¡Bravo! Los dos cantan victoria. *La Nación* cuelga de un farol á Sarmiento, y *La Tribuna* cuelga á Elizalde de otro farol. Este sería el caso de pre

guntar ¿el partido de la libertad ve más claro ahora? Con estas dos luminarias ya sabrían que Rawson es peor que los dos colgados, que Paz es peor que peor, que Alsina es archipeor, y que el resto no sirve ni para taco de escopeta. Y eliminados todos los candidatos probables ó posibles que representan ó pueden representar gobiernos de principios, de opinión y de libertad, en contraposición de las influencias personales y de las ligas de gobiernos electores ¿con quién se quedaba el partido liberal?

Entonces, predominaría la candidatura del general Urquiza, ú otra parecida, porque entonces tendría razón de ser, y tendría á la par de la fuerza relativa que le daría la disolución de sus opositores, la fuerza negativa que le daría la opinión del país desorientada y desmoralizada en presencia del espectáculo vergonzoso de un gran partido nacional disuelto en fracciones mezquinas, animadas de odios innobles, incapaces de unirse ante el peligro común, y sucumbiendo sin combatir ante una individualidad que sólo representa el gobierno personal. Cuando se inicia la campaña empezando por colgar ó repudiar á sus hombres más distinguidos y se sacrifican víctimas humanas que son sangre de nuestra sangre en holocausto de nombres propios, sin quemar un grano de incienso á los principios ¿qué otra cosa puede suceder?

Tal vez soy demasiado severo; pero sírvame de disculpa que un sentimiento generoso es el que me inspira, que no me anima ningún interés bastardo,

y que cuando abogo por la causa de todos, sin desear el mal aun de nuestros enemigos, y sin excluir á ninguno de los que puedan hacer el bien ó recibir el beneficio, me es permitido echar una rociada á mis amigos, diciéndoles como el elefante de la fábula: «Yo hablo con todos y con ninguno.»

Suyo siempre,

Bartolomé Mitre.

Á MI HIJA DELFINA

Blanca flor que embalsamas mi existencia
De tus perfumes con la grata esencia;
Música cuya sublime melodía
Estremece de amor el alma mía;
Rayo de luz que caes sobre mi frente,
Disipando las sombras de mi mente;
Lágrima de los ojos desprendida
Del serafín que guarda nuestra vida;
Linfa donde apagué mi sed ardiente,
Como el viajero en agua transparente;
Pichón que bajo el ala adormecido
Desafías las lluvias en tu nido;
Hija mía, entre sueños virginales.
Envuelta por los brazos maternales,
Y en esa fuente de materno seno
Bebe un raudal que de virtudes lleno
En cada gota verterá en tu mente
De nobles pensamientos la simiente.
Que dormirán hasta que en torvo ceño
El tiempo venga á perturbar el sueño;
Y puros sentimientos, ángel mío,
Que germinando cual la flor de estío,
Derramarán en tu alma ese perfume
Que la virtud de la niñez asume;
Y beberás un bálsamo del cielo
Para expresar dolores en el suelo,
Para exhalar mil gotas cristalinas
Como su aroma blancas clavelinas;
Porque el llanto es la flor que brota hermosa
En el alma sencilla y candorosa
Y el rostro donde nunca ha resbalado
Es arenal que el cielo no ha regado.
Así, cual de la espléndida natura,

[illegible]

«Como del manso arroyo la corriente.»
Ora, hija mía, lejos de huracanes
Duerme ajena de míseros afanes.
Mientras tu madre tu cabeza pura
Bautiza con sus gotas de ternura.
Las que tu padre enjuga blandamente
Al deponer un ósculo en tu frente,
Dejando en esas lágrimas escrita
Una dulce palabra: «¡Eres bendita!»

EL SALMO DE LA VIDA

(DE LONGFELLOW)

Que el corazón del joven dice al salmista:

¡Oh! no me digas que la «vida es sueño»
Triste salmista, en tu cantar amargo.
Porque el alma no vive en el letargo
Que es de la muerte pálido diseño.

La vida es real y su destino es serio,
Y no es su fin en el sepulcro hundirse;
Que «ser polvo y en polvo convertirse»
No es del alma el divino ministerio.

Ni es del hombre la senda ó el destino,
El reposo, el dolor ni la alegría,
Sino la acción, para que cada día
Avance una jornada en su camino.

Que la ciencia es muy larga, el tiempo estrecho
Y el corazón más varonil y fuerte,
Bate el fúnebre paso de la muerte
Cual velado tambor dentro del pecho.

En el vivac del mundo, alza tu escudo!
En el campo de acción, arma tu diestra!
Sé un héroe de la vida en la palestra,
Y no el rebaño que se arrea mudo!

Del porvenir los pasos son inciertos.
Vive y obra sin tregua en el presente.
Tu corazón en ti, Dios en tu mente!
Deja al pasado sepultar sus muertos!

Los héroes que en tu mente divinizas
Te muestran que la vida es noble y bella.
Y ellos te enseñan á estampar la huella
Del tiempo en las arenas movedizas.

Tal vez algún hermano fatigado
Náufrago de los mares de la vida,
Recobre aliento en su alma dolorida
Al encontrar tu paso señalado.

De pie, en acción, con varonil pujanza!
Y el corazón dispuesto á todo evento,
Sigamos de la vida el movimiento,
Guiado por el Trabajo y la Esperanza.

Traducción.

AL PUEBLO ARGENTINO

RENUNCIANDO SU CANDIDATURA Á LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA, EN 15 DE OCTUBRE DE 1891

Señalado espontáneamente por la opinión como candidato á la presidencia de la República en el próximo período constitucional, acepté la candidatura, sin más ambición que la del bien público, con el propósito de fundar un gobierno de todos y para todos, que normalizase las condiciones políticas y económicas del país, si el voto libre de mis conciudadanos me llevaba á la primera magistratura.

En las circunstancias difíciles que atraviesa nuestra patria, que excluyen toda ambición personal ó exclusivismo partidista y en que es necesario el concurso eficaz de todos sus hijos y la unión eficiente de las voluntades para dominarlas, ó remediarlas en lo posible, ningún ciudadano que se inspire en los sentimientos del patriotismo ó se guíe por el instinto de la conservación colectiva, puede aspirar al mando ni disputarlo y sí sólo puede aceptarlo como una imposición del deber ó como una solución nacional, contando con los medios suficientes de opinión y de gobierno para responder á las necesidades que lo llamen á desempeñarlo en nombre de un interés supremo.

Inspirándome en estos sentimientos y guiado por

este criterio político fué que, al proclamarse popularmente mi candidatura por la primera vez, declaré que la aceptaba: ó como solución nacional, ó como bandera de lucha para reivindicar la libertad del sufragio si era necesario.

Cuando se proclamó por la segunda vez esa candidatura bajo los auspicios del acuerdo de los partidos, declaré: que la aceptaba para suprimir la lucha en homenaje al bien común, á fin de abrir los comicios electorales en paz y libertad, para regularizar la vida institucional, así en la Nación como en las provincias, determinando un nuevo punto de partida en la vida política.

Las divisiones que sobrevinieron posteriormente con motivo del acuerdo las consideré como disidencias de la opinión, que no modificaban el plan general, y, por el contrario, le imprimían su verdadero carácter popular, por cuanto, bajo las garantías de una elección libre, no podía aspirarse á la unanimidad, que sería la negación del nuevo orden de cosas que se trataba de hacer prevalecer por una política de concordia que reconciliase pueblos y gobiernos.

El acuerdo de los partidos ha producido resultados benéficos, aquietando el país y permitiéndole discutir pacíficamente sus cuestiones con propósitos más elevados; pero el desenvolvimiento de esta evolución inicial no ha correspondido en un todo á sus objetivos, no por culpa de los que han intervenido

en ella, sino por la acción de elementos refractarios, que estaban más bien en las cosas que en los hombres y han obstado á sus resultados inmediatos y finales.

En estas condiciones he considerado que mi candidatura á la presidencia de la República ha dejado de ser una fórmula de solución nacional y que, elegido presidente bajo ella,—aun asegurado el éxito,—no daría el gobierno que el país pide y necesita, libre de todo reato, que apoyado en la opinión y contando en los medios suficientes de acción legal, satisficiera las legítimas aspiraciones del pueblo argentino.

Dispuesto á consagrar al servicio de mi patria en el puesto que se me asignaba los últimos años que me restan de vida, estaba igualmente resuelto á aceptar la situación política y económica que me tocase, cualesquiera que ella fuere, pero contando con medios apropiados para fundar un gobierno eficiente, que respondiese con hechos á las esperanzas depositadas en mi candidatura.

La situación general de la República en la composición de sus elementos políticos; las obstrucciones locales que se prolongan y tienden á perpetuarse por los mismos medios que nos han traído á la situación en que nos encontramos; las influencias perturbadoras que alteran la armonía que se busca, los prospectos que por estas diversas causas se diseñan en el desarrollo ulterior de la política electoral, desviándola

de sus rumbos iniciales, me han dado la convicción plena de que no sólo mi elección como presidente de la República en tales condiciones no es una solución nacional, sino también que mi administración bajo tales auspicios sería, además de estéril, lo que poco importa á mi personalidad, perjudicial para la solución conveniente de las grandes cuestiones que el país necesita imperiosamente resolver, con seguridad en el orden político y económico, por cuanto no contaría con los medios suficientes y decisivos para responder á las esperanzas y aspiraciones generales, que deben ser plenamente satisfechas.

Por estas consideraciones, que son de evidencia, y dándome cuenta de mi responsabilidad ante propios y extraños, después de seria y tranquila meditación, he adquerido la convicción profunda de que no correspondería, como debo y quiero, á la confianza que han depositado mis conciudadanos en mí, si mantuviese mi candidatura, y, por lo tanto, la retiro indeclinablemente, agradeciendo el alto honor que se han dignado dispensarme.

No por esto hago abandono de la vida activa como ciudadano en la gestión cívica de los intereses de mi país. Como ciudadano estoy y estaré siempre al servicio de mi país y de sus autoridades constituídas, para ayudar á mantener el orden público y propender á la condensación y cohesión de los elementos conservadores de la sociabilidad argentina, á fin de reaccionar contra el espíritu revolucionario

no promete sino ruinas y descrédito; para de
modo consolidar pacíficamente un orden regu-
en que todos encuentren su equilibrio bajo los
icios de la libertad y del trabajo solidario, y
ste sentido persevero en la política del acuerdo
os partidos, aun eliminada mi candidatura.
n estos sentimientos y con estos propósitos hago
s por la prosperidad de mi país y por la felici-
de todos y cada uno de mis conciudadanos, sin
nción de partidos.

EL DISCURSO DEL JUBILEO

Compatriotas y residentes hermanos:

Esta manifestación, nacida de un sentimiento de generosa simpatía que ha asumido un carácter nacional, á que se asocian los residentes de otras tierras que con nosotros viven en hermandad, tiene una significación más trascendental, porque los pueblos sólo se mueven animados al soplo de la vida que los rodea, con una idea en la mente, con una pasión en las almas y con el instinto de sus destinos en su naturaleza.

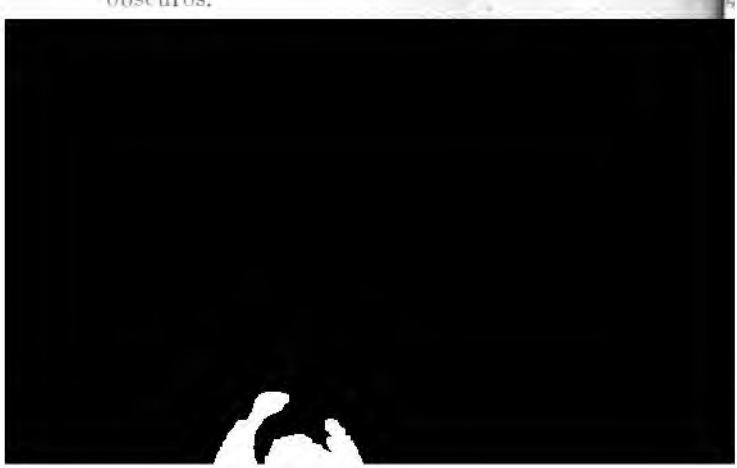
Este es un homenaje secular tributado á la idea ingénita de la sociabilidad argentina, representada por las generaciones que se han sucedido, de las que tres se hallan ahora presentes; idea que se asocia al sentimiento de su nacionalidad, á cuyo desenvolvimiento orgánico estamos asistiendo.

No es una visión del optimismo patriótico, porque es una realidad escrita en nuestra carta geográfica, la predicción de que, la región que habitamos, será en los tiempos el teatro de una evolución humana que influirá en los destinos del mundo.

Un territorio que se extiende á lo largo de treinta y cinco grados de latitud, en que se alternan todos los climas del globo y prosperan todas las producciones de la naturaleza; que mide una superficie de

tres millones de kilómetros cuadrados, con tres mil kilómetros de costas marítimas y seis mil kilómetros de costas fluviales, articulado por los más grandes ríos y las más altas montañas de la América meridional, y en el que sus inmensas y fértiles llanuras sólo esperan la simiente del progreso para devolver ciento por uno en el limbo de la labor; un territorio así constituído es una tierra prometida, que tiene necesariamente que ser el asiento de una nación poderosa, próspera y feliz, cualquiera que sea la raza que la habite.

A pesar de estas bendiciones del Creador no faltan entre nosotros mismos presagios siniestros, que nos condenen á la impotencia para fecundar la tierra que habitamos, pensando que somos ya una raza en decadencia, antes de haber alcanzado el crecimiento normal; la que ha retrogradado en su sociabilidad, y que los destinos de nuestro país son inciertos y obscuros.



organismo sano y robusto, que tiene en sí los gérmenes de la vida duradera y la potencia virtual para corregir y mejorar su condición.

Hablo en presencia de tres generaciones que se han sucedido después de la generación iniciadora de Mayo, y puedo invocar su testimonio al patentizar el resultado de sus trabajos en el tiempo, para alentar las grandes esperanzas que son la fuerza de las naciones.

No hay fuerzas perdidas en la vida de los pueblos, como no las hay en la naturaleza. El primer estremecimiento vital de una nación, palpita en el ser de su posteridad. Las fuerzas viriles, intelectuales y morales de nuestros antepasados, que algunos dicen perdidas, están vivas en nuestros nervios, en nuestra mente y en nuestra conciencia, incorporadas al organismo de las generaciones nuevas que, animadas por ellas, siguen adelante con varonil aliento, vigorizando su acción.

Nuestros padres dieron á luz una nación surgida del embrión colonial que, aun en medio de la lucha por la independencia y después de ella, vivió atormentada por la anarquía, el despotismo ó la guerra civil, sin lograr unificarse ni completar su organización política. De este caos ha surgido la nación actual, unida, constituída y consolidada, á que hemos dado vida nueva en el espacio de tiempo en que nace y muere un hombre.

Hace cincuenta años éramos una agrupación

informe, cuya cohesión sólo se mantenía por instinto ó la violencia. Hoy, somos una nac compacta, que reposa por la primera vez en centro de gravedad y que puede exhibir sus t los ante el mundo, para ser contada en el núm de las naciones llamadas á vivir, crecer y mu plicarse.

Como núcleo de civilización hemos incorpor á nuestro ser, por medio de la colonización y la migración espontánea, un millón de seres huma imprimiéndoles el tipo de nuestra raza y asi lándolos á nuestra sociabilidad. Y séame permi en esta ocasión repetir las palabras que hace tre años pronuncié al respecto, en el seno del Congr Nacional. «Que el extranjero que venga á e tierra, en vez de levantar la tienda provisoria peregrino, se siente en nuestro hogar al calor fuego nativo; que nuestra patria sea su pa porque encuentre en ella todos los derechos y

ineras potencias productoras en ganadería y agri-
ıltura, cuyas materias primas, mejoradas y modi-
ıadas, y cuyas cosechas de cereales pesan en la
ılanza comercial del mundo. Y es así como se ha
ultiplicado la riqueza, acrecentando por el trabajo,
ır el intercambio, por la selección y por la indus-
ia, la pobre herencia que recibimos, dando su im-
ılso al progreso material, y creado el capital social
: que carecíamos, haciendo intervenir la potencia
ıl trabajo y la producción con la cooperación del
édito privado.

Como raza culta, hemos levantado nuestro nivel
telectual, científico, literario y artístico, difundien-
ı la instrucción común en el pueblo, universali-
ndo los estudios superiores, aplicando la inteligen-
ı al progreso material y social, y tenemos, al pre-
nte, sabios propios, que antes no teníamos, contan-
con geómetras, músicos compositores, pintores,
genieros, escultores, arquitectos, agrónomos, químí-
s, arqueólogos, físicos, naturalistas, filólogos, geó-
afos, economistas y tantas otras especialidades que
lo teníamos por reflejo y de prestado; y de tal
ınera se ha ensanchado el campo de acción de las
ıncias aplicadas, y vulgarizado el saber, que un
ıo de la escuela elemental y una niña salida del
legio normal, poseen más nociones científicas y
nen en su cabeza más ideas que las generaciones
e les han precedido. Con la cultura, la razón pú-
ca ha adelantado.

pl[illegible] y q[illegible], si ellos se levantasen de la
cer[illegible]an á sus hijos que no han deg
f[illegible]rmado un ejército de ciudadano[illegible]
ley de la igualdad, que es la espada
la Nación, y noventa mil conscripto[illegible]
han pasado bajo sus banderas. He
poderosa armada nacional en el b
tiempo en que se cría un joven,
fuego sagrado del patriotismo y tr
mil marinos argentinos, de almira
Hemos conquistado el desierto po
briendo de mieses la antes inculta
reles fecundos de esta victoria.

E[illegible]amos en paz con el mundo tod
mismos, habiendo solucionado toda
tiones internacionales y resuelto por
arduos problemas de la organizaci
así como, por la gravitación natur
la armonía de las voluntades, hem
lo presente, la situación más tranq

nacional, formar nuestras costumbres constitucionales, purificar la vida política, animar el espíritu público, aprender á gestionar nuestros propios negocios, á gobernarnos por nosotros mismos; en una palabra, nos falta completarnos; pero con todas estas deficiencias podemos esperar con serenidad los días que vendrán, porque, en verdad, ninguna nación ha hecho más en menos tiempo para merecer vivir en los tiempos y ser feliz.

En este momento psicológico de la laboriosa evolución de nuestra sociabilidad y de la consolidación orgánica de nuestra nacionalidad, me encuentro en presencia de tres generaciones, á las que he acompañado, colaborando en su obra; y me siento poseído en este día de la más profunda y cordial gratitud por la benevolencia de mis contemporáneos, cuya felicidad ha sido el anhelo de mi vida como ciudadano, como soldado, como jornalero y como gobernante. Y en este día, que se ha querido llamar un jubileo, cumplo la edad solemne de ochenta años, en que el hombre alcanza la plenitud de la vida, con todas sus responsabilidades pasadas y póstumas, cuando termina un siglo y comienza otro, en vísperas del primer centenario de nuestra existencia como nación independiente y libre.

El 25 de Mayo de 1910 será el gran jubileo de la patria de los argentinos, y de todos los hombres de buena voluntad de la tierra que, en unión con nosotros, han contribuído á la fijación de sus desti-

humanas, nuestra patria entrará tri
ese día en la inmortalidad de la vida

Y digo á la sombra de los largos a
alcanzarán á ver renacer las luces sec
de Mayo, que marchen con aliento h
siempre adelante, recordando el consejo
Salmo de la Vida, de vivir sin tregua
y dejar á lo pasado enterrar sus muer
corazón es el tambor velado que
lleva en sí, batiendo dentro del pec
paso de la muerte, los latidos de los
forzados baten la marcha triunfal de l
nes que se suceden!

EL INVÁLIDO ARGENTINO

Buenos Aires 25 de Mayo de 1881

En el sepulcro del Mariscal Rantzau: que solo tenia un ojo, un brazo, una oreja, una pierna, una parte de la cabeza, habiendo entregado sus demas miembros a la inmortalidad, pudo grabarse con verdad, que unicamente conservó entero su corazon heroico.

De los Inválidos Argentinos, que forman un cuerpo mutilado y glorioso, puede decirse con no menos verdad, que despues de dispersar sus miembros por todo un continente, marcando con ellos los itinerarios de las grandes campañas militares de la República, solo conservaron un corazon intrépido respetado por las balas, que siempre latió por la Independencia de la América y la Libertad de su patria, y como ultima y única enseña guerrera de sus sacrificios, el estandarte simbólico del valor y la miseria:— la venda ensangrentada de sus heridas enarbolada en lo alto de una muleta.

Buenos Aires
Mayo de 1881

Bartolomé Mitre

LA BIOGRAFÍA DEL DOCTOR GÓMEZ (1)

Buenos Aires, Noviembre 4 de 1905.

Señor don Angel Floro Costa.

Montevideo.

Mi estimado amigo:

Con su estimable, del 1° del corriente, he tenido el agrado de recibir su bosquejo biográfico sobre el doctor Juan Carlos Gómez, que le agradezco y que he leído con interés.

La cuestión histórico-político-económica que usted plantea en ese escrito, no es de las que se resuelven en teoría y, aunque tenga largas proyecciones, no tiene un interés de actualidad, faltándole, por lo tanto, atmósfera propicia en que dilatarse.

El tiempo, las necesidades, las recíprocas atracciones naturales, pondrán más adelante á la orden del día esa cuestión, cuya solución en todo caso debe producirse como un fenómeno espontáneo.

Mientras tanto, la significación internacional que usted da á la personalidad del doctor Juan Carlos Gómez, presentándolo ante la historia como representante de una unión tradicional en el pasado y fecunda en el futuro, es lo que le imprime su ca-

(1) Esta carta fué de las últimas que escribió el General.— *(N. del A.)*

[illegible] las [illegible] que su idea pue
en [illegible], descansa en los brazos amoro
ire nativa, después de morir en brazos
admirado y querido por todos en amba
Plata.

Queda de usted como siempre su a
y S. S.

Bartolom

[redacted]

FOJA DE SERVICIOS

FOJA DE SERVICIOS

EMPLEOS Y COMISIONES QUE DESEMPEÑÓ

1837—Soldado distinguido. Academia militar de Montevideo. Fuerte de San José.

1838, Febrero 24—Alférez de artillería. R. O. del Uruguay.

1839, Mayo 28—Ayudante mayor, 2° de infantería. B. núm. 1 de infantería. R. O. del Uruguay.

Diciembre 29--Batalla de Cagancha. R. O. del Uruguay.

1840, Agosto 5—Capitán de artillería. Compañía de artillería. R. O. del Uruguay.

1842—Sargento mayor de artillería. Campaña de A. Grande. Entre Ríos

1843 á 44 Sitio grande. Montevideo.

1844, Julio 10 Instrucción práctica de artillería (aprobada). Montevideo, linea de fortificación.

1846, Febrero 19—Teniente coronel graduado de artillería. Montevideo, línea de fortificación.

1847, Octubre 22—Al servicio del gobierno de Bolivia.

Director del Colegio Militar de Bolivia.

Noviembre Combate de Alava Bolivia.

Noviembre- Batalla de Vitiche. Bolivia

Escudo de benemérito en grado heroico por la batalla de Vitiche.

1851, Diciembre 17—Combate del Tonelero. Entre Obligado y San Nicolás.

1852, Diciembre 17--Campaña de Caseros, en la artillería del grande ejército aliado.

Febrero 3—Batalla de Caseros. Buenos Aires, Caseros.

Febrero 3—Coronel de artillería en el campo de batalla. Buenos Aires, Caseros.

1852, Marzo 1°—Plana mayor activa.
Abril 26—Representante por la capital (B. A.) Buenos Aires. Caseros.
Mayo 1°—Brigada de artillería de Buenos Aires. Campamento general Palermo de San Benito.
Septiembre 14—Jefe de la G. N. de infantería de la capital. Buenos Aires.
Octubre 21—Ministro de gobierno y relaciones exteriores. Buenos Aires.
Noviembre 27—Ministro de gobierno é interino de guerra y marina hasta Diciembre 7. Buenos Aires.

1852 y 53—Sitio de Buenos Aires.

1853, Febrero 17—P. M. A.—Presidente de la comisión de fortificaciones de la capital. Buenos Aires.
Marzo 22—P. M. A.—Jefe del E. M. del ejército de la capital. Buenos Aires.
Junio 2—Combate de los Potreros de Langdon. Buenos Aires.
Junio 2—Herida de bala en la frente. Buenos Aires.
Junio 8—Plana mayor activa. Buenos Aires.
Agosto 23—Inspector general de armas (P. M. A.) En campaña.
Septiembre 21—Representante por la capital. Buenos Aires.

1854, Mayo 11—Representante por la capital. Buenos Aires.
Agosto 14—Renuncia la I. G. de armas. Buenos Aires.
Septiembre - P. M. activa. Buenos Aires.
Noviembre 8—Combate del Tala.
Noviembre 10—Jefe del E. M. del ejército de operaciones en campaña.

1855, Enero 22 M. de guerra y marina. Buenos Aires.
Febrero—P. M. A. con nota «ministro de la guerra». Buenos Aires.
Abril—P. M. A. con nota «ministro de la guerra». En campaña.
Mayo 31—Combate de Sierra Chica. Sierra Chica.
Junio 21—P. M. A. con nota «ministro de la guerra». Buenos Aires.

1856, Septiembre 14—P. M. A. con nota «ministro de la guerra». En campaña.

1856, Octubre 13--P. A. M. con nota «ministro de la guerra». Buenos Aires.
Diciembre 14—P. M. A. con nota «ministro de la guerra». En campaña.

1857, Enero 15—P. M. A. con nota «ministro de la guerra». Buenos Aires.
Mayo 5—Deja el ministerio de guerra y marina. Buenos Aires.
Mayo 6—Comisión consultora de gobierno. Buenos Aires.
Junio 4—Representante por la capital. Buenos Aires.

1858, Febrero—Jefe del regimiento 1° de infantería activa de G. N. de la capital
Febrero 9—Comandante en jefe de la frontera norte de Buenos Aires.
Abril 22—Representante por la capital. Buenos Aires.
Junio 16—Ministro de G. y R. E. Buenos Aires.
Noviembre 12—Ministro de G. é interino de guerra y marina. Buenos Aires.
Diciembre 30—Cesa el interinato de guerra y marina. Buenos Aires.

1859, Enero 1°—Regimiento 1° de infantería de G. N. de la capital. Buenos Aires.
Mayo 10—Ministro de guerra y marina
Mayo 27—Cesa en el M. de G. y M.
Mayo 27—Campaña de Cepeda.
Mayo 27—General en jefe del ejército de operaciones. En campaña.
Mayo 27—Coronel mayor del ejército de Buenos Aires.
Junio—P. M. D. general en jefe del ejército.
Julio 1°—P. M D. con igual nota. Campaña el L. Larga.
Septiembre—P. M. D. con igual nota. Campaña en marcha.
Octubre 23—Batalla de Cepeda. Cañada Cepeda (B. A.)
Octubre 25—Retirada á San Nicolás y combate naval. San Nicolás (B. A.)
Octubre 29—General en jefe del ejército de la capital.
Noviembre 11—Renuncia el cargo.

1860, Enero 1°--P M. D. encargado del Código militar. Buenos Aires.

1860, Mayo 3—Gobernador del estado de Buenos Aires Buenos Aires.
Octubre 21—Brigadier general del ejército de Buenos Aires. Buenos Aires.
Estado mayor de plaza con nota Gobernador del estado de B. A. hasta Julio de 1861. Buenos Aires.
1861, Junio—Campaña de Pavón. Buenos Aires y Santa Fe.
Julio—General en jefe del ejército de operaciones.
Agosto—Cuartel general en Rojas (B. A.)
Septiembre 17—Batalla de Pavón. Campos de Pavón (Santa Fe).
Septiembre—Ejército de Buenos Aires. Arroyo Dulce.
Octubre—Ejército de Buenos Aires. San Nicolás.
Noviembre—Ejército de Buenos Aires. Camp. en Arroyito.
1862, Febrero 1°—E. M. de Plaza. Buenos Aires.
Octubre 12—Presidente de la república. E. M. P. Buenos Aires.

CAMPAÑA DEL PARAGUAY

1865, Mayo 1°—General en jefe del ejército aliado. Buenos Aires.
Agosto 21—General en jefe del ejército aliado. Concordia.
Septiembre 18—Rendición de Uruguayana. Uruguayana.
Medalla de la rendición de Uruguayana.
Septiembre 28—General en jefe del ejército aliado. Paso de los Libres.
Septiembre 30—Banda de la orden imperial del Cruzeiro, por Uruguayana.
Octubre 4—Medalla del Imperio del Brasil por la batalla de Caseros.
Octubre 14—General en jefe del ejército aliado. Arroyo Ombú.
Noviembre 25—General en jefe del ejército aliado. Isla Alta (frente á Bella Vista).
1866, Enero 31—General en jefe del ejército aliado. Ensenada.
Febrero 5—General en jefe del ejército aliado. Ensenada.